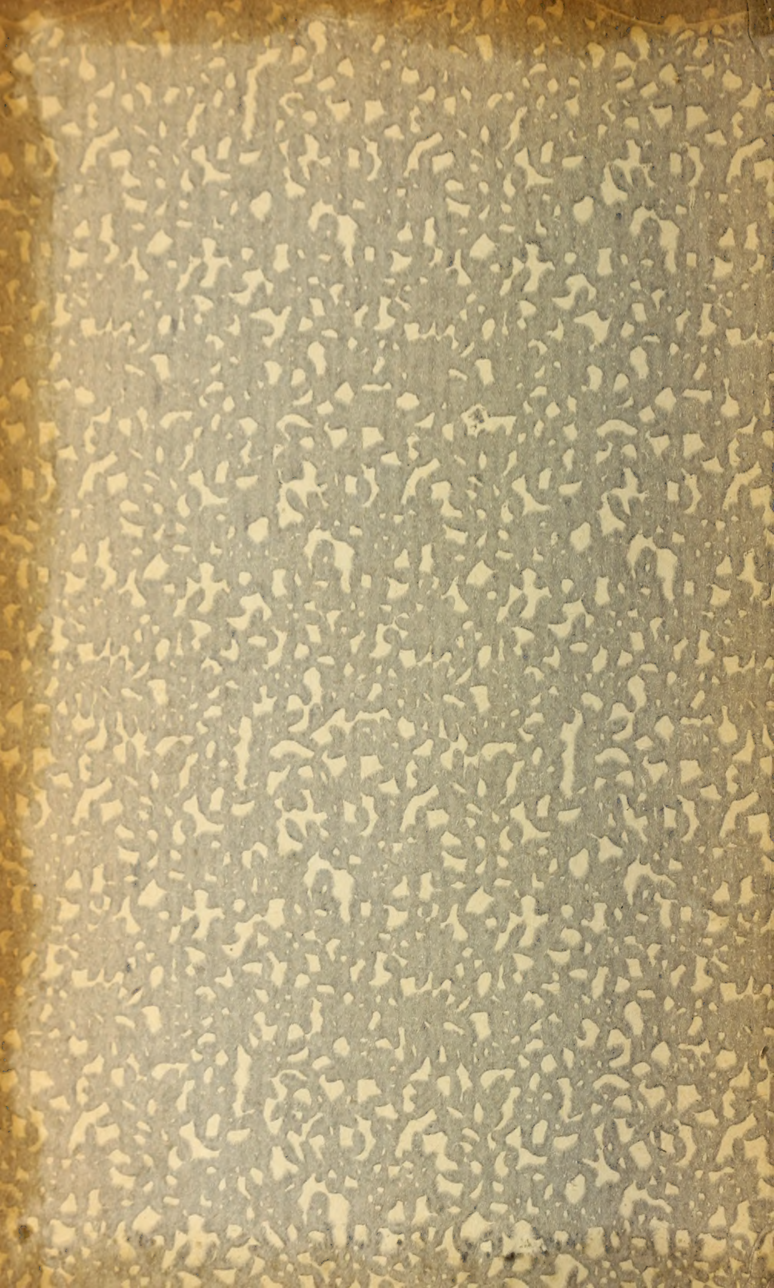
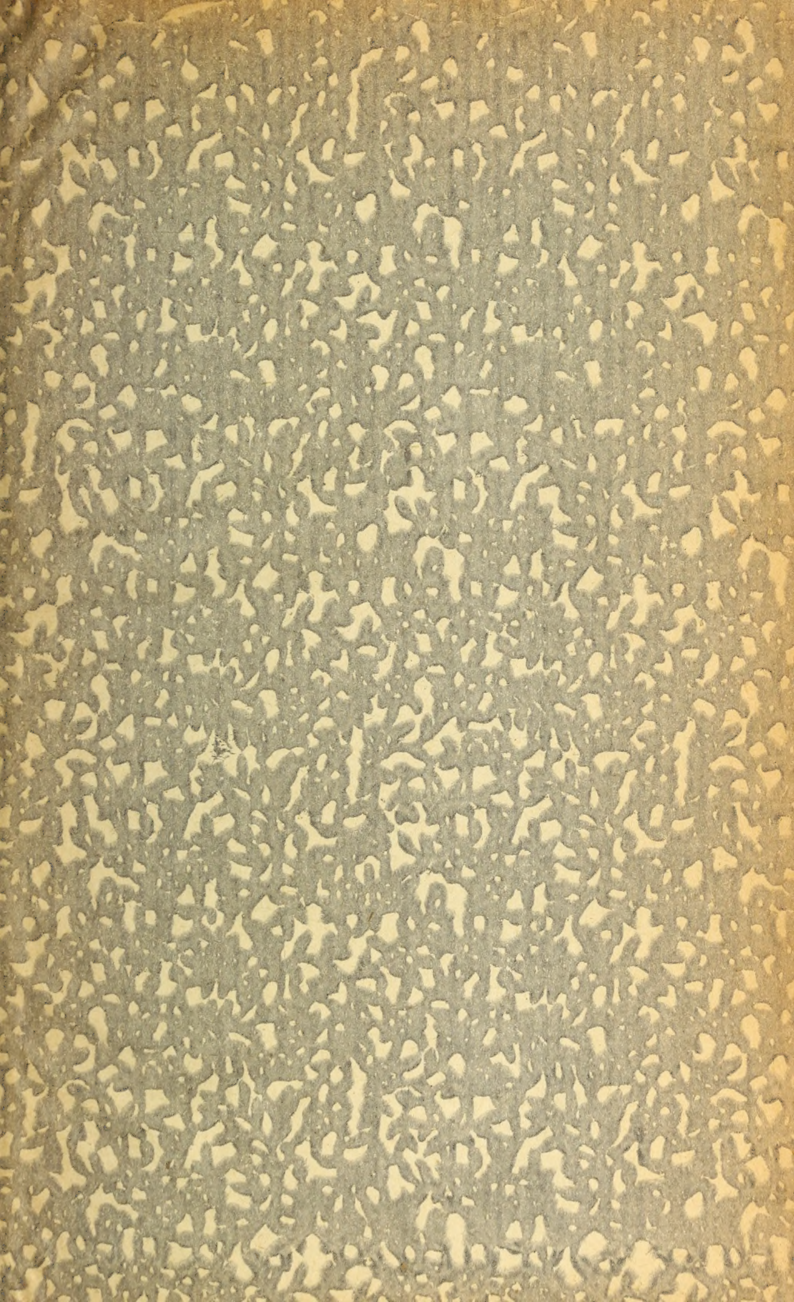






Tinieblas en las cumbres

Virginibus puerisque

OBRAS

DE

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

La paz del sendero (poesías)

Artemisa (novela)



Tinieblas en las cumbres

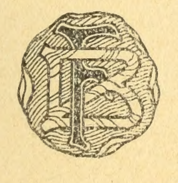
(Historias de libertinaje)

NOVELA PÓSTUMA DE

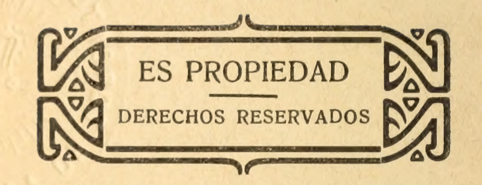
PLOTINO CUEVAS

Publícala precedida de un Prefacio el R. P. X. S. J.

[por Ramón Pérez de Ayala]



FRANCISCO BELTRÁN
LIBRERÍA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA
PRÍNCIPE, 16 - MADRID



JOSÉ BLASS Y C.ª - SAN MATEO 1. MADRID



.....ἐλπίς..... ἐγρηγορότος ἐνύπνιον

ARISTÓTELES.

βέλτιόν ἐστιν ἅπαξ ἀποθανεῖν ἢ ἀεὶ προσδοκᾶν

PLUTARCO.

Et metus ille faras praeceps Acherontis agendus
Funditus, humanan qui vitam turbat ab imo,
Omnia suffundens mortis nigrore, neque ullam
Esse voluptatem liquidam puramque relinquit.

LUCRECIO. — *De Rerum Natura.*

To die? — to sleep? —
To sleep! perchance to dream; — ay, there's the rub;
For in that sleep of death what dreams may come,
When we have shuffled off this mortal coil,
Must give us pause: there's the respect,
That makes calamity of so long life

SHAKESPEARE. — *Hamlet.*

Shade after shade goes grimly over your soul, till you have the fixed, starless, tartarean black.

CARLYLE. — *Sartor Resartus.*



Prefacio

En un lugar del Norte, de cuyo nombre no debo acordarme, estaba yo predicando unos sermones con ocasión de la novena de ánimas, la cual, como es sabido, se celebra á fines del mes de Octubre. Pues, como saliera cierta tarde, ó por mejor decir, cierta noche de la iglesia de San Nicolás, cuando yo estaba apercibiendo mi paraguas y manteos, porque el agua caía reciamente y el viento era vigoroso, acercóseme un hombre, el cual, llamándome aparte con gran sigilo y aire de misterio, así que nos separamos un trecho de las personas que en aquel punto del templo salían, díjome así:

— Acompáñeme, Padre, que un moribundo necesita ser oído en confesión, y ha de ser de usted, según él dice. Todo lo cual me hace creer que juzga vuestra virtud absolutoria como de más eficacia en intensidad que la de cualquier otro clérigo. Excúseme, pues, la molestia que le origino, porque en mi mano no está proceder de otra

suerte, y sígame si tiene á bien ayudar y fortificar á un miserable enfermo.

Quise estudiar el rostro de mi internuncio, mas impidiéronlo las sombras, que eran muy espesas por aquella parte en donde hablábamos. Guardé silencio un buen espacio, cuando el otro hubo dado fin á sus frases, y sentí el ánimo lleno de varios y opuestos pensamientos y la voluntad solicitada por inclinaciones de contrario linaje. Una de las ideas que con más ahinco se me vino á la mente, fué la de que, acaso, aquella persona, que con tanto misterio me hablaba, influída por la errónea creencia de que los jesuítas atesoramos riquezas sin cuento, intentaba conducirme á extraviados lugares en donde algunos cómplices, apostados al efecto, pudieran asirme y hurtarme á su antojo. Por si así fuera, díjele que le seguía de muy buen grado, con la esperanza de que los foragidos, viéndome tan desamparado de todo bien y riqueza como lo estamos siempre los hijos de San Ignacio, habían de sentir su corazón enternecido por un blando y lubrificante arrepentimiento, y aun me habían de pedir confesión general con lágrimas en los ojos. Mi compañero me iba llevando, yo le iba siguiendo á la zaga, saliera bien ó mal, á monte ó á poblado; y de esta suerte condújome á través de callejuelas tortuosas, lóbregas y estrechísimas, hízome torcer á derecha é izquierda y desandar lo andado muchas veces, de tal manera

que yo vi patente su propósito de desorientarme. El formidable silbar del viento entre las calles, el azote cruel de la lluvia, que restallando contra el pavimento y las paredes de las viviendas hacía un vasto y terrible clamor, y la obscuridad medrosa de los suburbios que recorríamos, junto con su desoladora soledad (á tal punto que se dijera una población abandonada y vacía) eran cosas bastantes á meter el espanto en el más esforzado pecho. Cuando yo, no muy sereno, la verdad sea dicha, solicitaba con vehemencia la intervención de la Santísima Virgen, llegamos á paupérrima casuca, en donde nos detuvimos, y cuyo zaguán era tan negro que se tuviera por covacha ó cobijo de malhechores. ¡Dios me ayude!, dije entre mí, en tanto ascendía trabajosamente por una escala carcomida y crujidora, en pos de mi acompañante, el cual, encendiendo cerillas, mostrábame el sitio que yo había de poner la planta, á fin de llegar sano y salvo hasta la cumbre. Guióme luego por estrecho y hediondo pasadizo hasta misérrima estancia, ó mejor cubil, iluminado apenas por una mariposa que sobre un vaso de espeso vidrio temblaba. A su luz pude ver un camastro en una esquina, y en él algo que rebullía y dos puntos que brillaban, y eran los ojos del enfermo, encendidos por la fiebre. Así que el hombre que hasta allí me acompañara nos dejó solos, acerquéme á la cabecera del infeliz y miréle al rostro. No es menester

agudo y penetrante ojo clínico ni ser ducho en metoposcopia para averiguar, como yo averigüé entonces al mecimiento primero de la mirada, la naturaleza y progresos de ciertas enfermedades. De la densa palidez que cubría el semblante, de lo demacrado de algunos de sus trazos y lo aguzado de otros, deduje que un morbo insaciable estaba concluyendo de sorber la existencia del mísero. Carraspeó el moribundo repetidas veces, como esforzándose en hablar, y clavando en mis ojos los suyos, flamígeros y helados al propio tiempo, como dos estrellas en una noche de Enero (y suplico que se me perdone esta metáfora, pero es lo único que se me ocurre á fin de hacerme entender), habló de esta suerte:

— Buenas noches, Padre X. Yo soy Cuevas; ¿no me recuerda?, Cuevas.

A lo cual hube de responderle:

— No, hijo mío, no. He conocido á muchos Cuevas...

— Plotino.

— Plotino Cuevas... Plotino Cuevas...

— He estudiado en un colegio en donde usted fué profesor de retórica y poética, de matemáticas, de psicología, lógica y ética, de gimnasia y de dibujo lineal. Plotino Cuevas..., ¿no recuerda usted?

— Considera, hijo mío, los innumerables discípulos que yo haya podido tener en todas las asignaturas que enumeras.

— Pero, yo fuí su discípulo predilecto en clase de retórica y quien primero recitó la célebre oda de usted, á la envidia:

Maldito sòy; mi soplo pestilente
torna en veneno el aura del ambiente.
Son mi mansión la oscuridad y el llanto...

Era preciosa.

— Preciosa... pss. Cuando menos, no tiene ripios.

— Quiero decir, que entonces me parecía preciosa.

Cualquiera que no esté habituado, como nosotros los jesuítas lo estamos por razón de nuestro ministerio, á practicar la mansedumbre evangélica, hubiera echado de ver en esta frase ciertos puntos y ribetes de impertinencia y sandez. Híceme, oyéndolo, el sordo ó el distraído, según nos aconseja la regla de nuestro instituto, y es un procedimiento de muy saludable virtud en aquellos trances en que se nos dicen cosas de las cuales no gustamos, poco ni mucho, si bien para ello es menester acendradísima humildad. Pues, como digo, escuché la frase con rostro complaciente, cual si se me hubiera dirigido embriagadora lisonja, y pensé para mis adentros que viniendo, como venía, de un moribundo cuyo seso, por las trazas, no estaba muy cabal, fuera exagerado puntillo de honra mover dis-

quisición ó controversia á fin de aquilatar el mérito de mi oda á la envidia. Por fortuna para mí, las siguientes palabras del expirante Cuevas fueron de tal índole que desvanecieron en un punto mis resquemores, como lo harían del propio modo con el autor de más empecatada vanidad; y adviértase que aun cuando quepa orgullo en ello, no tengo reparo en confesarlo. Habló de esta suerte el moribundo:

— No sé si me explico, Padre X. Las ideas se disipan en mi mente, y las palabras como que se perturban y pierden todo sentido al pasar á través de mis labios. Quiero decir que lamento no recordarla toda. Sólo sé los tres primeros versos. ¡Y debe de ser tan bella...! Pero, ¿no me recuerda usted? Soy Cuevas, el autor de unos fragmentos épicos, en octavas reales, á la batalla del Guadalete:

El fiero sarraceno entró en España
sin respetar hacienda ni cercado.

Y una de ellas terminaba:

En carro de marfil ufano avanza
el rey hispano que juró venganza.

— ¡Ah! Sí, Cuevas, Cuevas... Ya lo creo.

Al hablar así, yo faltaba á la verdad piadosamente. Conocí ser lícita y hasta santa esta pe-

queña mixtificación contemplando la alegría de Cuevas, y cómo el desdichado esforzábase en sonreir, sin lograr otra cosa que componer una mueca horrible y espantable. Con grandes pausas y esfuerzos continuó hablando:

— Ved — dijo — en qué triste condición y miserable estado vino á caer aquel inocente mancebo que loqueaba, jugando al balón ó á la pelota, en los grandes patios del convento; aquel cándido niño, orgullo de las concertaciones y timbre glorioso del colegio de San Zoilo. Los malos libros, las lecturas envenenadas, que á mi salida del benévolo seno de la Compañía de Jesús me ofrecieron á todo pasto, trajéronme la perdición. Díme á leer con furia toda suerte de volúmenes, del más abyecto jaez la mayoría; arranqué de mi pecho las sanas creencias que ustedes me habían inculcado, cual si fueran broza y maleza, siendo así que no eran, ahora lo comprendo, sino fragantísimas rosas é inmaculados jazmines; arrojéme en hediondo piélago de infernal racionalismo...; dejé de creer en Dios.

— ¡Infortunado Cuevas! — no pude menos de exclamar.

— Escúcheme con calma, Padre X. Pequé sin freno; pequé con furia, con frenesí, con rabia diabólica; bebí, difamé, jugué, seduje, escarnecí... ¡Qué sé yo! Arruinéme física, crematística y espiritualmente. Héme aquí moribundo, pobre y condenado.

Al llegar á este punto, los sollozos ahogaron su voz y las lágrimas obscurecieron el brillo febril de sus pupilas.

— ¡Confía en Dios, hijo mío! ¡Confía en Dios! — hube de decirle.

— Soy un desgraciado, como habéis oído; quedé solo, sin árbol que me hiciese sombra, los pecados y yerros á cuestas, la carga pesada, las fuerzas flacas, el espíritu muerto... Cuando oí que usted, Padre X, había venido á predicar, en mi alma se hizo una gran lumbre; fué como si penetrasen en un subterráneo con una antorcha encendida. Acordéme de sus enseñanzas y de sus sermones. Tengo aún muy presente, como si lo estuviera oyendo, el ejemplar castigo de una dama que por su liviandad y deshonesto desorden fué condenada al infierno, la cual se apareció á una su amiga, y llevaba en los senos dos grandes sapos ardientes y un culebrón en las entrañas, á causa del mal uso que en vida había hecho de ellas. Estas entrañas supongo que se refieren á la matriz.

— Ciertamente. Fué una dama de Bolivia. Hoy lo referí en San Nicolás con notable aprovechamiento de mis oyentes.

A seguida de este pequeño diálogo que referido queda, Cuevas comenzó su confesión, la cual duró muy cerca de dos horas. Dícese comúnmente el pecado, mas no el pecador; y á la inversa, cuando se dice el pecador no es caritati-

vo, ni moral, ni la Iglesia lo consiente, decir la calidad y número de los pecados.

Concluyó Cuevas su confesión con tan señaladas muestras de arrepentimiento, que yo hube de absolverle muy conmovido y edificado.

— Dios ama á los pecadores arrepentidos — díjele á la postre —. Pronto has de ascender á la mansión divina, toda luz y bondad, éxtasis y eternidad.

Y callamos entrambos un momento, en que no se oía sino su respiración tarda y silbante. Él quebró el silencio, y dijo:

— Padre, además de reconciliarme con Dios, yo tenía otro propósito al llamarle á usted á este indecente tugurio en donde agonizo.

— Habla.

— De aquel cajón que está en aquella esquina saque usted un envoltorio de papel encarnado sujeto con bramante.

Obedecíle y torné á su cabecera tomando el envoltorio entre mis manos. No pude menos de recordar á Ezequiel.

— En ese paquete se encierra el más repugnante engendro que haya concebido nunca la mente humana. Son las cuartillas de un libro que en mal hora pensé y en peores instantes desarrollé, al correr de la pluma; esto es lo cierto. Cuantas abominaciones y liviandades andan sueltas por el mundo, contiénense entre esas páginas. Yo no muero tranquilo si usted no me promete

que las ha de publicar, con un prefacio aclaratorio, á fin de que la mocedad se mire en ese espejo, conciba horror y huya de la mala senda; lo que el proverbio dice: «escarmentar en cabeza ajena». Véase á qué mefíticos estercoleros me condujo el apartamiento de la maternal tutela que la religión ejerce sobre los hombres; porque donde no hay temor de Dios no hay tampoco bien que llegue ni mal que no sobre, gusto que dure ni contento que asista; todo es vano querellar, y sed que no se apaga, y amargura que no admite dulzor, y turbación de espíritu y podredumbre.

— Tus palabras, Cuevas, me llenan de consuelo. Haré lo que me dices.

— Suplícole, entonces, que corrija usted algún descuido de estilo, que los habrá, porque, como le digo, escribí la obreja con harto poco sosiego. Entienda asimismo, que si he puesto en ocasiones sobrado caudal de citas inglesas, latinas y hasta griegas, no es porque yo haya sido pedante, sino por cierto inmoderado afán, que siempre sentí, de mofarme un tanto del público, respetándole siempre, y acaso por respetarle mucho. Observará usted desigualdad en la factura; pero . . .

— ¿A qué vienen ahora — le atajé — esos inmoderados alardes de vanidad literaria, querido Cuevas, cuando vas á trasponer los umbrales del eterno asilo?

— Tiene usted razón que le sobra, Padre. ¿Me lo publicará usted?

— Te lo prometo.

Besóme la mano, humedeciéndola con sus lágrimas, y partí.

Algún tiempo después y á solas en mi celda, repasé el manuscrito, lo cual hubo de costarme no poco esfuerzo, pues en repetidas ocasiones sentí una como necesidad ó más bien impulso vehementísimo de arrojarlo por la ventana ó de reducirlo á cenizas. Horrorizóme, como no podía por menos, el cúmulo de maldades y desatinos que en sus cuartillas aparece, y especialmente cierto sacrílego empréstito que el autor hizo al vocabulario y sintaxis de Santa Teresa, San Juan de la Cruz y Fray Luis de León, á fin de informarnos, por lo menudo y cabal, del acto más repugnante y asqueroso de cuantos ejecuta la animal naturaleza, y que al propio tiempo es uno de los más feos y por desgracia más frecuentes pecados. Mas, como por otra parte, había yo hecho promesa solemne, *mortis causa*, á Cuevas, de publicar su manuscrito, encontréme en peliaguda situación, sin saber á qué palo quedarme, como vulgarmente se dice. Acudí al Reverendo Padre Provincial y consultéle el asunto. Y éste díjome lo que sigue:

— La promesa hecha á un moribundo es sagrada. Pero, aun cuando no lo fuese, el caso es

de tal índole que no admite disyuntivas. Usted sabe muy bien, Padre X., que un filósofo griego, no recuerdo el nombre, conducía á sus discípulos á los parajes en donde los borrachos se reunían, con lo cual los jóvenes, contemplando la abyección y nauseabundez de este vicio, le cobraban aborrecimiento. ¿Piensa usted, Padre X., que puede existir nada que aparte á los mozos del en apariencia deleitoso trato de las prostitutas ó rameras, como estas cuartillas en donde tan á lo desnudo y desoladoramente se muestra la tristeza terrible del libidinoso esparcimiento? Ahora, que es necesario que usted ponga un prólogo explicando y refiriendo el origen del libro y la muerte ejemplar y justa del que lo escribió.

— Así se hará — respondí á mi superior.

Y esta es la causa, lector, de que tus ojos se posen en este momento sobre estas páginas. Empapa tu espíritu en el horror al vicio que de esta obrilla se desprende y no olvides las palabras de Cuevas, el moribundo: «Porque donde no hay temor de Dios, no hay tampoco bien que llegue ni mal que no sobre, y todo es podredumbre.»

Padre X.,
Societatis Jesu.

A. M. D. G.

PARTE PRIMERA

Prolegómenos





CAPÍTULO PRIMERO

Cerdá ha verificado un desdoncellamiento

—¡Qué suerte tiene usted, señor Cerdá!

El señor Cerdá, enchipándose, enarcó las cejas, con lo que dió á entender que se holgaba mucho.

—¡Pss!

—¡Qué suerte tiene usted, señor Cerdá!

Este señor era algo así como un egipán leridano ingerto en marqués de Sade, salvando las distancias, aunque él no lo juzgase de esta suerte, entre otras razones por carecer de noticias ciertas acerca de los egipanes y del marqués divino. De terribles ímpetus viriles y nunca saciada sed concupiscente, horrorizaba á las mercenarias mujerzuelas, reclusas en los prostíbulos, con el denodado brío de su formidable masculinidad, y su resistencia, casi legendaria, en el venusto ejercicio. El teníase, y de ello se jactaba en todo punto, por experto y docto en los varios linajes de la ciencia voluptuosa, hasta la cual se había encumbrado por simple empirismo, sin que la mente viniera, con sus nobles funciones de abs-

tracción, en ayuda del excesivo caudal de datos y hechos. Con todo, Cerdá creíase consumado tratadista del *arte del placer carnal,* y cierto que, caso de hablarle algún amigo de las ingeniosas y amables estampas de Julio Romano, junto con los sonetos del Aretino que las ilustran é interpretan, Cerdá las hubiera despreciado á causa de su primitiva sencillez, y lo propio hubiera hecho con el *Ars Amandi* del narigudo poeta, que no es otra cosa que cándido é inocente libro á propósito para novicias, si se le coteja con un cierto volumen que Cerdá hubiera mercado en la Rambla de Santa Mónica á un vendedor clandestino, apostado á la salida de un café.

De aventajada estatura, membrudo, conciso de ademán y parco de gesto, parecía un gran maniquí de flojos y escasos resortes. No podéis imaginaros obra de mampostería tan complicada y admirable como la cabeza del señor Cerdá, la cual surgía desde la planicie de los hombros á modo de columna, totalmente cilíndrica, formando un solo cuerpo con el cuello, pues la sobarba y el pestorejo eran tan carnosos y abundantes que, corriendo en redondo verticalmente, rellenaban la depresión que por debajo del cogote, orejas y barba suele hacerse en las personas que tienen cabeza humana; el cráneo cupulino; la color, bermeja, y así, la columna capital se tuviera por de ladrillo; las cejas como dos porquetas ó cucarachas que pasearan por el tal obelisco, y

es achaque de casi todos los catalanes tener las cejas muy lóbregas; los ojos urbiculares y sin vida. Salía de aquel fuste, por la parte delantera, la nariz en trofeo, y por debajo colgaba el bigote, tupido y de color castaño, como guirnalda mustia; los labios, abultados, lujuriosos é inmóviles, que ni para hablar rebullían, y era de muy buen efecto en el interlocutor observar cómo el ilustre leridano abría las vocales en tan extraordinaria medida sin abrir la boca ni ápice.

Para completar esta minuciosa descripción, diremos que el terno de este personaje era de color de plomo, que la americana le lindaba con la rabadilla y que el pantalón se le ceñía al muslo, muy recio y poderoso.

— Ha sido una casualidad — habló con aquella expresión enmelada y satisfecha que más arriba se dijo. Agregó: — Yo lo confieso, inclusive, que no creía en *las doncellas* hasta hoy, querido Jiménez.

Jiménez abrió cuanto pudo sus ojos, cautamente burlones, y agitó la cabeza de arriba á abajo una vez y otra, esbozando en su rostro dúctil una cómica hipérbole de asombro. Ni alto ni bajo, cenceño y levemente rotundo de espaldas, al hablar, sus miembros, dóciles al elevado voltaje del sistema nervioso, acompañaban el discurso con súbitas y graciosas actitudes de joven animal que juega. Su faz, hormiguero de picardías, estaba siempre inquieta; bajo el boscaje de las cejas retozaban los ojos, como pudieran retozar dos sá-

tiros mozos al cobijo de un laurel sombroso; el triángulo de la nariz asentaba uno de sus catetos en el bigote hosco y erizado, alero bajo el que la boca se guarecía á su sabor para reir sin tregua; la barba partida; encrespado el cabello; la expresión, en conjunto, mefistofélica, tal cual suelen adoptarla los Mefistófeles de ópera; las orejas, muy despegadas del cráneo por arriba, apuntaban como cuernecillos diabólicos. Si á esto se añade la tenue inclinación del torso, se tendrá un demonio en acecho, un demonio inocente y bienhumorado.

Jiménez mostrábase estupefacto; el señor Cerdá orondo, sonriente, magnífico. Pero el leridano, muy envanecido con su proeza de aquella misma tarde, no advertía que la estupefacción de su amigo era falsa y exagerada adrede.

Tratábase de un despucelamiento llevado á deleitoso desenlace por el dueño de *Merode* (una perra foxterrier) pocas horas antes, en el cuarto de la fonda en donde ahora hablaban, al borde de la cama, que en un ángulo se veía impasible é indiferente cual si no se diera cuenta del alto misterio de iniciación en ella consumado ó estuviera muy hecha á trances del mismo jaez.

Ya se ha dicho que Cerdá no creía en la mujer virgen. Había llegado á los cuarenta con el espíritu emponzoñado por negra duda; es á saber: si existe ó no existe cierta misteriosa y codiciada membrana, de la cual se hacía ya mención

en los libros de organografía por él estudiados en el Instituto, y hacía fecha de esto. Si el voluptuoso catalán hubiera llegado de mozo á un conocimiento científico, cierto y evidente, acerca de este asunto, no sería célibe á tales alturas, con aquella odiosa aptitud para adquirir enfermedades de cuarta plana que le habían hecho pensar más de una vez, y muy en serio, en la circuncisión. Todos los datos de su vida de observador incansable le indujeron á sostener que la virginidad no es sino un ente de razón (1), y esto con sus limitaciones é impurezas; un rayo de esperanza, no obstante, alumbraba su sensualidad, hostigándola con el futuro deleite de virginales primicias.

Venus rediviva y encarnada en una fregona de

(1) Nuestra imparcialidad de historiadores nos constriñe á manifestar que el insigne leridano, sosteniendo esta opinión, marchaba en la mejor compañía, cual es la compañía de la *Compañía de Jesús.* En un diccionario francés,

Dictionnaire universel français et latin
vulgairement appellé
Dictionnaire de Trevoux

MDCCLII

reputado Diccionario que, como se sabe, fué compuesto por los Reverendos Padres jesuítas, donde pueden verse las siguientes sabrosas líneas acerca de la virginidad:

«Pucelaje. *Virginitas, integritas.* «Elle perdit son pu-

treinta y tantos otoños habíasele aparecido al discípulo incrédulo y héchole tocar su llaga, por decirlo así. Y el discípulo había metido los dedos y exclamado: «¡Sí, creo!»

Y todo en el cuarto de la fonda, poco antes.

Cerdá narraba minuciosamente la escena, sin abrir la boca, sin mover los brazos, sin pestañear, sonriendo plácidamente: las palabras de seducción, á fin de enlabiarla; el ruboroso resistir, el bárbaro atacar, el ahogado gritar, la horrible dificultad de desflorar, la virginal torpeza, el llantear postrero, todo, todo...

Y Jiménez en tanto, que conocía á la fregona y también el número de sus hijos, extremando el asombro, murmuró por tercera vez:

— ¡Qué suerte tiene usted, señor Cerdá!

---

celage avec ses premières dents». Balzac. Esto es, perdió su virginidad con sus primeros dientes. «Un pucelage n'est pas un morceau aussi friand que l'on pense». Saint Evremont. Que vale tanto como: «una virginidad no es tan apetecible golosina como ordinariamente se cree». Y añade: «Los médicos modernos sostienen que no existe ningún signo cierto de virginidad». Erasmo dice que es tan difícil de conocer como de conservar: *Virginitatis probatio non minus dificilis, quam custodia.* De Matrimonio Cristiano.»

Dedúcese de todo esto que las ideas del señor Cerdá no eran tan desatinadas como á primera vista se piensa.



CAPÍTULO II

Cerdá manifiesta ciertos pañuelos misteriosos

La habitación de la fonda cae á un pasaje angosto y retorcido en donde hay un café. Por el hueco de la ventana entrábase el bullicio confuso del establecimiento: rumores, golpeteo de fichas de dominó sobre mármol, retemblar de vidrios, vibraciones de metal y tenue luz plomiza que se derramaba, vaga y discreta, sobre los muebles, sin arriesgarse á escudriñar en los ángulos sombríos. Blancos eran los muros, ahuesados y brillantes los muebles: cama, lavabo, sillas y un armario de espejo. Andaba la ropa por las sillas, abandonada, en rebujos, y unas cuantas botas y zapatos hacían por tierra combinaciones grotescas.

Jiménez dijo de pronto, agitándose convulso, como invadido de súbita urgencia:

— Bueno, señor Cerdá. Se nos va á hacer tarde. Por hoy basta de historias. Otro día me dirá usted lo que le falta. A las nueve sale el tren y aun hemos de preparar muchas cosas.

Cerdá sonreía pachorrudamente.

— Deje, deje.

— Ma cas'on Deu.

Replicó Jiménez, remedando la voz del catalán, á tiempo que fruncía el rostro con mohín de cómico disgusto. Cerdá permaneció impasible, sonriente y algo protector.

— Deje, deje.

— Pero es que aun no hemos preparado la comida.

— Deje, deje.

— Es más difícil de lo que se piensa...

— Deje, deje.

— Los demás nos lo han confiado...

— Deje, deje.

— Deje, ca...

Y soltó el taco redondo y pleno, ahora amohinado de veras.

Cerdá guardó silencio, por mejor preparar el efecto de lo que había de decir.

— ¿Pero ustet cree que yo me chupo el dedo? Ya está la cena preparada. Una barbaridat: tortilla de jamón y patatas, merluza frita, pollo asado, rosbif, fiambre, postres variados, entre otros un melón, dos docenas de botellas de cerveza, dos de vino de Rioja, dos botellas de Martell, y qué sé yo...

En poco estuvo que Jiménez no aclamase al previsor leridano. Este agregó:

— Mi ordenanza lo llevará todo á la estación y nos servirá en el tren.

— ¡Bravo! ¡Bravo! Pero, ¿y las mujeres? Tenemos que ir á casa de Mariquita. ¿Usted cree que dejará salir las mujeres?

— Yo creo que pagándolas...

— Claro. Así no tendría gracia. La cuestión es sin pagarlas, querido Cerdá.

— ¿Aun inclusive sin pagarlas, ustet cree?...

Para el señor Cerdá estos dos adverbios eran materiales necesarios en toda construcción gramatical, vinieran ó no á cuento. Jimenez afirmó con energía:

— Aun inclusive... Pero no perdamos tiempo.

—Aguarde, aguarde.

Con ademán misterioso encaminóse al armario de espejo, abrió la rechinante puerta y estuvo largo rato con las manos entre la ropa blanca, á la rebusca de un algo sorprendente. Como á objeto sagrado ó venerada reliquia, cual si con sus manos torpes, mancilladas pocas horas antes en lúbrico contacto de carne virgen, le temiera profanar, llevaba un envoltorio de papel de seda, levemente, casi en el aire, y sonreía en éxtasis.

— ¡Oh! ¡Oh! — exclamaba.

— Caramba, caramba — dijo Jiménez un poco tentado de curiosidad.

— ¡Oh! ¡Oh!

Colocó sobre el lavabo el incógnito paquete y comenzó á desenvolverlo con tan meticulosa suavidad, que no se dijera sino que una madre amantısima desfajaba al hijo de sus entrañas. Hasta

cuatro pañuelos de diferentes tamaños y colores quedaron al aire.

— Hombre, ¿y eso era todo?

Cerdá, cogiendo pulcramente con el pulgar y el índice de la mano diestra uno de ellos, azul pálido, le condujo hasta las narices de Jiménez.

— ¡Huela usted!

Jiménez, incauto y dócil á la indicación de su amigo, aspiró con toda la fuerza de los pulmones; mas apenas sintió sobre la pituitaria cierto tufillo, husmo ó emanación que de la tela se desprendía, echóse atrás con salto súbito y horrible mueca.

— ¡Uf! ¡Eso huele á...!

Cerdá reía desaforadamente.

— A eso, á eso. ¿No le gusta? ¡Oh! ¡Cosa rica!

— Eso es una traición.

— Yo he creído inclusive que á ustet le gustaba una atrocidat... Huela ustet este otro...

Uno color de rosa, rameado de blanco.

— Que lo huela el obispo.

— ¡Oh! ¡Qué más quisiera su ilustrísima!

Y como Jiménez no estaba por aquel entretenimiento olfativo, Cerdá, devoto y casi en transporte, llevó su nariz de uno á otro cendal, aspiró largamente su peculiar hálito, como si comulgase en algún culto fragante, y hasta rozó su cara con mimo sobre los pliegues, entornando los ojos al halago de la caricia. El olorcillo acre llegaba al cerebro sacudiendo adormecidas imágenes. Era una sinfonía carnal de hembras amadas y poseí-

das. El misterioso vibrar de las notas, afines en intensidad y aroma, era como corriente eléctrica que, atravesando las visiones zambullidas en la quietud de la memoria señorial, las exaltase con resplandor orgiástico y antiguo. La levadura de libertinaje mezclada á la masa bonachona y espesa de Cerdá, hombre, como se habrá visto, de hilaza y condición burda, fermentaba en aquella ocasión y hacía delirante serrallo del cerebro, en donde las cuatro favoritas, ebrias de vino denso, oloroso y dorado, frenéticas de lujuria, retozaban con el sultán de Lérida, derribándole en turquescos divanes de rasos policromos, y complicaban la cópula con porción de exquisitas depravaciones y refinados expedientes. Y esto, sólo por la virtud creadora de la imaginación de Cerdá; pues todas las orgías de su vida, si bien él las reputaba por placenteras y brillantes en mayor grado que las de Sardanápalo, nunca pasaron de escarceos libidinosos en asequibles burdeles, con hembras de fácil tarifa, y sus complejidades lujuriosas no fueron más allá de bravos azótes en molledos fofos, tactos sin tino, y arrobos ante enormes senos blanduchos, de pezón desaforado y terroso.

Jiménez deshizo el encantamiento del fogoso imaginar.

— Vamos, Cerdá, que se hace tarde.

La faz suinesca del hombre lascivo quedó huérfana, en un punto, de la sonrisa luminosa y

carnal que la impregnaba poco antes. Viendo Jiménez aquel repentino desencanto que, como un velo de sombra envolvía á su amigo, no pudo menos de reir paladinamente. Cerdá abrió los ojos vacunos, tamaños como bolas de billar, suspenso y lamentoso.

— ¿De qué ríe?. . .

— De nada, hombre, de nada. Vámonos.





CAPÍTULO III

Ligeras y transcendentales consideraciones acerca de los prostíbulos, en general, y del de la prelada gris, en particular.

A la parte alta de la ciudad, de un lado y otro de la carretera de Castilla, escalonadas en un recuesto, retuércense dos callejuelas pinas y pedregosas, en donde moran de tiempo atrás esas que Cervantes llamó *mujeres cortesanas, ó por otro nombre trabajadoras ó enamoradas;* á quienes los gacetilleros, con blando y amable eufemismo, dicen *palomas torcaces*; y el vulgo, de instinto certero, *mujeres* á secas, y por antonomasia, como si no lo fueran tales ó lo fueran á medias aquellas que, imbuídas de soberbia satánica, hacen de su carne un culto privado, y son avaras del cuerpo y sus apetecibles partes, y no conceden su disfrute si no es á un tiranuelo, poco versado por lo regular en artificios de amor (1).

---

(1) Adviértase que Pilares, que este es el nombre de la ciudad en la geografía novelesca que hemos forjado, por no ser menos que algunas grandes ciudades de la antigüedad, como Atenas y Roma, consa-

No sólo casas de mujeres hay en este barrio de las Puertas Nuevas, alta y baja, sino otras muchas mansiones, pequeñuelas, humosas y miserables, moradas de trabajadores y jornaleros de toda especie, casados en su mayoría, y con numerosa prole; con lo cual los chicos, que se pasan el tiempo al aire libre, loqueando, moqueando y berreando en el arroyo, reciben desde sus primeros años una saludable y edificante educación ocular y auricular; avézanse á la desnudez femenina sin velos ni repulgos, escuchan pintoresca fraseología de amor mercenario, y á la edad en que otros permanecen sumidos en limbos de cándida ignorancia están ellos adoctrinados en lo atañedero al esparcimiento venusto. Y no para aquí el sabio magisterio que la Providencia ejerce sobre estas tiernas criaturas, sino que les pone ante los ojos, junto al placer la miseria de la vida, la muerte al lado del juego deleitoso, pues la carretera de Castilla es camino del cementerio, y no es raro que venga á mezclarse al eco de mujeriles carcajadas la temerosa canción de clérigos

---

gra una parte de su seno, y acaso la más pintoresca, al asilo de las πορνης, ó doncellas sotanadas como casas, que dijo Quevedo. Es decir, que lo que en Atenas fué el artístico y voluptuoso barrio de la Cerámica, y en Roma los suburbios, Summoenium, Vicus Porticus y las arcadas del Circus Maximus, lo son en Pilares las Puertas Nuevas, alta y baja, dichas así sin duda en membranza de antiguos postigos de la ciudad.

sombríos que caminan á la zaga de suinoso ataúd. De esta suerte, los afortunados infantes y mancebos gustan á todo pasto tan recio contraste, y muy lerdas han de ser las criaturas si no vienen á dar en la cuenta de que este *mundo es un fandango,* y que pierde su tiempo el que no lo emplea en la azarosa danza de la carne. Por la fuerza del hábito, muerte y prostitución se les hacen ideas familiares, y buscan en una y otra pretexto de regocijo, ya mofándose y dando vaya al clérigo que por feo rebasa el límite que al sacerdocio se asigna, so pena de irregularidad, ó ya tomándola con algún señorito que, arrastrado por la concupiscencia, arriésgase á visitar aquellos andurriales antes de ponerse el sol. Entonces, la turba muchachil acompasa el paso del caballerete con gritos marciales, y según llega al umbral, adviértenle: «¡media vuelta á la izquierda!... ¡Arm!», haciéndole entrar amoscado y corrido.

No se diga que las meretrices forman muchedumbre, como en aquellas grandes ciudades voluptuosas, lujuriosas y fastuosas del mundo antiguo, Babilonia, Chipre, Corinto (1), etc., etc.;

(1) En Corinto, es cosa averiguada, fué donde existió mayor número de estas damas. Considerábase, por entonces, que ninguna cortesana lo era de modo cabal sin el noviciado en Corinto, y hacia él se encaminaban en florecientes theorias á fin de ofrendar dones votivos á la diosa Afrodita, en cuyo templo se cobijaban más de mil hetairas bajo el nombre de hieródulas. (Strab., VIII., 6.20).

pero sí componen una considerable y deleitable porción de Pilares.

La jerarquía de las vestales no se instituye de numerosos grados. Fúndase su clasificación en los derechos de pie de altar, entendiéndose que por el estipendio convenido, dos, tres, cinco pesetas, puede amarse cuantas veces consienta la agilidad del amador, dentro de un lapso prudente de tiempo. Este noble ministerio del placer (1) ejercítase en todas partes conforme á dogmas ya seculares, casi sagrados.

Tres son las casas ó pandemos (2) que han establecido el duro moneda como unidad métrica del deleite; pero, entre ellas, los numerosos fieles han declarado una supremacía á favor de la que rige cierta alcahueta jamona, llamada Mariquita. La casa, vista por delante, tiene dos pisos y azoteas, está pintada de severo gris y adopta un digno

---

(1) Que la prostitución se remonta al origen de los pueblos é infancia de las sociedades nos lo demuestran sugestivos textos que hasta nosotros han llegado del antiguo Egipto, Caldea, Fenicia y Asiria. Nuestro patriotismo ha de sentirse satisfecho al conocer que las mujeres gaditanas, juntamente con las siriacas, disfrutaban incomparable y esplendorosa reputación en toda la antigüedad.

En el pueblo de Dios la prostitución fué espantosa, si hemos de creer á los libros santos, los cuales nos informan de este particular con muy placenteros detalles.

(2) πανδημος = templo popular de Afrodita.

continente; por detrás un piso tan solo, y no grave, sino de tono claro y jacarero. Así como en la antigüedad clásica el falo de bronce sobre el dintel era de inequívoca elocuencia, en esta edad prosaica del carbón las verdes persianas corridas hacen el oficio de instrumentos rituales. En casa de Mariquita no faltan esos á modo de párpados caídos á causa del rubor, pero no son herméticos, como en otras mansiones, sino que permanecen separados del balconaje á distancia, no diré honesta, porque nada debe serlo allí. Numerosas pupilas viven recoletas en este albergue, mas todas ellas son escasa carne de fornicio, no ya para ahitar, pero ni para satisfacer la concupiscencia hambrona de los respetables vecinos de esta ciudad. Levántanse las tales cuando el día está por filo, y no puede ser de otra suerte, ya que las propias labores de su sexo mantiénenlas en perenne ajetreo durante la noche, y sólo cuando los rezagados rebañadores del festín marchan á sus menesteres pueden ellas dormir y descansar santamente, libres de cuidados. Son andariegas de condición, y así nunca paran gran cosa en sitio alguno, sino que cambian de morada á cada paso, siempre dentro de la misma orden. Conocen el gusto del hombre por lo nuevo, y en cuanto ven apuntar el hastío en los amadores huyen á otra parte, á donde sean advenedizas y aparezcan rodeadas de un picante incentivo de cosa flamante. No son hermosas por lo regular, pero mal-

dita la falta que les hace (1). Feas y todo, buscan las gentes su deleitoso comercio, y no se dan abasto á despachar la demanda de favores. No son jóvenes, antes al contrario, la que no esplende en opulenta madurez, es que ha entrado en franca ancianidad, lo cual no impide que alguna que otra, si la estatura y disposición de sus miembros son propicios, se vista una falda á la altura del tobillo ó un mandilón corto, se suelte el cabello en melena adolescente, responda por el apodo familar de «la pequeña» ó «la peque», haga dengues de virgen púdica, y asegure con encantadora ingenuidad que no ha llegado á los veinte ni lleva más de un mes dedicada á la prostitución. Las personas graves — magistrados y dignidades de la santa catedral basílica — prefieren á «la pequeña», y como por los innúmeros cuidados y quebraderos de cabeza anejos á su alta misión han sufrido una *capitis diminutio* en la virilidad, hacen con «la peque» deliciosas locuras, buscando un punto de solaz á la tristeza del vivir, y le proponen combinaciones interesantes que, á vuelta de unos cuantos mohines, suele ella

(1) Es idea falsa y errónea, dice un sabio, la de suponer á las antiguas meretrices cortadas todas por el patrón de las Aspasia, Phryné, Lais, Thais, Leontion, etcétera, etc. Las mujeres llamadas *pornes*, las más numerosas, no sobrepasaban en belleza é inteligencia el nivel de nuestras cortesanas de más baja estofa.

aceptar. Luego, estos honorables individuos, muy arrebujados en la capa ó manteos, y ocultándose de los raros transeuntes, salen con un saborcillo acre en el alma... y en la boca, y no pasan muchos días sin que desde el púlpito ó desde el foro truenen austeramente contra cierta plaga social que empedrece nuestra nación.

Estas casas son una balanza de nivelación, un desquite de los opresores contra los oprimidos. Todas las crueldades de los grandes están bien pagadas con la tiranía que la proxeneta ejerce sobre ellos, con los desdenes que les inflige, con el fatídico «no hay mujeres.» A las altas horas de la noche, abrasado en lascivo fuego que no admite demora, llama á la puerta del burdel un rico — banquero, comerciante, industrial, propietario, á lo mejor una autoridad, cualquiera —. Dentro óyense voces de cánticos y risas, y un opaco quejido de guitarra ebria. Se abre un balcón. «No hay mujeres» —. «Soy yo: ábreme», suplica el hombre con tembloroso acento. «No hay mujeres», expectora de nuevo la Celestina desde lo alto; y la frase cae despectiva, indecente como un gargajo sobre el hombre. Este hombre ha gastado miles de pesetas, quizás de duros en aquella casa; ha hecho rica á la dueña en diez, veinte años que viene visitándola con asiduidad. El hombre suplica, implora como un miserable. — ¡Por Dios! — Pero ni Dios convence á la zurci-

dora de voluntades. —¡No me jo...! —Y después de eyacular el dulce verbo, cierra el balcón con recio golpe. Y, ¿qué importa que este mismo hombre mañana, pasado, un poco beodo, abofetee á la proxeneta? De ella es el Ayuntamiento, suyos los serenos. Y aun cuando no lo fueran, sabe que es reina desde su balcón, á las altas horas de la noche, con la puerta á canto y lodo, y que grandes y chicos se le rinden, y se prosternan, y se humillan, miserables, asquerosos, piltrafas de carne consumidas de sensualidad. Un joven seminarista, aficionado á hacer frases y redactor de *El Abedul*, órgano del clero, dijo de ella: «Es la justicia inmanente encarnada en una sibila decrépita».

Decrépita no, si se refiere á la papisa de la localidad. Este adjetivo es obra del despecho anidado en el pecho del presunto presbítero. No tan decrépita; díganlo cuantos aspiran á su amancebamiento, al honroso título de alcahuete consorte, bien sea por la pingüe participación en la industria, ó por el atractivo de rozagante jamona. ¡Oh, cuán errado anda el Eclesiastés al asegurar: «Una de las cosas más viles y bajas que hay en el mundo, es una mala mujer, la cual es hollada y despreciada de todos como el estiércol que está en el camino.» Los que han vivido en una capital de provincia saben todo lo falsa que es la tal sentencia. Búscase el trato de las mozas de par-

tido (1) como si todas ellas fueran Aspasias, y no hay reina que ejercite el dominio de su realeza con tanta holgura como una proxeneta su imperio.

---

(1) ¿Está bien hecho? ¿Está mal hecho? Recuérdese que Platón no excluye á las meretrices de su república ideal; si bien castiga con atimia á quien, frecuentándolas, no se recata. El poeta Xenarchos escribe: «¿Por qué dedicarse á las mujeres honradas, habiendo en los lupanares chicas tan bellas? Miradlas, en largas filas, ante el umbral, en pie, al sol, los senos descubiertos, medio desnudas... Entre ellas podéis elegir aquella que más os plazca.»

Nos abstenemos de multiplicar las citas, porque pudiera resultar enojoso.







CAPÍTULO IV

Jiménez realiza varios actos heroicos; convence á la prelada.

Los pitos de las fábricas, en rugiente acorde, usurparon el silencio de la tarde. Por el cielo descolorido erraban nubecillas endebles y filamentosas, coágulos de tenue espuma, estrías de blanca incertidumbre. Perdióse á lo lejos el bufido de los activos monstruos y tornó el silencio á pesar sobre la población. Parecía una ciudad muerta ó dormida.

Jiménez y Cerdá caminaban á paso largo y en silencio. A la otra linde de la calle corre un paseo público, guardado por hileras de álamos altísimos, y más arriba un vasto parque muestra su espesura, madre de sombrosidad y de misterio. Naturalmente, hay pájaros y gorjeos, y otra porción de cosas.

Los contados ruidos adquirían solemnidad y resonancia. Cerdá miró á la bóveda celeste.

— ¡Mire, mire! Yo creo, inclusive, que aquí va á llover mañana.

A fin de confirmar su predicción, trajo á cuento un refrán en dialecto catalán, equivalente de aquel que dice: «Cielo empedrado, suelo mojado.» Como su cabeza era cilíndrica, costábale penoso esfuerzo encararse con el cielo.

— ¿Ustet no tiene miedo, Jiménez?

— ¿A qué?

— A que choquen, inclusive, la luna y el sol... ¡Carambo!

— ¿Yo? — gritó Jiménez, abriendo los ojos desmesuradamente —. ¡Pss...!

Y sumergió la cabeza entre los hombros hasta el nivel de los cuernecillos, es decir, de las orejas.

Llegaron á una plazuela pintoresca y arcaica. De una parte levántase una iglesia con una torre sola, negra y puntiaguda. Ocupa otro costado el Ayuntamiento, con un corredor á lo largo y porches en la base. Haciéndole rostro, las casitas, desiguales y fantásticas, se agrupan en un abigarramiento teatral; frontero á la iglesia, el terreno desciende en no floja pendiente, en cuya raíz se levantan otras casitas, vistosas también, también con soportales. Por la plaza pasaban grupos de modistillas vivarachas, locuaces y reidoras. Es la parte vieja de la ciudad, llena de obradores y talleres. Se les oía de vez en cuando la palabra *eclipse,* entre carcajadas; y pudiera advertirse, según miraban al cielo, con marrullera burla, que sentían hondo escepticismo ante los vaticinios de los señores sabios. Si no

bonitas, eran casi todas de incitante frescura, ojos bailarines, pequeña nariz, boca no tan pequeña, pero húmeda, labios rojos y dientes pulcros, raudos los movimientos y de tanta desenvoltura y picardía, que delataban el muslo y las nalgas; cualquiera, viéndolas, venía á cabo de que pensaban sacar buen rendimiento de sus curvas. Ninguna era el tipo de Cerdá.

—Poca ubre, poca ubre — decía con altanero desdén.

Contrariamente, á Jiménez debían de parecerle divino manjar, si se juzga por el brillo de su mirada y la manera de sorber el aire, cual si con él sorbiera las emanaciones de aquellos cuerpos mozos.

Abocaron luego una calle angosta, obscura, retorcida, y la dejaron atrás sin detenerse un punto.

Allí se hace un espacio abierto y anchuroso. Las casas son de mampostería, claras. A la derecha sube una calle amplia, en tenue cuesta, y al extremo vese un trozo de paisaje. Las blancas nubecillas eran ahora de color de rosa y el cielo violeta. Un vapor carminoso bañaba el ambiente.

Los dos amigos permanecían indecisos; consultábanse con la mirada sin atreverse á seguir adelante.

— ¡Carambo!... Hay mucha claridat.

— Muy temprano es...

Bien fuera rubor por el acto pecaminoso que

emprendían, bien fuera el reflejo del crepúsculo, lo cierto es que estaban francamente colorados. Entonces Jiménez extendió el brazo derecho hacia el frente, en bélica actitud, como si arengase á un numeroso ejército señalando el lugar del peligro y de la victoria, y arrancóse á andar con no menos premura que antes. Siguió su ejemplo el de Cataluña, gacha la cabeza, los ojos dirigidos al suelo, en actitud de víctima que camina á su inmolación.

Estaban en los aledaños de la ciudad, en las últimas avanzadas de las mansiones honestas, á unos cuantos pasos del Rubicón moral que corre misteriosamente vedando infectos arrabales.

Jiménez y Cerdá, atravesando el hipotético Rubicón, llegáronse á casa de Mariquita y sacudieron la aldaba, entre el vocerío infernal de numerosa chiquillería. Les abrieron presto. Por la escalera, en sombra, casi á tientas, subieron al comedor. Una gran mesa oblonga, de mármol blanco, estaba circunscripta en el rectángulo de los muros, casi tangente á los cuatro planos. A fin de trasladarse de uno á otro de los huecos que el mármol dejaba era menester acudir á tres sistemas, á cual más complicado: ó pasar por debajo, ó saltar por encima, ó, si el individuo era cenceño, deslizarse, á riesgo de ser partido por gala en dos, entre el mármol y la pared. Aquel estupendo monolito era legítimo orgullo de Mariquita. Otra piedra igual no la había en ninguna casa

de España. Y al decir casa, cometía deliciosa elipsis, sobreentendiendo de mujeres. Era un hermoso bloque, en efecto; con él pudieran hacerse holgadamente hasta cinco urinarios.

Había gran pulcritud y austeridad en la estancia. Tomárase, á primera vista, por un refectorio conventual, á no ser por un priapo de proporciones indudablemente gigantescas, hiperbólicas, dibujado á lápiz sobre el mármol, quizá la noche anterior, por algún pequeño Apeles obsceno y festivo.

Mariquita hizo su aparicion como una armonía bien acordada en gris tenue, una armonía que fumase pitillos de 0,45: gris el cabello, gris la bata que encubría sus perfecciones, gris un algo así como atmósfera de dignidad y dominio que rodeaba á la persona. De abundosas y mantecosas carnes, sin llegar á la exuberancia; los senos, gracias acaso al soporte del corsé, en conveniente erección y prominencia; la tez muy blanca; muy negras las cejas; muy brillantes los ojos; la boca, vista de frente, un arco de medio punto, y allí donde debiera estar uno de los chapiteles, el pitillo colgante, como columna; el ojo del mismo lado entornado, á fin de esquivar las espirales del humo, con lo cual el rostro adquiría un gesto de cansancio ó desdén.

Como se moviese, una muchedumbre de saetas luminosas — violáceas, amarillas, anaranjadas — surgieron fugaces de los dedos, de las ore-

jas, del torso. Era una constelación de piedras preciosas, brillantes en su mayoría. Bajo el lóbulo de la oreja, con luz azulina y diáfana, temblaban dos solitarios como luceros remotos.

— ¿Qué os trae por aquí?—preguntó. Su voz era masculina y agria.

— ¡Querida Mariquita! — aulló Jiménez, á pleno pulmón; y abriendo sus brazos desaforadamente, como un crucificado, fué á estrechar entre ellos á la rutilante alcahueta. Esta le respondió con un empellón suave, sonrió un poco complacida, y por epílogo juzgóse en coyuntura de dar su diagnóstico acerca del estado mental de Jiménez:

— ¡Eres un loco!

Jiménez creyó imprescindible — acaso por galantería — corroborar esta sentencia tenebrosa; determinado, pues, en esto, lo primero que hizo fué coger por el lomo un gato raquítico que jugueteaba incautamente entre sus pies; arrojólo con marcial denuedo á una señorita recién llegada, y permaneció luego en estatuaria actitud; no de otra suerte las imágenes de Colón, señalando con el índice las Indias occidentales. El gato, lleno de sorpresa y pavura, enhiestó las patas por el aire y dispuso el garfio de sus uñas de manera que se hincase en lo primero habido á mano, y fué esto un brazo de la señorita, que llevaba un poético y odorífero nombre de flor: Gardenia.

Gardenia, bastardeando y prostituyendo el apodo (acaso lo único que le restase por prostituir), lanzó un grito de parturienta, y al contemplar la blusa desgarrada y su tez percudida y arada de erosiones, encaróse con Jiménez y le colmó de insultos. Pero Jiménez continuaba señalando con el índice el camino de las Indias occidentales, como si dijera: «Vete á las Indias, etcétera.» Mariquita sonreía, á pesar del deterioro indumentario de su inferior jerárquica. Cerdá sonreía también, aunque sin despojarse de su grotesca gravedad de fetiche, y el gato enclenque, no repuesto aún de la acrobática sorpresa, acurrucado en un rinconcito, clavaba sus pupilas verdes en aquel sér superior que le hiciera surcar el espacio con ímpetu milagroso. Jiménez era el coco de las pupilas y aun de alguna patrona; implacable en sus bromas, afortunado en el hallazgo de sobrenombres referentes á físicos defectos, y muy ducho en adverar estas imperfecciones. Referiremos un casico curioso. Hubo durante algún tiempo, en casa de Mariquita, una vestal de inquietantes actitudes: movíase siempre con encogimiento medroso, rehuyendo todo contacto, cual si estuviera en carne viva. En el lecho adoptaba el decúbito lateral, sin que ni vehementes súplicas, ni hábiles argumentos, ni amenazas, la hicieran trocar su amada postura. Jiménez andaba caviloso, inquiriendo los ocultos móviles de todo aquello, mas al desgaire, celando su anhelo

y curiosidad. Al fin vió coronado de éxito feliz sus esfuerzos heroicos. Fué una rápida visión, casi genial, en el momento en que la sacerdotisa, en pelota, saltaba á la cama velozmente y al sesgo, á fin de acomodarse en ella según procedimiento consuetudinario. Jiménez, á todas estas, en paños menores y acostado, veíala desnudarse, sin pestañear. Comenzó entonces á concebir sospechas, que afinó pronto, y mirándola por el aire lanzó un clamor de júbilo, sólo comparable al ¡eureka! de Arquímedes. Sorprendióse la otra, pensando que al amigo le acometía súbita dolencia, y de esta suerte, olvidándose de sí misma, se incorporó en su auxilio. No quiso Jiménez cosa mejor. Cercioróse á su gusto; y tal como estaba, con calzoncillos por el muslo y la camisa flameante, salió corriendo hasta llegar á una salita, en donde le aguardaban otros amigos, igualmente interesados en descubrir la incógnita. Jiménez gritaba ¡Brazuelo! ¡Brazuelo!, y les explicó, por lo menudo, cómo la señorita de las actitudes inquietantes tenía un brazo deforme, mucho más delgado que el otro. Cuando la muchacha, á medio vestir, llegó á la salita en busca de su pareja y oyó á todos que la llamaban *Brazuelo,* sintió tal vergüenza que estuvo á pique de llorar. Quedóla el apodo, y esto le causó tanta pesadumbre que al poco tiempo abandonó el conventico.

Gardenia no cesaba de insultar á Jiménez, en una especie de panegírico exaltado, en que hacía

ritornelo, con insistencia desesperante, cierta denominación vulgar del macho cabrío. Por el acento de la furibunda flor, deducíase que había sido trasplantada del verjel lusitano, tal vez de Coimbra, quizá de Tras-os-Montes, acaso de las amenas márgenes del Miño. Por aplacar la justa cólera de la portuguesa, Jiménez la besó repetidas veces en la mejilla, y haciendo pucheritos, como si besase también las palabras, díjola con mimo irónico:

— ¿Quieres ser mi novia, rica Gardenia?

Esta halagüeña proposición fué como bálsamo dulcísimo sobre el corazón atribulado de la señorita.

— ¡Mira!—le decía con virginal sonrisa, mostrándole las uñaradas sangrientas de la piel y el desgarrón de la batista azul.

— ¿Quieres ser mi novia, rica Gardenia?—repitió Jiménez, besando sin tregua al pobre monstruo. Y el monstruo, aunque sabía que aquel señor no hablaba en serio, sintióse anegada en suave emoción hasta lo hondo de sus entrañas improlíficas.

Mariquita remató la escena conmovedora.

— Bueno, ¿á que venís?

— Venimos por mujeres.

Encargábase de la negociación diplomática Jiménez, por ser más hábil en arbitrios concernientes al caso, y más de la confianza de la dama gris.

— ¿Por mujeres?

— Eso mismo.

— ¡Estás loco!

— Ya me lo has dicho antes.

— Bueno, pues te lo repito ahora.

Este diálogo, por lo conciso é ingenioso, bien pudiera figurar en cualquiera de las comedias de Linares Rivas.

— Voy á explicártelo. Esta noche vamos unos cuantos amigos al puerto de los Pinares para ver desde allí el eclipse de mañana. Tenemos tomado un coche-salón en el mixto de las cinco. La cena está preparada. Sólo nos faltan mujeres.

— ¿Quiénes vais?

— Eduardo Travesedo, Alberto Díaz de Guzmán, otro amigo y nosotros dos.

— ¿Cuántas mujeres queréis?

— Lo natural es que sean cinco.

— ¿Y con cuántas me quedo para esta noche?

— Con las demás, pienso yo.

— Bueno, pues vengan los veinticinco duros por anticipado.

— Mariquita — rugió Jiménez con trágico ademán —, Mariquita, nos ofendes.

La herida de amor propio delatábase en los ojos de Jiménez con relámpagos tan inequívocos, que Mariquita no osó repetir la demanda. Hubo deliberación sobre cuáles habían de ser las mujeres, y vínose á convenir en que fueran la Luqui, la Paya, Ramona, Remedios y una nueva,

llamada Rosina. Con esto la lusitana flor púsose abatida y mustia.

— Dices que Rosina. . . No la conozco.

— ¡Cómo que llegó esta mañana!

— Mándala venir.

Mariquita, desde los umbrales, batió las palmas y gritó, embocando la caja de la escalera:

— La nueva, que baje.

La nueva hizo su aparición. Venía ruborosa, confusa.

— Buenas tardes — murmuró tímidamente.

— ¡Hola, rica! — respondió Jiménez, escrutándola impúdicamente.

Cerdá no dijo palabra. Permaneció absorto en el escudriñamiento de las ubres de Rosina. Para él, las glándulas mamarias lo eran todo en la mujer. Su mirada fué reprobadora. Aquella chica no era una vaca suiza, ni con mucho. No era una vaca, pero tenía algo de simpática animalidad, de ave inofensiva y temerosa. Jiménez, sin reputar á Rosina por odalisca circasiana ó cosa semejante, la tendió su benevolencia.

— Bueno, que vaya también. Es el tipo de Alberto.

Luego dió instrucciones á la superiora. Las señoritas estarían en la estación á la hora en punto, y á fin de evitar escándalo se colocarían en un coche de segunda. Allí irían ellos á buscarlas.

— Ya sabes, ¿eh? La Luqui, la Paya, Remedios y Ramona.

Mariquita batió las palmas otra vez:

— ¡Chicas!

Cerdá y Jiménez comenzaron á bajar las escaleras. En lo alto apareció un haz de fisonomías grenchudas, ojerosas, espantables.

— ¡Princesas! — moduló Jiménez con amoroso acento, mirándolas sonriente, en actitud de paladín medioeval ó de *tinorino* —. La alcahueta os dará la noticia.

Y les arrojó una legión de besos purísimos que se fueron revolando al empíreo, que es lo que las tales denominan *perrera.*

— ¡Ay, qué tío!

— ¡Olé tu cuerpo!

Y otras expresiones de este jaez fueron la respuesta. Y una alocada baraúnda turbó un rato el silencio de aquella santa casa. Rosina permanecía en el comedor, ruborosa, confusa.



PARTE SEGUNDA

El Pasado



SECCIÓN PRIMERA

PRETÉRITO CIERTO

CAPÍTULO PRIMERO

Rosina nace y se desarrolla. — Un hombre que tiene los ojos gordos la codicia bajamente. — Extraordinarios acontecimientos.

El rubor y confusión de Rosina eran sinceros. Su nombre no era ficticio, como el de sus compañeras, sino el mismo que hacía diez y nueve años le pusieran en la pila bautismal de una iglesiuca rústica: la de Arenales.

Arenales está asentado muy cerca de la desembocadura de un río, y por aquel entonces, esto es, cuando nació Rosina, no alcanzaba más allá de una veintena de chozas, á una legua tierra adentro, á causa del temor á las riadas.

Eran sus habitantes, al propio tiempo pescadores y labriegos, *aldeanos.*

A espaldas de cada cabañita tendíase un huertecillo lindamente cuidado. Los padres de Rosina tenían el suyo, y un cubil á la parte delantera, con su inmundo y suculento habitante y hasta diez ó doce gallinas.

Cuando el mar, mostrándose enfurruñado y soez, advertía de modo irascible que no estaba para bromas y no quería barcas sobre sus lomos, ni redes en su seno, los pescadores dedicábanse á aderezar el huerto, ó recoser las mallas del copo ó á labrar sus heredades con yuntas prestadas de los campesinos del interior; pues los oteros y collados que desde la orilla van escalonándose y encadenándose en dulce amiganza terruñera pertenecían á los marinos de Arenales. Era la existencia de las edades arcádicas. Igual que Atenas del Pireo, Arenales estaba apartada de su puerto, es decir, de lo que hacía las veces de tal, arenoso remanso de la desembocadura, en donde fondeaban las traineras.

Rosina pasó allí los primeros años de su vida en descuidada ignorancia del mundo. Cuando tuvo doce, algunos exploradores llegaron hasta el humilde pueblecillo costanero. Fué el principio de la conquista. Al siguiente año empezaron á construir una casa veraniega, muy cerca del mar, y luego otra, y varias. Algunas familias burguesas pasaban el estío en Arenales, y como entre sus miembros no faltaban mozalbetes y pollastres atenoriados, las mozas del pueblo conocieron la

quintaesencia del amor; veíanse á todas horas transidas por diabólicas miradas y frases que no entendían. Con el tiempo fueron avezando á la inofensiva escaramuza, y hasta encontrándola muy de su gusto, si bien entre ellas Rosina rehuyó en todo momento la sociedad de los señoritos. Inocente y humilde, teníales vago temor; experimentaba ante ellos supersticiosa inminencia de ignoto mal. No era la hembra salvaje, brusca é insolente, de lengua avisada y manos recias, sino la criatura sencilla, un poco de égloga á fuerza de timidez.

A los diez y ocho años, en la mejor edad de su belleza, taciturna, esbelta y de blando aire, tenía la dulcedumbre de las palomas duendas y la pompa humilde de los rosales floridos. Su cabello era de un oro de miel, ensortijado y dócil; negros los ojos y de mucho brillo; las mejillas de fuego, atenuado tras un vapor de ámbar; gordezuelos los labios; los dientes unánimes, menudos, blanquísimos. Ningún hombre la había dicho palabra de amor, como no fueran los señoritos, y éstos en loores y requiebros de sentido oculto: cuál, ¡vaya una gachí!; cuál otro, ¡qué desnivel corpóreo!; y un estudiante de Farmacia, algo de *polvo ó de barro:* ello era cosa de las carreteras y caminos. Los marineros tratábanla con respetuosa mesura, como si no fuera de su igual, acaso cohibidos por la nobleza física de la muchacha y una vaga aprensión de su destino.

En el pueblo había dos fábricas de escabeche. En una de ellas trabajaba Rosina. No era la del centro fabril una labor homogénea y regular, sino mudanza continua de una tarea á la otra: hoy soldar latas, mañana pegar etiquetas, y otro día freir bonito, y otro sardina, todo ello supeditado á las necesidades del momento, á la pesca de la tarde anterior. El dueño de la fábrica, Emeterio Barros, era un mozo inexperto, incapaz de conocer las infinitas ventajas que la ley de la división del trabajo reporta, aplicada á la fabricación de escabeches. Pero, en compensación, conocía al dedillo las consecuencias de la ley de la gravitación universal, por haberlas experimentado en la caída de sus ojos, unos ojos magníficos de diámetro, tenebrosos de pupila, que ostentaban su esfericidad poco menos que tangente al rostro; maravilla de mecánica celeste. Dijérase arte de brujería aquel par de mellizos astros rutilantes manteniéndose en su sitio sin descender en busca de apoyo al soporte de los bigotes. Parecían ojos de rana ó de ratón de cría. El, sin embargo, teníalos por la obra más acabada del cosmos, y si el negocio escabechero le hubiera dejado espacio para abismarse en especulaciones metafísicas y le hubieran asaltado dudas sobre la existencia de Dios, es seguro que tuviera á sus órganos visuales por prueba inconcusa de la sabiduría del Hacedor Supremo.

Emeterio Barros había proyectado sobre el co-

razón de Rosina el resplandor de sus brillantes montados al aire. Vió ésta el juego con gran turbación de su espíritu. El señor Barros no era conquistador tímido y vergonzante, sino que lanzaba sus fuegos frente á frente y cara á cara, y como para llegar al corazón era imprescindible pasar por los senos, acontecía que se rezagaba en aquellos dulces parajes más tiempo del que fuera menester, refocilándose con el palpitar del lienzo que malamente los encubría. Como los grandes huracanes y las perfumadas brisas resbalan por sobre el haz de la tierra, así por sobre el haz de aquellos microcosmos resbalaban pasiones y amorosos deseos; ahora tenue ventolina de deleite, luego vendaval de concupiscencia, más luego nortada de desafío, como si dijeran, encarándose con los pobrecitos: «somos mayores que vosotros»; y tenían razón, que escrupulosamente medidos, llevábanles de ventaja cuando menos un centímetro en redondo.

Rosina no necesitaba mirar al escabechero para sentirse trémula y encendida así que escuchaba su paso bien medido y dominador. La petulancia del aíre acordábase con la estulticia de los ojos. Era cruel como un tirano y lujurioso como un fraile.

Él mismo abría la fábrica muy de mañana, peripuesto y acicalado ya, con su cuello de pajaritas, corbata de raso rojo, zapatillas de alfombra y una gorrilla inglesa de color gris. El tropel de

operarias derramábase en el interior, sombrío y mal oliente, entre risas, gritos y frases que el acento de la tierra hacía líricas y sonoras. Acomodábase cada cual en su banqueta y comenzaba la tarea. Emeterio iba de un lado á otro, hispiéndose como un pavo, inquiriéndolo todo, aun lo que no debiera inquirir, desdeñoso y algo hastiado, como mercader de esclavas. Había deshonrado á algunas chicas. Cuando Rosina vino á solicitar trabajo dióselo á seguida, pensando hacerla suya en poco tiempo. Su prestigio óptico, que era el más temible, servíale de poco con Rosina, porque la muchacha no osaba levantar los párpados en su presencia.

Lo mismo era ver por entre la red de las pestañas sedeñas los pies del fabricante cerca de sí, que anegársele el pecho de angustia; enrojecíasele el rostro y se le engarabitaban las manos. Era menester que se alejasen aquellas babuchas de moqueta florida si había de continuar su tarea. El señor no sabía qué pensar de tales turbaciones. Al cabo de unos días estrechó el cerco. Rosina vió las temerosas babuchas casi rozando con la hirma de su falda, durante largo espacio de tiempo, inmóviles y tenaces, espías extraños. Don Emeterio dijo un día:

— Niña; no lo haces bien.

Ella interrumpió su trabajo sin levantar los ojos.

— No se pega así — agregó —. Mira.

E inclinándose sobre la muchacha tomó la hojadelata, que ella tenía en las manos, y una etiqueta; metió el dedo índice en un puchero de engrudo, extendiólo sobre el papel y fué adhiriéndolo á la lata con lentitud y esmero. Justamente lo que la moza hacía. Pero faltaba lo más esencial de la maniobra.

— ¿Ves? Toma.

Y al devolver la caja á Rosina le cogió la mano y la oprimió con disimulo. Rosina no tenía las manos hermosas; el trabajo se las había ensanchado, encallecido y puesto de un rojo lamentable. Es cosa averiguada que la honradez de las tareas manuales no es el mejor cosmético para dar tersura á la piel y hermosearla.

Al escabechero le tenía sin cuidado que las manos fueran ó no bonitas. Para el uso que contaba hacer de ellas. . . Pero esta escaramuza preliminar, del suave y amoroso oprimir, parecíale imprescindible en toda conquista, platónica ó epicúrea. Aunque no muy sutil ni aguda la sensibilidad de sus manos, viéndolas entre las del fabricante, Rosina creyó desfallecer de vergüenza y dolor. No tuvo fuerzas para protestar. Barros juzgó buen síntoma su mansedumbre.

Al siguiente día, pareciéndole al seductor Emeterio poco substancioso el apretón de manos, acercóse á Rosina con ingenua petulancia, y por celebrar su aprovechamiento y buena aptitud en el pegado de etiquetas, dióla cariñosas palmadi-

tas en hombros y espalda, teniendo buen cuidado de rozar como al desgaire los ricillos de la nuca al retirar la mano. Bajo la tela tenue advertíase la suavidad y tibieza de la carne. «¡Qué dura está!», pensó Emeterio, con la boca hecha agua. A Rosina, la mano del hombre parecióle de hierro candente que le abrasaba las entrañas. Un fogonazo de ira empurpuró su rostro; pero la timidez pudo más y calló de nuevo. Una comezón de lágrimas y sollozos invadió su atribulado pecho.

Sintiéndose fuerte, mordió los labios y reprimió la angustia. A la noche, á solas en su lecho, hizo acopio de voluntad y determinó poner fin á las osadías de Barros. Este, llegado el tercer día, aprestóse á su tercera escaramuza. Muy satisfecho de su triunfo, llegó hasta el sitio en donde estaba Rosina.

— ¿Cuántas cajas has pegado?

Rosina, con voz ronca y entrecortada, respondió:

— Tres docenas.

— Bueno, mujer; pero levanta la cara para decirlo. ¿No la levantas?

Rosina permaneció silenciosa.

— Quiero vértela. Eres muy guapa. Vamos, levántala.

Y llevó su mano hasta la barbeta de Rosina, á fin de levantarla el rostro, no sin antes haber rozado levemente el seno. Echóse atrás la chica de súbito, hurtando el cuerpo al tocamiento soez,

clavó sus ojos llenos de fiereza en los del fabricante y con la lata dióle en la mano tan recio golpe que brotó sangre en seguida.

— No me toque. ¿Eh?

— Mujer, no seas tan brusca.

Decía Barros sin dar importancia al ataque, en tanto enjugába la sangre con un pañuelo.

Rosina repitió:

— No me toque. ¿Eh?

De sus ojos, tan mansos y humildes en toda ocasión, brotaban entonces resplandores de incendio. Barros no supo qué hacer de sus formidables masas oculares. En aquel trance no le sirvieron de nada. Quiso disculparse.

— Chica, no creí que te molestara. No tenía nada de particular...

Rosina, por última vez, murmuró ahogadamente:

— No me toque. ¿Eh?

Le temblaban las manos, y el seno latía azoradamente.

— Bueno, bueno, mujer.

Las operarias se miraban unas á otras y reían con disimulo. Barros, ahuyentado y corrido, salió á la puerta de la calle, se apoyó en el quicio y dióse á ordenar sus revueltas ideas. De su cavilación sacó como cosa cierta estos postulados: que Rosina guardaba salvaje culto á la honradez, que toda posesión extralegal era punto menos que imposible, y que el único arbitrio era simu-

lar purísimo amor, pretender á la chica en matrimonio, encubrir con cuidado la falacia, y buscar coyuntura á la voracidad de su bajo apetito. Deseaba á Rosina con ansias brutales. La lujuria le atenazaba el cerebro. Temía no domeñar los ímpetus el tiempo necesario. Se hubiera arrojado sobre la muchacha como un toro joven y frenético.

Por su parte, Rosina encontrábase sumida en una niebla espiritual. No pensaba en nada. Sentía repugnancia del hombre, no de su conducta. Hubiérale un marinero oprimido las manos y tocado la barbeta y quizás no viera en ello ni osadía ni impudor.

Barros, fiel á su plan, comenzó á ejecutarlo aquella misma noche. Presentóse en casa de Rosina y estuvo departiendo con la madre y con la abuela largo tiempo. Rosina, acurrucada en un rincón, junto al hogar, no dijo palabra. Barros menudeó las visitas, espaladinando sus galanteos. Las dos viejas, crédulas y soñadoras, advirtiéronlo al punto, y construyeron en la mente un próspero porvenir. Serían ricas; serían señoras. Pero Rosina despreciaba á su pretendiente. Una noche, tomándola por su cuenta, se aplicaron á sermonearla en una prolija y pintoresca amonestación. Respondió Rosina:

— Dáme asco de él.

La abuela, santiguándose, exclamó:

— ¡Ay, Jesús! ¡Tan garrido zagal!

La madre se llevó las manos á la cabeza, murmurando:

— ¡El moziquín más guapo que hay en el mundo!

Y prosiguieron en letanía quejumbrosa:

— Con aquella color...

— Y aquellos ojos...

— Y con tantos cuartos...

— Y una fábrica de escabeche...

Rosina comenzó á llorar con infinito desconsuelo.

— Calla, neña; non llores... Todo se arreglará.

Cada una fué á su jergón.

Barros avistóse una noche con el padre de Rosina. Le dijo en pocas palabras que pretendía casarse. «No sé si ella querrá», añadió secamente, á guisa de epílogo.

— ¿Cómo si querrá? — preguntó el marinero. — ¿Pues no ha de querer?

— No lo sé.

— Lo sé yo.

A poco el padre preguntaba á la hija:

— ¿Ye verdá que no te gusta el fabricante?

— Ye verdá.

— ¿Y si quisiera casarse contigo?

— Como si no...

El marinero golpeó á su hija hasta dejarla exánime. Quería matarla. La madre y la abuela intervinieron implorantes; lanzaba en la noche ala-

ridos lamentosos é invocaciones arcaicas. Era junto á los umbrales de la casuca, en la pequeña quintana. En el fondo negro de la cocina, sobre el lar íntimo, el rescoldo reverberaba como un fuego sagrado. Afuera, Rosina estaba inerte, tendida en noble escorzo. Las dos viejas, enlutadas y de rodillas, tendían sus brazos enmagrecidos hacia la altura, y el marinero, empuñando un remo inservible, profería blasfemias. En el cielo las constelaciones innúmeras derramaban una caricia de luz violeta. En el cubil cercano el cerdo, poseído de temor, mezclaba á los lamentos de las viejas sus gruñidos medrosos.

Al siguiente día, el marinero hizo la misma pregunta á su hija:

— ¿Ye verdá que no te gusta el fabricante?

Rosina, densamente pálida, dolorida y humilde, respondió en voz baja:

— Ye verdá.

— ¿Y si quisiera casarse contigo?

— ¿Mándalo usté, padre?

— Sí, mándolo.

— Pues bueno.

Su pecho latía con ritmo de olas furibundas. Los ojos se le anublaron. Rosina creyó dar en tierra con su cuerpo, dolorido aún. El padre no advirtió estos indicios de dolor. Fuése satisfecho, canturreando entre dientes. Desde este punto, todas las noches llegaba Barros á la casa de su prometida, más rijoso á medida que se demoraba

la satisfacción de sus designios, más astuto, más hipócrita. La familia de la muchacha, buscando adecuado fondo al cortejo, colocaba dos sillas bajas en el huertecillo, en donde se sentasen los novios. Barros comenzó la obra de seducción con largas parrafadas líricas á su modo, de un lirismo en vinagre. Su instinto de hombre sensual y mujeriego le advertía que, para la posesión de aquella hembra, era menester previo incentivo romántico. En consecuencia, y juzgándole eficaz, echó mano de un sentimentalismo fiambre, en conserva, que había sedimentado en su memoria á causa de pretéritas lecturas folletinescas.

El titilar de las estrellas y la palpitación sorda del mar lejano hicieron su aparición en los discursos de Emeterio, en calidad de filtros de oculto prestigio amoroso destinados á emponzoñar el corazón de la doncella, la cual ni siquiera escuchaba. A la segunda noche Barros se dió cuenta de ello. Cambió de táctica. Ya no era trovador exaltado de caudalosa vena poética, sino mancebo entristecido, lacio, inapetente, para quien los desdenes de su amada son otras tantas heridas en el corazón. Quejábase sin tregua, llamaba á las lágrimas en su auxilio, sin que acudieran, y profería unos lamentos capaces de hendir árboles y rocas. A la tercera noche fué el amante terrible y dominador, no el que implora, sino el que ordena, el que conmina, el que amenaza. Como el hombre de los ojos gordos era fabricante, y sólo

fabricante, estas simulaciones de amor le resultaban muy por debajo de sus latas de sardinas en aceite. A Rosina no se le ocurrió, ni por un momento, prestar oído al gárrulo bullir de la falsía. Cierta repugnancia espiritual la servía como de aislador, envolviéndola en una diafanidad de vidrio, á través del cual veía á Emeterio manotear y gesticular, sin oir palabra de cuanto decía. Con todo, la vecindad de Barros la llenaba de desconsuelo. Adivinaba vagamente que nunca llegaría á ser él su marido; pero el horrible tormento de tenerle á su lado una noche y otra, el que tal vez osara cogerle la mano, le inundaba el rostro de sudor frío y el alma de sobresalto. Antes de dormirse lloraba amargamente sobre su almohada.

Esto acontecía á mediados del estío.





CAPÍTULO II

En el que se verán las proezas de Mr. Levitón y su gente. — Don Amor hace la primera salida.

Una tarde corrió por Arenales jovial estrépito do broncínea fanfarria. Viejas trompas doradas dieron al aire su jactancioso son, y el tamboril de bruñido y patinoso parche retozaba como un mozalbete. Errabunda pandilla de saltimbanquis recorrió el pueblo anunciando un mirífico espectáculo para aquella misma noche. A la cabeza del cortejo, sobre pasero rocín, cabalgaba un muchacho redrojo, con mallas bermejas desvaídas y un cartelón que rezaba:

OI ALAS NU EBE D ELA NOCHE
SORP RENDENTE SEJERCI CIOS ACRO VATICOS
FRENTE LA IGLESIA

Detrás del chico, enhiesta sobre zancos de sorprendente altura, caminaba una jovencita, por las trazas del rostro hermana del desmedrado heraldo; los zapatos, de raso deslucido; medias

blancas, un tiempo; bombachos amarillos guarnecidos de borlas en el gozne ó artejo de la rodilla; blusa del mismo color que los bombachos, suelta y plegada, bajo la cual los senos, exiguos como frutos serondos, iniciaban dos bóvedas humildes; tímido escote en planicie, atalayada por las trincheras de las clavículas, y el cabello, de endrina, trenzado hasta el nivel de los hombros. Esta elevada joven hacía undular en el aire una banderola policroma. Un mancebo, como de veinte años, venía á la zaga. Era fornido y armonioso de miembros, soñoliento de andadura, trigueño de rostro, melancólico el mirar. Llevaba en la mano derecha una pesa formidable y las mallas, de un color rosa moribundo, ceñíanse á los lóbulos del músculo poderoso. Luego, una dama horrorosamente gorda, vestida de bailarina, á horcajadas en un pollino pigmeo, rucio de pelo, de orejas decadentes y atribuladas y de ojos adoloridos. Cerrando la comitiva marchaban los músicos, jarifos y orondos, vestidos de percalinas abigarradas; los carrillos porráceos y bermejos en fuerza de soplar; los ojos á punto de prorrumpir en un estallido; sobre la frente infladas las venas como lombrices negras. El uno tañía una trompa, el otro un sacabuche. El tercero, que redoblaba en el tamboril, sonreía, como gozándose en el tormento de sus camaradas. Era el preboste de la vagabunda comunidad.

Aquella baraúnda sonora de colorines exten-

dióse sobre el pueblecillo costanero como ola de luz nacida en soles ignotos, en universos lejanos. La viveza de los tonos en la indumentaria, casados bizarramente, evocaba la imagen de aquellas aves de ensueño, luminosas y locuaces, que anidaban en la narración de algún capitán de barco venido de las Antillas. La errabundez perdurable había puesto en las pobres gentes un poco de melancolía, y el polvo de los caminos un velo de opacidad, y el sol de cada cenit una buena gracia de resignación. Mas, el vaho de tristeza que envolvía los cuerpos ajetreados; el bordón de la pesadumbre que vibraba al unísono y por bajo la danzarina música; la niebla gris de lo efímero sobre el alma y sobre los ojos de los bohemios; la monotonía de lo inconstante; el acicate de la inquietud, y el rodar á la desventura, y el ignorar de rumbos, y la orfandad de puertos, y el temor de eterna romería, y, en fin, la aureola sentimental de la huidera caravana, todo ello era inadvertido por los habitantes del pueblo, los cuales contemplaban suspensos el desfile exótico, aturdidos con los clamores de la trompa, la prosopopeya del sacabuche y el horrendo fragor del tamboril, largo y estrecho como una columna. La cara ígnea de los músicos, y las piernas de la bailarina grotesca, y el pollinejo atribulado, les hacía desternillar de risa. Ante la joven de los zancos y el mancebo de la pesa, santiguábanse entontecidos. Los chicuelos inven-

taban piruetas y saltos semisalvajes. Las casas quedaron vacías en un minuto. Las mujeres buscaban explicación lógica á lo que veían sus ojos. Era cosa de encantamiento.

La pingüedinosa y exuberante bailarina excitaba turbulentas manifestaciones de regocijo. Mujeres y chicos lanzaban aullidos de frenético gozo.

— ¡Ye la tarasca! ¡Ye la tarasca!

Aullaban, saltando con impulso heroico, como en una danza primitiva.

— ¡Joasús, qué piernes!

Vociferaban las mozuelas, cubriéndose el rostro con las manos, y torcían hacia otra parte la cabecita, con espanto cómico, como huyendo de la horrenda visión de su propio sexo deforme. Es decir, parecían dar á entender, que nosotras podemos llegar á eso... Y entre la celosía de los dedos escapábanse gritos de horror: ¡Uy! ¡Uy! La bailarina gravitaba sobre el exhausto pollino, serena y majestuosa, algo embriagada por el éxito. Era la señora del preboste, papisa de la peregrinación acrobática y madre de los dos pimpollos delanteros de la comitiva. Su esposo sentía hacia ella hondo afecto conyugal y una admiración artística sin límites. Por dondequiera que había pasado era un éxito loco. En un pueblo de la provincia de Lugo se desmayó la alcaldesa de tanto reir. Su número era el más aplaudido en todas partes, y el de más rendimientos moneta-

rios. Tenía la intuición de lo grotesco, de lo bufo, y unas condiciones físicas extraordinarias. «Si mi Ramona fuese hombre ... », pensaba monsieur Levitón (1), jefe de la *troupe,* «con esos pechos y esos muslos que tiene...» Pero, doña Ramona no era hombre, y de haberlo sido, quizás estuviera privada del inapreciable don de los senos. Esto no se le ocurría á Víctor, es decir, á monsieur Levitón. Ocurríasele, en cambio, que en virtud del trueque de sexo él no hubiera llegado en tan pocos años á jefe de compañía, pues en la recia ascensión á la gloriosa cúspide, Ramona había hecho mucho. ¿Que los miembros del conjunto artístico eran casi todos de la familia? ¡Claro que sí! Por eso precisamente. Si Ramona no los hubiera parido, ¿cómo hubiera llegado su esposo á tenerlos so la férula gimnástica? Si no todo, cuando menos Ramona había hecho la mayor parte. Y la mayor parte no era la función fisiológica de concebirlos y parirlos, con dolor y estruendo, eso sí; la mayor parte para aquel maridaje bohemio era la fraternidad del alma, el cariño constante en las correrías perennes, los consejos en la adversidad, la perseverancia en el trabajo, la mutua confianza, la risa confortativa en las privaciones — aquella mujer tan gruesa reía como un serafín del empíreo —, y sobre

(1) La historia de este notable artista se publicará algún día.

todo, el espiritual aderezo en el divino acto. Lo del *aderezo* requiere una explicación. Cuando Víctor conoció á Ramona, ésta tenía ya estructura atlética. Nada, pues, más lógico que Víctor la deseara carnalmente. Iban los dos en la compañía de monsieur Grignón, francés de veras, nacido en Provenza. Ramona era hija de un equilibrista. Víctor había sido levado, al paso de la errante pandilla, en una aldea de Aragón. Fué una buena leva. Daba vueltas con la cabeza hacia abajo igual que una perinola. Víctor, con ánimo resuelto, propuso á Ramona el amoroso ejercicio. Ramona rechazó al mozo con ingenua honestidad, pero no con enojo; gustábale el aragonés y la manera de dar vueltas que tenía. Pusiéronse en amores castos y al poco tiempo hicieron vida común, después de bendecir el enlace monsieur Grignón y el equilibrista, en ceremonia solemne. No quisieron hacer tálamo del carretón. Era una noche estival y en tierra de Campos; el cielo, zafirado y eterno; la tierra, plateada y eterna. Infinitud de estrellas tremaba en la altura y en las tierras labrantías aunaban su canto legiones de insectos. Víctor y Ramona acomodaron su lecho en plena noche. Ramona defendió su virginidad, no con urañía, sino con aquella recatada y vergonzosa resistencia que cuadra tan bien á toda mujer sin mácula. Cuando Víctor, entre amorosas solicitudes, preso de inmoderado afán, atinó á desnudarla, el cuerpo de la joven fenó-

meno, con sus collados y lomas y rotundas cumbres, bajo la luz incierta de las estrellas, parecía una cordillera nevada. Víctor anegóse en aquel mar de sebo tibio, de blancura láctea, donde hubiera naufragado á no ser por el simbólico fanal del alma de la joven. Ramona tenía el alma delicada y sutil como flor otoñal. Su tenue aroma, venciendo la grasienta envoltura, derramábase al exterior en ondas de éxtasis, maceraba palabras y suspiros, lubrificaba las asperezas del lascivo choque. Si alguna vez el hombre se veía á punto de caer en desenfrenada torpeza, la misteriosa emanación del alma de Ramona captábale de nuevo los sentidos, transportándole hasta el deliquio. Las repulsas ingenuas, pero obstinadas, y cierta aversión, sincera ó fingida, á la cópula, eran los embelecos de que la hembra se rodeaba á fin de mantener en su macho el deseo firme y ardiente como una antorcha. Y desde aquella memorable noche de tierra de Campos hasta dos días antes de la llegada á Arenales—y cuenta que en el intervalo Ramona había parido seis criaturas—, siempre que bajo el miserable campamento, en el silencio de la noche y en la desolación de la aldea, había sentido Víctor la voz imperiosa del sexo, su compañera arreglábaselas de suerte que le hostigaba la ilusión, y el pobre hombre imaginaba, como aderezo del acto divino, que una casta doncella, la virgen del aduar, rendida por súplicas vehementes, le entregaba

la flor de su doncellez entre lágrimas y sollozos.

Al pasar los saltimbanquis por delante de la fábrica de escabeches, las operarias movieron tan grande guirigay que Barros hubo de darlas suelta. Salió Rosina entre sus compañeras á fin de contemplar á la andariega gente. En un principio no supo qué pensar de todo aquello; estaba atónita. Sobre su alma atribulada, los colores extraños y la música loquesca pusieron una franja de luz y de armonía. Sus compañeras siguieron en pos de los cómicos. Ella encaminóse á su casa, dando vado á las flamantes sensaciones. Las callejas, por aquella parte, tienen el piso de arena roja, suelta y movediza. Rosina hundía los pies en el suelo, hasta los tobillos, sin avanzar gran cosa. Miraba con los ojos á lo lejos, que es el modo mejor de no mirar parte alguna. La cinta de color almagre, cual arroyo sangriento, resbalaba ante ella, como un destino, entre dubas verdegueantes. Los melgares, de un lado y otro, entremezclaban las motas verde-cinabrio de las mielgas con desgarrones tierra-sombra. El mar, en su cansado murmurio, orquestaba con el estridor de los cobres y el ronco trepidar del tamboril. Agudos clamores hendían el aire. Rosina, entornando los ojos, veía el errante cortejo, exótico y lleno de prestigio; los músicos, la bailarina gruesa, el chico del cartelón, la joven de los zancos... y el mozo de la pesa mirándola fijamente,

según ella salía de la fábrica con las demás compañeras. La emoción la embargaba el pecho. La imagen del mozo se había adueñado del recuerdo de Rosina; no recordaba nada sino á él: la negrura é intensidad de los ojos; la rojez de la boca; la abundancia y lustre de los cabellos enguedejados, uno de cuyos rizos le caía hasta las cejas; la suavidad del color; la firmeza del cuello; la amplitud del torso; lo fornido de brazo y pierna; todo, todo él, desde la cabeza hasta los pies.

La casa estaba vacía. Sentóse en una silleta de paja, al lado del extinguido hogar, con el codo en el muslo y la barbeta en la palma de la mano. Llegaba el bullicio hasta allí, atenuado y confuso. Una malva real, plantada en los umbrales, olía á gloria y á sencillez.

De pronto Barros destacó su figura sobre el cuadro de la puerta. Rosina vió, temblorosa, la odiada silueta cerrando el paso.

— ¡Hola, Rosina! ¿Estás sola?... ¿No me respondes?

— Ya lo ve; pero vóime.

— No te vayas. Estamos mejor solos; hablaremos un rato. ¡Tengo tantas cosas que decirte!...

Abrió los brazos y apoyó las palmas en el marco de madera. Visto desde dentro, sobre el fondo gris de la tarde, parecía una cruz negra y embrujada, puesta allí para trocar la casita en mazmorra.

Rosina comprendió que sus fuerzas no eran, ni con mucho, para derribar á Emeterio y forzar la salida. Al tanto de su debilidad y aniquilada por el horror de presunta desdicha, escondió el rostro entre las manos y comenzó á sollozar.

— ¿Qué te pasa, mujer? — preguntó Barros, y fué á consolarla.

Rosina, que sintió los pasos, alzó la cabeza y vió al fabricante con los brazos tendidos y prontos al abrazo. La puerta mostraba su rectángulo de luz mate. La muchacha, casi sin darse cuenta, poseída de extremado aturdimiento, dejó de un salto la silla y buscó refugio con tanta presteza que, cuando Barros, recobrándose de la turbación, intentó asirla, ya estaba ella en la otra parte. Barros, considerando que era muy difícil que se le presentase en mucho tiempo otra coyuntura tan favorable como aquella para el logro de sus designios, determinó proceder con cautela. Bajo el ímpetu de la sensualidad trepidaba poco menos que una caldera de vapor. Sus ojos, aun cuando se tenga por imposible, habíanse aventurado un gran trecho en el espacio, como subyugados por la atracción del cuerpo de la moza. Con las manos crispadas arañaba las perneras del pantalón. Permaneció inmóvil y silencioso unos minutos. Nada de explosiones ni de brusquedades, se decía; ahuyentarla sería frustrar el éxito. Faltábale, no obstante, astucia para deslizarse con tino. No se veía á la moza, pero se la

adivinaba vecina á la puerta, por la penumbra que caía sobre el umbral y por alguno que otro suspiro, muy cercanos. La pobre niña permanecía apoyada en el muro, de espaldas á la entrada de la casuca, con la cabeza caída hacia adelante, los brazos como inertes á lo largo del cuerpo, en actitud divina de abandono y desolación. Hubiera huído, pero las piernas se le negaban. Sentía invencible desmayo y turbación; anublábasele el cerebro; se creía en lo hondo de una pesadilla.

Barros encaminóse pasito á pasito hacia la puerta, asomó el rostro y pudo contemplar á Rosina sin ser advertido por ella, que estaba, según se ha dicho, con el hombro izquierdo apoyado en la blanca pared. Como tenía la cabeza derribada sobre el pecho, Emeterio pudo ver el escorzo del cuello, blanco y gentil, la nuca sonrosada y cubierta de pequeñas vedijas de oro, y el arco de los hombros, que con los sollozos se estremecía de vez en cuando. Era blanca la blusa, y roja con lunares negros la falda. El cuerpo gravitaba sobre el pie derecho, con lo cual la cadera del mismo lado erguíase firme y majestuosa; la pierna izquierda, un tanto rezagada, de modo que entre los pliegues de la falda adivinábase el suave contorno de la pantorrilla. Bajo la fimbria asomaba el tobillo desnudo y el pie calzado con alpargata de color vino tinto.

Esta visión tentadora acabó de turbar los no

muy serenos sentidos del fabricante. De la codiciada nuca, escondrijo de besos y guarida de tentaciones, parecían salir ígneos dardos que se le espetaban por las carnes y se metían alma adentro, como víboras de oro encendido. Una mancha roja, de lujuria y de sangre, se extendió sobre sus ojos. Con ritmo de vértigo pensó un punto si abalanzarse á ella ó no, si dominarse, si los gritos atraerían á la gente, si el ataque sería prematuro, y otra porción de cosas más, encabalgadas y confundidas en el obsesionado cerebro.

Por allí cerca no había alma viviente. Los sones de los instrumentos se habían apagado. Sólo el mar canturreaba, incansable y solemne.

Barros cogió por la cintura á Rosina, la cual, sintiéndose presa entre aquellas manos rígidas y ardorosas, forcejeó por huir de la terrible traba. No pudiendo conseguirlo, con las suyas comenzó á arañar fieramente las del rijoso y encelado Emeterio. Estaba enloquecida. Exacerbaron su frenesí los besos furiosos y atropellados que el hombre la daba en la nuca, en el cuello, en las orejas, en las mandíbulas, hasta donde alcanzaban los labios ávidos. En un comienzo Barros no sintió los arañazos; pero, á medida que éstos acrecentaban su rabia y labraban la piel con más ahinco hízose sentir el dolor rabioso y agudo, de manera que, buscando momentáneo alivio y defensa á la furiosa garra, soltó su presa un mo-

mento, el cual aprovechó Rosina para huir. Por si ó por no la alcanzaba, Emeterio comprendió que podían fracasar sus planes definitivamente. Y así, comenzó á correr detrás de la muchacha, requiriéndola con mal fingida dulzura. El temporal de besos le había descargado, aunque en corta medida, el alma de apetitos.

— ¡Rosina, Rosina! — exclamaba sin darla alcance —. Detente, te lo suplico. Perdóname. No supe lo que hice. Perdóname. Escucha. Párate.

Hasta entonces, ni el uno ni la otra habían dicho palabra. Todo el tiempo que duró la lucha habían estado con el caudal de energías atento á su fin: el uno á poseer, la otra á rechazar, avaros entrambos de todo esfuerzo inútil; escuchábase tan sólo algún jadeo de momentánea debilidad en la hembra y un opaco rugido de ansia en el macho.

Rosina corría con ligereza de corza amedrentada, sacando fuerza de su pretérito desmayo y flojedad. A poco trecho de ella corría también el fracasado escabechero, con las manos tendidas hacia la chica, ensangrentadas é implorantes, sin dar tregua á sus palabras de arrepentimiento y de súplica. Rosina ni veía ni entendía nada. Iba como aquella diosa de la tragedia de Esquilo, convertida por Zeus en ternera y hostigada por tábano tenaz y cruel.

Quiso su fortuna que, cuando Barros estaba á punto de echarla mano, aparecieran en una

curva del camino la madre y la abuela. Contra ella fué á dar de bruces la aturdida muchacha y á continuación el furibundo Emeterio. Las sencillas mujeres mostráronse sorprendidas, aunque sin sospechar, ni aun menos inquirir, la causa ú objeto de aquella desenfrenada carrera; y si, merced á su confinamiento de por vida en el pueblecillo y á la ignorancia de cuanto ocurre por esos mundos de Dios, no desconocieran en absoluto el moderno auge de ciertos deportes, es cosa segura que imaginaran, cómo los dos jóvenes, por puro pasatiempo, entretenían sus horas estableciendo *machts* de velocidad y resistencia.

Al encontrarse Rosina con el imprevisto refugio dió vuelta á su tribulación en una catarata de lágrimas y suspiros. Ni aun solapándose en estos elocuentes testimonios logró el pérfido áspid de la desconfianza morder en el alma de las buenas viejas.

— ¿Qué te pasa, neñina? — preguntaban con tierna solicitud; y como Rosina, muy atareada con sus hipos y turbación, no tenía coyuntura de responder, encargóse Emeterio de hacerlo en nombre de ella.

— Nada, tonterías, tía Pepa; tonterías, tía Manuela. Nada. Que como no había un alma por el barrio ocurriósele tener miedo á los difuntos y á los aparecidos y echó á correr á todo escape. Yo quería convencerla, por eso corría detrás. Pero

que si quieres... Entonces asomaron ustedes en el camino... ¿Verdad, Rosina?

Todo este ingenioso y fantástico discurso lo improvisó Emeterio con pasmosa naturalidad, acompañándolo de expresivos gestos con los ojos, que no habían vuelto aún á su ordinario acomodo, y con la boca trémula y pálida, pero no con el ademán; pues, dando prueba de sumo encogimiento y recato, mantenía las manos muy bien guardadas en las faltriqueras de los calzones, donde pasaban las de Caín con resignación cristiana.

— ¡Joasús, Joasús! — exclamó la madre —. ¡Qué neña tan fata! Tener miedo á los defuntos... ¡Calla, calla, neña, que no vienen por ti!

Rosina, á juzgar por la apariencia, no se juzgaba muy á salvo de los temerosos y cadavéricos huéspedes. La abuela, que en su venerable estado de ochentona guardaba recuerdos de innumerables sucesos extraordinarios, acaecidos en el curso sosegado y lento de su vida, todos ellos en el mismo Arenales y entre ánimas, aparecidos y misteriosas potencias, dejó oir su autorizada voz en este asunto:

— Non digas oses coses, Pepa. ¿Tú qué sabes? Así Dios me salve, que los defuntos se aparecen. Una vez, siendo yo rapacina...

Y contó la espeluznante y verídica historia de un difunto del pueblo que, abandonando todas las noches funerales sudarios y fría tumba, mar-

chaba á casa de su mujer, de la cual, en vida del marido, se murmuraba si tenía ó no tenía ciertas complacencias con un americano, *del pote* para mayor ludibrio. El esposo no supo la infame traición hasta después de muerto, es decir, un poco tarde para cualquiera otro que no fuese él. El, por el contrario, compelido por un feroz espíritu de venganza ó de justicia, que en este caso es aventurado fallar por una ú otra virtud, atormentó á la esposa infiel durante algún tiempo, hasta que, cansado de andarse con paños calientes, la agarró una noche por los pelos y se la llevó á rastras á los profundos.

Rosina olvidó sus angustias oyendo aquella historia que su abuela contaba. La tía Pepa debía de tener las creencias algo corroídas por deletéreo escepticismo, que todo lo invade; y así, dijo á la más vieja de las tres mujeres:

— ¿Usted créelo, madre?

— ¡Ay, Joasús! ¿Pues no lo tó creer? Vilo con estos mismos gueyos, y violo todo el pueblo. Usté, don Emeterio, que es leído y escrebido, y tién una frábica de escabeche, debe de saber de estes coses. ¿Non ye verdá que se aparecen los defuntos?

Emeterio, que estaba muy satisfecho por haber salvado del trance, mostróse galante y ecléctico, tratando de conciliar las encontradas opiniones de las dos mujeres en la espinosa cuestión de aparecidos, trasgos y duendes. Costábale

gran esfuerzo, no obstante, menudear sus bien urdidas razones sin hacer uso de las manos, que á cada minuto que pasaba le escocían más y más, influídas, sin duda, por la caldeada temperatura del medio ambiente, pues dicho se está que las tenía en los bolsillos, y estos bolsillos eran los del pantalón. El tormento llegó á hacerse brutal é intolerable, y obligó á Emeterio á despedirse, cortando de este modo su plática. Antes de que se marchara habláronle las viejas del espectáculo insólito de aquella noche y de los preparativos que se estaban llevando á cabo, entre otros, la colocación de una pista y de una hilera de bancos, cuyos asientos debían cobrarse á tres perronas por cada uno. Invitó el joven de los ojos voluminosos á toda la familia, y con esto se marcharon las unas por un lado, muy satisfechas, y por el otro Emeterio, casi á la carrera, soplando furiosamente el dorso de las manos así que se apartó un trecho.

Los bohemios habían acampado junto á la iglesia parroquial de Arenales, que no era sino humilde capilla con una prolongación triangular del muro en la fachada, á manera de campanario, y en él dos campanitas humildes en sendos huecos de medio punto, y una cruz de hierro en el vértice superior. Sus paredes no estaban jalbegadas como las de otros santuarios de aldea, sino ennoblecidas con una capa de color amatista, ajada y raída por los huracanes salitrosos; pare-

cía un prelado sencillo y pobre. A una banda de la nave única estaba adosado el cementerio, con los muros tapizados de hierbezuelas gayas; á la otra parte viejos eucaliptos próceres, ascéticos, de andrajoso y negruzco follaje, en número de siete, que es número místico. Al pie de estos nobles patriarcas, sobre una pradera afelpada y cencida, armaron los nómadas gimnastas un tendejón con palos y lonas.

En torno del campamento hormigueaban chicos y mujeres, escudriñándolo todo con avidez, impacientes de la iniciación, como catecúmenos en el atrio. Los preparativos fueron observados por los curiosos con asombro y cordura. Nadie osó decir palabra. En una plazoleta, frontera á la iglesiuca, instalóse prestamente heterogéneo armatoste, cuyo rótulo ó etiqueta, clavado en una estaca, decía así con notoria hipérbole:

¡GrAn ZirCo acroBatICo EcueStRe
de MosiU leViton!

La tarea de descifrar este rótulo fué ardua. Las mujerucas, aun las más versadas en letras, devanábanse los sesos tratando de acoplar los sonidos articulados en sílabas, éstas en palabras y las palabras en períodos. Aquella zarabanda de minúsculas y mayúsculas, colocadas sin orden ni concierto en caprichoso zurcido, las traía á mal traer. Gracias á la intervención del cura pá-

rroco, que vivía en una casa contigua á la plazuela, se logró desentrañar el sentido de esta inscripción, más enrevesado que si estuviera en caracteres jeroglíficos ó cuneiformes. Lo de Mosiú Levitón produjo un escándalo de risotadas y aullidos: fué la única nota discordante, porque el asombro vino á templar los excesos del regocijo, ahuyentándolo á la postre.

Aunque todos los materiales constructivos venían en el carretón ambulante, lo cual debiera perjudicar no poco á la industria del pueblo, sus vecinos, con levantado espíritu y desinterés notorio, ni siquiera pararon mientes en el hecho. Toscos bancos con rayas y números negros, dividiendo y clasificando los asientos, trazaban una circunferencia de considerable radio, rota á la parte de la ranchería, que había de representar por la noche el misterioso papel de camerino para los acróbatas. Tapizóse la pista con arena y aserrín, con lo cual adquirió un tono amable de mantequilla, que daba gloria verla. En el centro metieron dos altísimos palos, y luego otro, á buena altura, perpendicular á los primeros, y de éste colgaron unas anillas forradas de terciopelo carmesí, algo raído quizá, y un trapecio con dos bolas de cobre á los cabos de la barra, relucientes y bruñidas como si fueran de oro. De trecho en trecho, en torno á la pista, clavaron otros palos, con candiles y banderolas exiguas, pero nunca tan exiguas como ahumadas, cosa muy con-

forme con las leyes naturales. Por detrás de los bancos subían las gradas, que no eran otra cosa que tablones malamente apoyados en pies derechos. Y he aquí el gran circo acrobático-ecuestre de Mr. Levitón, monumento de espantable grandeza, erguido y solemne sobre sus cimientos en menos tiempo del que dura un discurso parlamentario. Cuando el joven de la pesa y los dos músicos, bajo la sabia dirección de Víctor y á la luz amarillenta y humorosa de un candil, encaramados en la cumbre de las gradas daban gloriosa cima á su obra, ya el rutilante y desprestigiado Apolo hubiera ocultado por Poniente las últimas hebras de sus aurinos cabellos. El cielo habíase encapotado y estaba hosco. La gente, en silencio, pululaba alrededor del coliseo. Del cuadro de luz de una ventana, en la mansión del cura, desbordaron melodías untuosas, tristes y nobles, canciones del terruño exaltadas por la unción religiosa del armonium que el sacerdote tañía. El mar, que nunca sabe estarse quieto ni callado, rebulló á lo lejos, haciendo oir su inquietud y refunfuños.

Los candiles, con plétora de jugo vital, lanzaban intrépidas y serpenteantes lumbraradas, que á poco se convertían en humazo espeso, lóbrego. Todas las localidades se habían vendido; las de preferencia, esto es, asientos de pista, á tres perronas, es decir, 0'30 de peseta; las gradas, para la plebe, á tres perrinas, 0'15. Había muchos ni-

ños y un solo militar sin graduación, el carabinero del pueblo, llamado ordinariamente *chicote*, y más ordinariamente aún, *caravinagre*. Ocupaban los bancos de la pista algunos señores de la colonia veraniega; las *fabricantas* (operarias de las fábricas) más carnosicas, invitadas por algunos señoritos seductores, los cuales departían con ellas, según se supone; el cura del pueblo, hombre evangélico y bonachón, toda la familia de Rosina, y el hombre de los ojos gordos al lado de la muchacha. Reinaba un silencio de ansiedad y de emoción.

Los marineros, mozos la mayor parte, que habían vuelto de la pesca á prima noche, andaban desparcidos por las gradas, impacientes y graves, escudriñando la entrada de la pista con sus ojos serenos y un poco vagos, avezados á perderse en lontananzas confusas, en la infinidad de mar y cielo. El corazón de algunas viejas palpitaba como un niño medroso.

Barros llevaba unos hermosos guantes de punto, de color gris perla. Dando treguas á la emoción é impaciencia, la madre y abuela de Rosina examinaban aquel detalle de indumentaria, juzgándolo elegante ornamento muy en concordancia con el nocturno festejo. Rosina estaba más grave y hermosa que nunca, el rostro algo ahilado y empalidecido, aureolados de livor los ojos, y las pupilas, tristes y húmedas, colgadas del paraje por donde habían de salir los artis-

tas. Emeterio la decía de raro en raro frases amorosas, que ella no escuchaba.

De pronto, una ola de curiosidad erró sobre la masa del público. Mr. Levitón, con holgadísima casaca verde de luengos faldones que le caían hasta el asiento de los pies, penetró denodadamente en el recinto, y así que hubo hecho exageradas reverencias y contorsiones ridículas, anunció que iba á dar comienzo el espectáculo con la sinfonía. Como así fué. Los ejecutantes de este aperitivo musical no se dignaron aparecer ante el público. Desde lo hondo del campamento soplaban con furia, entremezclando los más discordantes temas melódicos, desde el sesudo y cavernoso *tantum ergo* hasta aquel otro incitante y liviano que corresponde á la inspirada letra *tengo dos lunares*, etc. etc. Mr. Levitón había vuelto á su guarida jugando las caderas como un pederasta, y con un teje-maneje de faldones que hizo mucha gracia al público. Terminada la sinfonía hubo un momento de gran expectación. El director de la compañía salió de nuevo, pero ahora con la jovencita de la mano. En llegando hacia el centro de la pista dejóla en libertad, no sin antes haberla comunicado un bien medido impulso, merced al cual ella adelantó dos ó tres pasos é hizo una pirueta, dió con la punta del pie derecho en la pantorrilla izquierda y llevóse entrambas manos á la boca como para comerse los dedos, pero en realidad para

arrancar puñados de ósculos, que fué lanzando al público con gentileza. Echóse atrás luego y por una cuerda, que Mr. Levitón mantenía tirante, fué esguilando hasta llegar á las anillas. Y allí fué lo bueno. ¡Válgame Sant Elmo, y qué manera de columpiarse, y echar las piernas por alto como si estuvieran sueltas, y retorcerse por el aire, y convertirse en un ovillo, y otra porción de barbaridades...! Todos estaban aturullados. Entre ejercicio y ejercicio aupábase sobre los brazos, metía las piernas por las anillas hasta el mismísimo nacimiento del muslo, y, ya bien colgadita y á gusto, haciendo piñas de los dedos llevaba las manos á los labios y las retiraba bruscamente cual si se quemase las yemas. Este conjunto de ademanes incongruentes es una forma del saludo ritual y está en las prácticas consuetudinarias del acrobatismo. Luego hizo *la sirena:* se colgó de los pies, con lo cual la cabeza comenzó á enrojecérsele como una bomba que se llenase de vino, hasta que el público, horrorizado, gritó: ¡Basta, basta! Y para descolgarse de las anillas dió el salto del mico, nuevo en Arenales. *(Gran ovación)*. La joven brincó otras cuatro ó cinco veces con graciosa travesura, fué pródiga de sus besos voladores y retiróse triunfalmente del brazo de su progenitor, que sonreía paternalmente.

Al cura le satisfizo bastante aquel número, si bien le acometió un pequeño reconcomio sobre la licitud del espectáculo, pues los senos de la

muchacha, aunque insignificantes, tomaban no pequeña parte en el ejercicio, y en ocasiones se mostraban más de lo que fuese menester.

Barros preguntó á Rosina:

— ¿Qué te pareció, Rosina?

La muchacha parecía complacerse mucho y admirar las aéreas evoluciones. Estaba embelesada. Como Emeterio repitiese su pregunta, ella respondió con suave acento:

— Sí, mucho.

Era la primera vez que Emeterio la oía hablar de aquella suerte. Otro que el fabricante, ante el halago de la voz, hubiérase conmovido y hecho propósito de la enmienda. Pero el hombre de los ojos terribles no era muy sutil de espíritu, ni capaz de sentir ciertos matices de sentimiento.

El segundo número estuvo á cargo del chico redrojo; consistía en ejercicios sobre el trapecio. Este muchacho, á pesar de su apariencia enfermiza, que hizo asomar un pliegue reprobador en el entrecejo de algunos señoritos, demostró poseer gran fibra y habilidad nada común: columpióse de lo lindo, subió y bajó á pulso infinitas veces en menos que canta un gallo, mantúvose en equilibrio con la cabeza sobre la barra, al aire brazos y piernas *(Sensación)*, y por último, á todo vuelo, quedó colgando de las corvas, en los dientes una antorcha encendida que monsieur Levitón le había entregado poco antes. *(Prolongados aplausos)*.

Cuando salieron los dos payasos, aquello sí que fué abrir la boca y vomitar carcajadas y echarse las manos al bajo vientre por temor á reventar de risa. Las mozucas volvían el tronco hacia adelante hasta casi dar con el rostro en las rodillas, y luego hacia atrás, como si fueran á caerse del asiento, levantando los brazos y desplomándolos de súbito desmayados y flojos; y repetían el juego una y otra vez, y muchas, como árboles endebles que agitase un huracán. Rosina, sin dar en esta furia de regocijo, sonreía de muy buena gana. Y la cosa no era para menos.

Caminaban cogidos del brazo. El rostro de uno, blanco y redondo como la luna; los ojos casi soterrados bajo el albayalde; la nariz una mota de carmesí; la boca raja de sandía, de oreja á oreja; el traje holgadísimo y mugriento, de cretona roja floreada en amarillo. El otro, de caballerete, levitón microscópico con faldellines ilusorios; el chaleco verde; un cuello de fenomenales puntas; corbata en armonía con ellas; pantalones de once varas, cuya bragueta llegaba á la altura de las rodillas, en lo cual no aventajaba un ápice á la culera, y arrebujados sobre las botas como acordeones; en la cúspide de tan atildado señor, una cara... ¡Caracho con la cara!: cejas grandes, indecentes y peludas como un cepillo usado, pero no tan indecentes ni tan peludas como el bigote; ojos ribeteados de bermellón cual si nadasen en sangre; un palmo de nariz y

una legión de verrugas en lo más avanzado de ella; belfo; las orejas como espantamoscas, lacias y movibles igual que las de un elefante; el cabello greñudo y aborrascado.

No habían dado aún media docena de pasos por la pista y ya estaban en el santo suelo meneando las patas, después de un zaparrazo brutal. (*Risas generales*). Pusiéronse en pie y siguieron de bracero como si tal cosa. *(Más risas)*. Luego empezaron un coloquio muy interesante y muy gracioso; á los de Arenales tal les pareció. Dijeron sus nombres respectivos. El de la *fariña* (es decir, el blanqueado), se llamaba Pichichi, y el de las cejas indecentes, Tonto, así como suena. Tonto para arriba, tonto para abajo, y él tan fresco, sin enfadarse, lo cual demostraba que éste era su nombre de pila. Pero, si bien es cierto que no se enfadaba porque le llamaran tonto, en cambio se le ocurre enfadarse por una necedad: porque el otro le dijo que no era valiente. ¡Y cómo se puso! . . . Hecho un basilisco. El cura, que estaba gozando como un infante de seis Abriles, pensó para su sayo: «¿A que ese mastuerzo lo echa todo á perder? . . .» De ello llevaban trazas; erre que erre sin venir á las buenas. En todo el público hubo una ligera inquietud. Pero el Tonto, sin salir de sus trece, y cuando Pichichi, un poco amoscado también, le dijo: «Eres un alcornoque», va él y sin decir *allá va,* le suelta una bofetada tremebunda que retumbó á lo lejos.

— ¡Vírgen Santísima, buena se armó! — exclamó el cura llevándose las manos á la cabeza. Y el que más y el que menos de los que estaban en el público pensó otro tanto, según podía advertirse por la zozobra de las miradas.

Pero á todo esto, Pichichi, que no era manco, le arreó al Tonto una manotada que á poco le derriba, y repitió con otra tan recia, que esta vez lo derribó del todo. Entonces el Tonto se levantó hecho una hiena; sí, señor, una hiena, y retrocediendo cuatro pasos para tomar ímpetu, fué sobre Pichichi, medio le aniquiló á mojicones y bofetadas y remató con una que estalló como bomba de dinamita. Un marinero, que no pudo contenerse, puso este sacrílego comentario:

— ¡Rediós! ¡Vaya una hostia!

Al oir la burda acepción que se daba al vocablo representativo de la partícula consagrada, el sacerdote, olvidando un momento su angustia, volvióse para reconvenir con la mirada al marinero. Entre tanto los otros—*zis, zas,* puños para qué os quiero—menudeaban sus golpes, y cuando ya algunos mozos se disponían á separarlos, con sorpresa de todos se abrazaron tiernamente y se besaron en la mejilla. *(Minuto de sorpresa, y luego explosión unánime de alegría).*

Mas los sustos no habían terminado con esto.

Entrambos contendientes se dan mutuas explicaciones: «que si yo te dije que no eras valiente porque no te atrevías á tener una manzana mien-

tras yo la tiraba un tiro»; «que si yo no te oí lo de la manzana»; «que si tal»; «que si cual», el hecho es que se apaciguan y resuelven poner á prueba la habilidad y valor mutuos. El Tonto coloca sobre la cabeza una manzana y Pichichi, alargándose un trecho de él, apunta, dispara y *¡cataplum!*, el Tonto muerto de veras. Pichichi aulla como un condenado, llama á Mr. Levitón, acércanse al Tonto, levántanle una pierna, que cae muerta; un brazo, y lo mismo.

El cura, completamente lívido, exclama:

— Si tenía que suceder... — Y luego añade —: Quizá en pecado...

Las fabricantas chillan sin que logren traerlas á la razón los señoritos, que aseguran que todo aquello es pura pamplina; y en el momento álgido del dolor público, el Tonto resucita, y sigue haciendo estupideces con su compañero, estupideces que, por contraste, provocan las más extremadas muestras de contento.

Tan reidora y satisfecha se mostraba Rosina, que Barros la acarició con disimulo repetidas veces, sin ser advertido. Esta misma observación la hicieron los pollastres respecto de las fabricantas.

En esto, la robusta bailarina surgió á lomos del pollino diminuto. Esta descomunal señora, sin duda por no ser menos que sus congéneres las de la Opera de París y otros teatros de importancia, antes de exhibirse al público había exor-

nado y realzado las facciones del rostro con adobes y afeites; pero, fuera por la mezquina luz de su camerino, ó ya por estar bastardeados los cosméticos, ó tal vez con propósito deliberado de mover á risa, lo cierto es que las cejas aparecían negras y pobladas con exceso, harto azules los aledaños de los ojos y en las regiones noroeste y nordeste de sus kilométricos carrillos, es decir, lindando con las orejas, campeaban dos redondeles bermejos, no con aquella sabia gradación de velatura en sus contornos que tan bien conocen las damas, sino netos, recortados, como dos parches porosos.

Monsieur Levitón, jefe de pista, con alongada y restallante fusta, hostigaba al infeliz pollinejo, el cual apenas si podía sostenerse sobre las piernecillas quebradizas y sutiles, como de alambre, con aquella mole mazorral sobre su espinazo. El animalito, aparte de su condición de asno, tenía algo de filósofo, y de filósofo de la secta estoica, en la mansedumbre noble de los ojos y en la resignada actitud con que recibía los golpes; además, estaba desnudo de viles pasiones, tales la vanidad, la petulancia. Si el estúpido asno de la fábula caminó ensoberbecido con su cargamento de reliquias, juzgándose objeto de adoración, ¿qué hubiera hecho al verse en el caso de éste, despertando el regocijo por dondequiera que iba? Tuviérase, cuando menos, por un Pérez Zúñiga ó un Melitón González, que son los hombres

más graciosos que existen. Pues *Pionono* (este era el nombre del burro), como si tal cosa. Tampoco era sensible, como el asno de Apuleyo, á los halagos de la carne femenina, que tan cerca de la suya tenía, por su desgracia. En lo cual aventajaba no poco á un espectador de preferencia, que, viendo pasar á Ramona á su lado, dijo: «¡Vaya una hembra!», y lo dijo con toda su alma. Enterneciόla á Ramona el piropo; mas como iba á mujeriegas, de espalda á los bancos de pista, y la conformación de su cuerpo, según se imagina, no era tal que la permitiera tan violento escorzo, no pudo volverse hacia el preopinante, ni manifestar con la mirada su reconocimiento.

Dos vueltas justas y cabales dió madame Levitón sin hacer otra cosa que exhibir su carnosidad estrambótica. A la tercera se colocó de pies en los lomos del desmedrado burro, con los brazos en cruz, á fin de guardar mejor el equilibrio. *Pionono,* cuyas ideas eran de una tozudez á prueba de látigo, discurriendo para su albarda que no debía *en modo alguno* salir de su andadura queda, hizo del suyo cuero de político, en el cual es cosa cierta que los golpes no escuecen, y recibió, como si no fueran con él, los muchos que Víctor le daba con ánimo de ponerle al trote. *¡Piononooo...!,* bramaba bárbaramente monsieur Levitón, encarándose con el burro (salto del cura párroco, como si le hurgasen con ortigas en las posaderas). *¡Piononooo...!* Y la

ecuyère, ¡hip!, ¡hip! Y *Pionono* tan fresco, lacias las orejas, serena la mirada, menudito y perezoso el paso. El público, riendo á mandíbula batiente. ¡Caracho! Aquello era gozar. . .

Los dos jovencitos de antes y los payasos se pusieron á un lado y otro de la pista con unos trapos tirantes. Al llegar á ellos saltaba la amazona por encima, yendo á caer de nuevo sobre *Pionono,* con evidente riesgo de partirlo por el eje. En una de estas, acaso por no medir bien el impulso, tal vez por el exiguo soporte que el espinazo ofrecía, Ramona cayó rodando al suelo, y allí, en fuerza de patalear y hacer posturas grotescas, se las arregló de modo que todo el público pensó que había caído adrede. Levantóse sonriente; pero, tenía brumadas las costillas, por lo cual hizo como que terminaba allí su número, y después de cuatro zapatetas, á lo rinoceronte, marchó á su cuarto en medio de una ovación inenarrable. *Pionono,* con papal continente, encaminóse al vaticano.

Rosina no disfrutaba tanto como en los comienzos de la función. Estaba inquieta, rebullía en su asiento, aguijada de impaciente afán. Todo aquello era demasiado largo, algo tonto, quizá. La pobre niña, sin encubrir su anhelo, escrutaba en la sombra equívoca del tendejón donde los bohemios se guarecían.

Como mulas en reata, cuatro individuos de la compañía, á cuya cabeza iba monsieur Levitón,

arrastraban estupenda mole de hierro, jadeando y resollando igual que fuelles de fragua. Luego de colocarlas en la pista limpiáronse todos el sudor y retorcieron los pañuelos, dando á entender que estaban calados. *(Risas)*. Otras cuatro moles trajeron, con las propias manifestaciones de cansancio, y cuando aquellas formidables masas férreas, sin uso conocido, yacían abandonadas y solas en mitad del circo, apareció el hercúleo mancebo de por la tarde, deslumbrador y magnífico, como un rey joven. Adheridas al contorno de los músculos, cual si fueran natural envoltura ó piel propia, llevaba unas mallas de color violeta; luego, un adorno, desde la cintura al nacimiento de los muslos, hecho con raso en bullones, recamado de oro; y en la base del cuello fornido un casullín lleno de lentejuelas y guarnecido de áureo fleco. Llegó al medio de la pista con gallardo movimiento de pies, giró la mirada en torno, y así que vió á Rosina, sin que el público hiciera atención en ello, llevóse las manos á la boca y saludó repetidas veces, separándolas con desenvoltura, nobleza y un cierto aire de rendimiento, como si dijese: «Todo esto es por ti.» Rosina así lo entendió, y púsose roja como cereza, pensando que todos los del público lo habían advertido. Estaba sofocada, nerviosa. No pudo menos de exclamar:

– ¡Qué calor hace!

A lo cual Barros, muy solícito, la respondió

que sí lo hacia: la mucha gente, los candiles, el tiempo, etc., etc. Y terminó asegurando que iba á llover muy pronto. Como así fué. Comenzaron á caer grandes gotas, de tiempo en tiempo, con lo cual el fabricante, muy orondo de no haberla errado aquella vez, dijo á su novia:

— ¿No te lo decía yo?

Una gota cayó en la frente ardorosa de Rosina y resbaló por el rostro, dejando una huella de frescura. La niña no se enjutó, antes al contrario, echó la cabeza hacia atrás por ver si le caían otras.

El público rezongaba inquieto ante la eventualidad de un chubasco impertinente. Algunos tendían la mano, á fin de calcular el alcance é inminencia del chaparrón. El cielo estaba hosco, lóbrego, de lobreguez densa. Las columnas de humo enrojecíanse con el reflejo de las llamas.

El arrogante mozo aprovechó aquellos primeros momentos de zozobra para mirar muy á su salvo á Rosina, y hasta para sonreir con ella disimuladamente. La muchacha, comprendiendo que su turbación podía delatarla, quiso huir la mirada del mozo; mas, á su pesar, un lazo de inrompible reciedumbre la mantenía amarrada á la voluntad de él, y esta voluntad, que asomaba á los ojos inequívoca, aunque tácita, tenía sed de afecto, de llano y sencillo amor, de miradas largas y cariñosas. Claro que Rosina no se daba cuenta retórica de todas estas menudencias; era

un torbellino subconsciente, confuso y nebuloso. Las sienes la latían con furia. Sus ojos, extáticos, envolvían al joven hércules en una adoración exaltada. Cuando el mozo sonrió, Rosina creyó desmayarse, como si las tres virtudes que florecían en los labios del joven—melancolía, humildad, reconocimiento —, convertidas en bálsamos suavísimos, la inundaran el pecho y desvanecieran los sentidos. Ignoraba si su emoción era felicidad ó sobresalto.

Las gotas no arreciaban, sino que seguían perezosas, lentas, esparcidas. Los espectadores volvieron sus ojos anhelantes á la pista. El joven hercúleo comenzó sus ejercicios: un conjunto de atrocidades. Levantó las moles á pulso una á una, luego con los dientes; más luego, arrojó un lingote feroz al aire y lo amparó con los omoplatos; todo ello sin dar muestras de cansancio ó flojedad. Sin embargo, á Mr. Levitón no se le ocultaba que algo grave debía de acontecer al mozo. Esto no podía apreciarlo el público, que le veía por vez primera; pero Mr. Levitón, sí. ¿A qué venía aquella vacilación al elegir los pesos?, ¿y aquella tardanza en subirlos?, ¿y aquel constante volverse á un lado como si estuviera resentido de los riñones? Además, ¿por qué se había comido *el molinete infernal* y *el hombre catapulta?* Porque el hecho es que se los había comido. Estaba saludando ya, despidiéndose del respetable público, que, inocente del fraude,

aplaudía como un bobalicón. «Pero ese hombre, ¿qué se hace?, — murmuraba entre dientes Víctor —. ¡Pues no se está saludando dos horas! ¡Si se habrá creído lo de los aplausos!...» Y cuando el mozo volvía al campamento, Víctor se le acercó, y sin disimular su enojo habló así:

— Muy mal, Fernando, muy mal. Eso no es lo convenido. Muy mal.

Y como Fernando, muy metido en sí, no respondiese, agregó:

— Muy mal, Fernando. ¿Por qué te has comido *el molinete infernal* y *el hombre catapulta*? ¿Por qué, vamos á ver?

Fernando vióse obligado á responder:

— Víctor, antes de dos minutos se convierte en agua el cielo. No quería que concluyese el espectáculo sin hacer el ejercicio con madame Ramona.

A Víctor le quedó aún cierto resquemor de duda en el alma.

— Entonces, ¿crees que debe ir en seguida, ó conviene un intermedio de clowns?

— Sí, sí. Yo estoy un poco fatigado.

— Y eso que son de madera.

— Víctor... (Con acento de amable reconvención).

— Reconozco que eres un hércules — (paliando sus anteriores palabras) —. Hombre fuerte, hombre fuerte... Y si no, dígalo el ejercicio con mi señora. Pero los pesos son de madera.

Fernando, un poco hastiado, cortó la conversación.

— Bueno, pues levántelos usted.

El público, que andaba algo impaciente, en cuanto vió asomar á los payasos soltó la taravilla á todo ruedo, y así se estuvo mientras estos ingeniosos y sucios señores hicieron las más salientes majaderías de su vasto repertorio.

— ¿Te sientes mal, Rosina? ¿Por qué no te ríes como antes? — preguntaba Emeterio endulzando la voz.

— Me duele mucho la cabeza.

El galán, cuidadoso del alivio de su dama, le preguntó:

— ¿Quieres que nos vayamos?

— No. . . no. . . Además, madre y güela están chochas de gusto.

Antes de medio minuto, con impertinente solicitud, como si existiera alguna terapéutica de ensalmo, volvió á preguntar:

— ¿Te duele aún?

Rosina temió que el escabechero dudase de su mal. Se puso roja, y agregó muy quedo:

— Sí, mucho.

Menudearon las gotas. Levantóse fuerte viento, que abatía la lumbre de los candiles. Las llamaradas tremolaban como banderolas.

El forzudo joven salió de nuevo, con un aro de alambre esta vez, é hizo prodigios de elasticidad. El número, según la nomenclatura de mon-

sieur Levitón, conocíase por el título de *El hombre culebra*, y en verdad que no le iba mal el titulejo; porque, á pesar de ser el aro de diámetro angosto, el mocetón, tan pronto se lo metía por la cabeza, para concluir sacándoselo por la rabadilla, sin que el público pudiera explicarse de qué modo, cómo se colaba en él de medio lado y se retorcía dentro, con peligro evidente de romperse algo importante. Aunque la tormenta arreciaba por minutos, la gente permanecía suspensa con los retorcimientos del joven.

Monsieur Levitón y otras gentes de su pandilla introdujeron en la pista un aparato de forma extraña, algo así como una plataforma circular de madera, en el centro una bayoneta, orillada, todo á lo largo de la circunferencia, de palitos ó cosa semejante. Por si fuese escasa la ansiedad del público, el jefe de la compañía advirtió á grandes voces que el número era muy expuesto, y que en todas las partes donde se había presentado causaba gran sensación.

Ramona exhibió su mole, con gran contentamiento de todos; saludó con cierta torpeza, como dando á entender su emoción, y se acercó al joven hércules, el cual habíase colocado en la sesera, sujetándola por debajo de la mandíbula, una rosquilla de trapos, semejante á la que usan las mozas del país para sostener la herrada. Entonces él cogió á la pingüe bailarina por los codos, la sompesó repetidas veces con gran des-

envoltura, y por medio de maniobras esforzadas y habilísimas la llegó á colocar sobre la rosquilla de trapos, de manera que apoyándose en ella con la cabeza daba al aire las extremidades abdominales, y con los brazos abiertos, á modo de balancín, guardaba el equilibrio. *(Estupenda ovación).* No terminó aquí. La masa deforme é ingente sobre el cráneo, encaminóse el mozo hacia el aparato de extraña estructura, subió á la plataforma, y después de algunos tanteos previsores, que no era para menos la cosa, se irguió con el pie derecho sobre la bayoneta, el otro graciosamente extendido hacia atrás. Llovía á mares. Monsieur Levitón, á fin de exaltar aquella especie de apoteosis de épico esfuerzo, prendió fuego á los palitos de la circunferencia, que no eran otra cosa que bengalas de vivísimo resplandor; y así, bajo el agua que caía á torrentes, envuelto en el vaho luminoso y denso de las luces, sobre el deleznable, puntiagudo y terrible soporte de la bayoneta, levantábase el heterogéneo grupo: el guapo mozo como angelote de tarta y la bailarina robusta cabeza abajo, espantable y abrumadora cual bólido desprendido de los espacios siderales. El agua azotaba con torvo ímpetu; eran latigazos oblícuos, furibundos, restallantes. El público, hostigado por el azote celestial ó meteorológico, desalojaba las localidades con atropellada premura y algarabía extraordinaria, antes de que los acróbatas hubieran des-

hecho su peligrosa pirámide, lo cual requería no flojas precauciones. Algunos marineros que habían permanecido en sus gradas á pesar de la tormenta aplaudieron un instante á la consumación del ejercicio. La muchedumbre andaba en flujos, reflujos y vaivenes buscando la salida, harto pequeña para prisa tan grande. Menudeaban los estrujones, los codazos, las puñadas; oíase algún aullido que otro de dolor, y con esto extendióse sobre la turba un escalofrío medroso, que á la luz roja de los candiles mortecinos y bajo la pertinacia crepitante de la lluvia tenía grandioso aspecto de pánico ó catástrofe de proporciones decentes. Rosina, sin saber cómo, hallóse par á par del mozo guapo y forzudo. La colectividad, ese gran Galeoto, como la ha denominado un moderno autor dramático, extremaba de tal suerte el zurcido de voluntades, que más bien que unir á entrambos jóvenes en dulce consorcio amoroso dijérase que trataba de confundirlos, el uno en el otro, despachurrándolos brutalmente. Rosina así lo creyó por un momento, al sentir cómo se imprimía sobre su cuerpo endeble la recia estructura fisiológica del hombre. Este, que quizás en lo revuelto del río había buscado su propia ganancia ó contentamiento, mirando la palidez de Rosina, cuya causa bien pudiera ser, aparte de la natural sorpresa de tenerle al lado, las horribles apreturas del trance, hizo conveniente aplicación d e su fortaleza, y

conteniendo de una parte y otra la ola humana, dejó un holgado trecho á la chica. Como todo el mundo andaba muy embebido en su negocio y éste no era otro que verse fuera del improvisado circo, Fernando quiso aprovechar aquella buena fortuna de no ser curioseado y de hallarse cerca de Rosina, para decir:

— Yo quiero hablar contigo.

La voz era trémula y suplicante. Rosina encontróse serena de pronto, aislada del general bullicio; aquella espontánea manera de tutearla levantó resonancias tan familiares en su alma, que le pareció haber conocido á Fernando durante toda su vida.

— Bueno — dijo sencillamente.

A todo esto la ola les iba empujando hacia la salida. Estaban muy cerca de ella.

— ¿Dónde? — preguntó él, muy emocionado.

— En mi casa, por el ventanuco.

— Bueno; pero ¿dónde? ¿Dónde está tu casa?

— En la carretera por donde vinisteis, la casa que está antes de la última; es una casita sola. Por detrás está el ventanín.

— Aunque me retrase, espérame.

— Bueno. Si está cerrao llama despacio.

En aquel momento, un gran impulso les hizo correr algunos pasos, sin tropezones ni apreturas. Estaban fuera del recinto. Sólo les dió tiempo á mirarse un instante, muy intensamente, en el alma más bien que en los ojos. La gente los se-

paró. Había un hormiguero de mujerucas con las faldas por la cabeza, que chillaban clamando por los miembros de la familia, dispersos en la fuga atolondrada. Rosina estaba sola. Sentía ligera opresión en el pecho y ganas de sonreir. La cogieron por un brazo de repente.

— Pero neña, ¿no nos oyes llamate?

— No lo oía, ma.

Su madre y su abuela guarecíanse del agua escondiéndose debajo de las faldas.

—Vamos de prisa, neña — manifestó la más anciana —. Esto va á faceme muncho mal pal reuma. ¿Y don Emeterio?

Don Emeterio había zozobrado y perdido el timón en la furiosa marejada. Lo llamaron á voces, hasta tres veces; lo buscaron unos momentos, y no habiendo dado con él tomaron hacia la casuca, todo lo de prisa que consintió la senilidad de la abuela. Iban las tres como sumergidas en lo hondo de un caudal líquido de tinieblas. De vez en vez parecía condensarse la obscuridad, solidificarse; iban de un lado á otro las personas, resbaladizas y misteriosas como coágulos de sombra. Por detrás del susurro de la lluvia levantábase el tumulto tremendo y sonoro de la mar. El chacoloteo de los pies hacía un ruido acompasado y cacofónico. Aunque la ocasión no era oportuna, olvidando inclemencias y posibles reumas, las dos viejas fueron comentando, de camino, los extraordinarios y sorprendentes ejer-

cicios de la errante pandilla. Cuando llegaron á casa el agua les corría á regueros por encima de las carnes. La madre y la abuela fueron en seguida á acurrucarse entre las ropas de la cama, no sin antes tender faldas, refajos, mantas y otras prendas de vestir sobre el lar, en los palitroques en que, por la época de San Martín, cuelgan chorizos y morcillas. Engurruñadas lo mejor que pudieron sobre el jergón de hoja de maíz, pronto dormían descuidadamente. Su habitación era una especie de mechinal y estaba contigua á la estancia más importante, que era cocina, refectorio, vestíbulo y sala de recibir, todo en una pieza. Rosina dormía á la parte de atrás, en otra zahurda, con dos hermanitos, el menor de pocos meses.





CAPÍTULO III

Divinos rumores en la sombra. — Don Amor da cabo á deleitosas empresas: tres muy señaladas. Aves peregrinas. — Vida futura.

Aquella noche, apenas estuvo dentro de su misérrima alcoba, Rosina sacó de un arca que tenía á los pies del jergón unos vestidos y trocólos por los puestos, que estaban chorreando. La lluvia parecía tocar las castañuelas sobre el tejado; era un repiqueteo jovial y socarrón. El aire, que se filtraba por los resquicios de las tejas, inquietaba al fuego del candil, suscitando en los muros del cuarto un desenfreno de sombras danzantes. Los dos pequeñuelos, con la cara cubierta de mocos, empedernidos ya, y los ricitos rubios en desorden, dormían juntos en una colchoneta, sonriendo y mostrando entre las ropas raídas alguno que otro miembro regordete y puerco. Entre los golpecitos de la lluvia oíase una compleja gamma de ronquidos. Rosina los conocía bien: aquel aflautado é intermitente, de *güela;* y el otro regular, seco y cortante como un serrucho, de ma-

dre; y éste formidable y estentóreo, de padre; y el discreto, pero tenaz, perdurable, del hermano Joaco, el mayor. Todos dormían á ronquido suelto; ni un cañonazo los hubiera despertado.

La impaciencia, derramando sobre el cuerpo de Rosina cual barniz de inquietud, le cosquilleaba en la piel; era una comezón de movimiento. Quiso pasearse por el cuartucho, pero era poco espacio para su anhelo. Además, temía despertar á los chicos. Sentóse sobre el jergón, que produjo un ruído áspero y agudo. Estaba sofocada. Hacía un calor denso, de tormenta. Llevóse la mano á las mejillas, que llameaban; luego apoyó la cabeza entre las manos y quedó inmóvil. El pecho se le iba llenando de un no sé qué vago, dulce, que con mansa insistencia empujaba desde dentro buscando expansión, aceleraba el ritmo del seno, la ahogaba de inefable inconsciencia, hasta que subiendo á los ojos, comenzó á manar en lágrimas templadas, tranquilas, consoladoras. Aquel llanto era un bien y un lenitivo. Así se estuvo llorando sin saberlo, cual si por los ojos se le disipase la conciencia, largo rato, como adormecida en la mansedumbre de ideas vagas y borrosas. De pocas horas á aquella parte su vida había sido tan intensa y honda, que llenaba el vacío de los años anteriores, soñolientos, tristes, monótonos, obscuros. El guapo mozo, gallardo y amante, no era un advenedizo, sino antiguo camarada de niñez; el su mirar ren-

dido como el su sonreir afable los tenía ella en el alma desde muy antiguo, tal vez desde los ingenuos divertimientos infantiles. Sentíase maridada á él por íntima y misteriosa hermandad, por una fuerza confusa que la arrastraba, á pesar suyo, como á hoja seca el viento invisible.

Uno de los niños emitía, al respirar, sutil y suavísimo silbido que, cual agudo estilete, fué hundiéndose en la tela tejida por los brumosos ensueños de Rosina, que eran tupido velo, y desgarrándolo poco á poco con insinuante pertinacia hasta hacerlo polvo de recuerdos equívocos. Rosina pasó la mano por los ojos. ¿Cuánto tiempo hace que estoy así?, se dijo. El chico continuaba silbando con quimérico y lejano silbido, los labios, gordezuelos y muy rojos, entreabiertos. La lumbre del candil hacía contorsiones fantásticas, como demandando desesperadamente el óleo vital. Rosina pensó: ya debe de ser muy tarde; y luego, sin atreverse á formular el pensamiento con palabras: ya no viene. Sintió el corazón oprimido y la garganta rígida. Comenzó á desnudarse. Cuando ella se filtró en la cama murióse el candil espontáneamente y con perfecta resignación. La muchacha tenía el cuerpo ardoroso, febril. Las ropas de tosco lienzo la prestaron un alivio de frescura. Todo el negror del cuarto se le derramó por el espíritu, vistiendo las ideas de sombra. Un viento maligno, de desesperanza, levantó aquel polvo de equívocos re-

cuerdos y vagas sensaciones, en torbellinos. La misma fuerza confusa que poco antes, con benevolencia maternal, la ponía junto al hombre amado en el torrente de la vida, empujándolos juntos, le arrebataba ahora el consuelo de su vecindad, de su amor, y lo hundía en misteriosas é inasequibles regiones. Rosina daba vueltas, sin cesar, entre las sábanas. Continuaba el concertante de ruídos heterogéneos: ronquidos, lluvia, y el lamentar del viento y del mar muy á distancia.

Rosina se incorporó en el lecho, jadeante y anhelosa. ¿No era ilusión? Sobre el ventanuco dejábase oir tenue y discreto arañazo. A poco sonaron unos golpes tímidos, cautelosos. Rosina saltó del lecho, fué hasta el ventanillo y lo abrió. Sobre la garganta y el pecho desnudos, sintió como si la arrojaran un puñado de gotas de agua fría. Recio soplo de aire nació de la sombra. No se atrevió á hablar. Una voz de zozobra revoloteó en la obscuridad.

— ¿Eres tú?

Y Rosina respondió emocionada, en una manera de borrachera divina:

— Sí.

Entonces comenzó el diálogo, cuchicheado, sencillo, recatado en la noche densa.

Ella dijo:

— Creí que no venías — con ingenuidad perfumada de amargura.

Y él la contestó:

— Víctor nos tuvo trabajando hasta ahora para desarmar el circo. Luego tuve que esperar á que los demás se durmieran. Estaba consumido é impaciente. Víctor es terrible.

— ¿Quién es Víctor?

— El Director.

— ¿Pero no se llama mouxu Levitón?

— El se llama Víctor, pero pone así en los carteles.

— Llámase Víctor... — murmuró por lo bajo Rosina, con abatimiento, como si este inofensivo trueque de estado civil significara para ella la bancarrota de un gran ideal.—Llámase Víctor...

— Y tú, ¿cómo te llamas?

— Rosina.

— Rosina. Yo, Fernando. ¿Te gusta mi nombre?

— Sí.

— Y yo, ¿te gusto?

Hubo un silencio. Rosina dijo, rompiéndolo, con voz diáfana y firme:

— También.

Hablaban como dos adolescentes, con aire de inocencia y cándida emoción. Rosina dijo de nuevo, por borrar del alma las pasadas inquietudes:

— Creí que no venías.

— Ya te he dicho... Además, no es tan tarde como se te figura.

— Mi pá levantaráse pronto.

— ¿Hacia qué hora?

— Pa la madrugada.

— Falta mucho. ¿Qué es tu padre?

— Marinero.

— ¿Y salen mañana á la mar?

— Si pueden, sí. Ellos levántanse de todos modos. Y tu padre, ¿qué yé?

— ¿El mío? Un cadáver — respondió, con cierto aire de hombre corrido y un poco insensible, poniendo cierta afectación en el tono, seguro de escandalizar á Rosina.

— ¡Joasús!

— Quiero decirte que murió. Era acróbata también. Yo trabajo ante el público desde pequeño.

Y á continuación le espetó su historia; una historia de penalidades y errabundeces. Rosina le escuchaba absorta, embelesada por su dicción limpia y fluyente como río que viniera de lejanas tierras y conservara aún en su cristal la visión de paisajes ya perdidos. Para Fernando todo el universo cristalizábase en la pandilla vagabunda á que desde chicuelo pertenecía, familia nómada en la cual reinaban todas las buenas virtudes familiares: la paz, el cariño, la confianza, la unión. ¿Qué era el resto del mundo visible? Cielo, inclemente muchas veces; tierra, árida y amarga siempre; pueblos, todos iguales, y otros hombres, todos iguales también entre sí, pero de naturaleza distinta á la de los bohemios, é inclementes en

ocasiones. Entonces, ¿por qué buscaban el aplauso? Por no sé qué, porque es algo que halaga y conmueve y hace cosquillas en el alma, como el ver el sol por el cielo, y rincones apacibles sobre la tierra, y además, porque el aplauso es dinero, y sin dinero no se come, y sin comer no se vive.

Fernando espaladinó sus sentimientos en lo que pudo, pues no floja cantidad de aquellas cosas que le andaban á vueltas entre pecho y espalda, causándole agradable inquietud, eran de índole tan etérea é insólita que no se dejaban enredar en los hilos de las palabras usuales. Hasta entonces, según él, ninguna hembra le había inspirado otra cosa que curiosidad, y cuando mucho, leve complacencia. Miraba á las mozas, en los pueblos, por muy guapas que fueran, como se mira á una estampa, considerando que su linaje natural era otro que el suyo, el de él, sin desear su mirada, ni su sonrisa, ni oir el encanto de su voz, y sin pensar que una fuerza irresistible de amor le hiciera depender de ninguna. Cuando había visto á Rosina, saliendo de la fábrica entre el tumulto de sus compañeras, habíase quedado como bobo: era el sol entre nubes. Esta metáfora delataba al mozo ingenuo y apasionado, un poco lírico por ende, conocedor de crepúsculos y demás fenómenos solares, á la ventura de los caminos solitarios. Sí, era el sol entre nubes, porque cuando las demás la ocultaban él quedábase sin luz.

Fernando hablaba sin cesar, sumergido en la sombra, que seguía compacta é impenetrable, y cada vez lo hacía con más fuego, con más entusiasmo, con más emoción. Creyérase que hablaba solo, porque Rosina, colgada de aquellas dulces palabras que cantaban en la noche con un eco sobrenatural, detenía la respiración, anonadábase en éxtasis, no daba cuenta de sí, como si la echasen en los tuétanos del alma una unción suavísima, á manera de un gran olor.

Ahora, Fernando refería minuciosamente el régimen interior de su hogar peregrino. Víctor pensaba casarlo con su hija, la muchacha de los zancos. Un débil suspiro de Rosina cortó la palabra á Fernando.

— ¿Qué tienes? — preguntó.

— Nada. ¡Qué fata soy!

— ¿Cómo fata? No sé lo que es eso.

— Fata ye tonta.

— ¿Por qué eres tonta?

— Porque me da mucha pena que te cases con esa neña. Y conmigo no podrás casate —; en su acento había una resignación desolada y trágica.

— Sí, sí — exclamó el mozo con arrebato juvenil.

Entonces Rosina, contagiada de este fogoso optimismo, añadió:

— ¡Si te quedases en el pueblo y te ficieras marinero!

El murmuró por lo bajo, muy poco á poco:

— Quizás al amanecer nos vayamos.

Rosina suspiró con angustia. Quiso celar su dolor llevándose la mano al pecho, pero era ya tarde; el ¡ay! desgarrador y cruel había cortado las tinieblas que la congoja la había traído á desfallecer y desmayar. Fernando, oyéndola, sintióse conmovido en lo más hondo del corazón.

— Pero te quiero mucho, te adoro, te querré siempre, siempre — dijo con voz en que la ternura temblaba de ansiedad —. Y tú, ¿me quieres? ¿Me quieres? ¿Me querrás siempre? ¿Siempre?

Rosina, que apenas podía hablar, quedóse balbuciendo:

— Mucho.

Hubo un silencio. Oíase el batir del agua sobre las tejas y el silbador ronquido del hermano de Rosina.

— ¡Qué obscuridad hace, Rosina; dame la mano!

— Toma.

Los dos anduvieron revolviendo en aquella lobreguez hasta que él dió con el codiciado hallazgo, y fué de esta manera: lo primero acertó con un brazo de Rosina, terso, mantecoso y de resbaladiza tibieza; deslizó sus manos por él hasta oprimir entre ellas la de la muchacha, y de esta suerte, oprimiéndola con dulce intensidad, estuvo largo rato sin coordinar palabras.

— ¡Cómo tiemblas!

— Es que te adoro — contestó Fernando repetidas veces, á tiempo que besaba con locura la mano prisionera.

Rosina sacó afuera la mano libre y, á tientas, la llevó sobre la cabeza y sobre los hombros de Fernando, que estaban empapados de agua.

— ¡Probín! — exclamó misericordiosamente, amorosamente —. ¡Estás pingando! Si pudieras entrar á secarte...

— No, deja; estoy bien así, estoy bien así — murmuraba, sin dejar su apasionada y deleitosa tarea de besar con glotonería, con frenesí. Retiróse de pronto y, cual si las palabras de Rosina no hubieran llegado á sus oídos hasta entonces, aunó su lamentación á la de ella.

— Es cierto. ¡Si pudiera entrar...! Yo no quiero tenerte tan lejos de mí. Sólo tengo tu mano, no te veo, no te siento, Rosina. ¡Si pudiera entrar...!

— El ventanuco es piquiñín.

Fernando soltó la mano de Rosina y palpando el marco del ventanillo cercioróse de su tamaño.

— Sí, sí puedo entrar. ¿Qué hay á ese otro lado?

— Un arca.

— Apártate un trecho.

Oyóse ruido de huesos descoyuntados y comprimido resuello. Rosina tiritaba de impaciencia y temor. Un bulto que, cauteloso, tanteaba la obscuridad tropezó con ella muy cerca de los

senos. Hasta aquel punto no reparó Rosina en su desnudez. La vergüenza la hizo levantar los brazos sobre el pecho, púdicamente, é inclinar la cabeza, los ojos bajos, temblorosos los labios, aturdida, como si estuviera á la luz del día y una muchedumbre la contemplara. Era una casta turbación de virgen enamorada que espera, sin atreverse á levantar los ojos, el divino misterio que el esposo le ha de revelar. Pero en este caso el elegido (aun cuando llegaba «erguido como cedro», según dice Salomón del esposo en la noche de los amores) no era muy ducho en tales lides; por su parte sentía no menos aturdimiento que Rosina, si bien la condición del sexo hostigaba su deseo con más fuerte acicate y le infligía en la carne más recios latigazos.

Fernando desfloró apenas la piel del pecho de Rosina. Al sentir el contacto retiró la mano súbitamente, cual si le estuviera vedado todo favor que no emanara de ella por expresa concesión. Pero aquel breve roce fué suficiente para que se le infiltrase á través de la piel y por todo el cuerpo una presión nerviosa que le enloquecía el ritmo del pecho y el de las sienes, y le robaba el uso de la palabra, y le tenía como enajenado. Ausente la conciencia, uncidos al mismo deseo por idéntica atracción subconsciente, separados tan sólo por deleznable barrera de sombras, los dos permanecieron unos minutos sin buscarse. A todo esto, los ronquidos feroces del padre de Ro-

sina hacían retumbar la casa con su música horrenda, que era para los dos mozos música celestial. El juego inevitable de la gravitación amorosa — espiritual y física — juntó por fin á los dos cuerpos, como no podía menos de suceder. Fernando atrajo hacia sí á Rosina, abrazándola con larga efusión. La humedad de las ropas atravesó la camisa de la muchacha y escalofrió sus carnes. Esta sensación de frialdad hizo que recobrase en algo la noción del trance. Como poco antes, murmuró blandamente:

— ¡Probín! ¡Estás pingando!

Bajo el influjo de la voz, Fernando, saliendo de la momentánea estupidez, aneja á los primeros ímpetus de la concupiscencia, comenzó á despojarse de sus ropas. Quedóse con las mallas y la indumentaria simplicísima de sus ejercicios acrobáticos — casullín y taparrabos —, sobre los cuales se había colocado el traje de paisano, á fin de trabajar en el desmonte del circo. También las mallas estaban húmedas, mas no se atrevió á quitarlas por no ser fácil tarea de una parte, y de otra por temor de ofender á Rosina con el contacto de su total desnudez, espléndidamente masculina. De todas suertes, el calor vital atenuaba los rigores de la mojadura, entibiando el sutil tejido.

Las hojas de maíz del jergón manifestaron con su lenguaje inarticulado, pero inequívoco, que alguien se había colocado encima. Rosina acaba-

ba de sentarse. Fernando, orientado por el murmullo de las hojas, fué á sentarse al lado de ella, y enlazándola por la cintura con el brazo derecho la hizo apoyar la cabecita en su pecho. Así estaban sin hablar hasta que Rosina, al moverse, advirtió su cabellera enredada en algo.

— ¿Qué tienes ahí? Se me ha enredado el pelo.

El la explicó con frases rotas, difíciles, lo que era; la ola de pasión y de locura ineludible le envolvía de nuevo, haciéndole balbucir según hablaba y apretar la cintura de Rosina con aquel conveniente y arrogante ímpetu que delata las legítimas exigencias del amor. Rosina, conociendo ser aquello el traje que tanto brillaba y con tan luminoso prestigio en la función del circo, no pudo menos de pasar la mano por el casullín y acariciar lentejuelas y flecos con devota veneración. Los dedos de la muchacha, cual si poseyeran oculta virtud, derramaban por el pecho de Fernando un maravilloso fluido que parecía emanación asfixiante de ternura, de suavidad, de fragancias densas, de divino mareo. La enroscó su otro brazo al cuerpo, la sentó sobre sus rodillas y selló su boca contra la de ella en un beso de intensidad infinita, de cristalizada eternidad. Confundiéronse sus cuerpos y sus almas, como embriagados de un mismo vino, ese vino añejo, generoso y dorado, que fortifica el corazón de los hombres y endulza sus amarguras; mezcláronse sus alientos en una atmósfera única, de exalta-

ción, deleite y éxtasis, é idéntico misterio que maceró en sus aromas, allá en las bíblicas edades, al rey Hermoso y á la Sulamita, los envolvió en su ígnea lengua de oro.

Y se amaron una vez, que valió por muchas. ¿Qué palabras emplear en estos medios de que el amor se sirve, que son tan delicados que el alma misma no los entiende, ni yo creo acierte á decir para que lo entiendan, si no fuera los que han pasado por ello? «Deshaciéndome estoy, hermanas — escribe Teresa Cepeda —, por daros á entender esta operación de amor.»

Y se encontraron desnudos, muy próximos y un poco fatigados; pero no tuvieron vergüenza como Adán y Eva al advertir su desnudez, porque eran inocentes, se sentían inocentes; el destino, ó lo que fuera, los había juntado, y ahora, después de darse, por decirlo así, la bienvenida, con las manos enlazadas, sonrientes, aunque sin poder deleitarse con la mutua sonrisa, estaban como dos niños en la misma cuna.

Sus frases, sobre poco más ó menos, eran las mismas que habían pronunciado mucho antes que ellos miles y miles de individuos — la Naturaleza no tiene empacho de repetirse cuando atina con una cosa bella —, y las mismas que pronunciarían en tal ocasión elefantes, gorriones y demás especies zoológicas si estuvieran dotados del desagradable don de la palabra, la cual es sabido que muchas veces no sirve si no es para estorbar.

— ¡Rosina!, ¡Rosina!, ¡Rosina!... — murmuraba quedo Fernando, casi mecánicamente, cual si la palabra le causara más bien un placer sensitivo al articularla, en los labios, que intelectual, evocando la idea de la persona. Y ella, recostándose sobre él, murmuraba también de tiempo en tiempo:

— ¡Fernando! ¡Fernando! . . .

Una perezosa laxitud de bienestar los envolvía como un baño templado de aceite saturado de perfumes gratos. Pero el instersticio amoroso fué breve.

Fernando andaba con el rostro por entre los cabellos de Rosina, aspirando un leve efluvio de juventud femenina y pulcra que de ellos se desprendía, más amable y regalado que todas las brisas por él gustadas en todas las primaveras, al rodar por esos mundos de Dios, pero no tanto como una suave onda que subía de la boca, y como es lógico, fuése á buscarla en su propio manantial; mas no bien tuvo sus labios sobre él, advirtióle el olfato que aún había algo mejor hacia la parte del sur, y de esta suerte llegó á los senos, inmaculadas y maravillosas colinas, en cuyas cumbres un minúsculo botón de rosa, de celestial tersura, aromaba como flor del paraíso. A pesar de la rudeza de su profesión y de la atlética estructura, Fernando, todo confuso y estremecido con aquella delicadeza palpitante, viva, casi milagrosa, trataba á los menudos senos entre sus

labios con tanto mimo y embarazo que parecía temer deshacerlos ó mancharlos. Luego arrimóse á aquel divino costado y á aquellos pechos divinos y quedó ajenado.

Rosina estaba con una mano en la cabeza de Fernando, entre los cabellos sus dedos, ensortijados con vedejas, inmóvil el cuerpo, engolfada y como embobada y con un santo desatino. De raro en raro, á causa de las cosquillas que en los senos sentía, pensaba ser herida sabrosisímamente, mas no atinaba cómo.

Con estas ingenuas escaramuzas encendióseles de nuevo la afición y amaron por segunda vez.

Abandonados al fogoso frenesí que les caldeaba la sangre, olvidábanse del mundo exterior. Desasida el alma de toda cosa criada, nada les causaba hartura. Los besos, en la sombra, restallaban gárrulos, procaces, á millares, como pájaros que, escondidos en el bosque, preludian la aurora. Fuera por la algarabía de los besos, fuera por cualquiera otra causa difícil de esclarecer, ello es que uno de los chicos que dormían en el mismo mechinal de Rosina se despertó y comenzó á berrear con toda la fuerza de sus pulmones, que no era poca. Por fortuna para ellos, los extemporáneos berridos surgieron cuando el sacrificio á la blanca Afrodita estaba consumado; la diosa les había concedido ya sus muníficos y enmelados dones. Con todo, un guerrero clarín que hubiera tañido al arma dentro de la habitación

no les hubiera causado mayor sorpresa que el berrear del rapacejo, sobre todo á Fernando, que ignoraba su existencia tan cercana, estruendosa é inoportuna. Incorporóse en el jergón, asustado y nervioso, sin darse cuenta de lo que pudiera ser, hasta que Rosina, por lo bajo, le hubo de advertir:

— Ye un hermanín pequeño que duerme aquí.

Luego, en voz alta, prosiguió diciendo:

— Pin, neño, ¿qué te pasa?

El chico continuaba berreando con ahinco.

— Calla, Pin; duérmete neño, que va á venir el cocón.

Pero el chico no cesaba de modular el onomatopéyico ¡brrr!, en un diapasón de marcha heroica.

Rosina murmuró:

— Va á despertar á la güela.

Y levantándose se acercó al muchachico, cogió la colchoneta por un lado y la comenzó á menear, como si brizase, á fin de dormirle, á tiempo que canturreaba, con árido y bien repartido tono, estos versos del romancero:

Riberas del Duero arriba
cabalgan dos zamoranos:
las divisas llevan verdes,
los caballos alazanos,
ricas espadas ceñidas,
sus cuerpos muy bien armados,
adargas ante sus pechos,
gruesas lanzas en sus manos.

Y al llegar á la *manos*, comoquiera que el chico se adormecía, siguió escandiendo el noble ritmo del romance, mas sin pronunciar las palabras, como no fueran los asonantes, que decía opacamente, así:

m . . . . jinetes,
un. . . . . plateados;
m . . . .
un. . . . . armados.

De esta suerte, aquel murmullo acompasado tenía un encanto musical de leyenda.

No bien se durmió Pin, que era el mayor, despertóse el otro, el mamoncillo, con clamores insolentes como su hermano, aunque en voz más endeble. Sin embargo, éste no era tan contumaz como el otro, y para hacerle adoptar de nuevo ese estado estúpido que un poeta llamó *imagen espantosa de la muerte,* no fué menester acudir á la recitación de romances más ó menos arcaicos, arte en que era excelente Rosina.

Así que hubo vuelto al lado de Fernando, recomendóle la chica cierta discreción y mesura en sus arrebatos, si no quería suscitar otra vez los alarmantes berridos:

— Ten cuidao, no vayan á despertar.

No era preciso aconsejarle cuidado, que nunca hombre alguno acarició á mujer con tan religiosa, humilde, lenta blandura y delicados toques. Parecía estar ungido por todas las suavidades dul-

císimas del amor, y cuando sus manos ó su boca ó sus mejillas rozaban aquella carne sedeña, firme y tersa como de mármol bruñido y caliente, lo hacían con la mansedumbre de un caudal de agua pura y tranquila sobre un cauce de rosas.

Así que la tuvo á su vera, cual si la ausencia breve le hubiera durado siglos, y la alarma, ya huída, acrecentara el miedo de perder tan pronto á Rosina, la oprimió con callada y angustiosa intensidad contra su pecho, que latía con furia, y adhirió su boca á la de ella con tan firme determinación, que parecía intentar sorberle el alma por los labios. Así estuvieron algún tiempo, en un desmayo poblado de delicias. A poco, sobre la aparente calma comenzó á levantarse una ventolina de deseos que se convirtió muy pronto en huracán.

¿Es necesario decir que se amaron por tercera vez?

La lluvia había parado; los ronquidos habían hecho lo que la lluvia. La noche ahora estaba cubierta de un silencio grave y solemne. La mar se había dormido. Oíanse los suspiros largos de Rosina que, el rostro reclinado sobre el amado, dejábase.

Recios golpes retumbaron por toda la casa. Estaba de Dios, si es que Dios se mete en esas cosas, que aquellos pobres muchachos no tuvieran una sobremesa tranquila en sus parcos festines amorosos.

Los golpes continuaban estremeciendo la casa como si amenazaran hundirla. Unas voces sesudas y convincentes, gritaron:

— ¡Joaco! ¡Joaco!

— ¿T'as durmiendo entodavía?

— ¡Levántate, hom!

— ¡Vamos á la mar!

Y desde dentro de la casa la voz del padre de Rosina aulló:

— ¡Voy! ¡Aguardaime un pedazo!

Rosina, muy amedrentada, sollozó:

— ¡Ay, Dios! Si quier entrar...

— Pero otros días, ¿entra?

— Algunas veces. ¡Bájate del jergón! Escóndete á los pies. Anda, anda, aina.

Murmuraba atropelladamente, estremecida de angustia. Fernando hizo lo que pudo por acatar sus órdenes.

— Junto al arcón, junto al arcón — le decía con persistente requerimiento; pero Fernando ignoraba la topografía del mechinal, y para el caso era lo mismo que si le dijeran escóndete en el hemisferio austral. Estuvo á punto de caer sobre los pequeñuelos. Por fin atinó con un á manera de escondrijo, que era donde debía de decir Rosina, porque allí había algo como un arcón. Pero aquí me ve — pensaba el mozo —, me ve si entra. No tenía miedo por él; con su membruda naturaleza era absurdo temer: temía por la pobre niña.

— ¿Quieres que marche por el ventanillo?

Debe de estar por aquí cerca — la preguntó por lo bajo.

La idea de que se marchase así, sin la despedida que era de esperar, la llenó de pena, y viendo que podía perderle, se le doblaba el dolor.

— ¡No, por Dios! Además, veríante. . .

— Es cierto.

Guardaron silencio. Se escuchaba el latido de los dos corazones y el rebullir del marinero trebejando no lejos. A seguida unos pasos firmes y decididos se acercaron al cuartucho de Rosina. Los latidos redoblaron casi con vértigo. Ni uno ni otro se atrevían á respirar. El marinero llegó hasta la puerta:

— Rosina, ¿dónde pusiste el balde?

Rosina quiso hablar y no pudo. Su padre repitió, golpeando la puerta:

— ¡Rosina! ¡Rosina! ¿Dónde pusiste el balde?

Rosina hizo un esfuerzo.

— Junto al lar, pa.

Alejáronse los pasos. Rechinó luego la puerta de la casa, al abrirse, dió un portazo al cerrarse, y todo volvió al silencio.

— ¿Habrá marchado? — interrogó Fernando, que no sabía interpretar muy á derechas estos elocuentes ruidos.

— ¡Ay! — Rosina desahogó el pecho —. Creí que me moría.

Por el hueco del ventanillo entraba una aprensión de claridad.

— Va á amanecer. Mi madre y mi güela levantaránse pronto. Tienes que marchar.

Sobre sus palabras flotaba un velo de dolor. Fernando, que estaba ya junto á su amada, y la tenía cercada entre sus brazos, respondió á esto:

— No, no. Yo no te dejo. ¡Quiero estar siempre contigo, siempre contigo! — Entremezclando la pasión desesperada con la pesadumbre y angustia de abandonar aquel cuerpo tan grácil, tan suave, tan tibio. En un arranque momentáneo, le preguntó:

— ¿Por qué no te escapas conmigo? Ven, ven —. Y hacía ademán de raptarla, como un romano joven, desnudo y hermoso.

Ella no tenía valor para rechazarlo.

— No puede ser, eso ye imposible.

— Yo no quiero dejarte. . .

Y como lo repitiera muchas veces, con doloroso fuego, ella se atrevió á interrumpir:

— Quédate en el pueblo; faite marinero. . . Casarémonos.

Era muy tenue su voz y desalentada, como si tuviera conciencia de que pedía un imposible. Calló Fernando, sin saber qué decir. Su alma de pájaro errabundo y peregrino estaba indecisa. Su vida hasta entonces había sido una melancolía andariega.

Callaban los dos, y no había ruido de besos.

Un gorrión, en el alero de la casita, comenzó á piar, descarado y pertinaz.

Por el ventanillo derramábase una luz violeta y confusa que conjuraba las siluetas de las cosas en la angosta estancia. Desperezábase el alba con tenue y fragante bostezo matinal. Olía á tierra mojada, y los ruídos diurnos comenzaban á levantarse, ahogados, perezosos.

— ¡Marcha! ¡Marcha! ¡Por Dios!

— Sí, me voy ya. Pero antes déjame mirarte.

Se abismó en intensa contemplación de su amada. En aquella luz difusa y amatista Rosina parecía un ensueño: el livor de los ojos hacíase solemne, la miel del cabello luminosa; la pálida piel, ebúrnea; los gordezuelos labios, sazonado fruto. La mirada de los dos derretíase fundiéndose en un remanso de éxtasis, como dos grandes ríos se funden al dar en un lago.

El crujido de un mueble en una habitación inmediata desgarró la calma del éxtasis.

En pocos momentos Fernando estaba vestido. Rosina se había puesto una falda y sobre los hombros un mantón.

Estuvieron mirándose á un paso de distancia, mudos, graves, densamente tristes, rígidos, inmóviles. A Rosina se le saltaron unas lágrimas. Fernando, que las vió y temía no ser dueño de su voluntad, se acercó al ventanillo.

— ¿Márchaste ya?

Entonces se abrazaron por última vez. El — é inútil parece referirlo — bebió las lágrimas de Rosina, cuyo amargor, entremecido de mieles, fué

entonces más ingrato que la hiel, y se acercó de nuevo al ventanillo con determinación de salir. Lo cual hizo poniendo á prueba su elasticidad, tan cumplidamente demostrada en el notable ejercicio *El hombre culebra*. Pronto se encontró al otro lado del muro.

— Adiós — dijo tirando con los dedos un beso.

Rosina, que se había acercado, preguntó muy acongojada:

— ¿Marchaivos hoy?

— Creo que no. ¡Adiós!

Como por la parte de atrás de la casuca se tendía una tupida pradera, no se oyeron los pasos del mozo.

Rosina hincó los codos en el alféizar del ventanuco y la cara entre las manos. Quedóse mirando la aldea, estúpidamente. Una cumbre de la izquierda, rotunda, frondosa y verde como la cabeza de un Baco con guirnalda de pámpanos, erguíase aureolada de oro fluido. Por todas partes las hojas húmedas emitían notas doradas, como si hubiera caído sobre el campo la fecunda lluvia de oro que un tiempo recibió Danae, estremecida. Una parte de la ría, quieta y reverberante, que reflejaba el orto del sol, parecía un espejo de oro bruñido. El cielo, á la parte de poniente, estaba de ese azul ultramaro con tenue vapor pajizo que tienen las turquesas muertas

El gorrión había congregado sobre el alero otra porción de amigos, que parloteaban con el

bullicio y descaro habituales en esos animaluchos.

Rosina cerró el ventano, volvió á su lecho. A poco de hundirse en él caía en un sopor febril, lleno de visiones absurdas.

A las seis de la mañana entró su madre en el cuarto.

— ¿No te levantas, neña?

Rosina no respondió. Acercóse la madre al lecho y la zarandeó, á fin de despertarla. Estaba como un plomo. Rosina entreabrió los ojos, cargados aún de bruma romántica, nebulosos y lejanos. En un comienzo no se daba cuenta de lo que acontecía.

— ¡Pero neña, neña!... ¿En qué pienses? ¡Despierta, caracho! Ya ye hora de dir á la frábica...

Si el alma tuviera costillas, la de la muchacha hubiérase roto unas cuantas, cayendo desde las azulinas alturas de sus sueños á la realidad corriente y moliente de fábricas, Emeterios y sardinas en vinagre. Las últimas palabras de Fernando albergábanse aún en sus oídos. Olvidándose de que su madre, sin dejar de zarandearla — procedimiento arcaico y seguro para robarle á uno del mundo ideal y traerle al objetivo —, la conminaba á que se vistiera, pensó si Fernando la habría engañado, por mitigar el dolor de la despedida. No se atrevía á salir de su casa, temiendo que, al pasar junto á la iglesia, el campamento bohemio no estuviese allí ya.

— Madre, non puedo conmigo. Duelme mucho la cabeza. No puedo levantame.

Como todas las trazas eran de algún mal físico, la madre, muy condolida, acudió á los lamentos.

— ¿Duelte muncho, neñina? ¡Madre! ¡Madre! — gritó.

La abuela presentóse muy presto. Vió Rosina que tomaban el mal harto seriamente, y anduvo con paliativos y componendas por quitarle importancia. Tranquilizáronse un tanto las viejas. Todo se redujo á una terapéutica simplicísima: las rodajas de patata — cuya oculta y maravillosa virtud en estos casos es patente — aplicadas á las sienes y sujetas por una venda. Hubo cábalas y conjeturas sobre la génesis del mal, y quedó averiguado que la mojadura de la noche anterior tenía toda la culpa. Rosina suplicó que la dejaran tranquila; vistieron las viejas á los chicos, que ya se habían despertado, y con esto quedóse Rosina á solas con su alma, llena de dulces recuerdos y de negras inquietudes. Al poco tiempo de andar á vueltas con sus cavilaciones volvió á adormecerse, en un estado lindero entre el sueño y la vigilia, como si estuviera al pie de esos árboles de encanto que producen visiones exaltadas.

A la hora del medio día llegaron el dueño de la fábrica y una operaria, amiga de Rosina. Venían á preguntar por ella. Así que hubieron sabido

el percance, Emeterio, cuyas dotes de zahorí nadie ponía en duda, dictaminó, conforme lo habían hecho ya las viejas, que la humedad era el origen de la jaqueca. Él hubiera querido entrar á ver á Rosina, pero no osó demandar el permiso.

Su compañera entró en la alcoba. Llamábase Silvina, y era menuda, vivaracha, de carnes bien repartidas y prietas, agraciada sin llegar á hermosa, y muy reidora: un zarandillo. A Rosina le aguijaba violento impulso de preguntar cuanto antes si los titiriteros se habían marchado ó no. Contuvo la impaciencia por no delatar su interés; pero atinó á llevar la conversación por tan fáciles veredas que, á las pocas palabras, supo todo lo que deseaba saber. Fernando estaba ya lejos de Arenales, Dios sabía en dónde. Las palabras de Rosina fueron tan opocas de matiz, tan intransparentes, que á través de ellas no se traslucía la tormenta del alma.

Volvió á quedarse sola durante todo el día. Apenas probó bocado. Al obscurecer, su padre, que había vuelto de la pesca, habló unos minutos con ella, muy solícito y cariñoso. Estaba contento el hombre, porque había pescado unos millares de sardinas.

A la mañana siguiente Rosina se levantó como de costumbre. El reposo nocharniego había dado muy saludables frutos. La matinada campesina, serena, grandiosa, tuvo exacta correspondencia

en un alba espiritual dentro del corazón de Rosina, noble, grave, resignado, melancólico.

Al vestirse advirtió que le faltaba una medallita de cobre que solía llevar al cuello, colgada de un cordón azul. Supuso que habría caído en cualquier rincón, la noche de amor; pero como no diera con ella en las primeras pesquisas no volvió á acordarse del asunto.

Aquel día Emeterio la recibió en la fábrica con muestras de contento y de complacencia sensual. A causa de la palidez y demacración enfermizas encontrábala doblemente incitante. La salvaje concupiscencia, que le había envenenado la sangre, acrecentábase con el tiempo, y sus ojos, en aquella ocasión, eran dos bombas cargadas de lujuria. Como andaban otras muchas fabricantas por allí cerca no pudo explayarse á su placer. Hubo de darse por satisfecho con unas cuantas palabritas, murmuradas en voz queda é insinuante.

Rosina, á pesar suyo, hizo con el rostro tan elocuente gesto de asco y repugnancia, que Emeterio sintió un escalofrío de terror. Cuando juzgaba más cercano el fin de la lenta y laboriosa conquista, á las contadas horas de una noche de divertimiento, suavidades y complacencias — la del circo —, única en aquellas hurañas relaciones, la esquiva beldad tornaba al desdén; pero un desdén exacerbado, que no tardaría en convertirse en odio manifiesto.

Rosina, en el propio momento de oir el chichisbeo de Barros, comprendió que cuanto se relacionara con él la despertaba invencible rencor; que la simple presencia ó proximidad de Emeterio era tormento sobrehumano, intolerable. A la hora de comer fué á su casa con determinación de explicar á su familia lo que Barros pretendía de ella. Como lo pensó lo hizo. Una fuerza interior, por ella desconocida hasta entonces, le dió alientos y elocuencia bastantes para convencer á su madre y abuela. Al principio las mujeres estaban atónitas; hacíanse cruces, no la daban crédito. Pero cuando ella contó pormenores, les recordó la carrera frenética, explicándoles su origen y antecedentes, y hasta les interpretó el detalle de los guantes grises (que á Rosina no le había pasado inadvertido, á pesar de su interés por el mozo de la pesa); entonces las mujeres, muy convencidas y hondamente indignadas, prorrumpieron en imprecaciones contra el seductor.

— ¡Ah, gochón!

— Pillo, ¿no te castigará Dios?

— ¡Malos diaños lo coman!

Y así por este estilo estuvieron un poco de tiempo, hasta agotar su copioso caudal de dicterios.

Algo más difícil se les figuró convencer al padre. A la noche, en derredor del lar, andaban ellas á vueltas sin saber cómo abocar la conversación. Rosina recordaba los golpes brutales y la cólera sañuda de su padre. Pero prefería mil

muertes al cortejo de Barros. La fuerza misteriosa de poco antes manaba en sus entrañas con aliento confortante y cordial. Habló con palabras persuasivas y humildes, que llegaron al corazón del marinero, el cual, sin andarse en más chiquitas ni contemplaciones, quería *romperle la crisma* á don Emeterio Barros, *al gran cochino,* aquella misma noche. En esto de defender de mancilla el honor familiar era tan puntilloso y tan bruto como un marido calderoniano. Aunque en fuerza de ruegos se le hizo desistir por el pronto de sus propósitos feroces y sanguinarios, desde aquel momento se cernió sobre el occipucio del hombre de los ojos gordos terrible procela.

Al día siguiente Rosina entró en la otra fábrica. Barros, con la deserción, quedó sorprendido é irritado. Como la causa no podía ser otra que el descubrimiento de sus puercas pretensiones, guardóse muy bien de quejarse al padre de la moza, y hasta, á causa de cierto miedo instintivo, muy puesto en razón, de encontrarse con él á solas. Las energías genésicas acumuladas durante tanto tiempo, encontrándose inútiles, se transformaron en cólera, que él tenía por tan funesta y desastrosa como la del hijo de Peleo; y así como Chamfort, por una causa de este linaje, fué pesimista y misántropo, el insigne escabechero, animado por espantoso espíritu de venganza, juró que su antigua operaria se las pagaría, y por lo pronto decidió no pagarla él los días que la adeudaba.

Rosina, desde que perdió de vista á Emeterio, no volvió á pensar en él. Traíala muy preocupada el recuerdo del otro. A todas horas le tenía en el pensamiento; como si aquella noche de amor valiera por toda una existencia, aprestábase resignadamente á vivir el resto de sus días tan sólo del recuerdo y para el recuerdo de aquellas horas fugaces. Por mejor entregarse á sus pensamientos comenzó á hacerse avara de sus palabras, cayó en un silencio pertinaz, del cual casi nunca salía. A pesar de toda su entereza, en ocasiones sentíase anegada en un abismo de amargura y el dolor la transía el pecho. Se le ahiló el rostro y le enmagreció el cuerpo.

Su madre y su abuela pensaron que estaba *agüeyada,* es decir, que tenía el mal de ojo, y que Emeterio, cuyo pacto con Satanás era evidente, se lo había infiltrado en la sangre por medio de miradas embrujadas y artes de encantamiento. Para deshacer el maléfico influjo de este hechizo la dieron á beber agua pasada solemnemente por un trozo de asta de ciervo, con invocaciones cabalísticas y otras zarandajas de padrenuestros y salves. A poco de tomar el agua milagrosa comenzó Rosina á encontrarse muy mal del estómago y á tener vómitos, señal cierta de que el mismísimo Lucifer se albergaba en las tripas de la muchacha. Fué al mes de pasar los titiriteros por Arenales. Rosina comprendió que estaba embarazada.





CAPÍTULO IV

Inescrutables vias de Dios. — El éxodo. — La casa de un indiano orejudo. — Pilares. — „La Picha”, por mal nombre. — Vida nueva. — La iniciación. Trasiego.

Llegó el otoño; gris, melancólico, tibio. Las casas de los veraneantes — viviendas menudas y coquetonas, pequeños *chalets* pintados de colores alegres — se alineaban á una parte de la playa silenciosos, aburridos, ventanas y puertas cerradas á cal y canto. Los dos fonduchos habíanse clausurado ya. Los señoritos galanteadores y dicharacheros no atisbaban el paso de las fabricantas ni les decían cosas picantes. El sol salía, cuando salía, de mala gana, pálido y perezoso, amarillo y desmayado, como los habaneros que vuelven de su éxodo con afecciones hepáticas. En el horizonte veíanse á todas horas grandes ejércitos de nubes, reconcentrados y prontos á extenderse por el cielo al menor motín del aire. No tardaron gran cosa de tiempo en venir las lluvias, tenaces, densas, firmes, como plaga ó azote.

Sorda desesperación ganaba el alma de Rosina. Prefiriendo la muerte á la vergüenza, buscaba modo dulce de matarse y fecha en que realizar su designio. El embarazo no era visible aún. Por la noche, antes de meterse en la cama, reconocía su vientre, anhelante y estremecida. Con ojos de espanto miraba aquella suave bóveda incipiente, atisbando el temido y fatal desarrollo; recorría con las manos la superficie tirante, resbaladiza, blanca y mezclada de tonos y venas rosados y azulinos, como ágata bien pulida.

Perennes preocupaciones le ajaron y empalidecieron el rostro. El *mal del ojo* se había enconado, pese á las aguas preservadoras y á todos los cuernos de ciervo habidos y por haber. Unas y otros habían perdido sus virtudes agoreras, y aun las estomacales, pues ni los vómitos y bascas de la primera vez producían ya.

Rosina pensó en la muerte como único refugio; pero los caminos de llegar hasta ella eran arduos, espinosos, amargos, y le causaban horror. Tenía miedo á los dolores físicos.

Los días despejados, si tenía vagar para ello, íbase á una roqueda que se interna en el mar, en lo más apartado de la playa. Sentábase en el peñón del cabo y, absorta de pesadumbre, dejaba á las horas que se deslizasen con manso y monótono curso. Los innumerables ruidos dispersos del mar formaban un clamor único, y las voces confusas, errantes sobre la inquieta y verde pla-

nicie, articulábanse en un solo grito ensordecedor que llamaba á Rosina, atrayéndola hacia el misterio del abismo. En los pequeños pueblos de la costa cantábrica hay dos cementerios: el religioso, que está adosado á la iglesiuca, por lo común, y el civil, por decirlo así, que es el mar. Rosina tenía parientes en este cementerio vasto, sublime y sonoro. Creía oir, en el formidable clamor, el requerimiento de algún espíritu familiar preso en el cristal de las aguas. Tuvo miedo al mar; su loca inquietud, llena de colores y transparencias, la fascinaba y atraía; las olas, que venían resbalando insidiosas hacia ella hasta reventar en la roca con chasquido bestial, le parecían fauces de monstruos ávidos que querían tragársela.

Dejó de ir á la roqueda. Maternal ternura la bañaba las entrañas. El vientre comenzaba á expandirse, y bajo la fina y rotunda bóveda, como en un templo, los gérmenes hacían su lenta y solemne labor, con recato religioso.

Candorosas quimeras vinieron á albergarse en el corazón de Rosina y ahuyentaron los propósitos lúgubres. La imagen del creador, del padre, de Fernando, disipadas efímeras negruras, destacó bello y rendido, amador y desgraciado, entre un nimbo de ilusiones rosadas. Si el destino le arrastraba ahora por lejanías ignotas, ¿quién sabe si alguna vez se placería en juntarlos de nuevo?

Rosina, con súbita fortaleza, trazó el cauce por donde había de correr su porvenir. El vientre

crecía, aunque con parsimonia, y amenazaba delatarla. Resolvió huir del pueblo en la primera ocasión oportuna.

Un sábado por la noche, al acostarse, vió el cielo constelado de estrellas, todas temblorosas, límpidas y plateadas. «Si no se nubla, á media noche es buena ocasión», pensó la muchacha. Cuando le pareció que la noche estaba por filo y que todos los suyos dormían á pierna suelta, hateó sus trapillos, y luego que hubo besado á sus hermanos, muy quedo, salió. Llevaba una peseta por todo caudal.

En la vítrea penumbra nocharniega, carretera y río ondulaban paralelos, como mellizos ideales; la una, albicante y leve; silencioso, quieto y estrellado el otro, porque el firmamento se miraba en su quietud. Apelmazábanse las sombras en robledales y alamedas. Sobre el horizonte la crestería de la sierra mordía el cielo, recortando contornos que parecían de dientes gigantescos.

Rosina anduvo algunas horas. Todo á lo largo del camino, á su izquierda, el río la acompañaba rezongando en algunas revueltas con murmurio amistoso y ledo.

Un gallo cantó con gran ímpetu, y de alquería en alquería fué sucediéndose el áspero quiquiriquí.

Rosina pasó junto á una aldehuela llamada El Castillo, por estar tendida al pie de una loma en cuya cumbre se asienta un torreón, loma que,

desviando el curso del río, hace un grande y apacible remanso. Las casas reposaban en silencio. Algunos canes aullaron al pasar Rosina. A la salida del pueblecillo, sobre el alero de un hórreo, piaban unos gorriones en inarmónico guirigay. Acordóse Rosina, oyéndolos, de la noche breve y buena de su amor.

Detrás de los montes orientales flotaba un aliento de luz amarillenta, de la cual emergían á veces lanzas de oro. Las cimas se cubrieron de apocado matiz rojizo. Las hoscas y escuetas lontananzas montañeras del frente atenuaban sus perfiles tras de un velo anaranjado. En el regato de una cuneta rutilaban momentáneas sierpes luminosas. Las estrellas se hundieron en el cielo, poco á poco, y una ola de claridad tímida vagó por las alturas. El sol no había salido aún. El campo se arrebozaba en difusa luz de ensueño.

Las campanitas de una iglesia sonaron joviales y temblorosas, como niños frioleros. Rosina apretó el paso, para llegar á misa á Rivadesilos. Este pueblo no tiene otras construcciones que cuatro casucas, con sus hórreos ó paneras, dos fincas de indianos, un parador y la iglesia, todo ello muy jalbegado y pulcro.

Rosina llegó jadeante, enrojecidos los pómulos, casi cárdenos, y las manos ateridas. Algunas mozas le preguntaron su derrotero. Ella les respondió que iba á servir. En cuanto hubo oído misa continuó su andanza. El sol había ganado

un buen trecho, cielo arriba, y alegraba al campo con un regocijo grave, matutino é invernal. Ya estaba cerca San Juan de Beñes, término de la jornada. Rosina atravesó un grande y férreo puente, construído gracias á la influencia del cacique, aunque no servía para maldita la cosa. El río estaba muy serio y posado, color azul ultramar, verde sombrío al pie de los árboles. Estos eran álamos, desnudos y pardos entonces, plantados en fila orillando el cauce á trechos, y blimales rotundos, achaparrados, casi argentinos, como si estuvieran cubiertos de polvo de plata. Entre la corriente del río asomaban hileras de estacas, espetadas en el cauce, en forma de ángulo, en cuyo vértice el tinglado de pescar salmones volteaba sin cesar. Rosina se apoyó un momento en el pretil. El sol la envolvió y cercó de caricias, de tibieza y de luz. Frente por frente, y al cabo de unas cuantas curvas y revueltas, veía la muchacha los dos promontorios de tierra roja, verdegueante en la cumbre, que guardan la desembocadura del río, y el mar entre ellos, un cacho de añil lustroso, jironado de tachones blanquísimos. Las casitas de Arenales estaban ocultas por una montañuela muy verde y lisa. Rosina continuó su camino; iba con los ojos nublados.

Al cuarto de hora de andar llegó á la estación de San Juan de Beñes. El pueblo está apartado un trecho de la vía férrea, en la linde de un viejo bosque de castaños.

En la estación no había alma viviente. Rosina se sentó en un banco de madera, donde daba el sol.

Al poco tiempo llegó un hombre con gorra galoneada, que era jefe, taquillero, telegrafista, factor y otra porción de cosas á un tiempo, con la mayor naturalidad del mundo y sin darle importancia, como otros son consejeros de Compañías y Sociedades.

— ¿Qué haces ahí, neña?

— Voy á servir.

— ¿A dónde?

— Non lo sé.

— Pues pregúntamelo á mí.

Rosina bajó los ojos, un poco avergonzada.

— ¿Vas á sacar billete?

— Sí, señor.

— ¿Hasta dónde?

— Pa hasta donde den los cuartos.

— ¿Cuánto traes?

— Una peseta.

— Puedes ir hasta Prado y aun te sobra una perrona.

El hombre tomó la peseta, metióse dentro de la estación, y después de producir unos ruidos misteriosos salió con un cartoncito verde y agujereado que entregó á Rosina. A seguida zarandeó de lo lindo una campanita de cobre dorado y comenzó á dar órdenes á unos mozos que aparecieron como por ensalmo.

El silbido del tren y su trepidación sorda llegaron rodando por el valle. Luego se le vió asomar á lo lejos, muy gentil y humeante. A los pocos minutos paraba frente á la estación.

Rosina fué á meterse en el primer coche; temía tropezar con algún conocido. Entró precipitadamente y cerró la portezuela, con prisa. El tren no tardó en ponerse en marcha.

En el mismo departamento de Rosina estaba un sacerdote joven, coloradito y algo sucio, sin llegar á la patinosa cochambre de otros tales de aldea. Este evangélico varón, sorprendido de que la chica no saludase, abordó la charla.

— Buenos días nos dé Dios, mozina.

— Buenos días, señor cura — murmuró ella toda ruborosa.

— ¿A dónde vas?

— A servir.

— ¿A servir á dónde?

— A Prado.

— ¿Tienes ya casa buscada?

— No, señor.

— ¿Entonces?...

A un lado y otro, por detrás de las ventanillas, deslizábanse raudamente algunos árboles, y lienzos de ocre amarillo ó gris mate, tierra y peñascos, en los desmontes. El cura rubicundo adhería una mirada tenaz y curiosa sobre el rostro de Rosina.

— Vamos... Tu madre necesita cuartos y te manda á servir, ¿no es eso?

Rosina balbuceó:

— No, señor.

— ¿Entonces?...

La mirada del clérigo se hizo más pegajosa.

— ¿Te daban malos tratos en tu casa?

— No, señor.

— Pues no lo comprendo... — dijo, frunciendo los labios y encogiéndose de hombros, como renunciando al interrogatorio, muy sorprendido de que en este mundo hubiera alguna cosa sin su correspondiente explicación.

No tardó mucho en reanudar el palique y preguntarla cuántos años tenía, de dónde era, si había salido ó no de su pueblo, y otra porción de detalles que los curas, avezados al tribunal de la penitencia, tienen hábito de hacer. Cuando se hubo enterado de lo que apeteció, estúvose rumiando las respuestas un buen trecho, y por último habló así:

— Yo tengo una hermana, con la cual vivo. Esta hermana está casada con un americano que tiene muchos millones. Precisamente estos días andaban buscando criada, y tú me pareces bien. No sé lo que pensarán pagarte; pero, por poco que sea, será más de lo que tú esperes. ¿Te conviene? Yo creo que sí. Ya verás qué quinta tan guapa tienen á la salida de Prado, yendo para Piedramonte. Esto, suponiendo que seas formal,

que yo creo que sí, y que no hayas tenido ningún mal paso... ¿Eh? ¿Qué dices?

Rosina no sabía qué responder.

— Vamos, no te asustes. Esto que te digo son bromas. Mira, ya estamos muy cerca. En pasando aquel puentiquín se da la vuelta á la izquierda, y detrás del monte, en una llanura, está Prado.

Por la ventanilla le mostraba los parajes.

La muchacha seguía con curiosidad las indicaciones del dedo.

— Conque... trato hecho, ¿verdad?

— Sí, señor.

Al llegar á Prado el cura la acompañó hasta la casa del indiano. Atravesaron todo el pueblo, silencioso, aletargado en una paz dominical. Alguna que otra persona endomingada recorría las calles, que un sol matutino y suave templaba, dorándolas.

Detuviéronse ante un portón de nogal, abierto en alto muro encalado. El cura dió recias aldabadas. No tardaron en acudir y darles paso.

Echaron por una vereda de guijo, á cuyas bandas se tendían cuadros de legumbres deslindadas con ringlas de rosales. Por la parte de adentro de los muros estaban adosados árboles frutales en espaldera. No lejos de la entrada, por entre los verdores de un bosquete, surgían los lienzos blancos del caserón.

Rosina quedó admitida *in continenti,* merced

á una razonada recomendación del clérigo, entre la servidumbre de aquella familia, la cual, amén del susodicho curilla, componíase de un indiano repugnante y orejudo, enriquecido en Cuba, Dios sabe por cuáles medios; su señora, espigada y zonza, aunque no fea, y un angelote rubio y muy enguedejado.

Rosina, otrosí de las labores de aseo y limpieza de la casa, servía á la mesa, menester que aprendió presto y ejercitaba con muy buen arte, y paseaba al niño por las tardes, ocupación que la placía grandemente.

El cura paraba poco en casa. Pasábase la vida, por lo regular, en viajes y correrías á través de aldeas y pueblos comarcanos. A la nueva criada tratábala siempre con afabilidad un poco entrometida, pero sin rebasar, paladina ni embozadamente, el contenido del léxico casto y limpio de toda intención obscena ó pecaminosa. Ni requerimientos equívocos, ni, mucho menos aún, avanzadas del tacto.

Rosina encontrábase tan á gusto en el tedioso hogar del indiano repugnante y orejudo, que se estremecía al pensar en la inminente insolencia de su embarazo. De día en día acrecentábase el volumen, en progresión lenta y constante; y si, hasta entonces, las faldas vueludas y el corsé opresor habían alcahueteado no poco, á la hora menos pensada saltaría la verdad voluminosa é inequívoca, á pesar de todos los encubrimientos.

Después de los meses angustiosos de Arenales, de las fascinadoras ideas de suicidio y demás amarguras, el silencio sedativo de aquella casa infundía al alma de Rosina un grato reposo. Se acordaba un poco menos de Fernando y pensaba un poco más en la obra misteriosa de sus entrañas. El ejemplo de su señorita la edificaba: era una jovencita idiotizada al contacto de las lacerias de su esposo, pero noble y respetable, á causa del amor que profesaba á su hijo, el angelote dorado y hermoso. La sublimidad del amor materno le inspiraba ideas que no atinaba á expresar, aunque sí á sentir muy hondamente, y comprendía que en él está la cancelación de los pecados y tristezas de la vida. «Si yo me atreviese á contárselo todo á la señorita, pensaba, y á pedirle perdón... La prometería ser buena, y tener mi hijo aquí con ellos, y no apartarme más de su lado...» Pero no se atrevió á hacer esta confesión.

Al mes de estar en la finca, su barriga, muy encrespada y testaruda (de alguna manera se ha de decir), daba á entender que no quería tapujos ni apreturas, y que estaba resuelta á romper con todo. La primera que entendió este expresivo lenguaje, en un descuido de Rosina, que hacía todo lo posible por ahogarlo, fué la cocinera, una vieja que dormía en su misma habitación. Con ojos de á palmo y voz burlona exclamó:

— Neña... Tú estás *embaranzada*.

Era una grandísima bruja, y la palabra preñada le parecía uno de los más feos pecados. Rosina quedó como muerta. La vieja, aprovechando la turbación de la moza, le dejó al aire la barriga en un periquete, y corroboró su juicio.

— Estás *embaranzada* y bien *embaranzada*.

Como se supone, tratándose del protervo linaje de esta cotorrera, á quien el destino, desde la niebla de las primeras edades, la tenía deparada una virginidad ineludible, adquirir ella este conocimiento del embarazo y transmitírselo á la señorita fué obra de muy poco tiempo. La señorita, que no conocía del mundo otras personas que sus padres, su hermanito el cura y el averiado esposo, y tenía una noción de la realidad muy restringida y errónea, reputó aquel naturalísimo fenómeno de reproducción por abominable y nefando delito, y á la delincuente como redomada criminal. En su alelada zonzería imaginó que Rosina era muy capaz de matarlos á todos una noche, y aunque muerta de miedo, no se atrevió á despedirla ni á comunicar á su marido la noticia hasta que el clérigo estuvo de vuelta, el cual fué encargado de la espinosa misión de ahuyentar á la chica embarazada. En vano intentó el sacerdote intervenir en favor de Rosina: su hermana fué inexorable.

El cura manifestó con la mayor dulzura á la muchacha la decisión de la señora y la causa de ello, añadiendo de su parte algunas palabras

de consuelo que, si no justificaban, disculpaban al menos el amoroso desliz (desgracia dijo el cura), y la amonestó blandamente para lo venidero. Rosina le escuchó sin replicar, y luego se fué á recoger su ropa, pensando que era una mala bestia y una mujer maldita y pecadora; pues reconociendo, como reconocía, á través de las suaves palabras del cura, y después de los acerbos sermones de la cocinera, que su falta era terrible, á ella, en lo más íntimo, le parecía una cosa muy natural, y lejos de sentir arrepentimiento y hacer propósito de la enmienda, estaba segura de que cuantas veces se encontrara con Fernando se habría de entregar á él, mejor dicho, la misma fuerza confusa y tumultuosa de la noche de amor la había de arrastrar de nuevo hasta los brazos de su amante, estremecida y confusa, sin albedrío.

Antes de abandonar la casa fué á despedirse de la cocinera, con la cual tuvo este diálogo:

— Vóime, María.

— ¿A dónde vas?

— No lo sé.

— ¡Ay, neña! Dasme mucha lástima. Dígote que lo mejor que puedes hacer ye dir á Pilares. Estando embaranzada no te van á querer en ninguna casa decente; pero en Pilares puede que encuentres alguna. Tengo yo en Pilares una amiga que tién casa de güéspedes. Escribirela pa que te busque colocación, ¿quiés?

— Bueno.

La cocinera garrapateó durante media hora, en un pedazo de papel mugriento, una epístola extraordinaria. Rosina marchó en el primer tren.

A las nueve de la noche llegó á Pilares, capital de la provincia. Llovía. Por el andén hormigueaba una falange de paraguas que, húmedos y brillantes bajo el reflejo de los faroles, parecían escudos de acero. La gente salía por una portilla abierta en una empalizada. Rosina se mezcló entre la muchedumbre y salió de la estación, que estaba en las afueras de la ciudad y á la parte baja, entre árboles y prados. Los cocheros de punto desde los carruajes, alineados junto á la empalizada, y los mozos de cuerda, vociferaban sin cesar. Un pelotón de mujerucas y chicuelos, astrosos y lamentables bajo la lluvia, tendían sus manos hacia los envoltorios y maletas de los viajeros. Un pillete se acercó á Rosina, preguntando:

— ¿Llévoilo? ¿Llévoilo?

— No, no.

— Por un rial no más.

— Llévolo yo, pero enséñame á la calle de Adosinda.

— ¡Rediós, está al otro lao!

— Bueno, pues ven conmigo.

— ¿Cuánto me vas á dar?

— Lo que quieras.

Echaron á andar sobre el lodo, á paso largo. Después de atravesar unos tendejones, que eran

dependencias de la estación, subieron por una calleja muy empinada; un alto paredón á la izquierda, y la mole de un antiguo convento á la derecha. De largo en largo, entre vidrios empolvados y rotos, brillaban débilmente los faroles. Recorrieron luego calles sombrías y desoladas de los aledaños. Rosina, por mejor guardarse de la lluvia, caminaba con la cabeza baja, sin mirar en torno suyo, siempre en pos del chicuelo.

A medida que se acercaban al corazón de la ciudad los faroles eran más numerosos y brillantes; primero de gas, luego de luz eléctrica. Por las calles céntricas circulaba la gente, afanosa y compacta, entre sordo repique de almadreña. Los escaparates proyectaban en la sombra haces de luz que el agua, al caer, atravesaba rebrillando, y en la puerta de algún comercio pendían grandes arcos voltaicos de violáceo resplandor. Rosina estaba maravillada: hubiérase detenido de muy buen grado á examinar todo aquello si la lluvia torrencial no se lo impidiera.

La denominada calle de Adosinda es un callejón que está á la parte trasera del cuartel, próximo al ensanche de la ciudad. La mayoría de sus casas son cuchitriles de piso terrizo, achaparrados y sucios, y alguna que otra más fachendosa y flamante, de dos pisos á todo tirar. En una de éstas vivía *Manuela, la Picha* por no muy buen nombre, ex patrona de huéspedes un tiempo y ahora algo muy semejante á trota-

conventos, con sus puntas y ribetes de proxeneta.

Presentóse Rosina ante *la Picha*, en la mano la inmunda carta de recomendación. El aspecto de la presunta protectora no era halagüeño, ni con mucho: barrigona, bigotuda, puerca y desgreñada. Sacó *la Picha* unas antiparras de la faltriquera y estuvo descifrando la epístola todo el tiempo que hubo menester, y no fué poco. Luego escrutó á la muchacha concienzudamente y la admitió á su servicio, para lo cual era necesario despedir á la otra criada; lo manifestó así, exagerando el interés que tenía en complacer á su antigua amiga la cocinera del indiano. La casa era adecuado estuche de la alhaja. El polvo y la mugre gozaban de un reposo ajeno de inquietudes y sobresaltos, campando muy á sus anchas por toda la vivienda, á excepción de una alcoba; en ella una cama de madera pajiza, colcha blanca de *crochet* sobre la cama, aguamanil de hierro y unos cromos, con Venus lamentables, esparcidos por las paredes.

Todo aquel interior, lóbrego y mal oliente, repugnó á la pulcritud instintiva de la niña de Arenales.

Desde el día siguiente de su llegada fregoteó, sacudió y resfregó á diestro y siniestro, mañana y tarde, hasta alindar el antro, en lo que pudo. Como *la Picha* no era mujer que se asustase de ciertas cosas, Rosina andaba con el vientre en

libertad, lo cual le causaba gran bienestar y desahogo.

Los primeros días, estando muy entretenida en sus ajetreos purificadores, no echó de ver las gentes que visitaban á *la Picha*; pero, no transcurrió mucho tiempo sin que se sintiese extrañada de que éstas fuesen señoritos y artesanillas únicamente, y cuando vió que la estancia de recibir era la alcoba de las Venus, aunque poco maliciosa, é ignorante de ciertos asuntos, dióse cuenta muy pronto de todo.

En un principio experimentó tanta sorpresa que no sabía qué pensar. ¿Es posible que haya esas cosas? Luego sintió cierta repugnancia, no por el acto, sino por los aditamentos y feas circunstancias de que lo rodeaban, por la deplorable vivienda que elegían, y por la mujer feroz que servía de medianera. Pensó marcharse cuanto antes, pero volvió de su determinación considerando que con aquella barriga no iba á ninguna parte. Poco á poco el sentido moral que desde niña le habían inculcado fuése adormeciendo hasta no dar cuenta de sí. Todos aquellos oficios de tercería eran para ella cosa muy lógica, y aun más lo que hacían aquellas menestralas bonitas. No encontraba en su alma movimientos de indignación contra las personas que la rodeaban; mas, dígase sin reparo, ni una vez siquiera pensó llegar á hacer lo propio.

Entre los señoritos que venían á la casa, muy

á cencerros tapados — y entiéndase que señoritos eran todos los caballeros de cierta posición, aunque pasaran de los sesenta, y algunos pasaban —, los había simpáticos y que lisonjeaban á Rosina, la cual se extrañaba de no sentir aquel asco invencible que le hacía odioso á Emeterio, siendo los propósitos los mismos en uno y otros. Lo atribuyó á personal aversión hacia el escabechero.

La muchacha no estaba muy apetitosa con su barriga, que cada día era más fenomenal; pero, como tenía el rostro muy lindo y dulce, no faltaban nunca chicoleos, palabras de enfática intención lasciva, frases francamente indecentes y alguno que otro conato de caricias y abrazos. Y, cosa rara: Rosina, que en sus adentros no se atrevía á condenar tales desmanes, lo mismo era oir aquellos chicoleos y frases desnudas, que comenzar á aturdirse y á ponerse colorada como una amapola, y echarse á temblar y sentir impulsos de defenderse á manotazos, así que alguno hacía ademán de abrazarla. Su alma padecía profunda atonía moral, pero guardaba el cuerpo pudor físico y esquivez arisca, tan indomables, que bien pudiera decirse que el instinto de maternidad se valía de esas armas para defender de profanaciones su precioso bagaje.

A un joven caprichoso y rico que tenía pasión por las embarazadas, se le metió en la mollera

yacer con Rosina. En combinación con la urraca la tendió añagazas.

Rosina vióse tan cercada, que temiendo no poder resistir á la violencia, pensó en la huída; pero, la trotaconventos, que oliscaba la fuga y estaba muy satisfecha de la infatigable laboriosidad de la muchacha, puso pronto y conveniente remedio; dióse, pues, tan buen arte, que convenció al joven de lo absurdo de su propósito. Con esto respiró Rosina libremente, y pasaron los días, y las semanas, y los meses, hasta que estuvo en trance de parir.

Esta contingencia vino á turbar el corazón de *la Picha*. Se había encariñado con Rosina y le apesadumbraba que pariese en el hospital; pero no tenía suficiente abnegación para dejarla parir en su casa. Cuando andaba en estas vacilaciones arreciaron los dolores; la muchacha no pudo levantarse de la cama. *La Picha* no se atrevió á despedirla en aquel estado. Por otra parte, echó cuentas para sus adentros y resultaban bastante galanas. Un médico del hospital, amigo de *la Picha*, asistió graciosamente al parto, que fué feliz. La criatura era una niña.

Rosina acogió con extremado amor aquella masa blanducha de carne rojiza que berreaba sin cesar y hacía otras cosas no muy limpias. Pasábase las horas contemplándola con embeleso, y así que rebullía un poco pensaba llena de angustia que se le iba á morir.

Algunos amigos de la casa la dieron dinero, del cual *la Picha* se aprovechaba muy guapamente.

Una mañana, *la Picha* dijo á la parturiente:

— ¿Cuándo quieres que llevemos eso al hospicio?

Eso, naturalmente, era la niña. A Rosina se le heló la sangre en las venas; sintió un sudor frío sobre sus miembros y estuvo á dos dedos de un desmayo. Reaccionó pronto, y á tiempo que apretaba á la niña contra el seno, respondió con voz ronca:

— ¿Al hospicio? Nunca.

La Picha, con las manos sobre la panza y una frescura boreal en los labios, siguió diciendo:

— ¡Bah, bah, bah! Tú estás loca, rapaza. ¿Qué vas á hacer con ese estorbo? Cuanto más tiempo pase es peor. El mismo día que pariste debimos llevarlo. Además, ¿tú qué crees que es el hospicio? ¡Ay, rapaza!; mejor que contigo está allí. Cuídanlos que da gusto.

Rosina se puso tan colérica que *la Picha* aplazó al proviso sus gestiones. Aquella misma tarde Rosina tuvo fuerte jaqueca. Al día siguiente empeoró, y así, de una en otra, vino á tener una fiebre puerperal que la mantuvo entre la vida y la muerte durante algún tiempo.

La Picha aprovechó esta circunstancia para llevar la criatura al hospicio.

Cuando Rosina comenzó á darse cuenta de las

cosas fué tal su enojo, que el médico, temiendo una recaída, asumió la responsabilidad del secuestro y urdió una historia fantástica á fin de explicarlo.

Su convalecencia fué muy laboriosa. Preguntaba á cada momento por su hija, á lo cual contestaba Manuela que hasta que sanase por completo no se la podían traer.

Un día, Rosina se encontró completamente bien.

— Ya estoy sana — dijo á *la Picha* —; ¿dónde está mi neña?

Y aquí de la habilidad de doña Trotaconventos. Sin apurarse cosa, desarrolló su plan cual hábil estratega. Traerían á la niña; pero, ¿qué iba á hacer con ella Rosina? ¿Cómo se iban á mantener? Ella, Manuela, no podía tener una criada con una criatura, ni nadie en el mundo la tendría de ese modo. ¿A donde iba á ir? ¿Qué ocupaciones buscaría? La cosa era de pensar. Ella no se había atrevido á llevar á la niña al hospicio sin consentimiento de la madre; estaba en casa de unas amigas, pero el hospicio era la única solución, y tarde ó temprano habría que aceptarla. Ahora bien; sin el impedimento de la criatura, Rosina se las apañaría de excelente manera: era guapa, muy simpática, elegante, cualidad que antes, con aquella barriga, no se podía apreciar; tenía porción de cosas que gustaban á los hombres. Ella, *la Picha*, conocía á muchos, perdidamente enamorados.

Luego, cuando tuviera dinero, podría sacar á la hija del hospicio.

Y por este camino pronunció una larga plática.

Rosina no respondió por el pronto, lo cual era de buen agüero, y anduvo varios días meditando las palabras de Manuela. Al cabo de ellos, la dijo, muy avergonzada y ruborosa, que haría cuanto le mandase, pero que deseaba ver á su hija, aun cuando fuera una sola vez.

— ¡Ay, paloma blanquina! Dios te ha inspirao. ¡Ya verás los cuartos que haces! — exclamó fervorosamente *la Picha*, mostrando ignorar que la criatura existiese.

Rosina insistió en ver á su hija, de tal suerte que su protectora no pudo eludir la respuesta.

— Yo mandaré que te la traigan. Creo que está preciosa.

Pasó el tiempo y no asomaba la niña. Manuela explicó á Rosina cómo para ahorrarla el disgusto de la despedida la había enviado ya al hospicio.

— Pero, ¿no podemos verla allí?

— Sí, paloma, sí. Cuando quieras.

Con esto quedó satisfecha Rosina.

No tardó gran cosa de tiempo en ponerse á las tareas de la profesión elegida. El primer usufructuante de sus encantos, puestos ya en el rango de mercaderías tarifadas, fué un joven pilarense, ni guapo ni feo, ni rico ni pobre, ni alto ni bajo, ni grueso ni enjuto, uno de tantos, resultante del paralelogramo de la concupiscencia; de esos que

pagan mujeres, algo por lascivia, por necesidad orgánica en ocasiones, las más de las veces por vanidad provinciana de donjuanismo precario.

Cuando Rosina se encaminó á la alcoba de las Venus, iba con una emoción muy semejante á la que le embargara el día de su primera comunión: desasosiego nervioso á causa de la novedad del trance y un rubor epidérmico derramado por el rostro, sin paridad con aquella honda turbación y extremada ansiedad de la noche única.

La Picha, aunque hábil en todo linaje de industrias cortesanas, y á pesar de tratarse de visitante novicio, temiendo ver descubiertos sus amaños, no se atrevió á ofrecer á Rosina como virginidad incólume, de lo cual parecían dar testimonio cumplido las señales del rostro confuso y el aturdimiento de la persona; pero supo encarecer con elocuencia codiciosa el inapreciable mérito que adornaba á la muchacha, la cual no había mantenido comercio alguno con otro hombre que no fuera su novio, y con ese una sola vez.

Rosina sacó de esta primera entrevista carnal una lección provechosa. Antes, temía no servir para esta laboriosa, dura y honrada profesión, creyendo que los mismos sentimientos de repugnancia que Emeterio la inspiraba habían de surgir de nuevo ante los demás hombres, al ejercitar y suscitar mercenarios goces. No fué así. Confusa lo estuvo todo el tiempo que duró la presencia del macho, con aquella confusión fisiológica

que la Naturaleza había amalgamado tan reciamente á su constitución orgánica, y no menos torpe que confusa, lo cual era hijo de su inexperiencia y de su falta de instinto pecaminoso. Pero ni la más leve aprensión de asco ó repugnancia vino á turbar su bautismo venusto, antes al contrario, hubo momento en que la voluptuosidad la envolvió en una onda de molicie deleitosa, y á no ser por la definitiva pasividad espiritual de Rosina, la hubiera arrastrado hasta el pleno goce con todos sus curiosos delirios. Es decir, que la niña de Arenales entregó su cuerpo, pero no su alma. Cuando estuvo á solas y consideró su aventura, en fuerza de sutilizar sobre ella y compararla con la de la noche memorable, aquilatando sus diferencias, vino á dar en la certidumbre de que eran cosas de distinta y hasta contradictoria naturaleza y substancia, y si la una endulzaba y hacía amable la vida, la otra pudiera ayudar á ella como oficio mecánico. Con esto comprendió que el ejercicio rutinario de la prostitución era como coser á la máquina ó embalar escabeche, aunque más pingüe, si bien la comparación adecuada le parecía la de coser á la máquina, sin duda por cierta onomatopeya ó armonía imitativa muy puesta en su punto.

Por las vueltas de San Juan, que es época de verbenas é inocentes regocijos nocherniegos, comenzó Rosina á ganar su pan con ese oficio nocherniego é inocente, pero no muy regocijado.

En los primeros tiempos fueron sus negocios en medio de una muy lucrativa bonanza, según dictamen de *la Picha*, que sabía poner á buen recaudo los dineros, administrándolos con tanta parsimonia que Rosina no vió nunca una mala peseta, pues hasta de las propinas se incautaba Manuela; y todo la hacía falta, según ella, para el pago de blusillas y humildes vestidos que, siendo de percal, no se dijera sino que estaban hechos con las más ricas estofas, por lo que costaban.

Conforme avanzó el verano Pilares fué despoblándose. Las familias emigraban á la costa. No había un hombre que pudiera pagar amorosas concesiones con decente estipendio. *La Picha* se lamentaba á todas horas: aquello iba muy mal. Pasaban noches y noches, lentas y calurosas, sin que en la cámara de las Venus repiqueteara el ruidillo semejante al coser de máquina.

Las imperiosas vacaciones del estío le parecían de perlas á Rosina.

La casa de Manuela era fresca. A las horas de calor, Rosina, tumbada en un diván, muy ligera de ropa, y á medias adormecida, entregábase á ensueños gratos, entreverados con lo pasado amable y lo porvenir risueño, acariciada por ese silencio hondo de las ciudades vacías. El reloj de la catedral, regulando la perezosa andadura del tiempo, dejaba caer á intervalos, desde la aguda torre gótica, graves campanadas.

Un día, á la hora del obscurecer, Rosina habló así á su superiora:

— ¿Mi hija está en el hospicio?

— Ya te lo dije, muyer. (La paloma blanquina habíase convertido en mujer).

— Quiero ir á verla.

— Pues vete.

— Bueno; pero quiero llevarla una cadena con una medallina.

— Pues llévasela.

— No tengo dinero para comprarla.

— ¿Y yo qué quiés que te haga?

Breve silencio. Rosina comenzó á hablar de nuevo, con emoción en el tono:

— Usted tiene el dinero que gano.

— ¿El dinero que ganas? ¿Y lo que comes, muyer? ¿Y lo que comes, que comes por cuatro? Lo que comes, ¿no cuesta dinero? ¿Piensas que me dan de balde las patatas, y el bacalao, y les fabes, y les berzes? No; si tú non comes nada... Yes un cuerpo santo... ¿Y lo que vistes? ¿Y el traje blanco con flores coloradas? ¿Y la falda azul? ¿Y la blusa color de rosa? ¿Regálanmelo á mí? Pues echa cuentes... Las veces que te ocupaste y lo que te pagaron, ó lo que me pagaron... Pensarás que yes una princesa y que te paguen *veinte* duros por ocuparse contigo. ¡Ay, neña!... ¡Qué engañada estás!

Las cláusulas de la bien tramada elocuencia de *la Picha* se desplomaron sobre la pobre mucha-

cha como si un vasto y formidable edificio se derrumbase, aplastándola entre sus cascotes. Sólo tuvo fuerzas para clamar con voz angustiosa y subterránea:

— Yo creí que una cadena y una medallina de plata...

— ¿De plata? ¡Estás lloca!

— ... No costarían mucho... Arriba de cuatro pesetas...

— ¿Y cuándo las vas á ganar? En Pilares ahora no hay más que curas y artesanos, y los curas no vienen á esta casa... ¡Ya saben ellos dónde están seguros!

— Yo procuraré ganarlas.

— Ya veremos.

Con esto terminó el diálogo.

Rosina tuvo la suerte de ganarlas con el sudor de su cuerpo.

Compró la medalla y vió á su hija.

Las monjas del hospicio se conmovieron hondamente ante los apasionados extremos maternales que Rosina hizo con su pequeñuela. Aquel fuego de amor alumbró con calientes resplandores la frialdad monástica y gris del triste recinto. Separar á la madre de la hija costó no pequeño esfuerzo.

Rosina salió del benéfico asilo con el rostro demudado, á causa de un dolor sublime, desencajada, lívida, los ojos vidriosos y perdidos, pero no tanto que no vieran en los grandes patios ce-

nicientos, húmedos, sombríos, con venenoso verdín por el suelo enlosado, á la manada de niños expósitos: canijos de cuerpo, idiotas de expresión, repugnantes, siniestros. Durante mucho tiempo siguió contemplando en sus adentros aquellos séres escrofulosos y miserables, cuajados en el ambiente plomizo del gran convento, como en la penumbra horrenda de una pesadilla.

La joven y aun inexperta meretriz, pensando en estas cosas terribles con la sutileza de un acendrado amor maternal, decidió apretar los tornillos del vicio, á fin de extraerle más jugo y sacar cuanto antes á su hija del antro fatídico.

Por aquel entonces, Mariquita, la alcahueta de mayor alcurnia en Pilares, noticiosa del suculento palmito de Rosina, comenzó á tenderle la red para la temporada de otoño, que es de mucho provecho, con tan buen arte que la joven, á las primeras asechanzas, se dejó prender en las sutiles mallas del artilugio celestinesco. *La Picha* clamó con abominables imprecaciones al empíreo y luego al averno; ¡pero como si cantara! ¡A buena parte iba con Mariquita, la opulenta prelada del más aristocrático conventico...!

A eso de las doce del día, una cesta de alquiler, que albergaba en su cochambroso interior á la segunda ama de casa de Mariquita, paró á la puerta de *La Picha*. La hermana prófuga, ó sea Rosina, sin más ropa que la puesta y exhaus-

to el bolsillo, bajó al momento y entró en el coche.

Como estas señoras de casa llana suelen sentir en ocasiones excesivo recato, la segunda ama, así como Rosina se aposentó en el vehículo, tendió las cortinas de hule que á entrambos lados del toldo estaban enrolladas, las sujetó para que el aire no las moviese, y así, las dos mujeres llegaron á la Puerta Nueva Alta, muy guarecidas en el angosto y obscuro artefacto.

Cuando entraron en casa de Mariquita, ni ésta ni sus hijas putativas estaban levantadas. La casa, á tales horas silenciosa, dormida, respiraba un aliento de aseo y honestidad, de mesura y circunspección; acariciaba los sentidos, embotándolos un poco. Las puertas y contrapuertas de los balcones estaban entornadas, y desde las rendijas, á través de las graves estancias, se tendía un tenue y sutilísimo telón de luz polvorienta.

A Rosina le pareció muy bien su nueva vivienda. La segunda ama le enseñó todas las habitaciones del piso principal y segundo; gabinetes al estilo de la clase media, con muebles de yute guarnecidos de madroños, óleos de subasta, armarios de espejo, etc., etc., y las alcobas con camas y lavabos de nogal. Los lechos estaban vacíos porque, al decir de la segunda ama, las dos dormidas se habían marchado á las siete. Las pupilas, ahora, reposaban en *la perrera*. La superiora tenía para el descanso de sus nobles y man-

tecosos miembros una misteriosa estancia regiamente exornada, que venía á ser camarín, *sancta sanctorum* ó pastoforio del amable templo.

La segunda ama subió con Rosina á *la perrera* y comenzó á despertar á las durmientes vestales. El trabajo no las molía en aquella temporada. A las primeras invitaciones de la segunda ama respondieron con gruñidos y pintorescas palabras, de esas que el vulgo designa en aumentativo, *palabrotas*, sin que se haya averiguado la causa de ello; pero, al sentir sobre sus desnudas y usadas carnes las gotas de agua con que la despertadora las iba rociando, despabilaron al punto, abandonaron los catres, donde dormían de dos en dos, sin duda por no perder la costumbre, y así como estaban, es decir, en cueros vivos, armaron regular zarabanda y trapatiesta, con azotes, aullidos y porción de locuras, en medio de las cuales se veía de vez en cuando un seno, y aun más, girando en el espacio, tan colgadizo, flácido, papandujo y desprovisto de firmeza, que antes parecía péndulo que otra cosa.

La segunda ama hizo la presentación de la novicia como era de rigor, la cual fué acogida con la fraternidad y benevolencia aparente que inspira la regla de tales institutos.

El bullicio matutinal de aquellas inocentes doncellas despertó á Mariquita, que apareció muy pronto encolerizada y regañona, pronunciando frases algo enérgicas quizás, pero disculpables,

si se tiene en cuenta que la travesura ruidosa de sus subordinadas la había arrancado de un sueño beatífico y candoroso.

Así que paró mientes en Rosina, que se tenía en un rincón del cuarto, inmóvil y atenta, detuvo Mariquita el ímpetu de sus amonestaciones y la dirigió afectuosas palabras de bienvenida.

La diferencia de una á otra alcahueta, á favor de Mariquita, claro está, era notoria, y como tal al punto la advirtió Rosina. No dejó de ver, asimismo, que por debajo de su hosquedad y genio pronto latía un no sé qué bondadoso y noble. Por todo ello felicitóse mucho para su sayo de entrar en la comunidad.

Todas las habitantes de la casa permanecieron durante el día en ropas muy menores, á causa del mucho calor.

El refectorio estaba pared por medio de la cocina, y había dos puertas comunicando el uno con la otra. Por esta causa, la comida fué en el último piso, el más fresco; una comida abundante y reconstituyente, según convenía á las duras penitencias que toda aquella gente llevaba. Durante la refección reinó en la femenina compañía dulce espíritu de solidaridad y manso divertimiento. Rosina fué conociendo á sus hermanas. La Luqui, como la mayoría de ellas, de edad indefinible y misteriosa, parecía ser el ojo derecho de Mariquita, por sus decires alegres y buen humor. La Paya, una mujer alta y bien proporcio-

nada, antes gruesa que flaca, de carnes blanquísimas y tersas, ostentaba, con la misma naturalidad que los senos, su inocencia brutal de bestia aldeana, cada vez que intervenía en la conversación. La Gardenia deglutía desaforadamente, y allá, de tarde en tarde, aventuraba un berrido, con abominable y horrendo acento lusitano. Las otras, de una insignificancia perfecta, restauraban sus fuerzas decaídas en el ajetreo cortesano con discreta conciencia de su vulgar condición.

Unas durmieron la siesta, no teniendo cosa mejor que hacer. Otras asomáronse á las ventanas, que eran de bohardas y daban á la parte de la carretera de Castilla. Desde allí se otea extenso panorama de suaves praderías, en los aledaños de la ciudad, un valle anchuroso perdiéndose en las lontananzas del Norte, y por el Sur un crescendo de montañas que comenzaba con la nota brillante de verdes collados y subía hasta la vibración metálica de una cordillera azul sobre el horizonte.

Rosina estaba vagamente triste é inquieta, sin saber por qué. Llevaba sus ojos hacia la derecha hasta lo último, con nebulosa angustia en la expresión de ellos, cual si tras de aquella inmensa y lejana barrera azul se escondiera su destino, destino grande y siniestro.

Un berrear perezoso y destemplado resonó entre las casas vecinas. Al poco tiempo apareció un entierro. Rosina se estremeció, supersticiosa,

y hasta que los curas desaparecieron no volvió á sosegarse. Sus compañeras, por el contrario, bromearon de lo lindo á costa de los señores clérigos, sin reparar que eran ministros del Altísimo.

Al promediar la tarde, Mariquita aportó una variadísima colección indumentaria y comenzó á probarle prendas á la novicia, hasta que dió con una falda de jerga azul marino y una blusa de crespón blanco con motas de seda, botón de oro, que le venían como pintadas.

Luego vino la prueba de ropa interior. Esto le produjo á Rosina mucho aturdimiento; no se atrevía á quedar en pelota delante de tantas espectadoras. Mariquita, ante el insólito renacimiento de una cualidad inútil, el pudor, que ella creía muerta y enterrada hacía tiempo, no tuvo palabras para manifestar su asombro. Con todo, siguiendo la inclinación de la muchacha, encerróse con ella en una habitación y allí verificó sus pruebas, entre las cuales, no sólo se comprendía la de camisas, pantalones, chambras y demás, sino de alguna otra *cosa:* lo que, dice Fray Luis de León, la naturaleza, por feo, encubre en el más secreto rincón de la casa. Nosotros no podemos menos de disentir de la opinión del ilustre maestro salmaticense. Mariquita, que guardaba en su opulenta humanidad acertado instinto estético, quedó muy complacida del cuerpo de Rosina.

— Chica — exclamó con tono convincente y convencido —, estás muy bien formada. Pero no

creas que eso es lo que más gusta aquí. Son unos puercos. Dales carne, mucha carne, y senos hasta las rodillas, y caderazas, y piernotas, y no te darás abasto á complacer á todos. Pero no entran, no entran por los cuerpos finos y por las formas guapas. De todos modos, tú estás muy bien hecha. Tienes el cuerpo como la cara, y si no te abandonas, y no eres tonta, y vas á Madrid, podrás hacer mucho dinero. Ya ves, la Otero estuvo conmigo en una casa de Vitoria. Bueno; ahora, á otro asunto. ¿Qué nombre quieres tener? Yo creo que Coral te estaría bien. ¿Te gusta?

— No, no. Yo me llamo Rosina.

— Bien; pero no conviene...

— ¿Por qué?

— Por si se enteran en tu casa.

Rosina, sin vacilar, dió esta respuesta, que es la cristalización de un carácter y de una vida:

— ¡Qué más da!

— Allá tú.

Rosina fué á asomarse de nuevo á la bohardidilla y permaneció con el pensamiento aletargado durante algún tiempo. Sentía una opresión leve en los pulmones y gran laxitud en el cuerpo. Oyó que daban fuertes aldabadas en la puerta, y luego gritos y risotadas en el piso principal; todo ello como tamizado y asordinado entre la densidad de un sueño. Después creyó oir unas

palmadas, muy débiles á causa de la distancia, y que una voz semejante á la de Mariquita decía: ¡La nueva! . . . En seguida comenzaron á zarandearla sin compasión.

— Pero chica, ¿estás en Babia? ¡Ay, qué c...!! — gritaba la Luqui, riéndose sin tregua.

Rosina volvió en sus sentidos cabales.

— ¿No oyes que te llama Mariquita?

Rosina miraba un poco asustada, con lo cual la Luqui soltó de nuevo el trapo escandalosamente. Esto aturdió á Rosina y la hizo ponerse colorada.

— ¡Ay, qué c. . . ! — exclamó de nuevo la favorita de la dueña —. Estás mochales. Anda pa bajo, que hay unos señores. Conocerás á Jiménez. Verás qué tío tan célebre.

Y de un empujón la puso en la cumbre de la escalera. Al bajar comprendió que la cara le ardía. Llevaba el espíritu sereno y arrogante, pero el cuerpo todo estremecido. En un rellano se detuvo un momento á fin de serenarse, sin conseguir otra cosa que ruborizarse más aún. Penetró en el comedor con los ojos fijos en el suelo, y murmuró:

— Buenas tardes.

Una voz varonil y burlonamente afectuosa, la respondió:

— ¡Hola, rica!

Hubo un breve silencio, que rompió la misma voz.

— Bueno, que vaya. Es el tipo de Alberto.

Salieron los señores y quedó Rosina sola en el comedor. Cuando levantó los ojos, el monolito marmóreo que hacía de mesa mostraba un enorme dibujo obsceno.







SECCIÓN SEGUNDA

PASADO NEBULOSO

CAPÍTULO ÚNICO

Mariquita toma la palabra. — Enigma hermético de las otras cuatro. — Hipótesis biológica. — Un modelo de epitafio.

Mariquita, en plena *perrera,* rodeada de su cándida prole, habló y dijo:

— Tú, Luqui, y tú, Paya, y tú y tú — señalando á Remedios y á Ramona — vais esta noche de juerga con Jiménez y unos amigos.

Estas palabras produjeron delirante alborozo en las elegidas. Hallábanse aún, igual que á la hora de comer, más cerca de la desnudez total que del traje humano, por rudimentario ó primitivo que éste sea. Hubo cabriolas y zapatetas, con grave riesgo de que algún seno, en los vaivenes vertiginosos que sus dueñas les imprimían, se

desprendiera del resto del organismo y recorriera una larga trayectoria en el espacio. Por fortuna, aunque medio sueltos, ninguno llegó á soltarse del todo. Esto hubiera sido una contrariedad para cualquiera mujer; mucho más para éstas que ganaban el sustento sirviéndose de ellos, no pocas veces.

Las preteridas —injusta é infamemente, pensaban ellas —, fueron á guarecer su vergüenza en la sombra, con el semblante mohino.

— Niñas, orden — gritó Mariquita viendo que sus ovejitas triscaban á todo ruedo sin reposar un minuto —. Niñas, orden, que no he concluído aún.

Las excursionistas rodearon á su priora, colgadas de lo que había de decir.

— Vosotras os arregláis en seguida. Vendrá un coche á buscaros y os llevará á la estación. Allí no hagáis demostración ninguna con Jiménez ni Cerdá, ni ninguno de los otros: como si no los hubiérais visto en la vida. Bueno. Ya estará allí un mozo de estación que os acompañará al andén. Bueno. Después os metéis en un coche de segunda; bueno, ya os meterá el mozo. Bueno. Allí estaréis muy formalitas, y cuando lleguéis á Robledo, que si no me equivoco es la primera estación, ya irán ellos á buscaros. ¿Os enterásteis? Bueno; y luego mucho cuidado con armar líos y pineterías; mucho cuidado y que no me. . .

Al llegar aquí empleó el subjuntivo de un ver-

bo que no debía de cogerla muy de sorpresa.

Las niñas se enteraron al punto de todos los detalles, y con gran ligereza comenzaron á embellecer y aparejar sus personas. Primero, se bañaron, según exigía Mariquita, con todo rigor. Luego hicieron el tocado á fuerza de aceite, tenacillas y otros expedientes femeninos. Más tarde vino el adobe del rostro, con pomadas, coldcream, leche de Afrodita, carmín Pompadour y porción de mixturas y linimentos de espantosa fetidez. Por último, se vistieron con aquellos trajes y atavíos que mejor casaban con sus encantos: Ramona, de negro; Remedios, á la cual también llamaban *la Peque,* de verde metálico; la Paya, con falda negra y blusa blanca de rayas pajizas; la Luqui, de falda roja y blusa blanca. La Luqui, después de vestida, introdujo en el pecho una toalla felpuda, adquiriendo de esta suerte un seno de considerable volumen. A seguida se arrebozaron en sendas mantillas de blondas apócrifas, y todas juntas pusiéronse á piafar de impaciencia, porque el coche tardaba. ¡Con qué inocente inquietud las cuatro señoritas se movían de un lado á otro, y asomaban el rostro entre las persianas, espiando todos los ruídos!

¿Quién, mirándolas con aquella infantil travesura, muy recatado y humilde el rostro entre la penumbra de la mantilla, hubiera adivinado la vida azarienta y trabajosa de las cuatro prostitutas? ¿Cuál era su verdadero nombre? ¿Cuál su

edad? ¿Cuál el lugar del nacimiento? ¿Cuál su historia? ¿Cómo había sido su niñez? ¿Por qué extraños derroteros las había conducido Dios á la vida actual?

He aquí una falange de curiosos enigmas. De la Paya sabíase que era del Bierzo, porque el desgarrador acento mestizo de leonés y gallego lo indicaba rotundamente. Sospechábase, asimismo, que andaba lindando con los veinte, pues si bien era recia y metidita en carnes, las trazas de su cuerpo y la dureza y tersura de sus formas denotaban de manera patente el poco uso que había hecho de ellas hasta entonces. Pero, ¿y las otras? El año y lugar de su nacimiento se pierde en densa nube de misterio. Si á ellas se les hace caso, ¿y por qué no se les ha de hacer á las pobrecitas?, la que más no llega á los veintidós. Pero si se tiene en cuenta que la que menos ha ejercido su honrada y dura profesión cuatro años en Pilares, y dos en Soria, y uno en Coimbra y cuatro en Oporto, y dos en León, y seis meses en Sabadell, y otros seis en Alcoy, y tres años en Santiago de Galicia, y dos en Madrid, y otra porción de años en otras partes que no se ha podido saber cuáles sean, resulta que, cuando el espíritu de estas simpáticas jóvenes andaba vagando por la región de las ideas innatas, ya mantenían comercio carnal y lucrativo con los hombres. De todo lo cual se deduce que la Luqui, Ramona y *la Peque* son vulpejas cuyo origen lo mis-

mo puede datar de la edad del reno, que del siglo de Pericles, que de los buenos tiempos del arcipreste de Hita, que de la guerra francoprusiana.

Y de la patria de estas prostitutas arcaicas, ¿qué diremos? El más docto antropólogo ó el más sagaz psicólogo se estrellarían contra la falta de caracteres étnicos y espirituales de las simpáticas jóvenes. Son una especie de cantos rodados del placer. Si la hipótesis no fuera muy aventurada, nos atreveríamos á decir que nacieron, por generación espontánea, en ignotos espacios, desde los cuales han caído en cualquier prostíbulo, prostitutas hechas y derechas. Pero, repetimos, esta hipótesis es algo aventurada dentro del estado actual de las ciencias biológicas, y los sabios nos anatematizarían sañudamente.

Un epitafio es una síntesis histórica. Stendhal deseaba que en el suyo se escribiera:

AQUÍ YACE ARRIGO BEYLE, MILANÉS
VIVIÓ, AMÓ, ESCRIBIÓ

La síntesis histórica de estas señoritas, si envejecen, que es muy dudoso, y se mueren, lo cual es más probable, podría esculpirse en estilo lapidario con las siguientes palabras:

AQUÍ YACE LA LUQUI, RAMERA
NACIÓ, VULPEJEÓ; FUÉ NÚBIL, VULPEJEÓ

Y aun se podría añadir, como en el epitafio francés:

Es la primera vez
que duerme con los pies juntos

Nosotros no vacilamos en asegurar que el Aretino no hubiera sentado á su mesa ni á la Luqui, ni á Remedios, ni á Ramona, ni á la Paya.

¿Cómo no añorar aquellas doradas edades helénicas en que Pericles y Sócrates formaban el espíritu de Aspasia, Alciphron adoctrinaba á Thais y Platón á Leontion? ¿Cómo no membrar el espíritu discreto y heroico de Leaena, muerta por no traicionar á su amante — fuera éste Hippras, Aristogitón ó Harmodius, que en este punto no están conformes los autores —? Divinos atenienses: vosotros, en la cumbre luminosa de la Acrópolis, al pie de la áurea Palas Atenea de Fidias, consagrásteis una leona simbólica, á la cual faltaba la lengua, en recuerdo del mutismo de esta hetaira, que antes de violar un secreto se cercenó la lengua con los dientes. Nosotros, si queremos consagrar alguna estatua emblemática á nuestras cortesanas, ¿cuál ha de ser sino una vulpeja con doce lenguas y veinticuatro traseros? ¡Lejanos tiempos de amor y belleza!

PARTE TERCERA

La Jornada





CAPÍTULO PRIMERO

Las vírgenes locas é impacientes. — Cinematógrafo masculino. — Libaciones liminares. — El salto de la Paya. — Láctea exclamación y temores subsiguientes.

— ¿No oyes? — murmuró la Luqui; un trémolo de impaciencia en la voz.

La Paya, á quien iba dirigida la anhelosa pregunta, tendió la oreja. Callaron todas. Oíase un estrépito de menor cuantía, que aumentaba gradualmente, acercándose. Detrás de la persiana se apiñaron las superfluas cabezas de Remedios, Ramona, la Luqui y la Paya.

— Parece un coche.

— Sí, sí; parece un coche.

— Ahora asoma.

Calle arriba, los miserables caballucos trotaban jadeantes, arrancando alguna chispa de los guijarros.

Las impacientes señoritas se despeñaron por la escalera cual torrente impetuoso y loquesco. Rosina, á la zaga, bajó lentamente. Antes de que la segunda ama, instrumento de porteriles oficios,

viniera á franquear la salida, asomó en un rellano de la escalera la madre superiora, la cual con acento persuasivo y un poco duro las amonestó por última vez, aconsejandoles la mayor compostura y recato.

— No me jo. . robéis, no me jo. . . robéis — repetía, acentuando, con su diestra mano fulgurante, la energía, no escasa, de la locución —. Cuidado con armar escándalos y coger borracheras gordas. Luego lo pago yo todo. . . Ya os dije, además, que no cobréis. Yo cobraré luego, por todas. Vosotras ocupáos de la nueva, por más de que, para lo que va á hacer, no necesita grandes quebraderos de cabeza. Conque. . . por última vez, no me jo. . . robéis, no me jorobéis. —Mariquita mostraba verdadero terror ante la idea de que deformasen su espina dorsal —. Y no me causéis un disgusto, porque, á la vuelta, os juro que os reviento, por la madre que me parió.

Después de esta dulce y quimérica amenaza, puesta al amparo de la sagrada memoria de aquella señora que había tenido el honor de parir á Mariquita, ésta tornó á sus estancias particulares, y sus polluelos penetraron en el coche de alquiler con el corazón lleno de sonrosadas ilusiones.

El camino se les hizo muy breve, cavilosas como iban en desenfrenado fantasear de locuras, peripecias y demás inofensivas expansiones,

que vulgarmente se conocen con el nombre de juergas.

Apenas el coche hizo alto, bruscamente, sacándolas con esto de su ensimismamiento, cuando por una de las cortinas de hule, que cerraban totalmente el vehículo, asomó la faz velluda, morena y míope de Travesedo.

— ¿Sois vosotras? — preguntó con algún encogimiento, temeroso de hacer la pregunta á sacerdotes ó personas respetables, y no era la primera equivocación de la noche.

La Paya, dando suelta á su espontaneidad aldeana y un poco infantil, comenzó á dar saltitos sobre los asientos y lanzar comprimidos gritos de júbilo, y hasta hizo ademán de trincar á Travesedo por las narices, fechoría que impidió Ramona, recordando los saludables consejos de Mariquita. Con esto la Paya, que era dócil por naturaleza, adoptó de nuevo aquella conveniente circunspección que el caso demandaba.

Travesedo, con voz de falsete y actitud de conjurado, les explicó cuanto debieran hacer.

— Entráis por la puerta del medio, la que está junto á la taquilla y tiene una verja. Haré yo una seña al mozo, y no tenéis que hacer otra cosa que pasar. Después otro mozo os llevará á un departamento de segunda, en el cual estaréis muy formalitas hasta que vayamos á buscaros en una de las primeras estaciones. Aguardad un rato dentro del coche hasta que yo pague al cochero y me

aparte, no sea cosa que algún conocido me vea con vosotras.

Pagó al cochero y entró en la estación. Allí buscó lugar idóneo desde donde hacer al portero la convenida señal, á fin de conceder vía libre á aquellas jóvenes que tan libre acostumbraban á tenerla en todas ocasiones.

En el local, angosto y no muy claro, había contadas personas. La taquilla mostraba su arco amarillo, silencioso, desierto. Entraron las cinco *niñas*, recogidas, humildes, modestas, con las mantillas caídas sobre los afeitados rostros, ensombreciéndolos. Desfilaron ante el mozo sin levantar la cabeza, y al cabo de un pequeño pasillo estuvieron en el andén, en donde otro mozo, éste de cuerda, acercóse á ellas y las condujo á un departamento de segunda, que estaba á la cabecera del tren, junto á la máquina.

El fanal, de grueso vídrio con menuda y compacta llama de aceite, derramaba mortecina y tenue claridad sobre los paralelos divanes de paño, azul un tiempo, verdosos y grisáceos ahora, en fuerza de años, exudaciones, mugre y otras adherencias repugnantes. Sobre aquellos asientos usados imprimieron nuestras heroínas sus posaderas no menos usadas, si bien más aseadas. Era un encanto verlas tan recatadas y silenciosas, como cohibidas, y una confusión sencilla de monjas que se trasegasen de un paraje á otro en ara de los sacrificios que la caridad

impone. A la Paya le costaba penosísimo esfuerzo estarse quieta sobre aquellos muelles flexibles y quejumbrosos que incitaban á retozar.

A poco de estar en el departamento asomó por una de las ventanillas el rostro burlesco y escrutador de Jiménez.

— ¡Hola, huríes! ¿Cómo habéis dejado á la señora alcahueta?

Rieron las cuatro, muy complacidas de la gracia. Rosina atinó malamente á sonreir, con una sonrisa cortés.

— Bueno — prosiguió el hombre, irónico —, estáos quietecitas como si fuérais mujeres honradas. Hasta luego, huríes.

Las damas del paraíso mahometano, así que vieron desaparecer á Jiménez, disponíanse á cumplir su orden, la de estarse quietas, que era precisamente lo contrario de lo que les ordenaba en otras ocasiones, cuando vino á sustituir á la cara diabólica la de un mancebo como de veinticuatro á veintiséis años, la piel morena, negros y muy profundos los ojos, sonrosadas las mejillas, azulina la parte rasurada, rojos los labios, abundante bigote, pescuezo mórbido y firme, naciendo de un cuello bajo, y toda esta varonil y arrogante gallardía de rostro cobijada bajo un chambergo negro de anchas alas flexibles.

— ¡Pachín!

— ¡Paco!

— ¡Paquito!

— ¡Francisquín!

Exclamaron á una la Paya, la Luqui, Remedios y Ramona, tendiendo los ojos al joven, el cual no manifestó vanidad ni engreimiento ante aquellas miradas tremebundas y cariñosos diminutivos, que descubrían muy á las claras el alto prestigio que su presencia ejercía en el alma de las vulpejas. Francisquín, ó Pachín, ó Paquito, ó Paco, ó sea Francisco Alvarez, sonrió afable, mostrando su dentadura blanca, de dientes menudos y parejos.

— ¿Esa es nueva? — preguntó, por Rosina.

— Sí — respondió la Luqui.

— ¿Cómo te llamas, chacha?

— Rosina — articuló débilmente la muchacha.

— Bueno, hasta luego.

— ¿Tú vas también?

— Sí.

— Ese tío de Jiménez no nos había dicho nada...

— Me decidí á última hora. Adiós.

— Adiós, Paquito.

— Adiós, Pachín.

— Adiós, Francisquín.

— Adiós, Paco.

En cuanto se perdió de vista el favorecido joven comenzaron las odaliscas á comentar sus encantos personales, que no tenían cuento.

— ¡Qué guapo!

— ¡Y qué bueno!

— ¡Y qué generoso!

Y qué sé yo cuántas cosas más. A interrumpir estos rameriles laudes vino Travesedo, y vino acompañado de un individuo cuarentón, cuya faz áspera y plebeya, tal como se la veía detrás de la ventanilla, sin coyuntura con el cuerpo, pudiera tomarse por la de un perro chato y sarnoso con gorra de visera, una inefable visera de celuloide. Travesedo hizo la presentación del can.

— Niñas — comenzó, afirmándose los lentes bajo las pobladas y luctuosas cejas —, este caballero es San Martín, empleado en el Gobierno, que podrá servirnos de mucho si os portáis bien, y hasta meteros en la cárcel si os portáis mal.

Ante el poder omnímodo del perruno individuo las rameras quedaron estupefactas. Él, por su parte, clavó una mirada inequívoca en Remedios, á la cual correspondió ésta con otra no menos inequívoca.

— Algunas veces voy á casa de Mariquita — dijo aquella faz que, lógicamente, debiera estar privada del uso de la palabra —. A esta chica (señalando á Remedios) la conozco ya.

— No recuerdo — murmuró la aludida, con artificioso ademán de inocencia.

— No tiene nada de particular. . . — replicó el can con mucho retintín, lo cual indicaba que él ponía terrible intención picaresca en sus palabras.

— Vamos, sí — acudió Travesedo al paño —, la conoció usted por encima nada más.

— Eso, eso — masculló San Martín, mostrando sus dientes pardos y negruzcos, de nutridas y jugosas variaciones sobre el verde.

— Por eso no tiene nada de particular que la joven se haya olvidado. Conque... hasta luego, y orden.

— Hasta luego — murmuró el canino personaje con voz alfeñicada y dulcísima, sonriendo con una muchedumbre de arrugas que, como ruedas de carretas, se extendían en torno de los ojos, y una mueca amatoria, que hacía vanos esfuerzos por melificar la expresión zoológica del rostro.

A poco de ausentarse estos dos señores, sobre la ventanilla, que parecía por la variedad y metamorfosis de figuras la pantalla de una linterna mágica, aparecieron Paquito y un joven incógnito, de aspecto insignificante y vulgar para quien no reparase en la complejidad de su sonrisa y en el torbellino de fuerzas confusas y luminosas que erraban por detrás del vídrio de su pupila.

— ¿Tú también? — preguntó la Paya.

— Yo también — contestó este nuevo joven mostrando una sonrisa transparente, á través de la cual un mediano observador vería tediosa seriedad.

— Creí que estabas en Madrid.

— Y ahora una pregunta: ¿sabéis á qué vamos al puerto?

Sensación entre las vulpejas y miradas interrogatorias. Paquito sonreía con su expresión de mocedad sana. La Luqui, que era muy viva y olía las guasas á doscientas leguas, respondió de pronto:

— ¡Ay, qué tío pelma! Pues vamos á correr un juergazo.

— Un juergazo... ¡Qué bruta eres, Luqui!

— Cállate, Paquito.

— Bueno, un juergazo. Pero, ¿con ocasión de qué?

— ¿Cómo con ocasión de qué?

— Hija, yo creo que hablo en castellano. ¡Con qué ocasión, con qué motivo, con motivo de qué...! ¿Me explico?

— Mira ése; con motivo de que os ha salido de los riñones...

Entonces Ramona, que había estado en París —según ella— dos meses y sabía decir *merci, bonjour, cochon* y otra porción de lindezas y hasta de suciedades cuyo sentido no se explicaba del todo, con timidez y rubor intervino en el palique, temiendo meter la pata:

— Me pareció haber oído á Mariquita que íbamos al puerto á ver el nuevo *clisis*.

— ¿Qué has dicho, criatura? ¿Un *clítoris* nuevo? Por ver uno iría yo al fin del mundo.

— ¿Para qué, Paquito? ¿No tienes aquí á las cinco jóvenes?

Los dos jóvenes reían á carcajadas. Ramona, un poco amoscada, les dijo poniendo una cara muy particular:

— *Cochon, cochon*, quitaivos de ahí, *cochon.*

Las otras estaban asustadas de aquella palabreja que sonaba tan feamente. Oyóse el repique de una campana.

— Hasta luego, niñas, que nos vamos á nuestro departamento.

En aquel mismo punto mostró Cerdá su rostro carnoso, de plácida lascivia.

— Salut, niñas.

— Vamos, vamos, Cerdá; no es cosa de perder el tren ni de entrar aquí.

Retiráronse todos ellos del estribo y fueron al coche-salón, que estaba promediando la pesada línea del tren.

Veíase la hilera de coches destartalados, tristes, á la luz taciturna de las consumidas y sucias linternas; algún viajero que otro en los ángulos, adquiría aspecto siniestro de aparición. El andén estaba casi desierto. Algunos mozos, haciendo alarde de sus fuerzas, cerraban las portezuelas. En el coche-salón los expedicionarios preparaban su *toilette*, trocando los sombreros por gorrillas inglesas, y arreglaban los grandes cestos de víveres y provisiones de suerte que no embarazasen el suelo del departamento. Diseminados en el recinto del coche estaban los ínclitos varones, sentados unos encima de los

cestos, en los brazos de los divanes otros, cuáles en pie, cuáles con las manos en las rejillas. De ellos eran los más mozos Paco Alvarez y el joven insignificante llamado Alberto Díaz de Guzmán; San Martín, el más talludito de edad; el más diabólico y turbulento, Jiménez; Cerdá, el más lascivo; Travesedo, el más velludo; todos ellos buena gente, bien humorados y exentos de preocupaciones, si se exceptúa Guzmán, que era pintor novicio y traía entre ceja y ceja no sé qué cosquilleos transcendentales sobre arte y hasta filosofía y otras zarandajas, todo lo cual disimulaba con admirable cortesía.

El tren movió pesadamente su mole, y luego fué acelerando la marcha con ese formidable concierto y horrísono retumbo de herrajes que han observado muy atinadamente casi todos los novelistas, desde el invento de Stephenson hasta nuestros días.

— Ma cas'on Deu, Cerdá, ¿está bien preparada la cena? — vociferó de pronto Jiménez adoptando una de sus posturas irrisorias y exagerando hasta lo indecible el acento catalán.

Todos celebraron su actitud y la caricaturesca parodia del noble dialecto, y el mismo Cerdá, cuya placidez y benevolencia habituales eran inconmovibles, sonrióse como un santo varón.

— Caracho, ustet verá, ustet verá — respondió.

— Yo veré, ma cas'on Deu. . .

— Bueno — intervino Paquito Alvarez, que era

un bebedor heroico é inanegable —, ¿bebemos, ó qué?

— Sí, tiene razón Pachín; inclusive podemos beber hasta que vengan las muyeres — contestó Cerdá, que mostraba gran inclinación á mezclar términos y locuciones del país en su dura jerigonza —. Aquí está la cerveza.

Comenzaron á beber, para no cesar de hacerlo hasta Dios sabría cuándo. Pasaba el vaso de una á otra mano sin punto de reposo; Cerdá escanciaba y su ordenanza abría botellas sin cesar un momento. Algunos fumaban, y así, entre la luz incierta ascendía una niebla tenue que alejaba las paredes del coche. Este era un cuadrángulo, de caoba lustrada en el techo y bandas, éstas con numerosas portezuelas y ventanillas, tapizado con paño gris en los frentes, al pie de los cuales corrían los divanes mullidos y amplios, así como en el centro á un lado y otro de un respaldo común, el cual dejaba á derecha é izquierda sendos espacios de tránsito á manera de pasillo.

— Señores, me voy á permitir hacerles una observación. — San Martín no quería decir observación precisamente, sino un ruego.

— Venga la observación.

— ¿También usted se siente observador?

— Silencio.

— San Martín tiene la palabra.

— Señores...

— Muy bien — exclamó Jiménez rotundamen-

te, como si aprobara con entusiasmo un elocuente período oratorio.

San Martín enfurruñó las cejas, hasta adoptar un gesto de perro agresivo y malhumorado.

— Si se toma todo á guasa... Estoy hablando en serio.

— Pero, alma de Dios, si no ha hablado usted aún.

— Bueno, pues hablo ahora. Señores...

— ¿Otra vez?

— Si no me deja usted hablar...

— Sí, hombre, sí. Hable usted, pero sin señores.

— Les suplico que en las estaciones guarden la mayor compostura. Pueden comprometerme. El cargo que ocupo... la familia... En fin, que al pasar por las estaciones cerraremos las cortinillas y guardaremos silencio.

— ¿Y esa era la observación?

— Esa.

— Pues así se hará.

— ¡Brr...! — Este grito inarticulado lo lanzó Paquito, que acababa de beberse una botella de cerveza de un trago, muy ajeno á las precauciones de San Martín, y ahora se enjugaba los vellones de espuma enzarzados en los crespos bigotes.

— ¿Te has enterado, Paquito?

— ¿De qué?—preguntó con inocente asombro.

— De que en las estaciones no se comprometa á San Martín.

— Por mí, ni á San Apapucio.

El tren fué acortando la marcha paulatinamente, por no desmentir su condición de mixto, y los varones se dispusieron á ir en busca de sus amantes compañeras, que de seguro estaban ya consumidas de impaciencia. El sitio donde se detuvo el tren era un mal llamado apeadero, pues no había modo expeditivo y fácil de apearse. La noche estaba anubarrada, muy obscura, y los estribos del coche altísimos. Pachín fué el primero en arriesgarse, arrojándose en aquel mar tenebroso que aprisionaba al tren por los costados. Fué á caer sobre la grava que cubre la vía, y así que sintió bajo sus pies las cortantes aristas de la piedra caliza, soltó un ajo de extraordinarias dimensiones por los prefijos, subfijos y afijos de que iba encostrado. Los demás se alarmaron así como oyeron la exclamación.

— ¿Qué te ha ocurrido?

— Nada. Este piso, que tiene unas piedras como dientes de perro . . .

Fueron descolgándose todos con grandes precauciones, y llegáronse hasta la guarida de las cinco niñas. Estas hicieron porción de repulgos, dengues y monerías antes de descender. Jiménez, con malísima intención, fué á ayudar á la Paya, que era la más voluminosa, según se ha dicho.

— Dame las manos, Payina; anda, rica.

— No, no; que eres muy bruto. Además, está esto muy alto.

— Anda, boba, no tengas miedo. Dame las dos manos y apóyate en mí.

— ¡Ay, no, no...!

— Toma vuelo; á una..., á dos..., á... tres.

Al tiempo que la fornida ramera se lanzaba al espacio Jiménez tiró de las manos, con el caritativo propósito de hacerla perder el equilibrio y arrastrarla lo más lejos posible, como así fué. La Paya cayó de medio lado sobre las piedras puntiagudas, aullando lastimosamente. Jiménez, con acento muy grave, comenzó á reprocharla su falta de destreza, en tanto ella le llamaba bruto repetidas veces, y los otros, riéndose á carcajadas, la aupaban del suelo. La Luqui, Ramona, Remedios y Rosina descendieron sin dificultad apoyándose en los hombres, y todos juntos se encaminaron al coche-salón, entre risotadas y gritos que herían de muerte á San Martín, el cual llevaba colgada del brazo á Remedios. A los gritos desapoderados de la Paya asomáronse los escasos viajeros; contemplaban con leve asombro el bullicioso desfile. Al pasar bajo la ventanilla que servía de marco á una burguesa honorable, la Luqui resbaló é introdujo el pie en un regato fangoso.

— ¡Rediós, qué leche! — gritó.

La burguesa extrañóse de la locución, y San Martín, ante la exclamación láctea, calóse la gorra hasta las narices á fin de no ser conocido, y masculló ó gruñó entre dientes:

— Primer apeadero, primer problema.





CAPÍTULO II

Degluciones heroicas.—Indecoroso salchichón ritual.—Prodromos de cópulas.—Solaces inocentes.—La Paya ve muchas estrellas.—Varias pa rejas buscan y hallan refugio.—Conato de diálogo amoroso.

¡Ay, Señor, qué deslumbramiento el de las pobres mujeres según entraron en el coche-salón y vieron el lustre rojizo de sus maderas que reflejaba infinitos matices, cual si fuera un espejo; el hermoso tono gris de los almohadillados divanes de innúmeros botones; lo tupido de su alfombra y lo suntuoso de sus flecos, que por dondequiera le colgaban! Avezadas á viajar en durísimos y desnudos coches de tercera clase y á morar en casas sórdidas las más veces, aquel severo conjunto confortable, íntimo y parco de ornato, parecíales cosa irreal y de sueño.

En uno de los frentes sentáronse la Luqui, Ramona, Remedios y la Paya. En el otro, y en un ángulo, acomodóse Rosina. Los hombres andaban en pie, de un lado y otro.

Entonces el buen Cerdá, el simpático Cerdá,

el hombre lascivo é ingenuo, abrió una de las cestas con la misma emoción con que abriría unas Cortes si sus pecados á ello le condujeran, y extrajo servilletas, platos, tenedores y otros utensilios, que fué repartiendo en torno.

La dorada mixtura de cebada y lúpulo daba patentes indicios de su activa virtud, si se juzga por algún relincho que de vez en cuando se oía, aclamando las manipulaciones de Cerdá. Este dedujo después una muchedumbre de panecillos de cuernos, que otorgó con profusión. A causa de los cuernos y de la forma de otros bollos, llamados jamancíos en el país, se hicieron frases deshonestas. Cerdá no concluía de sacar pan, por lo cual uno dijo que aquello era el milagro de la multiplicación de los panes, pero sin peces. Esto era una opinión. Otro añadió que sin peces, pero con *pulpos*. La frase, algo ofensiva para el decoro profesional de las señoritas, las hizo enmohinarse un poco y decir algunas atrocidades, no muchas.

Cerdá manifestó un salchichón enhiesto, robusto y altivo, que de seguro los antiguos egipcios no hubieran desdeñado para lucirlo procesionalmente en calidad de falo litúrgico. La sugestión del hermoso embutido era tan grande, que Cerdá no pudo menos de colocarlo entre los muslos é imprimirle un significativo movimiento de rotación. Estallaron las carcajadas; Cerdá se puso colorado como si hubiera cometido una

acción nefanda, y las risas fueron más bien de mofa que de aprobación. A seguida arremetió con él, y en menos que canta un gallo lo dejó convertido en un montón de rodajas que colocó en un periódico, á la disposición de los señores, los cuales atacaron al descabalado órgano y engulleron con celeridad.

— Toma, Luqui; tú nunca habrás probado estas cosas. Se llama salchichón. Toma una raja — dijo Jiménez, que ponía siempre especial empeño en atormentar á las rameras recordándolas su origen humilde.

— ¡Ay, qué tío! ¿Si creerás que nunca lo he comido?...

— Claro que no. ¿A qué sabe?

— No seas imbécil... En La Coruña, una noche...

— El salchichón de La Coruña, mejor dicho, lo que llaman salchichón en La Coruña es un mal chorizo. El mejor salchichón es el del país de este caballero, ma cas'on Deu. Y butifarra, ¿sabes lo que es butifarra?

— Un rayo que te parta...

Y deglutió ávidamente el sabroso producto de Vich.

A seguida, Cerdá mostrô en alto un voluminoso envoltorio de papel blanco, á través del cual rezumaba la grasa en redondeles obscuros. Un tufillo de sazonado condimento esparcióse por el coche. Hubo rumores de aprobación.

Cerdá descubrió dos tortillas, grandes como ruedas de molino, rubias como un serafín, macizas, recias, que colocó en sendos periódicos y fué partiendo con pulcritud y equidad. Sobre si les gustaba ó no la tortilla á las jóvenes, se dijeron bastantes inconveniencias. El historiador, que presume de imparcial y exacto, vése obligado á hacer constar que los caballeros incurrieron en alguna pesadez y procacidad, y que las señoritas, aunque coléricas, lo fueron con cierta mesura, si se tiene en cuenta la torcida dirección que á su instinto sexual se suponía, malévola y gratuitamente, y sin pruebas palmarias ni aun indicios.

Rosina, que no entendía una palabra del vocabulario galante, pensaba que todos aquellos dimes y diretes no tenían sentido común, y que el armar un zipizape de aquella entidad á causa de una tortilla era cosa de locos. Pero no pararon aquí las perturbaciones originadas por esa dorada circunferencia, que hizo exclamar á los hombres: ¡Qué maravilla! el día de su invención.

Se ha dicho ya que las tortillas eran dos, y también cuáles eran sus ingredientes; mas esto último díjose en paraje á donde quizá no llegue la flaca memoria del lector. Lo repetiremos, aun á trueque de caer en prolijidad. La una era de jamón; la otra, de patatas.

Ahora bien; existen infames cocineras que bastardean la acendrada composición de las torti-

llas, introduciendo ingrata cebolla. Este acto á Jiménez le parecía intolerable y odioso. Así se lo había advertido á Cerdá en plurales ocasiones.

Jiménez olfateó repetidas veces un trozo de tortilla que aprisionaba entre sus dedos, y, clavando una mirada torva en Cerdá, le dijo:

— Cerdá, me parece que esto tiene cebolla...

— Yo mandé que no la pusieran... — balbuceó Cerdá.

— ¡Me parece que tiene cebolla...! ¡Me parece que tiene cebolla...! — repetía Jiménez en tono amenazador, é hincó el diente con admirable sangre fría, resuelto á afrontar la espantosa prueba. Introducirlo en la boca y arrojar el pedazo á medio mascar con pruebas patentes de horrible repugnancia todo fué uno. Se puso hecho un basilisco, colmó á Cerdá de denuestos, todo ello con exageraciones de cólera bufa, y haciendo ademán de arrojar la malhadada tortilla por una ventanilla, se las arregló de suerte que con la nerviosidad perdió el tino, ó hizo que lo perdía, y el abundante pedazo fué á chocar con el orondo carrillo de la Paya, produciendo un chasquido sonoro semejante á uu bofetón.

El inesperado acontecimiento produjo una trapatiesta de dos mil diablos. Las risas ahogaron los amargos lamentos de la Paya. Jiménez, sin perder su gravedad, se mostraba sorprendido y como disgustado, á causa de su falta de puntería.

La solemne aparición de la merluza apagó el

tumulto. Este ilustre pescado transitó por los gaznates sin incidentes dignos de mención. El vino de la Rioja se trasegaba de las botellas á los humanos odres (pellejos, en la lengua vernácula de burdel) adunia y con prisa. La animación de las señoritas ascendía en muy visible gradación, y otro tanto se puede afirmar de los caballeros.

Rosina estaba un poco aparte del general bullicio, atenta á todas aquellas peripecias, que sin divertirla, comenzaban á interesarla.

El resto del *menú* lo formaban pollos asados y rosbif.

Al llegar á los postres, Cerdá ostentó un melón de proporciones poco vulgares, que fué acogido con manifiesta simpatía y benevolencia.

— Ahora voy á partirlo. Verán ustedes. En esto soy una *especialidat*...

Era, en efecto, una *especialidat*. Comenzó á dar tajos misteriosos que crujían, rasgando la corteza de la cucurbitácea. La navaja entraba y salía sin orden ni concierto, al parecer, y sin que del todo esférico y tentador se desprendiera la más mínima raja. Pero de pronto, Cerdá cogió el melón por entrambos polos, y tirando hacia fuera lo separó artísticamente, quedándose con una corona de simétricos picos, como la de los reyes teatrales, en cada mano. Una ovación cariñosa y espontánea premió los artísticos esfuerzos del buen Cerdá.

El café, que venía frío, en botellas, fué calentado con un infiernillo de alcohol.

Corrió el cognac profusamente. El bullicio subía en exaltación, con movimientos algo nerviosos, falaces. Parecía ser alegría impuesta, trazada de antemano, estrepitosa y contrahecha.

Alberto, que hasta entonces no había mostrado su contento por señales ruidosas, sino por un sonreir á flor de labio, fué á sentarse junto á Rosina. La escasa cantidad de alcohol que había ingerido, acelerando el movimiento de la sangre, dábale gran acuidad y sutileza de sensaciones, y le tendía por el alma sentimental melancolía. Durante la comida, con cierto disimulo y como al desgaire, habíase estado contemplando á Rosina. Primero, pictóricamente: en el rinconcito penumbroso, sobre el paño gris, la diafanidad de miel y oro de la cabellera y los toques de blanca niebla en los relieves de la blusa, componían una mancha muy bien entonada. Luego fué sintiendo una como atracción de ternura hacia la espiritualidad taciturna y ruborosa de la niña.

Así que se sentó á su lado tuvo propósito de abrazarla y mantenerla asida contra el pecho; pero, absurdo pudor, cohibiéndole, le retuvo los brazos. Entonces, cual si Rosina fuese distinguida damisela, hacia la cual él se sintiera arrastrado por purísima afición, comenzó á prodigarla finezas y cortesías, con tan respetuoso afecto que la muchacha se sintió enternecida.

El cognac hizo oficio de argamasa: adhirió los dos sexos, que hasta entonces habían estado cada cual por su parte.

San Martín, con mirada ígnea y boca trémula, contemplaba á Remedios, á la cual tenía sentada sobre sus piernas, las enaguas subidas, las faldas en remolino, y por entre las enaguas las pantorrillas como dos colgajos exhaustos, frágiles, embutidas en medias negras de algodón. Muy cerca estaba Ramona, revolviéndose y gritando á causa de que Travesedo, puesto de rodillas ante ella, hundía su brazo en un abismo de arriesgadas exploraciones. Jiménez aprisionaba á la Luqui, proponiéndole al oído misteriosos tratos que ella rechazaba con cierta dignidad y frases poco castas.

Cerdá y Paquito refocilábanse con la Paya, si bien Paquito mostraba más inclinación al cognac que á las rameras. Es cosa sabida ya que la Paya era la más robusta de las cinco, y que sus carnes, duras y tersas, tenían singular blancura. Cerdá, que poseía este conocimiento *a priori* é intentaba cerciorarse experimentalmente, forcejeaba por levantar las faldas, propósito que logró ayudado de Paquito. Quedaron al aire las piernas macizas y consistentes, las medias color de plomo, y por encima de las medias los dos muslos suaves, mantecosos.

— Dejaime, dejaime — murmuraba ella sin maldita la gana de que la dejasen.

— ¡Cóime, caramba, recaracho! — murmuraba Cerdá, con semblante extasiado.

— ¿Qué te parece, Cerdá? — añadía Paquito, gozándose en el entusiasmo de su amigo. Entonces cogió un vaso que estaba lleno de cognac y se lo efundió á la Paya en un lugar del cuerpo de cuyo nombre no quiero acordarme.

La Paya, en el mismo instante vió, no las tres estrellas que campean en la marca de esta bebida, sino muchísimas más, casi todas las del firmamento. Comenzó á chillar con tanta furia y violencia que todos se alarmaron y acudieron á consolar á la cuitada. De que le aseguraron que aquello era muy saludable se apaciguó, pero jurando y perjurando que la escocía una barbaridad, afirmación que nadie puso en duda.

El tren se detuvo en otra estación. Así como paró, Jiménez, con la Luqui del brazo, desapareció por la parte contraria al andén. Siguiéronle Travesedo con Ramona, San Martín con Remedios y Cerdá con la Paya. En el coche-salón, Paquito, cara á cara con la botella de cognac, dábale tientos frecuentes; Alberto había cogido una mano de Rosina y la aprisionaba entre las suyas.

Llevó sus ojos hacia el rostro de la niña y lo contempló con suave emoción y deleite.

— ¿Hace poco que te dedicas á la vida esta? — preguntó Alberto, casi en voz baja, temiendo herir á Rosina.

— Sí — y al cabo de un silencio agregó —: Hoy fuí á casa de Mariquita.

— ¿Y antes?... — A Alberto le dolía interrogar de esta suerte, pero sentía insaciable sed de conocer el pasado de la muchacha. Como ésta se demorase en contestar, Alberto, haciendo una transición, á tiempo que oprimía más la mano de Rosina, murmuró, casi transportado:

— ¡Qué guapa eres, Rosina!

Paquito, con la botella en alto, masculló:

A beber, á beber, á *purar*...

Alberto dió un beso en los labios á Rosina, y permaneció con su boca sobre la de ella.

— No he visto nada, Alberto.

El tren comenzaba á rebullir perezosamente.





CAPÍTULO III

La mole incógnita. — Arriesgado viaje. — Coincidencia terrible.

En la estación de Pardaliego, á la luz ilusoria de insignificantes candiles, advertíase una mole desaforada y ciclópea, que casi tocaba en los linderos de lo maravilloso, y en torno de la que rebullían las siluetas de dos hombres. No es lógico suponer que aquello fueran mercancías, porque Pardaliego no es villa que por su industria ó desarrollo comercial ponga en tráfico productos de dimensiones tales. Fardo sí lo parecía, y hasta andaba muy cerca de serlo, pero no lo era.

Nosotros, curando de que el lector no se devane los sesos en múltiples é intrincadas hipótesis, diremos, sin amañadas dilaciones, recurso empleado por otros novelistas cucos, como acicate del interés, que aquel majestuoso — porque así lo era — volumen integraba la respetable encarnadura ó envolvente corpórea de la personalidad psíquica de doña Romualda Céspedes de Gómez, *alcaldesa nata* de Pardaliego. Si he-

mos dicho *nata*, no ha sido á humo de pajas, ó bien por el prurito de emplear epítetos extravagantes, sino con su cuenta y razón, cuenta y razón que no podemos dar ahora, según fuera nuestro deseo.

Doña Romualda Céspedes de Gómez, por lo que pudiera colegirse de líos, envoltorios, maletas, etc., etc., que á sus pies y por tierra pululuban, disponíase á emprender luengo viaje. Sin embargo, no había tal cosa. Doña Romualda Céspedes de Gómez aguardaba el tren mixto de la noche á fin de trasladarse en él, desde su feudo hereditario á Ferredo, dos horas de camino, que son las que por aquella región emplean los mixtos en recorrer los veinte kilómetros escasos que hay entre los citados pueblucos. El alcalde consorte acompañábala en la excursión.

¿Qué poderosos móviles indujeron á esta señora á abandonar el dulce sosiego de su amado diván panzudo y muelle, del cual movíase con grandísimo trabajo, y entregarse á la frenética ceguedad del ferrocarril, que tan acerbos temeres la inspiraba, á causa de los descarrilamientos, choques y demás peripecias frecuentes? Doña Romualda poseía una hija en Ferredo, casada con cierto joven dueño de un salto de agua. Era hija única y muy amada. Pues como pocos días antes de este inopinado y heroico viaje doña Romualda y su esposo Serafín hablasen, de sobremesa, por distraer los plácidos ocios de una

digestión abundante y fácil, de una en otra el alcalde consorte, que era algo leído, comenzó á disertar sobre el eclipse. Doña Romualda seguía las explicaciones con anhelo creciente. Un temblor nervioso, el cual, más bien que humano accidente tenía trazas de geológico cataclismo, comenzó á agitar á doña Romualda del centro á la periferia, es decir, desde las entrañas hasta la superficie. Acudió el solícito esposo en su auxilio, interrogando con afán, á fin de averiguar la causa del fenómeno. Doña Remualda gimoteó:

— ¡Ay, Serafinín! ¿Ye cierto lo que me dices?

— ¿El qué, Romualdina?

— Eso del... ese...; no sé cómo se llama.

— ¿Cuál?

— Ese.

¿Acaso algún criminal de enrevesado apodo? *Ese* era el eclipse. Serafín así lo entendió, al cabo.

— ¡Pues no ha de ser cierto...!

— ¿Y dices — continuó doña Romualda entre sollozos é hipos — que la luna pasa por delante del sol?

— Así es, en efecto.

— ¿Y si chocan?

— Yo creo que no hay peligro, mujer. — Pero lo decía con tal flojedad de acento que se transparentaba que no las tenía todas consigo.

Por si ó por no chocaban nuestros dos grandes luminares, la concejil pareja resolvió que, de sobrevenir tan tremenda catástrofe, la cual de

cierto daría muy buena cuenta de todo el género humano, no les cogiera separados de su amadísimo retoño.

Esta es la causa de que la víspera del eclipse, á la hora del mixto, se columbrara en la estación de Pardaliego una mole desaforada, que casi lindaba con lo maravilloso, entre la luz ilusoria de unos miserables candiles.

El tren llegó por fin, como llegan todas las cosas de este mundo. Don Serafín señaló al mozo de cuerda, que no era sino el único municipal del municipio, un departamento de primera, hacia el comienzo del tren.

— *Galopo*, aquel que está casi á obscuras. Corre con los bultos.

El *Galopo* cogió como pudo la muchedumbre de envoltorios, abrió la portezuela y los fué colocando en el coche. No los había colocado todos aún cuando llegó la alcaldesa, medio asfixiada, á causa de los cuatro pasos que había dado.

— Espera, espera, *Galopo*. Primero que suba mi mujer. Cuando esté arriba ya le iremos dando los bultos. Anda, Romualda. Agárrate á aquellos chismes dorados. Nosotros te empujaremos desde aquí. ¡Aúpa! *Galopo*, pon el hombro. ¡Aúpa! Un poco más. ¡Aúpa!

La pobre señora creyó morir en tan aventurada ascensión, y aun más los desgraciados que desde el andén empujaban con sus hombros entecos. Juzgáronse despanzurrados por las dilatadas po-

saderas; mas Dios, que aprieta, pero no ahoga, vino en su ayuda, y entre los tres lograron colocar á doña Romualda en el coche. Así que estuvo dentro, Serafín advirtióle:

— Romualda, abre la cortinilla que está debajo de la lámpara, porque eso está muy obscuro.

Como se lo dijeron lo hizo; pero lo mismo fué descorrer el trapito azul que acudir presurosa á la portezuela, con clarísimas muestras de horror, y desde ella hacer extraños ademanes, cual si quisiera arrojarse al andén. A causa de la sofocación no podía articular palabra; pero con tal ahinco echaba el busto hacia adelante, sin tomar en cuenta las amonestaciones de su esposo, y el rostro daba tales señales de aturdimiento, que Serafín vino en sospechar que algo grave le acontecía á su cara, más que mitad, potencia cúbica. El cuerpo de doña Romualda obstruía por completo la portezuela, de manera que el alcalde no veía nada de cuanto en el interior del departamento aconteciese. Como el tiempo pasaba sin que doña Romualda diera cuenta oral de sí, y ésta persistiera en su alarmante mímica, el esposo determinó subir al departamento, determinación que realizó con no poco trabajo; mas, así que asomó las narices, brincó hasta el suelo, y encarándose con el *Galopo* le dijo:

— De prisa, *Galopo*. Vamos á ayudar á la señora. Anda, Romualda, con cuidado. No tengas miedo.

Descendió la alcaldesa; el alcalde, con gran celeridad, retiró los bultos que estaban sobre el suelo y cerró la puerta dando un portazo horripilante.

— Corriendo, *Galopo*. A otro coche...— profería por el camino, cogiendo del brazo á su pobrecita mujer.

— Pero ¿qué ha pasado, señor alcalde?

— ¿Qué te importa, *Galopo?*

— Es que... como...

— Pues bien. Dos recién casados...

— ¿Dos recién casados?—preguntó con asombro el polizonte.

— Sí. ¿Cuántos querías que fuesen?

— ¿Y en qué lo conoció el señor àlcalde?

— ¿En qué lo iba á conocer, mastuerzo? Pues en eso... En que estaban completamente recién casados. ¡Aquí, aquí! Vamos, Romualda. ¡Arriba! ¡Aúpa!

Segundo trabajo de Hércules. Apenas sube la buena señora sobrevienen idénticas demostraciones de espanto.

— ¿Cómo? ¿También aquí?

Doña Romualda asintió con la cabeza. Vuelta á ayudarla á bajar. Don Serafín y el *Galopo* no sabían ya si sus costillas eran realmente suyas.

Aun cuando no era lógico suponer que hubiera más parejas, Serafín, mostrando previsión y prudencia, virtudes que no todas las autoridades poseen, antes de arriesgarse al asalto de otro coche

miró de antemano y se encontró con lo mismo, por dos veces. Estaba horrorizado. A la postre dieron con un departamento vacío. Viéndose dentro, repantigados en los divanes, con los bultos en la rejilla y todo en su punto, los dos esposos suspiraron hondamente.

El tren púsose en marcha.

Serafín formuló en alta voz sus cavilaciones.

— ¡Pero mira tú, Romualda, que cuatro matrimonios...! ¿Cómo se habrán casado tantos hoy?

Y luego, con incertidumbre, agregó:

— Y tú, ¿has visto?

Doña Romualda, con los ojos bajos, rojas las mejillas y voz angustiada, respondió:

— ¡Todo!







CAPÍTULO IV

Intimo dialogar. — El Infierno. — Travesedo insiste.

A poco de ponerse el tren en marcha, Paquito, que había apurado hasta las heces la botella de cognac, comprendiendo que aquel pertinaz traqueteo invitaba á dormir, tendióse en un diván, cuan largo era. A los pocos minutos roncaba descuidadamente.

Al otro lado, Alberto retenía abrazada á la chica de Arenales. En el modo de bullir de Rosina comprendió su galán que quizá no estuviera muy á gusto.

— Si no quieres estar apoyada en mí, dímelo, que yo no te obligo.

No había acritud, ni despecho, ni punzadas de reproche en la voz. Se lo decía con ánimo de complacerla en todo. Rosina, entendiéndolo así, respondió:

— No es eso. No me molesta estar apoyada en ti. Es la postura.

Acomodáronse nuevamente de manera que ahora Rosina reclinaba la rubia cabeza en el hom-

bro de Alberto, y éste la enlazaba por la cintura con el brazo derecho.

— ¿Tienes sueño, Rosina?

— Algo; pero no mucho.

— Pues duérmete, anda. Duérmete sin cuidado sobre mí.

— No, no. Si no tengo apenas sueño.

Espaciaban los silencios con diálogos breves.

— ¿Me vas á responder con franqueza, con toda franqueza?

— Bueno.

— ¿Me lo prometes?

— Sí.

—¿No ofende tu amor propio que estos señores no te hayan elegido á ti y se hayan ido con las otras?

— Al contrario.

— ¿Cómo al contrario?

— Que me alegro.

— Pues si es así, no sé cómo te dedicas á esta vida. — No volvió el rostro hacia ella por temor á no encontrarla tan ruborosa como él quisiera. Rosina no respondió.

— ¿Cuántos años tienes?

— Diez y nueve.

Una pausa.

— ¿Que te parece esto?

— ¿Cuál?

— Todo esto. Lo que hacemos. Estas juergas. ¿Te diviertes?

— Sí.

— ¿De veras?

— Sí, me entretiene.

— ¡Pero niña, si tú has estado todo el tiempo sola!...

— Por eso. Me gusta más mirar.

Otra pausa.

— ¿Cuál es el más simpático para ti de los que vamos?

Rosina guardó silencio.

— No te atreves á decírmelo porque no soy yo. ¡Dilo, boba! Si yo no me enfado. ¿Cuál te es más simpático?

— Tú eres muy simpático. Pareces muy buenín.

— Lo soy... Es decir, á veces. Soy muy buenín y muy malón. Tú no puedes entender esto.

— No, no eres malón.

— ¡Ah! Ya lo creo. Me como los niños crudos — exclamó, enarcando las cejas, con un gesto ingenuo de diabólica fatuidad —. Pero contigo soy bueno, porque me gustas mucho y tú también pareces buena.

— No. Yo soy muy mala...

— Sí, malísima. Continúa. Quedamos en que yo soy para ti el más simpático.

— No, si yo no he dicho eso...

— ¿Cómo que no? — exclamó en tono jocoserio, fingiendo un mohín de disgusto.

— Bueno — respondió la niña, sonriendo

suavemente —. También Paquito es simpático.

— Ese, ése es el que te gusta. . .

— No sea bobo. . .

— ¿Qué es eso de sea?

— No seas bobo. Me es simpático, porque también parece bueno.

— ¿Y Cerdá?

— ¿El del salchichón?

— Sí, el mismo.

— También es simpático. Os reís mucho de él, el pobre.

— Yo no. Ni nadie. Si á él le molestaran las bromas, ninguno se las daría. ¿Y Travesedo?

— Sí, es simpático.

— Vamos, todos somos simpáticos, ¿verdad?

Como Rosina no contestaba, Alberto comprendió que alguno no le había caído en gracia.

— Jiménez, acaso. . .

— Ese es muy malo. Hace rabiar mucho á las mujeres. Ya viste con la Paya. . . Pero es muy gracioso. . .

— ¿Te es simpático?

— Sí, sí.

— No digas más.

Esta vez la pausa fué más larga y honda. Entre el acompasado traqueteo del tren oíase el roncar sonoro de Paquito.

Las ventanillas de la izquierda espejaron bermejos resplandores. Rosina, con alguna alarma, se incorporó.

— ¿Ves?

— Sí. Asómate.

— ¡Uy! — exclamó Rosina, asombradísima, con leve sobresalto.

No lejos de la vía desplegábase una especie de infernal decoración. Infinidad de chimeneas en ringla recortaban su contorno agrio, escueto y diabólico por negro entre los coruscantes efluvios que ellas mismas vomitaban, rojos, anaranjados, sanguinolentos. El cielo pesaba sobre el cuadro como un gran vidrio cóncavo, deslustrado, de color de ladrillo. Arriscadas montañas en círculo, cerrando el valle, destacaban recias quebraduras y huraños perfiles, inyectados de carminosa lumbre. Al pie de las chimeneas, sobre un fondo carmesí, diáfano, fulgente y vivo de hierro al rojo, calcábanse siluetas varias, monstruosas y formidables, todas de espantosa negrura, y luego tendejones, yunques, vagonetas, montículos de escoria y algún hombre que otro vagando con angustia de condenado á tortura eterna é irresistible. De vez en vez, desde el foco flamígero reventaban de pronto puntos más luminosos aún, pajizos, violeta, los cuales atravesaban la noche con un lanzazo reverberante y efímero. Pequeños séres incandescentes andaban un trecho, tornábanse de vistosa y radiante púrpura, azuleaban, se obscurecían y apagaban. A pesar del estruendo del tren oíanse temerosos y horribles martillazos, sonoros resoplidos y algo

más que Rosina juzgaba lamentos de angustia.

— Esto es el infierno — afirmó Alberto con mucha gravedad.

Rosina le miraba, incrédula.

— Para mí —, prosiguió Alberto —, siendo niño, esto siempre fué el infierno. Cuando iba con mi familia á ver á mis abuelos, á Castilla, mi padre nos decía — á mis hermanos y á mí —, unas estaciones antes de llegar á esta fábrica: «Vais á ver el infierno», y nos metía un miedo espantoso. Más tarde, al ir al colegio, todos los años se repetía la misma canción.

Paquito entreabrió los ojos y estuvo atento á las últimas palabras de su amigo. Cuando éste concluyó, Paquito dijo entre dientes:

—¿Te acuerdas? ¡Qué añitos los del colegio! ¿Eh? ¡Qué burro era el P. Lobete! ¿Te acuerdas?

Dió media vuelta y siguió roncando.

— Bueno es que contemples esto — susurró Alberto á su oído —, porque tú vas á ir al infierno.

— ¿Por qué?

— Porque eres malísima.

— ¿Yo?

— Me lo has dicho hace un momento, y decías bien. Eres una gran pecadora. Los placeres de este mundo se pagan en el otro —. Todo ello dicho con acento de ironía.

— ¿Yo soy pecadora?

— Claro.

— El pecado dicen que es una cosa muy buena.

— Eso dicen. Tú lo puedes saber mejor que nadie.

— Yo...

— ¿Tú no has gozado?

Rosina, abatiendo la cabeza y después de pensarlo mucho, respondió:

— Una vez.

Alberto no quiso darse por entendido. Sentía una diminuta y absurda punzada de celos.

— Quizás llegues á ser santa. Todas las grandes santas han comenzado por ser grandes pecadoras... Vamos á sentarnos ya. ¿No te has cansado de mirar eso?

— ¡Es tan guapo!...

Sentáronse de nuevo. Alberto respiraba con alguna opresión y abrazaba á Rosina ahincadamente. Por varias veces tuvo frases inútiles en el borde de los labios, pero frustró toda charla, juzgando superfluo cuanto dijese. La virilidad, hundida hasta entonces en un sopor romántico y platónico, sin duda por efecto del alcohol, aspiraba ahora hacia Rosina con fervorosa constancia.

— Me lastimas, Alberto.

— Perdona, no me daba cuenta.

— Parece que se para el tren.

— Sí; ¿qué estación será?

Paquito bostezó y estiró los miembros desperezándose.

— ¿Dónde estamos?

Abrióse de pronto una portezuela y aparecieron en el hueco Jiménez con la Luqui. Poco después fueron entrando las otras parejas. Aquello de que el placer conseguido tiñe el alma de desencanto y tristeza es una solemne *filfa*. Dígalo si no el bullicio, algazara y satisfacción con que los devotos de Venus volvían de ofrendarle sus dones.

Travesedo acercóse al sitio en que estaban Alberto y Rosina.

— ¿También ustedes?

— Nosotros, no — respondió Alberto.

— Pues bueno, niña, vente conmigo.

Rosina miró á Alberto con mirada compungida y humilde, como si le demandase socorro.

— Digo — añadió Travesedo —, siempre que Guzmán lo consienta.

Alberto plegó los labios en un gesto de desdén, y dejó caer estas frías palabras:

— ¿Yo? ¿A mí qué me importa? Hagan ustedes lo que les plazca.

En el mismo instante de concluir comprendió que había hecho una majadería cruel. Ya era tarde. Travesedo ayudaba á Rosina á descender del coche.

— Anda pronto, mujer, que tenemos que buscar alcoba y el tren no aguarda.

Alberto vió desaparecer á la niña rubia. Parecióle que marchaba con resignada pesadumbre.



CAPÍTULO V

Festivos comentos. — Canturria abominable.— Choque evitado. — Ósculos en el andén. — Entre el estruendo y el humo blanco.

Las manos sobre el vientre reía la Paya á todo trapo, con carcajadas sanotas, campesinas, brutales. Cerdá trataba de poner una presa al tumultuoso torrente.

— ¿Te callas, yegua? Si me dejaras hablar, inclusive. . .

Y la Paya, ríe que te reirás, sin parar mientes en que se le había aplicado calificativo tan poco halagüeño como el de yegua.

— ¡Ma cas'on Deu! Cerdá, ¿qué vos ha ocurrido? — preguntó Jiménez.

El que más y el que menos estaba interesado en que Cerdá concluyera su narración, porque todos tenían algo que contar. Como la Paya no pudiese detener el flujo reidor, Jiménez acudió al arbitrio, enérgico pero eficaz, de echarla una botella de agua fría entre el cuero y la ropa. El hidroterápico recurso produjo sus efectos. La Paya,

después de lanzar varios alaridos, enmudeció. Entonces Cerdá dió principio á su historia.

— ¡Carayo, carayo. . .! Si no sé todavía lo que me pasa. Tómeme usted el pulso, Jiménez. ¡Qué barbaridat! Yo no he llevado otro susto igual en mi vida. ¡Carayo! ¡Carayo!

— Bueno; en resumen, ¿qué?

— Hable usted, hombre, y sepamos á qué carta quedarnos.

Cerdá estaba con los ojos llenos de estupefacción, la boca lívida, las cejas tan enarcadas que parecían tangentes al nacimiento del cabello.

— Esperen que tome respiración. . . Un poco de cognac.

— ¿Cognac? — preguntó Paquito. — No hay gota.

— Pues, vino.

Cerdá cogió el vaso con mano temblorosa, llevóselo á los labios y mantuvo en la boca el buche unos instantes.

— Estábamos en lo mejor . . . cuando, ¡ma cas'on Deu!, se le ocurre al tren pararse. A pesar de todo, nosotros íbamos á seguir; pero, ¡cóime!, oigo que andan en la portezuela. . . Se me cortó la respiración. ¿Creen ustedes que terminó aquí? Pues no, señores. Inclusive entró una señora y descorrió la cortina de la luz. . . ¡Virgen de Monserrat! Me quedé como si fuera de piedra. Se me encogió el corazón. — Aquí hubo un comentario torpe —. Sí, haga usted chistes, cóime, que la cosa

lo merece. No me atrevía á dar pie ni mano. Cerré los ojos por no ver, y pensé: ahora viene el marido y nos revienta. ¡Qué brutalidat! La señora estuvo no sé cuánto tiempo. Dos ó tres siglos. Miren ustedes cómo tengo el pulso aún.

Paquito y Alberto gozaban de lo lindo escuchando el divertido lance. Así que Cerdá concluyó su historia, habló Jiménez.

— No se apure, querido Cerdá, porque tres cuartos de lo mismo me ha ocurrido á mí.

— ¿De veras?

— De veras. Y yo sé quién es la señora, porque aunque me tapé la cara para que ella no me conociera, pude verla al subir.

— ¡Qué juerga! ¿Eh? — intervino la Luqui —. Este tío como si tal cosa; para asustar á la señora. Yo no me tenía de risa. ¡Ay, qué leche!

— ¡No es posible! — exclamó Cerdá.

— Sí lo es. Tal como esa lo cuenta; pero con la cabeza oculta, porque esa señora es muy conocida mía; es la alcaldesa de Pardaliego.

Cerdá estaba asombrado del cinismo de su amigo.

— ¡Y yo que por poco me muero de repente! . . . — exclamó el de Lérida.

— Pues á nosotros nos ocurrió algo semejante, pero sin llegar á ese punto. De todas suertes, buen susto nos llevamos al ver que se abría la portezuela. Por fortuna, no entró nadie. Figúrese usted qué compromiso para mí si me llegan á

conocer; con mi carácter de autoridad... — Esto lo dijo el hombre-perro.

— Entonces, lo mismo que con Travesedo y conmigo — agregó Ramona.

— Perderías el compás, ¿eh? — dijo Paquito.

— *¡Cochon!*

— ¡Ay, qué leche! — intervino la Luqui, que se sentía herida en su amor propio cada vez que escuchaba un vocablo de la lengua de Rabelais. — ¿Cuándo nos dejarás en paz con esa palabrita?

— Naturalmente — agregó Jiménez, con ánimo de mortificar á su pareja eventual. — Si lo dices, dilo en castellano, con su jota y todo, para que éstas se enteren; ¿verdad, Luquina?

— Cállate tú, cabrito. ¿Crees que no lo entiendo?

— Deja á ese animal — rezongó la Paya, muy intranquila y desasosegada desde la tónica ducha.

— Pero, ¿no bebemos? ¡Por Dios!

¿Quién había de clamar por la bebida, sino Paquito?

— Vamos á ver, Cerdá: ¿hay ó no hay más cognac?

— ¿Cuántas botellas se han bebido?

— Yo, una.

— Pues debe de haber algunas más.

A seguida dió con ellas. Se echó una ronda.

— ¿Dónde está la guitarra, leche?

Jiménez tomó la guitarra, que yacía en una re-

jilla, desenfundóla, y después de templarla concienzudamente, comenzó á rasguear con mucho tejemaneje de dedos y expresión más grave que de costumbre.

— ¡Olé, tu cuelpo! ¡Ay, qué tío! — interrumpía de vez en cuando la Luqui, con ingenuo entusiasmo, algo beoda ya.

Al hombre lascivo, es decir, al buen Cerdá, le parecía que aquella criatura encanallada y rufianesca tenía muchísimo salero; tanto, que podía suplir ventajosamente la falta de *ubres*. ¡Mire usted qué demonio! Y él que no había reparado hasta entonces.

— Oye, Luqui — la dijo, procurando ser galante, en la actitud cuando menos. — ¿Es cierto que te metes una toalla en las ubres?

Jiménez, sin perder su gravedad, interrumpiendo un punto el rasgueo, alargó la mano, y sin que la Luqui pudiera evitarlo le extrajo del seno una toalla felpuda de no sé cuántas áreas de superficie. Luego siguió tocando como si tal cosa.

— ¡Ay, cochino, te voy á partir el alma! — gritó la Luqui, bromeando y sin propósito de verificar semejante atrocidad. — Anda, unos tientos.

Jiménez ejecutó la advertencia en el riguroso sentido de la palabra.

— No seas marica. Unos tientos tocados.

Como se supone, todas estas burdas facecias eran muy celebradas. Los cerebros iban anu-

blándose. Las palabras salían torpes y confusas. Los párpados gravitaban sobre los ojos. El áspero rum-rum del instrumento vibraba monótonamente. Las rameras palmoteaban á compás, y de vez en cuando aullaban jaleando al tañedor.

San Martín mantenía á Remedios sobre las piernas, en una actitud chabacana é impúdica.

Un momento que cesó el rasgueo, la Luqui murmuró:

— ¿No sentís mucho calor? — É intentó abrir una ventanilla; pero como en su aperreada vida no había viajado sino en ínfima clase, y por lo tanto desconocía el mecanismo, estuvo tanteando sin conseguir su propósito.

Jiménez, por darle vaya, la advirtió zumbonamente:

— Pero Luqui. . . que es de primera. . .

— Cállate, marica. ¿Crees que no sé abrirla?

— Bueno, bueno; déjenla sola.

La pobre vulpeja, por más que ensayó cuantos procedimientos le sugería su desmedrado magín, no logró abrirla. Lo cual la puso furiosa y avergonzada.

Los hombres gritaron desaforadamente, á fin de avergonzarla más aún. En el coche había extraordinaria baraúnda.

El tren detúvose nuevamente.

— ¡Chisst! — suplicó San Martín. — ¡Pobleño! — que era el nombre de la estación.

Los otros continuaron en su algazara. San Mar-

tín, apretando á Remedios convulsivamente, repetía:

— ¡Por Dios, señores, que me comprometen! Ya, ya. Acrecentábase la tremolina.

Una faz curiosa é indiscreta asomó por una ventana.

— ¡Por Dios! ¡Por Dios! —, suspiraba San Martín.

Tantas súplicas no fueron vanas. Callaron todos y permanecieron sumergidos en silencio hondo. Fuera oíanse algunas pisadas sobre el piso de piedra de la estación.

La llama de la lamparilla comenzó á dar saltos y á hacer contorsiones; fué apagándose lentamente hasta quedar reducida á un punto azul.

Las damas se alarmaron.

— Pues si se apaga, nos hemos lucido—; como si temieran que en la obscuridad su pudor y honesto recato sufrieran traidores ataques.

San Martín, dogmáticamente, calmó la inquietud diciendo:

— Si dura cinco minutos, se rehace al ponerse en marcha. Es lo que tienen estas luces.

Poco antes de partir el tren llegaron Travesedo y Rosina. La luz, según había anunciado San Martín, fué *rehaciéndose* hasta lucir con su fulgor pristino.

Rosina fué á sentarse junto Alberto; pero éste se levantó de súbito, con ademán de desprecio, como si no pudiera soportar el contacto de la mu-

chacha. En sus adentros estaba furioso, sin saber por qué. Pensó un momento: «es una majadería.»

Reanudáronse tañidos y cánticos. La Paya, la Luqui, Remedios y Ramona tocaban las palmas, cantando á la una:

Dices que sabes, que sabes,
dices que sabes coser,
y has hecho unos pantalones
con la bragueta al revés.

A Alberto le estaban molestando aquellas cuatro carcaveras, desvergonzadas y horribles, que canturreaban con voz aguardentosa canciones imbéciles.

— ¿Dónde tienes el cognac, Paquito?

— Aquí. ¡Toma! ¿Otra copa?

— Bueno.

— Parece que te vas aficionando.

— No; es que tengo sed.

Luego fué á sentarse en un rincón.

Jiménez había dejado la guitarra, y con la gorrilla hasta las narices y una manta escocesa sobre las piernas, se disponía á dormir. Ramona estaba en uno de los divanes del centro, tumbada de feo modo, con las patas por el aire. Una opacidad de cansancio y laxitud empañaba la brillante algarabía pretérita.

La Luqui, sentada en el suelo, ensayaba unos rudimentos que poseía en el arte de tocar la gui-

tarra. En torno suyo Cerdá, Travesedo y la Paya celebraban la habilidad de la ramera.

Rosina, silenciosa y quieta, al extremo del diván donde estaba Alberto, parecía cavilar ó dormitar.

Los que hablaban lo hacían quedo y con desgana, de suerte que con el ruido del tren oíanse apenas una que otra palabra incongruente.

La guitarra, más bien que tocar, refunfuñaba, y su melancolía habitual habíase trocado en una como ronca desesperación.

Alberto cerró los ojos. Oía frases sueltas, volanderas, desprendidas de una canción sentimental. Atando cabos, vino á caer en que la tal cancioncita, que tarareaba Ramona, hacía alusión á una pobre doncella deshonrada por un hombre taimado. Decía así, á trechos: «el clavel si no se deshojara», «la flor que el hombre tanto venera», «mala puñalada te den» y otras lamentables expresiones, que dichas con el acento lacrimoso y temblón de Ramona, encogían el ombligo al hombre más esforzado. A veces la Luqui gritaba agriamente: ¡ay, tu cuelpo! ó ¡tu cuelpo tenga mal fin!, frases que Cerdá encontraba de grandísimo é imponderable chiste y gracejo, según las celebraba y encarecía.

Al detenerse el tren en otra estación, Alberto abrió los ojos. San Martín, que había sacudido á Remedios de sobre las piernas, aparecía ahora al lado de Rosina, hablando pasito y con mucho

fuego. De pronto levantóse, y, plantándose frente á la muchacha, la cogió por un brazo:

— Bueno; basta de tonterías. ¿Tú crees que has salido de casa para hacerte la interesante? Pues no, princesa. Con quien te lleve has ir, quieras que no. Conque... *anda pa lante.*

Y tiró de ella con brusco movimiento. Alberto se incorporó de súbito, saltó al lado de San Martín é hincó sus dedos en el brazo con que asía á Rosina.

— No sea usted animal — bramó con renconcentrada cólera.

Los dos hombres se miraron de hito en hito, tenaz é injuriosamente. San Martín no había soltado á la niña.

— Suelte usted — dijo Alberto, con imperio.

Los demás se acercaron, conciliadores.

— ¿Qué ocurre? — preguntó Jiménez.

— Todos somos amigos — advirtió Cerdá.

— Sí, todos somos amigos — dijo Alberto, tratando de sonreir. Estaba pálido y trémulo.

— Yo no sé quién le mete á este señorito... — manifestó San Martín, de manera agresiva y desdeñosa.

— Me meto yo. Y sobre todo, suelte usted. ¿No ve que la chica no quiere ir con usted?

— Ah, si es usted su esposo ó su querido, no he dicho nada —. Y se volvió, haciendo con el canino rostro un gesto de indiferencia.

— Bueno, aquí no ha ocurrido nada. Venga el cognac.

Algunos bebieron un sorbo de licor. Luego fueron acomodándose en los divanes. Hubo un largo silencio penoso.

Fuera oíase un discreto y cristalino murmullo.

— Un río... — exclamó la Paya que, á juzgar por el melancólico acento, recordaba días mejores de su existencia campesina.

Sus palabras cayeron en el silencio, sin que nadie respondiera. Algunos dormitaban. El murmullo del regato continuaba, triste é incesante. Transcurría el tiempo sin que el tren reanudara su marcha.

Alberto pensaba: «debo de estar algo borracho. De todas suertes, esté ó no lo esté, he cometido la segunda majadería.»

— Pero, Señor, ¿qué ocurrirá? — se preguntó Travesedo asomándose á la ventanilla, y añadió:
— Voy á dar unas vueltas por el andén.

— Yo voy con usted — le dijo Alberto, y no sin vacilar un punto, agregó —: ¿quieres venir tú, Rosina?

— Bueno.

Comenzaron á pasear. Rosina iba en el medio; los dos hombres la enlazaban por el brazo. Dieron algunas vueltas.

El piso estaba mojado y había una frescura grata en el ambiente húmedo.

Unas señoritas de pueblo, acompañadas de un mozalbete, surgieron de la profundidad lóbrega de una sala de espera, en donde estaban abisma-

dos y como disueltos en sombra, y se aplicaron á curiosear, lanzando largas é intensas miradas escrutadoras á Rosina.

Travesedo preguntó á un mozo:

— ¿Cuánto tiempo para el tren aquí, me hace el favor?

— Hora y media — mascculló el hombre.

— Este hombre debe de estar loco — dijo Travesedo, así que se apartaron un trecho del mozo; pero éste, que alcanzó á oirle, gritó rudamente:

— ¡No estoy loco, no!

No se le hizo caso.

— Pero ahora que recuerdo; si el jefe de esta estación es muy amigo mío... Voy á verle.

Quedaron solos Rosina y Alberto.

— ¿Te enfadaste conmigo? — dijo tímidamente Rosina.

— ¿Cuándo?

— Cuando me fuí con Travesedo.

— ¿Yo? — preguntó Alberto muy asombrado, ó cuando menos simulando que lo estaba, como si fuera absurdo que él se molestara por tan fútil pretexto.

—Como cuando volví te marchaste de mi lado...

— Fué sin fijarme.

Alberto, aun cuando quería aparecer sereno é indiferente, no las tenía todas consigo. Fuera cosa del alcohol ó del conato de pendencia, ello es que sus sienes latían con furia. Sentía ansias feroces de besar á Rosina y abrazarla.

Sentáronse en unos fardos de mercancías. Por aquella parte no había luces en el andén. Entonces la cubrió el rostro de besos. Rosina los recibía sin despegar los labios ni hacer ademán alguno.

— Yo no sé si estoy borracho, Rosina; sólo sé que te quiero mucho, que te quiero mucho... — balbucía á intervalos, sin interrumpir el besuqueo.

— Señores, que hay ropa tendida — amonestó Travesedo, que llegaba entonces y dirigía la mirada á las jóvenes de pueblo, de pie é inmóviles, no lejos de los fardos. Prosiguió: — El tren no para tanto como ha dicho ese bruto. No tardará en salir; pero, se me ha ocurrido una cosa: subir el puerto en la máquina.

— ¡Hombre, magnífico!

— Le he pedido permiso al jefe y me lo ha concedido. Podemos subir dos.

— ¿Dos solamente?

— Dos solamente.

— Eso es una dificultad.

— ¿Cómo dificultad?

— Claro; ¿y esta?

— Esa sube en el coche. En la locomotora no podría, hay mucho humo. Tampoco aseguro que á usted no le dé algo. ¿Ha subido usted alguna vez?

— No.

— Allá veremos.

— Y tú, Rosina, ¿te atreves?

— Sí.

— Bien. Trataremos de conseguir el permiso para tres; pero me parece difícil.

Travesedo desapareció y volvió á poco con el permiso y una garrafa de aguardiente.

— Ya está todo arreglado. Puestos á conceder una cosa, ¿qué importa conceder más? Usted ya sabe que el tren mixto muere aquí y se convierte en mercancías para subir el puerto; pero nos han dejado subir en el coche-salón hasta Vidiango, que es donde muere el mercancías. También otros viajeros suben en diferentes departamentos. Lo de ir en la máquina se arregló pronto y bien. Como allí hace un calor horrible, el jefe me ha dado esta garrafa de aguardiente. Nos vamos á poner negros. Y la ropa... excuso decirle á usted. ¿Ha traído usted impermeable?

— Sí. Impermeable y abrigo, por si acaso.

— Como yo. Le prestaremos uno á esta para que no se le manche la blusa, por si Mariquita la apalea. ¿Dónde tiene usted el impermeable? Yo voy al departamento.

— Jiménez sabe.

En dos saltos aportó los impermeables y un abrigo. El abrigo, que era negro y corto, se lo vistió Rosina. Se encaminaron á la cabeza del tren.

La locomotora rezongaba muy gravemente con hondo temblor, que se tomara por de impaciencia. De su vientre caían ascuas purpúreas, las cuales, como se pusieran en contacto con la hu-

medad de la vía, crepitaban. De pronto dió un bufido feroz y lanzó por el flanco enérgico chorro de vapor lechoso. La locomotora llamábase «David».

— ¡Maquinista! ¿Habló con usted el jefe?

— Sí, señorito. Ya me ha dicho que iban á venir ustedes.

— Pues arriba.

Travesedo subió el primero, y desde lo alto tendió las manos á Rosina, que con gentil ligereza plantóse en la plataforma. Alberto ascendió en seguida.

Era el maquinista un hombre hercúleo y amable, que sonreía siempre, con su rostro de tierra cocida dorado á fuego. Llevaba un traje de mahón azul enhollinado á trechos. El fogonero, un hombrecillo silencioso y encorvado, de más edad que el maquinista, trabajaba sin cesar apercibiendo sus instrumentos, cortando ladrillos de carbón á martillazos, y barriendo el suelo por la parte donde se habían de acomodar los señoritos.

Antes de que el tren arrancase dió el maquinista á los recién venidos sendos rebujos de algodón grasiento y negruzco. Travesedo, que estaba muy al cabo de aquellas cosas y trataba de mostrar sus conocimientos, adquiridos en largas y asiduas experiencias, adelantóse á explicar el uso del trapajo.

— Esto es el cotón, y sirve para agarrarse á los hierros cuando trepida mucho la máquina.

— ¿Tanto trepida? — interrogó Alberto.

— Ya lo creo; como que si uno no se agarra se cae de seguro.

— Póngase usted aquí, señorita, y agárrese bien, que vamos á salir.

Luego de los campanillazos y pitadas que el reglamento exige, el maquinista tiró de una palanca y el tren comenzó á andar perezosamente, resollando de firme.

Alberto, que inquiría los movimientos todos de los dos hombres, formulaba á cada paso preguntas, demandando explicaciones que al punto daba Travesedo, sin dar tiempo á que el maquinista lo hiciese.

A la parte de atrás del ténder amontonábase una considerable cantidad de negros ladrillos, apilados geométricamente. El fogonero, encaramado en ellos, partíalos á martillazos, de vez en vez.

— Son ladrillos de carbón aglomerado — advirtió Travesedo, como Alberto se volviera al ruido de los golpes.

El fogonero regó el carbón después de haberlo desmenuzado.

— Y eso, ¿para qué es?

— Se riega para evitar la carbonilla.

El maquinista tiró de la cadena del hornillo; apareció un gran topacio de forma ovada, como de oro líquido, con flamígeras diafanidades, huideros arreboles y alientos errantes de pálido azul.

Alberto y Rosina hubieron de echarse á un lado, sintiendo sobre el rostro la ígnea bocanada. El fogonero atiborró el hogar á paletadas, y el maquinista, tirando de la cadena, cerró la hornilla con golpe seco.

— Cuidado; ahora vamos á entrar en un túnel. Si no pueden respirar, tírense en el suelo. Veremos si patina la máquina...

El tren jadeaba enérgico, ganando la empinada cuesta. Según entró en el túnel sus bramidos se acrecentaron; del ruido desacorde y formidable de hierros y maderas golpeadas en el angosto antro levantábanse resonancias de cataclismo. Al comienzo veíanse las paredes del túnel, parduzcas, cuadriculadas por las líneas blanquinosas de la argamasa que pega las losas, húmedas, rezumantes, exornadas de musgo á trechos. Sobre este obscuro telón corrían los coágulos humosos de la máquina, densos vellones de irreprochable blancura que fueron espesando lentamente hasta cubrirlo todo, de manera que Alberto dijo que caminaban por un río de leche.

De que salieron á espacio libre alejóse el estruendo, galopando sobre la noche, de montaña en montaña. El humo que invadía el ténder disipóse en la sombra; unas ráfagas de frescura refrigeraron el caluroso recinto.

Apenas había abandonado el primer túnel la cola del tren cuando la máquina se sumía en otro.

— Este se llama *el retroceso* — dijo Travese-

do —, porque al salir de él estamos en el mismo sitio que cuando salimos de la estación; mejor dicho, un poco más atrás, pero á unos metros de altura. Ahora estamos recorriendo una gran curva por debajo de tierra.

Continuó trazando una reseña histórica del puerto: vicisitudes por que había pasado su realización, proyectos diferentes, y por último, plano del mismo. El puerto era un embudo, un verdadero embudo. Comenzábase por lo más estrecho y hondo é íbase á salir, después de haber estado subiendo siempre en espiral, á la meseta castellana. Los últimos párrafos de la disertación no pudo oirlos Alberto, porque el humo, infiltrándose en sus pulmones le traía á mal traer, nervioso y medio asfixiado. Le lloriqueaban los ojos, y por la garganta y boca se le extendía una pastosidad de amarguísimo gusto.

— ¿Cuándo termina este túnel? — preguntó entre los pliegues del pañuelo.

— Qué, ¿se encuentra usted mal, señorito?

— Así, así — respondió sin despegar el pañuelo del rostro.

— Ya está terminando. Ahora verá usted la estación de donde hemos salido.

En cuanto estuvieron afuera, Alberto sacó por la barandilla la cabeza y todo el cuerpo, á fin de tomar mejor el aire. Travesedo se asomó junto á él.

— Mire usted, allá abajo: ¿no ve usted unas lucecitas? Pues es la estación.

Alberto, aliviado con la frescura de la noche, contempló el paisaje. En una hondonada negra, casi á plomo del tren, soñaban unas cuantas lucecitas quietas y muy doradas, como pavesas caídas de un gran fuego celestial. Desde el pie de la vía férrea arrancaba un mar de sombras, en donde los valles y colinas, según su profundidad ó altitud, ondulaban con mayor ó menor lobreguez á modo de oleaje. En el cielo se había rasgado el toldo de nubes mostrando un retazo de azul, con dos estrellas cristalinas y puras.

El túnel siguiente fué corto. Alberto no sintió síntomas de asfixia, con lo cual se hizo el valiente.

— ¿Qué tal, Rosina? — la preguntó.

Rosina, sin soltar un momento el barrote que le había cabido en suerte, escuchaba la conversación de Travesedo y del maquinista. Este explicaba detalles del oficio y particularidades de las locomotoras. «David» tenía cuatro ruedas acopladas, era *de quinientas*, y arrastraba ciento ochenta toneladas. En subir el puerto consumía tres mil kilos de carbón. Llevaba ya ocho meses sin reparación; es cosa insólita en las máquinas modernas, que suelen estar falsificadas. Y otra porción de minucias que á Rosina le parecían de gran interés. Al oir la pregunta de Alberto, se volvió hacia él y respondió:

— Bien.

— ¿No te hace daño el humo?

— No.

— ¿Ni el calor?

— El calor me molesta un poco.

Travesedo ofreció la garrafa de aguardiente al maquinista.

— No bebo, señorito.

— ¡Ande usted, hombre! Es aguardiente de Mallorca, y para estar junto á este horno es lo mejor que existe.

— No bebo nunca, señorito.

Tanto le instaron que el hombre aplicó los labios é hizo ademán de beber, como los toreros cuando dan la vuelta al redondel y algún admirador dionisiaco se obstina en que pruebe de su bota. Luego pasaron la garrafa al fogonero, que sin hacerse de rogar bebió silenciosa y abundantemente.

— Ahora tú, Rosina.

— No, yo no.

— Vamos, mujer. No te vendrá mal...

— Si no se me apetece...

El maquinista sonreía con gesto bonachón.

— Claro, como es aguardiente, la señorita no estará acostumbrada.

Travesedo miró á su amigo y guiñó el ojo; pero Alberto estaba muy grave.

— Vamos, señorita, beba usted — dijo Travesedo.

Rosina se puso más roja de lo que estaba, y estaba mucho á causa de la cercanía del hogar, y cogiendo la garrafa bebió un sorbo.

— ¿Y usted, Alberto?

— Yo sí, yo sí.

Salieron de un túnel para entrar en otro. En el breve intersticio, la cadena de montañas, gibosas y rotundas, se destacaban sobre el cielo como una caravana de grandes dromedarios pensativos. En este corto espacio Alberto no pudo reparar el aire de sus pulmones. Se sintió mal otra vez, aun cuando no lo confesó.

Los túneles se sucedían muy próximos y de manera que las contadas separaciones, más que tales, parecían hendeduras ó grietas de uno solo, interminable, eterno.

Alberto, en mayor grado que sus angustias físicas, experimentaba una violenta cólera contra sí propio, juzgando que á causa de ellas se iba á poner en ridículo delante de la muchacha. Aferróse á la garrafa de aguardiente, que le prestaba momentáneo alivio, pero así que terminaba la influencia alcohólica sentíase peor.

Por fortuna, el tren se detuvo. Alberto dispúsose á marchar.

— Bueno, señores; yo me marcho.

— Pero hombre, ¿no subimos todo el puerto?

— Yo, no. Estoy muy cansado. Llevo tres noches sin dormir. Usted puede quedarse.

— Yo, sí; me quedo.

— Pues, adiós. Y tú, Rosina, ¿te quedas? — le preguntó, casi sin saber lo que decía.

— No; me voy contigo.

— ¡Carape! Esto está muy alto.

— Espere usted.

Travesedo encendió una cerilla. La noche estaba serena y el viento acostado. La lengüecilla áurea del fósforo alumbró, inmóvil y como en éxtasis. Alberto no sabía dónde colocaba los pies. Desde el suelo hizo como que ayudaba á Rosina. Entraron en un departamento vacío, de segunda clase.

Rosina se acercó á Alberto, y oprimiéndole el brazo, humilde y temerosamente, elevó los ojos hacia él, cual si demandase una gracia, con amoroso afán.

— ¡Déjame! No puedo conmigo. Voy á dormir.

Y repelió á Rosina. Hizo almohada del impermeable y se tumbó á lo largo. Poco después, al dar una vuelta, á fin de encontrar postura propicia, vió á la muchacha, sentada en el diván de enfrente, con los ojos abiertos, fijos en él.

— Duerme, niña, duerme. Pon el gabán debajo de la cabeza y duerme—, la dijo entre dientes, y se durmió á poco, creyendo sentir en sueños que alguien le besaba.





CAPÍTULO VI

La matinada y el paisaje. — Conflicto sacerdotal. Cerdá jocoso. — La fiera hircana. — Sopas de ajo. ¿Qué aconteció después?

Rosina y Alberto descendieron del tren, en la matinada fresca y plúmbea.

No lejos de ellos, la bíblica y poderosa «David», resbalando con aire de majestad y fatiga, guardábase en un tendejón, como en demanda de reposo. De una parte, á la diestra, arrancando del retorcido curso de un riachuelo, que en la hora aquella movía un son de frescura y diafanidad, enarcábase una loma muy pina, el color de su hierba, verde denso y caído, de ese que los pintores llaman cinabrio, por entre el cual, y á trechos, asomaban cúpulas grises y lustrosas, como de plata, que no eran sino grandes piedras calizas, y muy cerca de ellas pacían sosegadamente dos viejos caballos castaños de profundo y ronco esquilón, sujetos á la vertiente dura como por arte de maravilla. Al frente de esta loma, en el límite de una angosta explanada, vestida de negras es-

corias, por sobre las cuales fulguraban los bruñidos hierros de unas cuantas vías, separando los terrenos del ferrocarril del curso paralelo de la carretera, alineábase una muchedumbre de traviesas, espetadas en el suelo, á modo de valladar. A la otra parte del camino, en la cuneta, asentaba su pie otra montañuela, de agrios recuestos, aborrascadas breñas y recios canchales amatista, que escalaba entonces una aventurera pandilla de cabras rojas. Poco más adelante, en la falda del ribazo, unas casucas misérrimas dormían. Hacia el Sur las dos montañas, acercándose, dejaban un pequeño escobio, y más atrás, por la abertura, sobre el horizonte, se enhiestaban dos picachos serraniegos, el uno ocre amarillo, violeta el otro. Las nubes corrían por el cielo gris. Un cencerro sonaba á golpes cascajosos y tristes.

Alberto y Rosina se encaminaron al coche-salón, que caía como á unos veinte pasos del paraje donde ellos se encontraban.

Por la empalizada de traviesas, empujando una portilla, penetró una serrana vieja; en el cráneo un rojo pañuelo, manta raída y almadreñas que levantaban un eco apagado en las cumbres vecinas, cubiertas de silencio y de vaho gris.

La Luqui andaba por los estribos curioseando en el interior de los coches; las pasadas horas turbulentas habían puesto en su rostro aspecto de bruja; el cabello en hopos ásperos y polvorientos, el rostro ajado, exangües los labios, la pupi-

la opaca. De que asomó á uno de los departamentos echóse de pronto á la parte de fuera y comenzó á aullar:

— ¡Paco! ¡Paquito!

— ¿Qué quieres, Luquina? — respondió Paquito, asomando medio cuerpo por una ventanilla.

— ¡Ven! ¡Ven, leche, ven! — y dando un brinco se plantó sobre la grava. Paquito acudía de mal talante.

— ¡Ven, rediós, ven! Un *pater* ahí dentro. ¿Quieres que le mandemos cantar el *Tantum ergo?*

Disponíanse Alberto y Paquito á celebrar calurosamente los conocimientos litúrgicos de la Luqui, cuando surgió el denominado *pater*, un mozarrón coloradote que, con destemplada voz, exclamó:

— Lo que yo voy á hacer es atizarte cuatro hostias, grandísima zorra.

El presbítero empleó un sinónimo de la palabra zorra, más usual, más enérgico, más agresivo, más sonoro. Amedrentóse con esto la Luqui, y huyó, con los brazos al aire y dando grandes alaridos. Disculpáronla Paco y Alberto como se les alcanzó; el cura, muy campechanamente, dijo que celebraba la ocurrencia, y sumióse de nuevo en su guarida.

Paco y Alberto fueron hasta el coche-salón.

— ¿Estamos todos?

— Á ver... Falta Travesedo.

— ¿Qué es de él?

— Está durmiendo en el departamento de aquí al lado — respondió el ordenanza de Cerdá.

— ¿Cómo dormir? Hoy nadie duerme — afirmó San Martín.

Alberto, que además de guardarle cierto rencor, no podía tenerse en pie á causa del sueño, pensó: ¡qué bárbaro!

A través del vidrio biselado de la mirilla podía verse á Travesedo. Yacía entre los divanes, sobre el suelo, enrollado en una manta escocesa. En previsión de futuras impertinencias, había amarrado por dentro los postigos, de manera que no se pudieran abrir. Gritáronle, golpeando los cristales; mas él no dió señales de vida. Al segundo llamamiento escondió la cabeza bajo la manta, como tortuga asustada en su caparazón.

Entonces Jiménez habló ciertas palabras con Paquito, aparte.

— Vamos á asustar á Cerdá.

Para ello contaban con el genio impetuoso de Travesedo y la docilidad tímida del de Lérida. Díjole así Jiménez:

— Escúcheme, Cerdá. ¿Quiere jugarle una broma á Travesedo, con que nos riamos de lo lindo?

Cerdá, que no hacía reir si no era cuando más en serio se producía, y por ello guardaba un grano de envidia á los que, como Jiménez, tenían la

imaginación llena de ingeniosos ardides y el genio desenvuelto y pronto á ejecutarlos, prestóse regocijadamente á ser el protagonista ó primer intérprete del bromazo urdido por su amigo.

— Pues bien—continuó Jiménez —, sálgase al estribo, desde donde abrirá los vidrios de la ventanilla, lo cual es fácil; tira usted hacia arriba, por el marco de madera, luego empuja usted el listón de abajo y lo deja caer. Con este indecente aire que hace Travesedo tendrá que despertar, y como no despertará de buena gana nos hemos de reir.

Cerdá fuése á ejecutar las instrucciones, en tanto los otros apiñaban sus cabezas detrás de la mirilla. Así que Travesedo sintió el airecillo sutil jugueteando en su cálido nido, púsose en pie de un salto, cerró la ventanilla lanzando tacos y robustas blasfemias, y tornó á arrebujarse entre la manta. Cerdá encontró riendo á sus amigos, y como esto era obra suya, púsose muy orondo, y no se le ocurrió cosa mejor que repetir la maniobra. Esta vez Travesedo cerró con redoblada furia y blasfemó con mayor saña. Al volver Cerdá al coche-salón, y cuando esperaba que las muestras de contento se acrecentaran en la medida de la cólera del otro, se encontró á sus amigos antes graves que reidores. Cerdá comenzó á escamarse, como vulgarmente se dice; pero, tratando de celar su inquietud, y por aparecer no menos bromista que su amigo Jiménez, fuése al departamento de Travesedo y abrió la ventanilla por

tercera vez. Entonces la cólera del durmiente no tuvo límites: saltó como un tigre frenético, armó terrible y devastador cataclismo en la iglesia triunfante, esto es, arremetió con toda la corte celestial, sin perdonar uno solo de los bienaventurados, y cerró con tal fragor la ventanilla, que á poco se rompen los cristales de todo el tren. Cerdá pensó: ¿me habré excedido, inclusive? Sí, se había excedido, según Jiménez.

— ¿Usted sabe lo que ha hecho? ¿Usted sabe quién es ese hombre?

Cerdá apenas sabía lo que había hecho, ni quién era aquel hombre.

— Usted me mandó — se atrevió á replicar, balbuciendo.

— La primera vez, sí; pero viendo que lo tomaba tan á mal...

— Yo pensé...

— ¡Buena la ha hecho usted! ¡Buena! ¡Buena! ¡Buena! Nos ha reventado usted la excursión. Pero, ¿usted no conoce la historia de Travesedo? Lo primero que hace, así que se levante, es pegarle á usted un tiro.

— ¿Un tiro? — Cerdá quiso reir como si estuviera al cabo de la broma. La sonrisa se le congeló en los carrillares.

— Un tiro; sí, señor, un tiro... Eso si no son dos. Que lo diga Paquito. No es el primer hombre que mata. ¿No es así, Paquito?

— Así es. Al pobre Corvejón lo dejó seco.

Aunque el infeliz Cerdá se hallaba bañado en copiosísimo sudor no le hacía gracia ninguna que Travesedo le dejase seco. La Luqui intervino.

— Rediéz, pues yo no sabía nada.

Merced á un pedagógico pellizco de Jiménez, lo supo todo en seguida. Se convino en que Travesedo era un hombre feroz. Cerdá estaba horrorizado, y los demás haciendo grandes esfuerzos para contener la risa que torrencialmente se les venía á la boca.

Alberto era el único que no sentía la comezón de reir. Le dolía la cabeza. Descendió del departamento y se despojó del sombrero, á fin de que el aire refrigerara su frente, con propósito de escabullirse á dormir si se le presentaba ocasión y lugar para ello. Rosina descendió en pos de él y se colocó á su lado. Alberto, agradecido á su fidelidad, la enlazó por la cintura.

— ¿A dónde ibas? — preguntó ella.

— No sé. Dormiría si tuviera dónde.

— ¿Y me dejabas sola?

Alberto la contempló tiernamente.

— ¿No os bastó con lo de anoche? — dijo Paquito, que les daba alcance.

— Nosotros, ni esto, chico — mordiéndose la uña del dedo pulgar de la mano derecha.

Dieron unos pasos sobre la negra escoria.

— Yo tomaría unas sopas de ajo ahora mismo, Alberto.

— ¿Y en dónde las tomarías?

— ¿En donde? En una de aquellas casas. Conozco al dueño, de cuando vengo de caza.

— Bravo. ¿Habrá camas?

— Claro.

— Adelante.

Salieron á la carretera y arrostraron el pueblo, el cual no tiene arriba de ocho casucas retrepadas al pie de la montaña que á sus lomos sube, enanitas todas ellas, pero no tanto que sobre la vivienda terriza de angostísimas y chaparras puertas no ostentan un otro piso, según se deduce de las ventanas, unos huecos diminutos ó mechinales pintados de añil, y tan cerca del alero que parecen colgar de él. La techumbre es de paja negruzca y las paredes están emperejiladas con chorretones de barro y alguna parra que se estremecía de frío en la plomiza hora del amanecer.

— Yo no recuerdo bien la casa; como son tan parecidas... — manifestó Paquito; y en la duda empujó la primera puerta que encontró á mano, la cual, girando sobre sus goznes, descubrió un antro lóbrego. Por allí, entróse Paquito dando voces.

— ¡Juan! ¡Juan!

Una voz femenina que caía de la altura, respondió:

— Aquí no vive Juan Pajares, sino dos puertas más arriba.

La puerta de Juan Pajares también estaba á la

merced del que por allí pasara. A las voces de Paquito no tardó en acudir un mozo flaco y sucio, el cual, con el dorso de las manos huesudas, restregábase sañudamente los ojos.

— ¡A la paz de Dios! ¿Qué les ocurre á los señores?

— ¿Y Juan?

— Durmiendo está, señor; que ayer arremetióle un mal á la tripa.

— ¡Todo sea por Dios! ¿Podrás hacernos unas sopas de ajo?

— Como el señor ordene.

— Con huevos. ¿Habrá huevos?

— Háilos, señor.

— Pues, á ello.

Filtróse el mozo en una zahurda lóbrega, las paredes enhollinadas, un menguado hueco en una de ellas y más menguado aún por los barrotes que le hendían de un lado á otro y de abajo á arriba, á través de los que se colaba, como á regañadientes, mezquina claridad cenicienta. Hizo lumbre el mozo con sarmientos y ramascos y avivóla con leña, que comenzó á arder crepitando y difundió por el ámbito del cubículo un olor grato y violento. Como Alberto se acercase á fin de zahumarse en la humareda rústica y agria, que le complacía extremadamente, empezáronle á llorar los ojos y á cosquillearle las narices, por lo que estornudó de manera que Paquito no se tenía de risa. Un gato, que dormitaba enroscado muy

cerca del hogar, huyó dando respingos, con el rabo enhiesto y los ojos coléricos, que desde la obscuridad lanzaban chispas azules y verdosas.

El mozo aparejó la sopa prestamente. Antes de escalfar los huevos en el caldo, crocino y bermejo, destacaron en el fondo obscuro de la cocina dos personajes corpulentos, vestidos de pana, polainas de cuero, sombrerones haldudos y escopetas al hombro. Alberto los tomó por facinerosos ó bandidos sanguinarios. Un perro *seter* de luengas lanas precipitóse detrás de ellos, rabeando y dibujando sutiles cabriolas por el aire, á tiempo que emitía regocijados aullidos. Los personajes, cazadores amigos de Paquito, participaron de la frugal refección matutina, ofreciendo á cambio de la invitación un vinillo acedo y áspero que traían en unos cueros de cabrito, y que á todos les cayó en el gaznate como deleitoso regalo.

Alberto, de que hubo engullido su parte, emprendió un viaje de exploración á través del piso alto de la casa de Juan, para lo cual hubo de subir una escala angostísima y quejumbrosa; una vez arriba, sin otras diligencias, dióse de cara con una humilde estancia en donde había un lecho, de lo cual vino á dar nuevas á Rosina, y entrambos subieron á reposar.

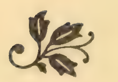
Alberto echó los brazos á la cintura de su amiga, por mejor cercarla entretejió los dedos y oprimióla contra el pecho, mirándola mansa y tenazmente á los ojos, en tanto Rosina apoyaba

las manos en los hombros de él y le contemplaba de la misma suerte. Por todo el aposento flotaba una luz verde y húmeda, de agua quieta, que venía de la luz diurna filtrada por las hojas de la vid que colgaba de la parte de allá de un ventanuco, cuyo marco era añil, como las vigas del techo, y un arcaz que estaba al pie de un muro. Por entre las hojas veíanse cortaduras de tierra amarilla y retazos de praderas doradas. Algunos pámpanos, al trasluz, eran vagamente diáfanos, como ágatas. Seducida por aquel precioso matiz de los pámpanos frágiles, Rosina fué á arrancar uno, que mordisqueó haciendo pucheritos y graciosas muecas, á causa del agraz. Alberto disipó la desazón de su amiga prodigándola dulce bálsamo de besos. Abrazados de nuevo, reían infantilmente, la boca del uno muy cerca de la del otro.

Alberto fué el primero en desasirse, y acercándose á la cama la tentó, á fin de conocer el grado de dureza ó blandura que les tenía deparada. Era un catre de hierro con jergón de hoja de maíz que se ocultaba bajo una colcha de cretona. A la cabecera, sobre un óvalo de hojadelata, había un cromo de la virgen de los Dolores. Rosina la besó devotamente, á lo que su galán acudió diciendo:

— No quiero que se pierda ningún beso tuyo— é hizo como que lo recogía de la estampa.

Oíanse los cencerros de unas cabras, cerca del ventanuco cubierto de pámpanos.





CAPÍTULO VII

Uno más y uno menos. — Arriba. — La sangre llegó al río. — San Martín intenta profanar un bonete. Las botas del Nuncio.

— Arriba, señor pintorzuelo, grandísimo granuja, ó echo abajo la puerta —. Esto decía Jiménez á gritos desaforados y tremebundos, zarandeando lindamente la puertecilla.

— ¡Va! ¡Va, hombre! No empuje más, que nos levantamos ahora mismito — respondió Alberto, incorporándose en la cama y desentumeciendo los encogidos músculos. Examinó el reloj.

— Hemos dormido veinte minutos — dijo á Rosina; y comenzó á vestirse.

La mocica saltó del lecho detrás de él, con agilidad graciosa y dúctil de gata doméstica. Así que calzaron malamente y con prisa sus prendas de vestir salieron al camino, en donde les aguardaban sus compañeros. La propia luz grisácea y aterida del amanecer bañaba el paraje.

La peripatética comunidad devota de Venus había sufrido una alteración en sus miembros,

sin que hubiera cambiado el número. Sí, faltaba uno, el cual, por ignoradas causas, había verificado cobarde y clandestina defección; pero otro, como por obra de la Providencia, que en todas las cosas de este mundo hace visible su mano, habíase presentado en el punto mismo á cubrir la vacante.

Alberto advirtió, á la asomada del rostro y con sólo mecer la mirada, este trueco, y si bien lo primero que le rebulló en los labios fué el prurito de preguntar por el que faltaba, supeditó su deseo á la galantería y tendió la mano al recién venido.

— Querido Marqués, ¿cómo por aquí?

— Pasaba en el correo, desde Madrid, encontré á estos amigos, no pude resistir á la tentación de quedarme con ustedes, *et voila tout.*

Este caballero, Marqués de apellido y no por real concesión como se pudiera pensar, tenía un rostro arrogante, frío y nervioso de águila; la nariz tajante, recia y salediza como un pico; la boca, sutil é inmóvil; los ojos, aceradamente azules, serenos, no se sabe si cansados ó desdeñosos; el pelo, de un rubio bajo y sedeño, y tal que cuando se quitaba el sombrero parecía plumaje alisado y compacto. Antes era bajo que alto, pero con todo, de gran corpulencia, formidable torso, del uno al otro hombro una distancia más que regular, y sus movimientos, tardíos y embarazosos, como de atleta ó de picador.

— Como no es cosa de llegar á la cumbre de Los Pinares sin aliento y trasudados, opino que debemos ponernos en marcha — dijo el nuevo personaje.

Los otros fueron de la misma opinión; y aunque las vulpejas, por la desmadejada flacidez de los miembros, la laxitud de la sonrisa y otra porción de señales, manifestaban el cansancio, no osaron replicar, y haciendo un esfuerzo pusiéronse á mover los pies mecánica y resignadamente. Entonces Alberto, no pudiendo guardar en el buche por más tiempo la pregunta que antes se le hubiera asomado á los labios, habló:

— ¿Y Cerdá?

Armóse una trapatiesta de risotadas y aspavientos. Cerdá había desaparecido á causa del temor que Travesedo le infundía. Creíase ya el pobre hombre cosido á puñaladas ó cribado á balazos por el hombre sanguinario y velludo.

Esto es lo que le narraron á Alberto muy minuciosamente, y quitándose los unos á los otros la palabra de la boca. Travesedo conservaba aún cierto reconcomio; arañábase nerviosamente las tupidas y exuberantes vegetaciones del rostro.

— Ese bárbaro es muy capaz de contar por ahí mil desatinos, y como es un ave de paso que no tiene nada que perder...

Estos conceptos vagos, casi cabalísticos, sin que pueda averiguarse la razón de ello, tuvieron la extraña virtud de regocijar á los que escucha-

ban, en tales términos que la misma autorizada y grave boca que las había pronunciado vióse atacada de la risa, como de un contagio.

— No se hable más de ese hombre — ordenó Marqués, enhiestando la aguileña cabeza.

— Bueno — clamaron todos á una.

De esta suerte zambúllese la vida de Cerdá en el inquieto mar de la historia contemporánea.

A la salida del sórdido caserío, la carretera, concediendo inmerecido honor al riacho, le cruza sirviéndose de un puente de caliza. La Luqui asomóse al pretil y contempló las aguas que correteaban bullentes y puras sobre un lecho de guijas y cantos redondos de color ámbar. Próximo al pie del puente y por el lado donde se acodaba la Luqui, hay un paso de piedras blancas y lustrosas que sobresalían del agua cosa de un palmo.

— ¡Ay, tu cuelpo! — exclamó la vulpeja encarándose con el regato —. Yo me lavo aquí —; y ya tomada tan laudable y pulcra determinación, giró sobre los talones, descendió el terraplén en cuyo lomo la carretera se tiende, acercóse al agua y colocó los pies en dos de aquellos pedruscos que servían de paso, los cuales estaban algo distantes; y así, Jiménez, que la contemplaba desde lo alto, temió que se despatarrase la inocente criatura.

— Cuidado, Luqui — advirtióla —, no te abras en canal.

— No me jorobes. Tenía unas ganas de lavarme... En toda la noche no pude hacerlo.

— ¿Quieres unas hojas de jabón?

— ¿Para qué? ¿Para lavarme? Tú estás chalao.

Según estaba, con las piernas desaforadamente abiertas, púsose en cuclillas de manera que el remate de la espina dorsal, llamada vulgarmente rabadilla, andaba muy cerca del agua; remangó las faldas con mucho donaire y á seguida empezó á darse abluciones purificadoras en aquella parte de su cuerpo que más había menester de purificación. Los espectadores celebraron con grandes elogios la inventiva de la resuelta prostituta, y sus compañeras, á excepción de Rosina, echáronse terraplén abajo, á fin de verificar idénticas irrigaciones. Y era de ver el cuadro en su sencillez aldeana, agreste y matinal: los montes agrios y salvajes todo en torno del vallecico, aterido el cielo y ceniciento, las tristes y lentas esquilas tañendo en los recuestos, vociferando los hombres desde los pretiles del puente, y ellas, las cuatro sacerdotisas, en abominable postura, rompiendo la cristalina inocencia del huidero regato. Alguna de ellas lanzaba estridentes aullidos al sentir los puñadicos de agua en las ocultas vergüenzas; lo cual á todos extrañó grandemente, pues consideraban que por ley natural nada hay de condición tan frígida é insensible cual los averiados órganos de estas infelices mujeres. No tardaron

mucho en considerar intachables y pulquérrimas sus amorosas mercancías, y, poniéndose en pie, enjugáronse con las faldas, metiéndolas por la entrepierna, con un movimiento ágil y eficaz que la mucha práctica hacía tan expeditivo como gracioso. A fuer de historiadores concienzudos, hemos de advertir que la sangre, en aquella ocasión, llegó al río. El expurgador lavatorio, en el cual había cumplido menesteres de almofía ó *bidet* el cándido arroyo, dió á las jóvenes extraña animación y vivacidad, si se tiene en cuenta el regocijo y destreza con que subieron el terraplén y se llegaron á sus galanes, triscando y retozando como inmaculadas corderillas.

San Martín, esto es, el hombre cuya configuración facial era semejante á la de los perros (linaje bull-dog), aferróse á Remedios como en la noche pasada, con vehemencia tal y tan encendida brasa en las pupilas, que no se dijera otra cosa sino que el canino caballero pretendía resucitar aquellos remotos y bárbaros tiempos en que el macho, escondido entre los troncos de una selva, palpitaba en acecho de la mujer, y así que la veía, recia y maravillosa en su desnudez indefensa, lanzábase á la posesión con ímpetu formidable de egipán. Adviértase de paso, que de ser egipán, San Martín era un egipán muy venido á menos en cuanto á la resistencia viril, si bien en el ánimo ó intención pecaminosa, ó lo que es lo mismo, en lascivia, pudiera cotejarse

dignamente el caudal que emponzoñaba sus sentidos con aquel abundoso y pletórico bálsamo que macerando los miembros de los séres fuertes, allá en las edades mitológicas, les hizo terribles en amorosas peleas, hijos del cielo y padres de la épica pompa. Pues bien; saltando por encima de algunos siglos, desde Dionisos hasta San Martín, diremos que este individuo llevaba unas zapatillas de piel de cabrito, blancas con redondeles color de chocolate, y las botas, de becerro rojizo, atadas la una á la otra por medio de los cordones, le pendían del brazo derecho. Con el izquierdo sujetaba á Remedios por la cintura, y con el hocico hozaba sobre el rostro de la vulpeja, prodigándola besos fofos y torpes que se deshacían como gotas de fango. San Martín miró hacia un lado del camino, luego hacia otro, luego hacia adelante, y por último, hacia atrás, como si demandase al paisaje serrano algo que sirviera momentáneamente de lecho. La carretera atravesaba entonces angostísimo valle tendido entre dos pares de mellizas eminencias que al frente y á la espalda de los caminantes se aproximaba, hasta casi tocarse, en sendas angosturas, por donde entra y sale el camino, subiendo de Sur á Norte. Aquel olvidado y apacible recinto agreste, suspendido en suave concavidad entre las cuatro cimas agudas y netas, de follaje terso y agostado, parecía un gran bonete de verde terciopelo desvaído. Pues, nada menos que

en semejante bonete intentaba San Martín desfogar sus ansias carnales, sin que le intimidara la canónica estructura del terreno. Mas la indumentaria que revestía los flancos de los montículos y que alrededor de sus pies se tendía haciendo falda eran matorrales ásperos y espinosos, que aun para lecho penitente fueran harto agresivos; considérese para un lecho de amor.

Los excursionistas caminaban alegremente, carretera arriba, ganando la salida del pequeño y recogido valle. Andaban desperdigados y sin hacer parejas bisexuales sólidas y duraderas, sino que éste, por ejemplo, que iba muy próximo á la Paya murmurando á su oído frases obscenas, desjuntábase á poco á fin de depositar en el oído de la Luqui ó de Ramona el mismo tesoro oral, acompañado de manuales demostraciones, si así se terciaba.

San Martín, por dar salida á la inquietud que le hurgaba los nervios, comenzó á corretear, siempre del brazo de Remedios, cuesta arriba, y perdióse á la vista de sus compañeros, del lado de allá de la angostura ó grieta abierta en una de las partes del bonete. Pronto le alcanzó Alberto, el cual marchaba á la vanguardia charlando alegremente con Rosina; el can lascivo yacía en una cuneta rendido y como muerto, por el trote y quizá por la concupiscencia. Remedios dábale viento — y harto soplaba por aquellas alturas — y reía del lance. Levantóse San Martín, hacién-

dose el hombre fuerte y llamando á la risa, que no se dignó acudir por más esfuerzos que él hizo. Era grande su desmayo; á tal punto, que el flojo peso de las botas que llevaba colgadas al brazo parecía que le arrastraban á tierra. A fin de aliviar la pesadumbre dióselas á Remedios, porque se las porteara, y ésta, con desenvoltura señorial trasmitió la orden á Alberto, y al punto mismo, sin aguardar respuesta, se las colgó al hombro. Alberto, viendo muy cerca de sus narices aquellos sucios artefactos, no desprovistos, para colmo de infortunios, de cierta penetrante y hedionda emanación ó tufo, sintió vehementes tentaciones de arrojárselos á Remedios á los mismísimos morros, saludable intento que no pudo realizar por haberse alejado un trecho la prostituta, arrastrando consigo al galán. Entre tanto los otros, que venían á la zaga, estaban para darles alcance. Alberto arrojó las botas á la linde de la carretera, y con Rosina continuó caminando hasta que oyó á Jiménez:

— ¡Eh, Alberto! ¿De quién son estas botas?

— Del Nuncio — respondió de mal humor, escorzando apenas la cabeza.

— Pues fuego á las botas de su ilustrísima — bramó Jiménez, y uniendo la acción al designio las prendió fuego.

Cuando Alberto volvió la cabeza, los pedestres estuches de San Martín eran pasto de las llamas. El propietario no pudo ver el auto de fe

porque la carretera, curvándose, ceñía un monte, y él estaba del lado de fuera.

— ¡Uy. . . y cómo le sudaban los pies al Nuncio! — vociferó Jiménez. Las lomas vecinas repitieron: *nuncio,* burlonamente.





CAPÍTULO VIII

La pirueta gentil de Jiménez. — Evocaciones. Prostitución religiosa.

La carretera viértese á cada paso de uno en otro vallecico, todos ellos recogidos, tristes y silenciosos, y tan bien dispuestos y aderezados, que parecen, antes que espontánea y confusa obra de naturaleza, artificio de los hombres para recreo de los ojos y entretenimiento de penosas jornadas. De trecho en trecho y á la derecha del camino levántanse grandes postes de piedra, con recias bolas al extremo, que sirven de guía á los pobres trotamundos, cuando allá en los crudos días de invierno la nieve se amontona y oculta toda traza de pasaje por aquellos lejanos puertos.

Infatigables y regocijados, nuestros caminantes marchaban con bullicioso denuedo, elevándose prodigiosamente sobre el nivel del mar. El cielo no ābría, sino que continuaba gris, tedioso y frío como un tratado de meditaciones espirituales. Esta grave actitud del firmamento y el gesto adusto y apacible de la tierra acordábanse y compo-

nían un medio ambiente propicio á todo linaje de ideas profundas y transcendentales. Pero la contextura espiritual de aquellos redomados libertinos era tan refractaria á las acciones del medio que lejos, de caminar con la cabeza baja, mudos y pensativos, según convenía á la solemnidad del caso, hacíanlo de la manera más desordenada y turbulenta, con saltos y convulsiones deshonestos, desordenados gritos y carcajadas furibundas. El que mostraba mayor repertorio de recursos imaginativos y de energía muscular en esta conducta descompuesta era Jiménez. Ocurriósele un número espontáneo de acrobatismo burlesco, cuyo blanco fué la Luqui, y que hubo de repetirse hartas veces, con epilépticas muestras de júbilo por parte de los espectadores y no flojo descontento de la maltratada ramera. Todo el efecto jocoso de este ejercicio acrobático radicaba en su sencillez y precisión. Acercábase Jiménez ladinamente á la Luqui, y ya cerca de su espalda ascendía en el espacio con gracioso impulso, giraba en el aire describiendo una gentil pirueta, y hundía las recias y herradas botas de campo en las posaderas de la dama, á tiempo que emitía un torpe sonido y adoptaba con los brazos una postura de ninfa. Cuando verificó por vez primera esta concisa maniobra la sorpresa amenguó el éxito; pero á la segunda vez la aprobación fué unánime y calurosa, y cuanto más se repetía más hilarante efecto causaba. Hemos dicho

que la aprobación fué unánime, con alguna ligereza. La Luqui, cuyas posaderas eran conturbadas sin duelo por las agresivas botas, ¿es posible que aprobara el maravilloso ejercicio acrobático? La vida es compleja, ondulante y multiforme, como dice un autor, y la naturaleza humana es insondable. Si dijéramos que la Luqui desaprobaba paladinamente el furor gimnástico de Jiménez, pecaríamos también de ligeros. La inocente moza, así que sentía sobre sus asentaderas el choque bárbaro de la claveteada suela, volvíase con alguna iracundia y cólera, mayores de las que convienen al débil y delicado sexo, y hasta expulsaba — acaso sin darse cuenta — expresiones repugnantes y proposiciones absurdas; pero, no bien revolaban fuera de su casta boca dos ó tres de estas pecaminosas frases, sentíase invadida de la risa, y dábale ingenuo y fogoso curso, demostrando de esta suerte que en el fondo de su mercenaria naturaleza existía un dilatado caudal de bondad y sencillez. Con lo cual Jiménez rezagábase en acecho de otra ocasión, que nunca faltaba, á fin de perfeccionarse en el noble arte funambulesco.

En estas inofensivas expansiones pasaba el tiempo, y los excursionistas ganaban el alto de la sierra sin sentir fatiga.

Como se le ocurriera á Alberto volver la vista hacia atrás, dióse cuenta de que los dos cazadores venían incorporados al grupo; á la retaguar-

día, el cura descubierto por la Luqui pocas horas antes caminaba platicando evangélicamente con Ramona. Vestía el sacerdote de paisano; un impermeable negro llegábale hasta muy cerca de los talones.

El perro *seter*, sutil y rojo como una llamarada, corría de un lado á otro por los duros escarpes, hasta las profundas cañadas, inquieto y jovial.

En abrigado recodo del camino echóse de ver un caserón rectangular y liso, de jalbegue sucio y desconchado, junto á una iglesiuca humilde, rodeada de grande y hospitalario porche.

En los quicios de las puertas unas serranas viejas, acurrucadas y silenciosas, tenían los ojos fijos en el cielo gris, por donde navegaban las nubes. Dos viejos, con jerapellinas pardas, descansaban al pie de una columna en el porche de la ermita, hechos un ovillo, la cabeza desplomada sobre el esternón. Rebaños de cabras poblaban los oteros vecinos, y el *tin-tin* de las esquilas, monótono y claro, hendía tristemente el silencio.

— Esto es hermoso — exclamó Travesedo —. ¿Qué le parece á usted, Alberto?

— Hermosísimo — respondió el joven con la faz iluminada por la emoción estética.

— Vamos, que si usted tuviera aquí la caja de colores y un lienzo. . .

— No me atrevería á pintar. Esto es impintable. Podrán copiarse los contornos y hasta los

matices sordos y discretos de esas montañuelas, y la nota mate y triste del cielo, todo lo que sea forma, apariencia, cosa visible y patente; pero, ¿y este no sé qué difundido en la mañana, este espíritu de leyenda, de antigüedad remota, de melancolía y de ensueño que todo lo empapa, y vibra por dondequiera como música que viene de muy lejos, y . . .? — Transición —. Usted perdone, Travesedo, que haya fermentado de pronto cierta levadura espiritualista, mejor dicho, *cursi*, que llevo dentro.

— Yo también llevo esa levadura. Me parecía muy bien lo que usted hablaba.

Los más dulces síntomas del sentimiento poético hiciéronse visibles en el rostro de los dos amigos. No de otra suerte que un manantial de agua viva y pura brota de entre espinosas zarzas, á través de la enmarañada frondosidad pilosa de Travesedo comenzaron á salir palabras rítmicas, eco de una sublime balada que comenzaba así:

Embalsamados bosques,
cristalinos arroyos...

Antes de eyacular cumplidamente la palabra *arroyos*, acercósele la Paya, y tomándole del brazo con alocamiento infantil, lo arrastró hasta muy cerca de una de las viejucas que, acurrucadas en sus quicios, contemplaban la festiva caravana con perfecta impasibilidad búdica. Entonces díjole al oído no se sabe qué palabras mis-

teriosas, las cuales tuvieron la virtud de colmar de estupor á Travesedo.

— Estás loca, Paya.

La robusta vulpeja irrumpió en carcajadas abdominales, ó sea carcajadas que repercutían en su vientre infecundo, con sacudimientos grotescos. Travesedo no pudo menos de reir también ante aquellas sacudidas tumultuarias y atroces.

Ramona y el cura formaban armónica y extraña pareja; los dos, enlutados y misteriosos. Teníanse, en íntimo y cuchicheado coloquio, á cierta distancia del grueso de la expedición. Los ojos de la joven, azules, del mismo matiz que las turquesas de sus pendientes, estaban fijos en los del cura con inmovilidad perseverante y humilde.

— Tengo sed. Si pudiera beber algo...

— ¿Quieres agua? Mejor será leche.

— Como usted quiera.

Véase cómo esa grande y sublime institución, veinte veces secular, ejercía sobre esta ínfima ramera tal deslumbramiento que casi la anonadaba. El ministro del Señor así lo había comprendido desde el mismo punto en que se había emparejado con Ramona, la cual no cesaba de mostrar con sus débiles medios de expresión todo el respeto que la infundía el estado canónico de su flamante amigo.

El cura era conocido y respetado por aquellos andurriales, de manera que en viéndole las vie-

jucas rezongaron un saludo é hicieron ademán de levantarse, lo cual no consintió el presbítero.

— ¡Siéntense, siéntense! — dijo, tendiendo la consagrada mano; y enfrentándose con el piso de las casucas, gritó: «¡Lope! ¡Lope!»

— Señor. ¡Dios guarde á don Mamerto! — canturreó el llamado Lope, surgiendo en una angosta ventana. Era un viejo leonés, atezado y patinoso, con un casullín de piel de carnero.

— ¿Tenéis leche?

Lope desapareció súbitamente como una marioneta, y á los pocos instantes salió al camino, con una cantimplora de lata en la mano y un vaso de grueso vidrio, que colmó de leche.

— ¡Ay, qué leche!

Así habló la Luqui, con acento de mofa, en tanto volvía los ojos con horror del inofensivo é inocente líquido. El sacerdote la envió una mirada rencorosa y colérica.

— ¿Qué le ocurre á la leche?

Ramona, antes de sumir en su poco regalado estómago el contenido del vaso, tuvo á bien examinarlo cuidadosamente con aquellos de sus sentidos corporales que eran más á propósito para la investigación. Lo olfateó repetidas veces.

— Parece que huele á sudor... — dijo tímidamente, viendo la faz adusta de su sacerdotal amigo. Y, con mayor timidez aún, prosiguió —: ¿No le parece que está verde?

— Es la luz de la mañana.

Esta meticulosa inspección cualitativa del jugo lácteo dióle á Jiménez ocasión de menudear conjeturas y opiniones insultantes en extremo para la relativa honradez de Ramona, aun más si se tiene en cuenta, como ya se ha dicho, que la sedienta niña había hecho su aprendizaje amoroso en la corrompida Francia. Una oleada de santa indignación batió el pecho de la meretriz al escuchar las aventuradas hipótesis de Jiménez, y hubiera estallado en elocuentes frases si en trance tan apurado no tuviera próxima la grande y sublime institución, veinte veces secular, que por medio de uno de sus ministros la dió consuelos, mirándola, confortándola y animándola á ingurgitar el jugo vital de una de las cabras que pacían sosegadamente en las lomas cercanas.

En efecto, Ramona ingurgitó un sorbo; pero en el mismo instante apartóse el vaso de la boca, con presteza de ardilla, y sintióse atacada de una salivación abundantísima, que á todos dejó estupefactos.

— ¡Qué agria! — lloriqueó, sin dejar de escupir.

El presbítero quiso cerciorarse por su propio paladar.

— Lope, esto es suero.

— Ya lo creo, señor. Es la leche que por aquí tomamos. ¿Quería, señor cura, que la bebiéramos con su manteca y todo? ¡Ay, Dios! ¿Y los quesos? ¡Aina íbamos á medrar!

El sacerdote, contrayendo un gesto entre iracundo y desdeñoso, volvió sus eclesiásticos lomos al viejo pardo y seco.

Las viejucas, adheridas á los quicios, continuaban mirando al cielo gris y turbio con sus ojos grises y turbios, que parecían aguas muertas.

El perro *seter* andaba muy atareado en el porche de la iglesiuca, examinando muy de cerca y con gran interés la base de las columnas de granito y el maltratado zócalo de los muros. Cuando halló lo que buscaba, levantando una pata con gran gentileza hizo sus menesteres y entróse iglesia adentro con retozón desenfado, impropio de un sér amante de la arqueología.

Detrás del can entraron los cazadores, y luego de éstos el cura con Ramona, Travesedo, Alberto, Paquito y algunos más.

— Esto fué en otro tiempo colegiata, que sirvió de albergue á los caminantes. Vivían los canónigos en una pequeña mansión, ya destruída; la casita que ustedes han visto fuera hacía las veces de venta ó mesón, y en los porches acomodábanse las bestias.

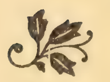
De esta suerte ostentó el cura sus conocimientos históricos ante reducido pero atento auditorio. Ramona hizo algunas preguntas, que su respetable amigo resolvió cumplidamente, y Travesedo, cuya fantasía era tan frondosa como su vello, apartándose un trecho en unión de Alberto y Paquito, comenzó á idear extrañas quimeras

é historias que pudieran acontecer en no lejanos tiempos, llenas de peripecias, de nieve y de poesía. Estaban los tres en una pequeña cripta, húmeda y sombrosa, enlosada con grandes piedras verdegueantes; había un arcado ventanillo, por donde se metía una aprensión de luz, vaga y plomiza como una humareda. Esta lúgubre y vetusta cripta daba á la nave central por medio de un arco de medio punto, sustentado en enanas columnas cilíndricas con chapiteles bizantinos; todo á lo largo de la rotunda curva del arco tendíase una orla, también bizantina, labrada en piedra, con hoja de vid, racimos y toscos pámpanos, carcomidos ya.

Los tres amigos admiraron aquellas amables reliquias. Un manso é insinuante susurro que zumbaba en la iglesia hízolos asomar por el arco, maravillados y curiosos. Al pie del altar mayor—ingenuo monumento pintado de verde veronés, con santos, aunque monstruosos, de un hondo sentimiento místico en su inocente bastedad — el sacerdote y la vulpeja rezaban devotamente, de hinojos en la tarima, humilladas las cabezas. Una cortina de percal rojo tamizaba la luz de un ojo de buey abierto en el ábside, y tendía en el santo recinto una niebla purpúrea. Terminados los rezos santiguáronse, hicieron una genuflexión y se encaminaron á la puerta, sin advertir que eran espiados desde la cripta. Antes de ganar la salida el sacerdote enlazó á Ramona por la cintura

y comenzó á besarla con discreto frenesí. La meretriz colgóse al presbítero del cuello y ejecutó hábilmente toda aquella serie de manejos, endulaciones y adherencias que las tales suelen hacer en sus conventicos cuando se hallan á solas con un hombre, á fin de exaltarle las ansias carnales. Lo cual no era menester en aquel caso. Comprendiéndolo así, Travesedo, que era muy tentado de la risa, soltó el trapo con toda furia, hasta ponerse apoplético, profanando de esta suerte aquel caduco y humilde rincón, que había sido en otro tiempo hospitalario albergue de caminantes perdidos entre el rigor de la nieve.







CAPÍTULO IX

Desapacible encuentro y lamentables consecuencias

Y otra vez cuesta arriba, camino de la cumbre, cara á las nubes, que ya muy cerca mostraban sus vientres desgarrados por picachos y crestas.

Otra vez cuesta arriba, camino adelante, en dulce y apacible romería, como en ofrecimiento de una ofrenda ó voto á divinidades amables y sonrientes.

De esta suerte iba aquella bandada de palomas y palomos sin hiel; duros en la fatiga, serenos en las adversidades, en el regocijo francos; libres de envidias, rencores y pasiones bajas; limpio el corazón de torcedores villanos, de cavilaciones el cerebro. Si alguna cavilación existía, porque así ha de ser en todo concurso de hombres, no merece que hablemos de ella.

El hombre-can, muy aliviado de su vahido, retozaba alocadamente sin desglosarse, ni por un momento, de su hedionda pareja.

Paquito, entre los dos cazadores, charlaba de lances venatorios, evocando el recuerdo de fabu-

losas libaciones llevadas á proceloso término en sus empresas.

El *seter*, llamado *Mazantini*, había dado en la flor de mirar de hito en hito, con notoria impertinencia, á San Martín, como si abrigase la convicción de que era un semejante suyo disfrazado de persona.

El cura y Ramona persistían en su afán y piadoso intento de entregarse á consideraciones devotas, murmuradas con todo el recogimiento é intimidad que la oración requiere.

Travesedo y Alberto conducían á Rosina, cada cual á una parte de la muchacha, que llevaban del brazo, y haciendo caso omiso de ella, hablaban de sutiles asuntos, relacionados con todas las artes y ciencias conocidas hasta ahora, saltando incoherentemente de la una á la otra, si bien caían de preferencia en los vastos y fecundos dominios de la pintura y de la obstetricia.

La Luqui marchaba en libertad, sin apoyo varonil, muy cerca de Jiménez, hacia el que sentía una atracción irresistible, á pesar de su contundente acrobatismo, que ponía en práctica de vez en vez, sin duda porque los músculos no perdieran su elasticidad en la inacción.

La Paya, también en libertad, también sin apoyo varonil, vagaba de uno á otro grupo, profiriendo frases y expectorando risotadas, que se veían claramente proceder de un cuerpo ebrio.

Marqués, par á par de Jiménez, caminaba ma-

jestuosamente, sonriendo, complacido de todo aquel cuadro, la cabeza enhiesta, con un gesto aquilino y señorial.

Si se exceptúa á Travesedo y Alberto, las conspicuas personalidades de la báquica pandilla eran individuos para quienes el mundo exterior, la grande obra terrible y aparentemente inanimada de la naturaleza, no tenía vida propia ni finalidad evidente, como no fuera la de subvenir á las necesidades humanas, proporcionando tierra firme donde colocar los pies, aguas azules y frescas donde sumergir los sofocados miembros, aire que respirar, frutos y hortalizas que deglutir, suculentas alimañas que devorar y fáciles meretrices — la más agradable variedad zoológica— que poseer. Con estas tranquilas y ortodoxas ideas no es de extrañar que caminasen absortos en sus juegos é inocentes expansiones, sin convertir la mirada á los parajes agrestes que iban cruzando. No obstante lo cual hubo un punto en que todos se estremecieron por un gran ruido extraño y sordo que se expandía por el aire, repercutiendo y chocando en los flancos de las montañas y en las grietas de los barrancos. Un tropel de caballos salvajes galopaban por la ladera de un monte; desplegadas al aire las luengas y tupidas crines, las ondulantes colas, los cuellos engrifados, ágiles las piernas. Los recios cascos herían la tierra dura, sonoramente.

— Esto es que presienten el eclipse — advirtió

Jiménez, dando una clara entonación irónica á sus palabras.

— ¿Quién sabe? — replicó alguno.

Y siguieron cuesta arriba.

Los frenéticos potros perdiéronse por una abrupta garganta. Largo tiempo después oíase aún, detrás de las cumbres, un rumor opaco y hondo de mar lejano.

Travesedo, que iba en las avanzadas de la expedición, volvióse para gritar á sus compañeros:

— ¡Gente á la vista!

En lo más prócer de una pendiente larga y recta negreaban unas sombras, como de personas, y un poco más atrás otro bulto considerablemente mayor que, avizorado por uno de los cazadores — hombre de vista prodigiosa —, resultó ser un vehículo arrastrado por tres caballos.

Al poco tiempo de marcha, yendo los unos al encuentro de los otros, Jiménez emitió un grito epiléptico.

— ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia! — sollozaba.

Rodeóle la gente con angustia mal reprimida. Jiménez extremaba los ademanes de espanto y los horripilantes gestos, hasta aparecer con un rostro perfectamente agónico.

— Pero, en resumen...

— Hable usted, hombre de Dios.

— ¿Qué ocurre?

Decían atropelladamente. Jiménez intentó ha-

blar; pero un nudo feroz oprimía su garganta; del gaznate no le salían sino roncas quejas y medrosos berridos. Cuando juzgó que la curiosidad de sus amigos estaba en el período álgido, seguro del efecto y lanzando con el rabillo del ojo miradas escrutadoras á San Martín, dijo, con una voz tenue y temblorosa:

— Pero, ¿no ven quiénes se acercan á nosotros, que ya están para echarse encima?

El cazador clarividente respondió:

— Yo no les conozco. Bandidos no serán... Y aun cuando lo fuesen... — entonces comenzó á blandir su escopeta.

— No se trata de eso, cazador. No son bandidos. De ser algo, serán todo lo contrario.

Marqués, en cuya tajante nariz cabalgaban unos lentes de vidrio azul, con el exclusivo objeto de amenguar el fulgor de su mirada, examinó á los que en sentido contrario venían.

— No veo bien, señores.

San Martín, que había advertido las miradas de Jiménez, pataleaba de impaciencia. Un sudor frío le bañaba todos los rasgos de su fisonomía. Murmuró hoscamente:

— Concluya usted, hombre; concluya de una vez.

— El alcalde de Pardaliego, mis queridos amigos; el alcalde de Pardaliego, su hija, su yerno...

San Martín, abriendo furiosamente los pulmones al aire serrano, atajó:

— Yo no le conozco. ¿A mí qué me importa que venga?

— Pero yo le conozco, y á mí me importa mucho.

San Martín disponíase á dar una pirueta cuando Jiménez le tomó del brazo:

— Aguarde, amigo, y contemple; ¿no ve á nadie más?

— Pss. — San Martín colocó la mano diestra sobre los ojos —. No veo desde aquí.

— Pues yo le diré quién viene con el señor alcalde. Con el señor alcalde viene... el señor gogernador.

Estas sencillas palabras produjeron un efecto sorprendente en San Martín. Con el semblante demudado, los ojos fuera de las órbitas, desplomóse en tierra; pero tan pronto como sus costillas acariciaron el polvo del camino, y antes de que nadie viniera en su ayuda, comenzó á patalear desaforadamente, como un sér demoniaco, y á lanzar horribles blasfemias, que á todos horrorizaron, en particular á las señoras. De súbito, San Martín púsose en pie, por medio de un salto diabólico, y echó cuesta abajo á todo correr, con tales extremos que con los talones golpeaba el cogote. Seis zancadas, un tropezón, y el hombre canino se proyectaba contra el suelo, con perfección tan extraordinaria que parecía obra de prolijos ensayos. Sin duda en virtud de esta habilidad sus narices no sufrieron detrimento. En un

periquete, verificando por segunda vez el salto diabólico, levantóse, y cuando arrancaba con nuevo y fogoso ímpetu llegó Remedios, que se abrazó á él con apasionadas muestras, impidiéndole de esta suerte el libre curso de sus facultades esportivas. También se acercó Jiménez y otros que, con buenas razones, le hicieron comprender cuán absurda y sandia era su empresa.

— Porque — le decían — se cansará usted muy pronto. Pero, supongamos que usted no se fatigue. Comprenda que el señor gobernador no va á pie, de seguro, si no es por desentumecer un momento los miembros. Volverá á subir en el coche y le alcanzará á usted sin remedio.

— ¿Y qué hago yo? Díganme ustedes, ¿qué hago yo? — clamaba con los cabellos tiesos como estacas.

Jiménez fruncía los labios, en un gesto dubitativo.

— Escóndase detrás de esos matorrales... No veo otro medio.

— Sí, sí. Es lo mejor.

Pero la ligadura de los brazos de Remedios le condenaba á una inmovilidad absoluta.

— ¡Suéltame, cochino pendón, suéltame! — ladraba el atribulado San Martín.

— ¡Suéltale, meretriz! — conminó Jiménez.

— ¡No, por Dios!

— ¡Que ya están ahí!...

Dos sacudidas bien administradas y un punta-

pie muy en su sitio lograron la apetecida disolución.

— Yo me esconderé también en los matorrales — murmuró Jiménez, yendo de un lado á otro, como si no supiera qué hacer.

San Martín, viéndose libre, corrió á la cuneta, y lo mismo que el experto nadador se precipita en el espacio y describe una armoniosa curva antes de zambullirse en las blandas olas, nuestro interesante personaje arrojóse con tanta decisión que no se dijera sino que, en lugar de punzantes espinas, en el suelo le aguardaba el halago de un lecho de plumas. Como los matorrales eran espesos y crecidos, San Martín sumióse en la maraña crudísima como en un piélago. Reprimidos sollozos tradujeron el horrible dolor que laceraba sus carnes.

Jiménez llevó sus manos al bajo vientre á fin de ejercer en esta simpática víscera vehementísima presión. Y la cosa no era para menos, pues todas sus entrañas sacudíanse con la risa tan desapoderadamente que amenazaban reventar. El semblante se le puso de color de berengena y de los ojos le salían lágrimas de gozo. De todos estos fenómenos extraordinarios sus compañeros sacaron en consecuencia que no había tal gobernador ni Monteros Ríos que lo había inventado. Es cosa sabida que no hay nada tan contagioso como la hilaridad, y así fué que al instante todos tenían color de berengena y todos colocaban sus

manos en el bajo vientre, con idénticos ademanes, de suerte que, para alguno, ignorante de los hechos recientes, fueran, de seguro, indicio de la activa virtud é intestinales marejadas de cualquier purgante.

Entiéndase que las ramerillas, naturalmente limitadas de seso, ignoraban el por qué de aquellos retorcimientos convulsivos.

La risa era sofocada y sorda, de modo que no llegasen sus ecos al horrible matorral en donde el hombre canino pasaba infernales tormentos por ahogar quejidos que le subían al gañote, en legión. Uno que, más dueño de sí mismo, no se había dejado arrastrar á estos extremos de bárbara risa, advirtió:

— Señores, que esa gente se acerca. Reprimámonos, no sea que nos tomen por locos.

Aunque malamente, pusieron diques al furioso caudal de regocijo que les arrastraba, no sin que por algún resquicio, de vez en cuando, salieran aflautadas risitas.

Las mujeres, viendo próxima la otra caravana, pensaron que quizá el gobernador las conociera, y como se habían tomado aquellas horas de infantil expansión y asueto sin permiso de la autoridad competente, consideráronse ya multadas, y por ende forzadas á ganar trabajosamente los pesos duros (que no serían pocos) con el sudor de su frente, el esfuerzo de sus músculos y la distensión de sus mucosas.

— ¡Rediéz, qué mala leche! — exclamó la Luqui, lamentándose.

— ¿Qué te pasa, rica? — preguntó Jiménez.

A lo que la mondaria respondió explicando por lo prolijo las conjeturas y temores antedichos.

— Tranquilízate, preciosa. El gobernador es muy amigo mío. Además, con volveros de espalda está arreglado todo. El es muy mal fisonomista.

Esta última frase destapó de nuevo el recipiente de las burlas y risas; porque es el caso que el señor gobernador, hombre soltero y no muy entrado en años, sin duda por alegrar un poco la medrosa soledad del Gobierno civil (un caserón antiguo, destartalado y lóbrego), hacía que sus fieles subordinados le condujeran, en el misterio de la noche y con todo género de precauciones, alguna ramera de los más acreditados prostíbulos, preferentemente de casa de Mariquita; y como la concupiscencia del señor gobernador requería para su cotidiano encendimiento el aliciente de la novedad, síguese de aquí que todas las rameras conocían el tálamo de la primera autoridad civil de la provincia.

Volviéronse de espaldas al camino las prostitutas, según el consejo de Jiménez, y por mejor disimular comenzaron á coger florecillas silvestres, de manera que se las hubiera tomado por dríadas de los bosques ú otras criaturas líricas y virginales.

En esto cruzó por delante del libertino concurso la caravana que tan feroces sobresaltos produjera. Caminaban á pie el alcalde de Pardaliego, su hija y su yerno. Detrás, y sumida en un familiar que arrastraban tres jamelgos, iba la extraordinariamente voluminosa señora doña Romualda Céspedes de Gómez.

Jiménez ocultóse como pudo, á espaldas de Travesedo y Guzmán.

El yerno de la alcaldesa, que la había corrido no poco en la ciudad, conoció prestamente qué casta de mujeres eran aquellas que se encorvaban sobre los tojos, como en busca de flores, pero en rigor por hurtar y encubrir el rostro. Díjoselo así á su suegro, el cual, relacionando la noticia con los acontecimientos de la noche anterior, enrojeció de cólera y fulminó miradas de desafío y de desprecio contra aquellos señores puercos y cínicos.

Cuando toda la familia del alcalde hubo desaparecido en un recodo de la carretera, Jiménez lanzó el grito de liberación:

— Niñas, el señor gobernador ha huído de nuestra vista. ¡San Martín, fuera del escondrijo!

Las niñas retozaron de satisfacción. San Martín, á tres pasos de la cuneta, comenzó á surgir de entre las matas, ensangrentado y miserable. Llegóse hasta donde estaban sus compañeros.

— ¡Caramba, qué susto he pasado!

Algunos sintieron compasión.

— ¿Se ha lastimado usted? — le preguntaron.

— ¡Quiá! Ni lo más mínimo —. Diciendo esto tenía el aire perfectamente horrible.

— Sin embargo. . .

— He salvado bien. La cosa tiene gracia—; intentó reirse é hizo esfuerzos titánicos por conseguirlo, en tanto cada rasgo de su rostro expresaba una agonía sin límites. Sus pantalones tenían grandes desgarraduras por donde asomaban trozos de carne, amoratados y rojos.

— Si no es por mí se luce usted — advirtió Jiménez.

Y le estoy muy agradecido.

— No hay de qué, San Martín. ¡Adelante! — Y ejecutando aquella maravillosa pirueta arreó un soberbio puntapié en las posaderas de la Luqui.

Rosina fué á tomar el brazo de Alberto y se apoyó en él para caminar. Díjole por lo bajo:

— No pasó el gobernador, ¿verdad?

— Sí, mujer — respondió Guzmán, mirándola gravemente.

— No; dime la verdad.

— No pasó.

— Entonces, ¿todo ha sido una broma?

— ¡Pss! Ya ves.

En los ojos de Rosina brilló una extraña lumbre.

— Rosina, parece que te alegras.

— Un poco — respondió inclinando los párpados.

— Yo creo que también. Las mujeres tenéis todas dentro del pecho un tigre; los hombres un tigre... y un cerdo —; y la besó en la boca.







CAPÍTULO X

Yiddy Warble surge de un carro asirio.

Estando como quien dice en los postres ó festivos comentos de la sanguinaria trama, á la que tan espinosa complicidad prestaran los zarzales del camino, un vehículo extraño y veloz vino á desembocar, ó más bien irrumpir por una rotunda revuelta, á la parte de arriba, que es hacia adonde caminaban los nuestros, y siguió rodando, á favor de la pendiente, con impulso tal que empujaba á los caballejos, miserables bestezuelas de avanzada edad, las cuales descendían malamente y á tropezones, lanzando dolorosas miradas de rencor al villano armatoste que se les venía encima del lugar en que otros animales de su especie acostumbran á tener las nalgas. El extraño vehículo, mezcla de carro de guerra asirio, de silla de manos y de armario de espejo, cruzó raudamente ante los expedicionarios, moviendo un estruendo formidable de batalla fragorosa ó de mar encrespado; también pudiera comparársele al mugir del trueno. Si no desarrollamos es-

tas sublimes metáforas es por no caer en ampulosidad de estilo. Pues bien, el carricoche cruzó muy raudo, pero no tanto que algunos de los que caminaban á pie no alcanzara á ver la persona ó personas que en su interior se escondían. Y como el que los vió fué Jiménez, que vale tanto como decir el que mejor aparato pulmonar poseía, hete aquí que éste vocifera:

— ¡Yiddy! ¡Yiddy! ¡Yiddy!... — y echa á correr en pos del vehículo.

Era tal la amplitud de aliento de Jiménez que su voz entabló una lucha con el ruido del coche y llegó á vencerlo. Pero el armatoste corría, rodaba, se precipitaba sobre los caballejos, que iban ya á rastras. A las voces de Jiménez sendas cabezas asomaron por las bandas del vehículo; las cabezas gesticulaban, acaso hablasen, mas no se las entendía. Al cabo, el coche fué á dar contra una cuneta, allí se estancó y los genios que lo habitaban saltaron á la carretera. Eran dos hombres: el uno, alto, corpulento, agreste y colorado; el otro, un sér minúsculo, un átomo con zamarra de hule y botas de media caña. Llamábanse por este orden: Donato Peláez y Adam Warble; aquél, propietario de aldea, gran cazador y amigo de la sidra; el segundo, ingeniero, británico, naturalizado en la región. Puntualizamos estas futilidades ó nonadas porque en ello sentimos gran complacencia. Adam y Donato eran amigos, en mayor ó menor grado de amis-

tad, de todos los excursionistas, á excepción de San Martín, de manera que al momento hubo abrazos, palmadas y aquello que es de rigor en casos tales. Donato conocía también á algunas de las damas, por haberlas tratado y aun contratado en sus escapadicas á la ciudad, y aunque Adam las veía por vez primera advirtió muy presto, sin mayores esfuerzos de discurso, cuáles eran su linaje y condición. Mediaron algunas explicaciones y breve controversia, porque Adam pretendía agregarse á la epicena expedición, y el Peláez, cosa rara, negábase, insistiendo en que él necesitaba estar á tales horas en Vidiango, y que eso bien lo sabía el señor Warble. En resolución, que ya que los otros habían de tomar el tren la tarde misma, el ingeniero se alistó en sus filas, dejando marchar, mohino y hosco, á Donato. Este desembarrancó el coche, lo echó á rodar de nuevo cuesta abajo, y de un salto, ya en marcha, se sumergió en el fondo de aquello que parecía un armario de espejo semoviente. Y merced á este acontecimiento aumentó en uno el número de los peripatéticos y venustos astrónomos.

La ascensión continuaba, si trabajosa, no por eso ayuna de risas y cuchufletas. Adam Warble, ó Yiddy Warble, ó Yiddy á secas, que es como él gustaba de que se le llamase, iba de uno á otro, manifestando su contentamiento en amables palabras, palmaditas en los hombros á los hombres (porque á las hembras las buscaba más idó-

neo lugar), y porción de actos que á las claras decían cómo al minúsculo ingeniero le parecía de perlas aquella sociedad desenfadada, bullanguera, inocente en el fondo, tal vez hallando un lenitivo á su habitual estancia en el coto minero, entre la turba dolorosa de los hombres negros. Y así, en estas idas y venidas de la Ceca á la Meca, llegóse á donde marchaba Alberto con Rosina.

— ¿Qué hay, chiquito? — La prueba más palpable de consideración y cariño que Yiddy podía dar á un semejante suyo era llamarle chiquito, aun cuando el semejante fuera tan cíclope y jayán como el citado Donato —. ¿También usted por aquí? Me extraña. Le creí más formal; á vueltas siempre con sus colores, sus lienzos y sus pinceles. ¡Vaya, vaya, chiquito, también tú te has pervertido —. Y esto lo decía con acento de aprobación humorística, con las pupilas rientes tras de los vidrios de miope.

— Me precipito en un abismo de libertinaje y depravación; pronto llegaré á las heces — respondió Alberto en un tono adecuado al de Yiddy.

Yiddy y Alberto se habían conocido con ocasión de un duelo bufo, siendo padrinos de las partes contrarias. A raíz de la plena frustración del lance, gracias á un acta excesivamente irónica, urdida por Alberto y Yiddy y por ellos redactada, habían cambiado unas cuantas frases de cortesía, y á seguida una plática viva y cordial. Cayóle en gracia á Alberto la estima en que mís-

ter Warble tenía á las artes todas, su ingenio nervioso é inquieto, algo ladeado á un materialismo ligero é indulgente, y cierta mundanidad atractiva ó don de gentes innato, tanto más meritorio cuanto que en raras ocasiones abandonaba el ingeniero sus minas. Desde aquella plática no habían vuelto á encontrarse. Recordaron su primer encuentro con pormenores y circunstancias que les movían á risa; de la risa cayeron en consideraciones profundas acerca de la naturaleza humana y de sus lamentables desvaríos y ridiculeces, y de estas consideraciones vinieron á dar en un silencio meditativo. La gravedad del paraje, desolado y agreste; la tristeza del cielo, por negras y cárdenas nubes formado; el lamentar del aire entre las ramas de unos árboles cercanos y el melancólico reir de un arroyo oculto que, por lo quebrado é inquieto de su voz, parecía alejarse saltando de peña en peña, y el tétrico graznido de unas aves negras que cruzaron so el obscuro manto de nubes; todas ellas eran cosas que se metían por el corazón, oprimiéndole, y por la mente, aguijándola, é inducían á sustanciosas pláticas. Y así fué que Yiddy y Alberto comenzaron á hilvanar un coloquio, cuyas más principales partes aquí trasladamos puntualmente.





CAPÍTULO XI

Coloquio superfluo

(Calificamos este coloquio de superfluo porque sabemos que, en virtud de cierta transcendencia que hemos intentado imbuirle, ha de parecerles frío, baladí, y por ende innecesario, á la mayoría de nuestros lectores. Suplicámosles, pues, que lo pasen por alto, asegurándoles, desde luego, que nada tiene que ver con el asunto central de esta historia, y que pueden dejarle de lado en la lectura, sin que la preterición perjudique el interés de los acontecimientos, antes al contrario, acaso lo mantenga vívido y caliente. Consideramos que así como comiendo cualquier fruto dáse uno por satisfecho con paladear la dulce y jugosa carne, y se arroja la amarga pepita ó simiente que, caída en terreno apto, puede germinar, crecer, florecer y dar fruto, de la misma suerte, decimos, debe hacerse con este fruto temprano de nuestro ingenio, aun mozo. Considéralo poma, lector, y en este caso pudiera ser manzana de Venus, ó considéralo como mejor te plazca; pero, para tu contentamiento, dígote que debes mondarlo de asperezas, hincar el diente en lo mollar y grato, y arrojar la pepita, que acaso esté aceda y envenenada).

YIDDY

¿Usted gusta de la naturaleza?

ALBERTO

Hasta un punto tal que no encuentro palabras para expresarme.

YIDDY

¡Desgraciado joven!

ALBERTO

Lo dice usted con un tono equívoco, como si la ironía de los ojos desmintiera la compasión.

YIDDY

No tal. Y si alguna vez desea usted — cosa que á nadie debe interesar —, si desea, digo, ahondar en mi pensamiento ó en mi sentimiento, no me mire nunca á los ojos. Mis ojos sonríen siempre; en parte porque la miopía lo quiere así; pero, principalmente, porque nunca encuentro ocasión de sonreirme, y me he visto obligado, á fin de poder vivir entre los hombres, á infundir en este dócil órgano una sonrisa perpetua y falsa, que los buenos toman por de aprobación y les halaga, y los malos por de ironía ó desdén y les lacera. Mis ojos viven de una vida falsa y convencional: á todo sonríen. ¿Usted no ha visto sonreirse á ningún idiota?

ALBERTO

Lo he visto, y es tristísimo espectáculo.

YIDDY

Para el que lo ve. Los idiotas no pueden ser hipócritas, porque la hipocresía exige cierto grado de conciencia; expresan lo que sienten. Es así que siempre ríen, mejor dicho, sonríen con bienaventurado éxtasis; luego, para mí, es cosa

indubitable que su sistema nervioso está organizado de manera que les mantiene en un estado de bienestar y placidez perfectos. Son felices. Bien; dejemos á un lado estas fútiles y vulgares disquisiciones. Hace un momento me compadecía de usted con estas palabras: ¡Desgraciado joven!

ALBERTO

Así es. Y yo le respondo que tiene usted razón sobrada.

YIDDY

¿De suerte que usted mismo comprende su mal? ¿No ignora usted que la pasión por la naturaleza es mucho peor que la del vino, aunque ésta llegue á la borrachera; que la del juego, aunque termine en ruina y deshonra; que la de las mujeres, aunque conduzca á cenagosa aberración; que la de los libros, aunque le convierta á uno en un erudito?

ALBERTO

Según lo que usted entienda por las palabras mejor y peor. Si usted cree que la violencia ó intensidad en este caso es lo peor de lo peor, estoy conforme.

YIDDY

Desde luego es la más violenta..., cuando es violenta. Pero yo le quiero decir á usted que

es la que conduce á más lamentables extremos. Usted, cuando se encuentra á solas en el campo, ¿siente gran emoción, desasosiego nervioso, desquiciamiento...?

ALBERTO

He llorado varias veces.

YIDDY

Eso es una ridiculez.

ALBERTO

Hombre...

YIDDY

Escúcheme con paciencia, chiquito. Es mi modo de hablar. ¿Por qué lloraba usted?

ALBERTO

No sabré decirlo.

YIDDY

Es decir, que se encontraba usted en un estado inconsciente, así como suena.

ALBERTO

Si usted no se riera le diría que como en éxtasis.

YIDDY

¿Quiere usted significar que se encontraba en comunicación íntima con la divinidad?

ALBERTO

Tanto como con la divinidad... no seré yo quien lo diga; pero puedo asegurarle que me encontraba confundido y así como disuelto en un espíritu ó gran alma universal... Vamos, no puedo explicárselo á usted, porque son sensaciones dulcísimas é inefables.

YIDDY

No divaguemos. Usted habrá oído decir que el campo abre el apetito.

ALBERTO

Eso dicen.

YIDDY

Sin embargo, usted volvía á su casa inapetente.

ALBERTO

En absoluto.

YIDDY

Luego, sentía usted su personalidad difusa, desparramada y su pensamiento como si estuviera en estado gaseoso. Si usted intentaba trabajar, sus músculos no obedecían á la voluntad, se le enmollecían y aflojaban como si fueran de algodón. El universo le parecería una inmensa nebulosa, esto es, una gigantesca esfera de neblina

espesa, y de pronto se agrietaba, se agrietaba ante sus ojos de usted; parecía que iban á mostrarle su seno, su corazón, todo él cristalino y de lumbre, y exclamaba: «¡He aquí, he aquí el gran enigma del mundo, el pensamiento del orbe, que á mí se me revela por primera vez y antes que á ningún otro hombre!»

ALBERTO

Tal como usted lo dice. De donde deduzco que usted es víctima de la misma pasión.

YIDDY

Lo he sido. Por eso, con perfecto conocimiento de causa, le aseguro á usted que ese indecente vicio de metafisiquear y neoplatonizar á solas con la naturaleza es el peor de todos los vicios y el que conduce á más miserable vida.

ALBERTO

Respetando sus opiniones, me permito hacer caso omiso de ellas. Porque, en resolución, la tierra es nuestra madre, de ella venimos, á ella hemos de volver. De su jugo vivimos, por ella nos mantenemos, justo es que para ella sea nuestro amor más intenso. Al fin y al cabo, eso que usted llama indecente vicio, ¿no será un amor filial acendradísimo?

YIDDY

Eso es otra ridiculez; chiquito, perdona. Yo me llamo Adam, cuyo diminutivo es Yiddy.

ALBERTO

No lo sabía. Creí que era segundo nombre.

YIDDY

Adam en escocés significa *tierra roja*. Imagine usted si yo puedo ignorar que soy de tierra y que en tierra me he de convertir. Mi apellido Warble, en inglés, vale tanto como gorjear. Vaya usted parando atención en el curioso maridaje de mi nombre y apellido. Mi alma — empleo esta palabra por rutina y para evitar complicaciones —, ha sido lo más aficionada á gorjear que imaginarse puede. En mi niñez, en mi adolescencia y en mi primera juventud, la vida y el amor me inspiraron dulcísimos cantos. ¡Qué ruiseñor, ni qué canladria, ní qué ocho cuartos, comparados con mi lirismo! Terrible contraste: el ave canora presa en una jaula de tierra roja, de barro amasado con sangre. No pienso detenerme en minuciosidades enfadosas por no cansarle á usted, y sobre todo, por no caer en el ritornelo lírico que usted ha preludiado. Pero quiero, sí, decirle, aun cuando á usted no le interese, que yo he nacido en Newcastle, en el Pons Ælii de los romanos, en donde hay un puente que, á lo que se asegura, Adriano construyó en el año 120, y otro levadizo cuyo ingeniero fué Alberto Stephenson; esto es bien cierto. Mi padre, que era dueño de un taller de fundición, quiso dedicarme á ingeniero de minas, idea que adquirió sin duda con-

templando las florecientes cuencas mineras de Newcastle. Yo me resistí desesperadamente. Considere usted que yo hacía versos por entonces — á los catorce años — imitando á Shelley. Quieras que no mi padre me llevó á la escuela de minas y comencé mi carrera. Años terribles, años funestos en que la aridez de las ciencias exactas me obligaron á buscar un refugio en lo más íntimo de mi sér, exaltando de este modo mi natural temperamento melancólico y mi imaginación aventurera. En las horas de asueto iba á la iglesia de San Nicolás, y contemplando su hermosa torre, que data del siglo XIV, me embebecía y extasiaba, ó también solía sentarme á la orilla del río, ante el errabundo y perenne paso de las aguas, que muchas veces parecían llamarme á su seno. Cuando los alumnos de mi año salimos á pruebas al campo experimenté los primeros síntomas del mal de que antes hemos hablado. Apenas concluí mi carrera se me ofreció una colocación en España. Vine y me hallé en un país más hermoso aún que el mío. El mal crecía y hubo de complicarse con el amor femenino, cuyo adorado objeto era la hija de un tendero. Realicé mi cortejo en inglés, y así que supe bastante castellano para decir ante un cura: «sí, quiero», «sí, otorgo», etc., etc., contraje matrimonio. Considero difícil que ningún marido haya amado tanto á su mujer como yo á la mía. Con decirle á usted que á los nueve meses tuvimos dos gemelos...

Hace seis años, aun no podría informarle de estos pormenores, porque vendría á atajar mi narración la estúpida presencia del llanto. Hoy no; el sentido de mi vida ha cambiado por completo. Continúo. Periódicamente, á plazo fijo, cada once meses mi esposa me ofrecía un vástago. Yo continuaba adorando á mi mujer, cada vez más; así es que cuando de resultas del quinto parto murió, yo creí perder la razón. En semejante trance, dados mis antecedentes y las circunstancias especiales que me rodeaban, comprenderá cualquiera persona razonable que lo lógico era el suicidio. Pero mi voluntad estaba sobrado desmayada y harto débil mi juicio para cavilar y resolver. Caí en un letargo espiritual del que sólo salía para decirme á mí mismo: «parece que estoy idiota»; y añadía: «esto va bien». No necesito añadir que salvé el abismo de la idiotez absoluta. Pero acaso lo que sobrevino era peor: un estado lúcido en apariencia, de hecho más turbio y nebuloso que el de la mentecatez. Entonces fué cuando, confundido con la tierra, mañana, tarde y aun noche, corriendo sin rumbo de un lado á otro, á campotraviesa, ó tumbado en las praderías, horas y horas, cara á cara con el cielo, pensando y pensando vine á dar en extravagantes ideas de misticismo y panteismo. Y las llamo extravagantes, porque tengo para mí que la mayoría de los autores que nos hablan de estas cosas no han pasado por ellas, como tampoco los

señores sociólogos que nos refieren saludables experimentaciones verificadas con pueblos salvajes no se han tomado la molestia de darse un paseíto por el Africa tenebrosa. Por eso digo que sentir aquellos fenómenos es muy extravagante, aunque mucho más pernicioso que extravagante. Yo, en aquella ocasión, llegué á tener alucinaciones. Una noche de luna y de estío en que el viento movía suave sollozo entre los árboles y las estrellas parecían estremecerse de emoción, hallábame yo en un altozano, no lejos de unos robles y de un bosquete de castaños que cercan una ermita. Las luciérnagas brillaban entre las zarzamoras. Al pie de los robles descansaban unas vacas, que la luz de la luna, haciéndolas indecisas y luminosas, santificaba. Yo tenía los ojos elevados en el firmamento. Mi corazón latía en la noche. Sonó la esquila de una vaca. En aquel solemne instante comencé á perder mi naturaleza humana. Mis músculos pusiéronse rígidos de pronto; sentí cómo de mis plantas brotaban muchedumbre de filamentos que escarbaban la tierra, la horadaban, se metían por sus entrañas formando raigambre recia. Aquellas imaginaciones que poblaban mi cráneo, arcanas ideas musicales, armonías inefables, color, ritmo, emoción y movimiento y reconcentrada palpitación de gérmenes, todo ello agrietó los óseos muros de la cabeza, desparramóse con ímpetu al aire y á la noche en pompa frondosa, quejumbrosa y

fragante de follaje. Yo fuí un árbol; del corazón de la tierra venían oleadas de savia que martilleaban sonoramente en mis entrañas; el gran aliento del viento, cuchicheando en mis oídos, enroscándose entre mis ramas, poníame á tono con el gran concierto de mansos susurros nocherniegos de los otros árboles. Y de pronto me nacieron flores entre las hojas, flores que se estremecían como las estrellas y brillaban con el propio resplandor. Y yo extendía las ramas de mis brazos á fin de cubrir todo el universo. Y la ardiente vida de Dios, que todo lo anima, inflamaba mi espíritu y me confundía. Arreciaba el viento, y mis hojas cantaban con formidable clamor sonoro. «¡Canta, rústica lira, canta y ruje en la noche, bajo el plateado enjambre de las estrellas y la blanca catarata de luz de la luna; canta y ruje, ruje y canta la gloria de la tierra joven y de Dios, que está derretido por el seno de ella!» Estas simplezas y otras del mismo jaez eran las que yo vomitaba como un energúmeno, en el silencio de la noche, y con tal ahinco y furor que las oyeron desde el pueblo. Conociendo ser mías, unos compañeros determinaron ir en mi busca, lo cual era fácil guiándose de mis gritos. Encontráronme como loco y hasta el día siguiente no volví en mí. Entonces me refirieron — de que vieron que no estaba aún loco de remate y por corregirme — el lance y la guisa lamentable en que yo estaba. Me avergoncé y corrí tanto

con esto, que decidí atajar tales arrobos, ó cuando menos celarlos de toda mirada y vecindad humanas. Como así fué. Porque no acaeciera de nuevo el accidente de la noche célebre, apartábame grandes jornadas del pueblo, y aun llegué á ausentarme de él por espacio de algunos días. Y de una en otra no paré hasta construir un sistema cosmológico, ético y religioso muy semejante al budismo, y, de consentirlo estos climas, nada más seguro que yo me habría desnudado, y encuclillándome junto al tronco de un castaño, que tienen no sé qué majestad religiosa, dedicárame á esperar el nirvana en inmovilidad absoluta, mirándome el ombligo. Si alguna vez va usted por mi pueblo (porque ya le considero mío), que le digan la miserable condición á que yo había descendido. Mis hijos y mis asuntos abandonados, mis principales resueltos á despedirme, el pueblo mofándose de mí y algunas personas discretas compadeciéndome. ¿Cómo pude regenerarme y cuál fué el origen de mi regeneración? A esto último no puedo responder. A lo primero, sí. Grandes esfuerzos me costó, pero sobre las antiguas ruinas edifiqué un pequeño jardín, no me atrevo á decir epicúreo; acaso más bien pirroniano, de escepticismo y de perfumada sensualidad. *(Pausa).*

ALBERTO

De todo lo que usted me ha referido deduzco que usted ha estado loco, entendiendo por esta

palabra lo que las gentes acostumbran á entender ordinariamente. Pero tal como yo explico el sentido del universo y el de nuestra vida, que es el más claro y limpio espejo de la divinidad, la espuma ó flor de la obra divina, para mí, usted había llegado á una de las cumbres más altas, transparentes y gloriosas del espíritu humano. Ha hecho usted mal en descender. Si yo llegara allá, lo cual ambiciono, es cosa cierta que no descenderé á la penumbra tibia de los valles.

YIDDY

Conque ¿el más claro y limpio espejo de la divinidad? Más vale que usted lo crea así. A medida que vaya usted mirándose en ese espejo llegará á sentir mayor repugnancia de sí mismo. Porque hay dos maneras de sentirse misántropo: una, despreciándose uno por contemplarse en los demás, y otra, más lógica, profunda y definitiva, despreciando á los demás por contemplarlos como resumidos y representados en uno mismo. Claro que, en último término, lo esencial es despreciar á la humanidad, y todos los caminos que conduzcan á ello son buenos.

ALBERTO

No puedo imaginar que usted diga semejantes cosas seriamente.

YIDDY

Ya lo creo que sí. Y usted, enamorado de la naturaleza, debiera opinar como yo. ¿Cree usted,

por ventura, que el hombre sea una cosa más noble, por ejemplo, que aquel gran peñasco violeta de coarcita que corona el monte?

ALBERTO

Para responderle á usted, he de suplicarle de antemano que me disculpe si le cito á Pascal.

YIDDY

Cite usted, cite usted lo que quiera.

ALBERTO

Pues bien; usted conocerá, seguramente, aquel célebre pensamiento que dice, en sustancia: «Aunque el hombre no sea sino una cañaheja, y la más débil de todas las del campo, le basta con ser una cañaheja pensante para aventajar al universo. Este puede matarle; pero aun muriendo es más noble, porque sabe que muere y el universo ignora que le mata.»

YIDDY

Conozco el pensamiento y el comentario que Voltaire le hizo.

LA VOZ DE LA LUQUI *(á lo lejos).*

¡No me jorobes, leche!

LA VOZ DE JIMÉNEZ *(emitida en amplios alaridos).*

¡Dame tu muslo! ¡Dame tu parte prepóstera! ¡Dame tu sangre! *(Algazara, gritos, risas. La tierra se va cubriendo de neblina).*

YIDDY

He aquí los comentarios más profundos á nuestra charla insustancial. Esta es la vida, y no otra cosa.

ALBERTO

Decía usted, que Voltaire...

YIDDY

¿No hemos hablado bastante ya? Y esta señorita que camina del brazo de usted estará renegando de nosotros. Veinte minutos de conversación transcendental, es mucho.

ALBERTO

Rosina va muy á su gusto; ¿no es verdad, Rosina? Y si no, puede marcharse con sus compañeras. *(Esta última palabra enciende el rostro de Rosina)*. Decía usted, que Voltaire...

YIDDY

Puesto que usted se empeña... Voltaire comenta á Pascal de esta suerte: «¿Qué significa *noble?* El acto de pensar y el sol son cosas diferentes; pero, ¿está probado que un animal que tiene algunos pensamientos sea más noble que el sol, el cual anima todo lo que existe sobre la faz de la tierra? ¿Corresponde, acaso, decidir en esto al hombre? Es juez y parte. Se dice que una obra es superior á otra cuando es más útil ó ha cos-

tado más trabajo al obrero; pero, ¿le ha costado á Dios menos trabajo hacer el sol que formar una bestezuela, como cosa de unos cinco pies de alta, y que razona bien ó mal?»

ALBERTO

Cierto que al Creador no le cuesta más trabajo lo uno que lo otro. Sin embargo, vése en la naturaleza toda una como supeditación al hombre, que es su rey, y una sabia variedad de cosas que no tienen otro fin que el de satisfacer sus necesidades.

YIDDY

Pero, ¿es posible que usted, hombre inteligente y artista, piense así? Yo le creía más radical.

ALBERTO

El ser radical no es obstáculo para que yo piense de esta suerte en materias tan graves.

YIDDY

En fin, que usted insiste en que el conocer uno que se ha de morir es gran superioridad y nobleza. Pues á mí me revienta de lo lindo.

ALBERTO

Hombre, también á mí. ¿Cree usted que me hace gracia el morirme? Aunque le parezca extraño, la idea de la muerte me hizo artista. Desde

muy niño me horrorizaba la idea de morirme. Esto de pasar por la vida como vellón de humo y no dejar rastro en pos me producía terrible preocupación y una tristeza prematura, impropia de mi edad. ¿Cómo acrecentar, intensificar y dilatar este precioso don, mezquino en las proporciones en que se nos otorga? No había otro camino que la gloria. He ahí mi ideal. Soy muy mozo aún. Tras de ella voy. Por su virtud, si la consigo, viviré en mis semejantes de un modo intenso y luminoso antes de la muerte propia, y tras de ella seguiré viviendo de la misma suerte.

YIDDY

Es decir, que tal como usted se explica, el deseo ó ambición de gloria no es otra cosa que la lucha por la existencia... después que uno ya no existe.

ALBERTO

Justamente. La inmortalidad.

YIDDY

Veo, después de este largo palique, que usted, antes que pintor (y me dicen que lo es muy bueno, no he tenido aún el gusto de ver sus cuadros), es un ideólogo y un sofista, lo cual me hace pensar que usted es aficionado á la literatura y aun que usted tiene sus puntos y ribetes de literato.

ALBERTO

No, señor; pero pensé serlo. Ya ve si le soy franco. Le trasladaré mis ideas á este respecto, ya que, según parece, una corriente cordial va del uno al otro y usted ha tenido la confianza de contarme lances de su vida íntima. Yo estudié en un colegio de jesuítas. En llegando al tercer año, que es cuando se estudia retórica, se me despertó gran afición por las bellas letras. Al propio tiempo comenzaron á invadirme tristes consideraciones acerca de la brevedad de nuestra vida, acaso bajo la influencia del P. Nieremberg. (Es posible que usted advierta en esta historia sobrada precocidad, que parece inverosímil; pero ello aconteció tal como se lo cuento). De resultas de uno y otro resolví hacerme artista y hombre célebre en la literatura. Lo primero que consideré era que mi celebridad sería limitada, porque gran parte de la humanidad no entiende el castellano, y las traducciones, por lo que decía el profesor, son siempre infieles é imperfectas. Por el contrario, la pintura es un arte que lo mismo puede apreciar y sentir un patagón que un aragonés, con tal que no sean ciegos. De estos pensamientos pasé á otros más elevados y sutiles. Así: El lenguaje humano es aún imperfecto, ó más bien rudimentario y bárbaro; ni se ha inspirado en la naturaleza ni ha rebuscado los innúmeros sonidos que la laringe puede emitir, y que serían como un eco de los ruidos de naturaleza, subli-

mes ó suaves, ásperos y dulces, pero siempre armoniosos. Yo puedo copiar un árbol tal cual él es, si mi habilidad llega á tanto, porque dispongo de colores parejos á los suyos, que, diestramente casados, finjan un remedo ó compendiado trasunto. Pero ¿podré, por ventura, trasladar el susurro del bosque con el gorjeo de los pájaros y los mil ruidos que lo componen, sin hacer una referencia intelectual, esto es, una descripción, ayudándome de elementos ópticos y de referencias lejanas? En nuestra laringe existen cuerdas que, convenientemente adiestradas, pueden imitar los sonidos naturales; la prueba es que hay gentes que imitan á las aves y ruidos inanimados. Si el lenguaje humano fuera perfecto é inspirado en la naturaleza, como lo es el arte de la pintura y el de la escultura, podríamos realizar maravillosos poemas. En esta hipótesis todos los pueblos hablarían el mismo idioma, el que fatalmente sería único. Como aun no hemos dado en él, yo no podía ser literato. Músico tampoco, porque si bien las ideas más exquisitas y hondas no se pueden expresar sino por medio de la música, aun no conocemos bastantemente el lenguaje musical. Yo no podía ser otra cosa que pintor. Y pintor soy.

YIDDY

¿Y es usted pintor solamente por la inmortalidad?

ALBERTO

La belleza ejerce sobre mí imperio absoluto. Pero ya le he dicho: lo que me ha encaminado al arte y me lo ha hecho abrazar con ahinco es la consideración de la brevedad de la vida.

YIDDY

Pero, por lo que usted me dice, me aventuro á sospechar que usted cree en la vida de ultratumba, feliz y bienaventurada para los justos y eternamente penosa é ígnea para los pecadores.

ALBERTO

Esa aventurada sospecha es errónea. Si se descuentan los años de mi infancia y de mi adolescencia, transcurridos estos últimos en el recinto de una mansión religiosa, el resto de mi vida intelectual está enturbiada por grandes humaredas á este respecto. Claro que yo no puedo creer en un paraíso de cromo, ni en un infierno de novela, ni en el purgatorio, ni demás zarandajas y majaderías. Ahora creo, sí, y firmemente, en la vida eterna; creo en algo misterioso, de sutilísima esencia que, infundido en nuestro cuerpo, lo anima y le ha de sobrevivir. ¿En qué forma? *(La neblina se hace cada vez más compacta, más blanquinosa y triste)*. ¿En qué forma? Terrible enigma. El momento del tránsito, el instante supremo en que el alma desampare esta no por miserable menos querida vivienda, esto es lo que

me horroriza. Que hemos de ascender á más alta existencia, para mí es indudable; pero ¿conservaremos la memoria de nuestra terrenal y corpórea romería?

YIDDY

No, hombre, no. La memoria es la despensa del cerebro. Acaso en él permanezcan grabados de modo desconocido los recuerdos, durante el corto espacio de tiempo que resiste á la desorganización ó putrefacción. Pero, aun cuando así sea, y aun cuando supongamos que por medios artificiales, como los poderosos bálsamos de los egipcios, por ejemplo, se conservase un cuerpo humano incólume, aunque muerto, ¿de qué serviría la despensa de una morada sin habitantes? La conciencia es un fenómeno nervioso. Muerto el perro, se acabó la conciencia. La vida no concluye nunca; eso no, se transforma. Nuestra vida se complica en porción de vidas diferentes y múltiples.

ALBERTO

Calle usted, se lo suplico. Eso espanta, aun cuando estemos habituados á oírselo á los zapateros socialistas.

YIDDY

Es que también los zapateros pueden tener razón. (*La fisonomía de Warble se transfigura en un equívoco sonreir de compasión amable y de*

mansa ironía). En resumen: no haga usted caso de cuanto le he dicho. Gusto de contradecir, por ver hasta dónde llega el ingenio y la fuerza dialéctica de mi interlocutor.

ALBERTO

Le comprendo á usted. Piensa que, de seguir la conversación, sus convicciones é ideas podrían agriar mi espiritualismo y conducirme á un aniquilamiento desolado y lóbrego.

YIDDY

Nada de eso, Guzmán; nada de eso.

UNA VOZ

¡Alberto! ¡Alberto! *(En el seno de la niebla se materializa un extraño grupo. Sobre una mula gigantesca cabalgan dos jóvenes, y el que va sobre las ancas cíñele los brazos por el pecho al que rige las riendas. Los dos tienen el rostro descarnado y ebúrneo, con ligera pelambre en la barbeta y en el gozne de las mandíbulas, como aquel que hace días que no se afeita. El pelo es obscuro y hace más opaca la palidez de la piel. El que cabalga á la parte delantera dirige la palabra á Alberto).*

EL JOVEN

Te conocí en seguida. ¿Cuántos años hace que nos hemos separado? Desde que salimos del colegio, ¿no? ¿Qué tal vas?

ALBERTO

Bien, muy bien; ¿y tú? Cuánto celebro el verte. *(Le tiende la mano)*.

EL JOVEN

A ver el eclipse, ¿eh? Los que van delante, ¿son compañeros tuyos?

ALBERTO

Sí.

EL JOVEN

Vamos... de juerga. En seguida nos volveremos á ver. Adiós. Hasta luego. (*Parten. La mula, con sus caballeros, se deshace entre la neblina*).

YIDDY

¡Pobre muchacho!

ALBERTO

Sí. Debe de estar tísico.

YIDDY

Es lamentable subir á estas alturas. Hay una numerosa colonia de enfermos, cuya sola vista conturba y deprime el ánimo.

LA VOZ DE LA LUQUI (*no lejos, pero perdida en la niebla*).

¡Tócame el alma!

LA VOZ DE RAMONA) *de la misma suerte que la de la Luqui*).

¡Cochon! ¡Cochon! ¡Cochon!

LA VOZ DE JIMÉNEZ (*tan estruendosa que á cada emisión se estremece el vapor nebuloso, con amplios temblores circulares, como cuando una piedra cae en el agua*).

Sacerdote, ¡emplúmala! ¡Emplúmala, sacerdote!





CAPÍTULO XII

Nieblas. — Claveles. — Deserción.

Muy cerca de lo más elevado del puerto, en la vertiente meridional, que es la que cae á Castilla, y á la mano derecha del camino según se va hacia el Norte, está una venta. El dueño llámase Blas, por la ley de Dios, pero las gentes que por allí aportan dieron en llamarle *Panzina* de apodo, y no se le conoce sino por este alias. Consignaremos de paso que el apodo obedece á irracional capricho y es de palpable inexactitud, pues *panzina*, en el uso de la tierra que forja estos blandos diminutivos, no es otra cosa que un vientre moderado ó panza de menor cuantía, y el tal ventero disfruta del abdomen más dilatado y monstruoso que una imaginación febril pueda imaginar.

Ya se ha dicho que por aquellos parajes la niebla era espesísima, de suerte que nuestros amigos, los cuales andaban desparramados y en gran confusión, por saber los unos de los otros veíanse en el caso de dar grandes gritos; luego guiábanse hacia el manantial de donde la voz partía.

Esto les causaba cierto placer, por la novedad del suceso. Recordaban, como no podía menos, trances semejantes que oyeran referir á los marinos, cuando el cielo se anubla en términos que parece condensarse y los buques, como grandes cetáceos ciegos, no dan tregua á sus sirenas, á fin de evitar choques. Los choques nuestras gentes no trataban de evitarlos, antes al contrario, los fingían adrede y muy personales, contra los miserables cuerpos de las prostitutas. Jiménez realizó uno tan hábil y violento con la Luqui que la derribó en tierra, de donde se levantó perfectamenre arrebozada en lodo, como gigantesca croqueta que un Gargantúa destinase á la sartén. ¡Lástima que los otros no pudieran celebrar y reir la maniobra, porque la niebla lo impedía! Sólo andaba por allí cerca Paquito, que lo entrevió, el cual, compadeciéndose de la vulpeja, la hizo consideraciones saludables, y por último la tomó del brazo. A poco descubrió, entre las hondas del blanquísimo mar que los envolvía, á Yiddy con Rosina y Alberto.

— ¿Han visto ustedes qué niebla? — preguntó Paquito por preguntar algo.

— Parece que andamos entre las nubes, y así es.

Estando en esto, las nubes vomitaron, por decirlo así, á los demás personajes masculinos; esto es, á Marqués, Jiménez, Travesedo, San Martín, los cazadores y el cura.

— ¿Qué se han hecho de las otras vírgenes?— interrogó Yiddy.

— Yo he tenido que dejar á Remedios, porque de manos á boca tropecé con dos señoritas que conozco. Por cierto que ella se marchó muy incomodada, y hasta me llamó cosas feas.

Se comprenderá que quien así hablaba no era otro que el hombre can.

— Por la misma razón — agregó Travesedo— he dejado yo á la Paya, que se fué también refunfuñando.

El sacerdote, por discreción, guardó silencio.

— Sabréis, amigos—habló Warble—, que estamos á dos pasos de lo más empinado del puerto, y que muy pronto pasaremos el límite político y geográfico de dos provincias.

— También sabréis — añadió Paquito — que tenemos muy cerca la venta de *Panzina*.

— En ese caso — atajó Marqués—, opino que entremos á desayunarnos con vino blanco.

— Es un desayuno algo recio.

— ¿Cómo, Guzmán, no tomará usted un cuarterón?

— Yo — manifestó Jiménez — soy abstemio; nadie lo ignora.

En el corto espacio de tiempo que gastaron en estas razones halláronse frente á la venta, que estaba colmada de gentes, de risas y de bullicio. Metiéronse en el repuesto asilo y allí encontraron á las tres descarriadas prostitutas, las cuales,

de que los vieron, con airado ademán pusiéronse en pie y abandonaron el mesón. Dentro de la estancia había poco menos niebla que en lo descampado, si bien una candileja de aceite, suspendida sobre el mostrador, la teñía de tonos pajizos. Advertíase el rebullir de los circunstantes: arrieros, serranos, personas de distinguida catadura y de aspecto enfermizo, y al fondo, moviéndose pesadamente, la gran mole del ventero, de *Panzina*. A excepción de Jiménez, que era abstemio, todos los demás empinaron sendos vasos de cuartillo, y algunos hasta tres. Luego de trasegar el reconfortante licor, Alberto encontróse como anegado en ardoroso torrente que le bañase las entrañas. Como el vinillo estaba muy fresco parecióle grato al paladar; pero después de embaulado hizo el mosto de las suyas, produciendo una gran lumbre interna. Con todo, hallábase bien el mozo, y hasta creyó sentir que los vapores ó aliento de la lumbre le subía al cerebro, en donde, lejos de enturbiar las ideas, las templaba y aguzaba.

— Vámonos á la puerta — dijo á Yiddy —; aquí está el ambiente muy impuro.

— Vamos adonde usted guste.

Cuando salían, acercóse Rosina á ellos, y, viéndola, preguntó Yiddy:

— ¿No has tomado tú nada, niña?

— No, señor.

— Pues á tomar un cuarterón de vino blanco.

— No, señor. No me gusta. Muchas gracias.

— ¡No faltaba otra cosa! — Y quieras que no, se lo hizo beber. A seguida salieron todos tres al camino.

La niebla se había adelgazado y hecho más transparente. Por la carretera discurrían grupos de personas, de todas edades y sexos, muy arropadas y envueltas en abrigos, mantas y toquillas. No era menester ojo clínico aguzado y sagaz para deducir de los macilentos semblantes que eran pobres gentes atacadas de terrible mal, las cuales buscaban un alivio, ó acaso ilusoriamente curación completa, en las alturas del puerto. Es circunstancia curiosa en este linaje de morbo que aquel que lo padece no se arredra ó amilana pensando en el próximo fin de su vida; antes lo considera remotísimo, y anda á dos pasos de la muerte con ánimo resuelto, ideando empresas para lo futuro. De esta suerte, cuantos en aquella ocasión paseaban ante la venta hacíanlo muy holgada y alegremente, riendo de naderías y parloteando. El buen humor hacía más lúgubre el cuadro, y, á la aterida luz mañanera, las dentaduras, que al reir se mostraban, pareciéronles á Yiddy y Alberto macabros gestos de cráneos inertes y sin vida, entrevistos como fantasmas entre el sudario de la niebla. Con todo, había dos jovencitas, la cabeza resguardada en caperuzas escocesas, el rostro espiritualizado por la consunción y de tono ebúrneo, los ojos profundos,

dulces y brillantes, la boca pálida y austera, las cuales, deslizándose con andar leve por el camino, casi esfumadas, tenían un encanto tristemente angelical de ensueño místico. Comunicáronse Yiddy y Alberto sus impresiones, que eran de angustia, y como la emoción les transiera, hablaron contadas palabras. De sus tristes pensamientos vino á sacarles Rosina, murmurando:

— ¡Qué claveles tan guapos! — Y dirigía sus ojos á unos cajones de claveles sustentados en palomillas, muy cerca del alero de la venta.

— ¿Quieres que te alcance uno?

— Demasiado galante se muestra usted, Yiddy, olvidándose de su estatura, que es harto corta; no se ofenda.

— Lo alcanzaré con un palo.

— Ni por esas.

— Hombre, si no lo alcanzo yo lo alcanza usted, que es el galán; — y diciendo así entró en el tugurio, del que salió portando el bastón de Marqués.

De los cajones desbordaba la mata tupida de los clavelares que, extendiéndose sobre el blanco muro hacían un tapiz de agrisado verde en donde reventaban las motas de la flor, amarillas las unas, las otras bermellón. Tomando Alberto el bastón y empinándose sobre las puntas de los pies dió principio á la tarea, que á la postre de muchas tentativas resultó infructuosa.

— Parece que tampoco usted alcanza. . .

— No alcanzo; está visto.

— Lo mejor será que usted me aúpe y yo con el bastón derribaré algunos.

— ¡Hala, pa arriba!

Alberto elevó sobre sus hombros al minúsculo ingeniero, y éste, muy diestramente, hizo caer sendos claveles de entrambos colores.

— Cuando yo aseguraba que iba á cogerte un clavel, Rosina... — dijo Yiddy, rompiendo á reir. Y añadió: — Sin embargo, renuncio al derecho de colocártelo en el pecho. Colóqueselo usted, Alberto.

Alberto así lo hizo. Cuando hubo terminado de cumplir su galantería salían los otros de la venta, con ánimo de seguir la caminata hasta cierto paraje del puerto, llamado el valle de las Piedras, en donde estaba, al decir de Marqués, la casa de un guardavías, si no muy amplia, lo bastante para comer en ella y guarecerse si el tiempo se aborrascaba. Y llevaba trazas de aborrascarse. La niebla se había convertido en llovizna tenue, de manera que la atmósfera aclaraba y los riscos del terreno aparecían tras de un humo ó vapor sutilísimo y volandero que, sin borrar los contornos, los dulcificaba y fundía unos en otros.

Por que se resguardase de la humedad, Paquito dióle su impermeable á la Luqui, la cual, luego de vestírselo, viendo cómo las mangas le colgaban cosa de un palmo por debajo de las manos, comenzó á mover los brazos descompa-

sadamente y á dar grandes brincos que acompañaba de aullidos, imaginándose la pobrecica que de esta suerte movía á todos á risa. Jiménez acompañó á la Luqui, y siendo como era tan consumado gimnasta, sobrepasóla con mucho. A guisa de epílogo describió en el aire la zapateta con que tan grandes éxitos alcanzara, y arreó á la niña el más soberbio puntapié de todos los de la serie. Mas, como el tiempo no estaba para divertimientos de esta índole, Jiménez dejó de holgarse y extrajo de los bultos que unos criados, á la retaguardia, transportaban, una manta inglesa, de abigarrados colorines, que, desplegada, le fué útil amparo, así como á Alberto, el cual había ofrecido su impermeable á Rosina. Los demás se las arreglaron como pudieron: quiénes con paraguas, quiénes con impermeables y abrigos. Hízose una requisa, antes de emprender la marcha, á fin de contar el número de expedicionarios, y entonces se vino á dar en la cuenta de que faltaban los cazadores, el clérigo, Ramona, Remedios y la Paya. Mas como no se los encontrase, tras de buscarlos por allí cerca, fué opinión unánime la de continuar la jornada, sin conceder importancia á la deserción.

San Martín, lozaneando y rebricando á causa del hervor que tres cuartillos de vino blanco le movían en el buche, lanzóse al camino; pero así que hubo dado tres ó cuatro zancadas advirtió que la neblina había deshecho el medio endureci-

do fango, con lo cual el piso de la carretera tenía espesa capa de papilla mucilaginosa, que embadurnaba las hermosas zapatillas y hasta osaba colarse por los calcetines.

— ¿Dónde están mis botas? — interrogó á voces.

El que más y el que menos vióse tentado á reir; callaron, por no delatarse. Jiménez, impávido, fué quien le respondió:

— Me parece haberlas visto colgando al brazo de Remedios. ¿Usted no recuerda?

— Hombre, no recuerdo bien. Sé que más abajo se las di. Pero... no. Ella no las tiene, porque antes se las he pedido y me dijo que no las había traído, que se las había dado á no sé quién. Tanto que me vi en la necesidad de andar por las vereditas de al lado de las cunetas, que era lo más seco.

Por cumplir examinaron los bagajes, mas en vano. San Martín hubo de resignarse. Jiménez murmuró al oído de Travesedo:

— Quién sabe si la niebla ha nacido de los efluvios que las botas despidieron.







CAPÍTULO XIII

Santa Naturaleza. — Otras cosas menos santas.

A pocos pasos de la venta es lo más empinado, eminente y prócer del puerto; siguiendo una línea que va á lo largo, por el lomo de un gajo de montañas, ó cordillera, está el límite de las dos provincias. En el punto en que la carretera corta al límite, detuviéronse los expedicionarios. Alberto volvióse de un lado á otro, por mejor contemplar el panorama, y realizó repetidas veces esta operación, con trabajoso embarazo, pues según se ha dicho, iba en compañía de Jiménez al abrigo de una misma manta, y cuantos movimientos intentasen debían consultárselos previamente, á fin de obrar aunados, so pena de quedarse á la intemperie, ó lo que es peor aún, armar un enredijo y caer á tierra. Lo primero que echó de ver Alberto es que la raya ó linde en donde se ensamblan las dos provincias no es un trazado arbitrariamente impuesto por los hombres, sino que la naturaleza parece como que se propuso rechazar ese apotegma universalmente admitido de

que ella no procede por saltos. Podrá — y es cosa que puede verse en ocasiones — experto jardinero aderezar y componer un parque, buscando contrastes bruscos que, maravillando, recreen la vista y el sentido; de tal modo, que junto á un bosquecillo ó umbría, lleno de amenidad y verdor, se extienda una explanada de arena, desierto contrahecho y fingido, con sus palmeritas á guisa de oasis y otras plantas que le den carácter y encanto, y poco más allá poner una lonjeta de pasionarias, y luego un laberinto de arrayanes, y también praderas rasas y suaves en donde pastoree á su manada de vacas pintadas un zagalico pulcro; podrá, repito, hacer todo esto un artífice habilidoso si el dinero de quien le paga da para tanto; pero, en lo amañado y retocado y nimio, veráse siempre la mano del hombre, y la diversidad de cosas, si admira, no llega á asombrar ni engendra pensamientos sublimes. En aquellas cumbres, por el contrario, la mente sentíase sobrecogida y el juicio suspenso. Según se mirase al Mediodía ó al septentrión, y á partir de una raya neta, recortada, definitiva, que es la que deslinda las vertientes á cuencas hidrográficas, lo que por una parte, hacia el Sur, era desolación y yermo y taciturnez terribles, era á la parte opuesta, hacia el Norte, exuberancia y frondosidad y jugo y color; y el gran promontorio que en una de sus bandas va hacinándose trabajosamente á fuerza de serrigones, collados y colinas,

apoyados los unos sobre las otras, cuando cae á la otra banda, más que descender parece como que se despeña, y que de sus flancos se desgajan moles ciclópeas que nunca alcanzan el fondo de abismos insondables, y por dondequiera hay quebraduras, cañadas, ingentes rocas, laderas escarpadas, y sobre todo brío de frondas, ímpetu de boscajes, selvas de pinos obscuros, de robles verdinegros, de castaños, entonces guarnecidos de amarillas eflorescencias, y cuando no, grandes tapices de helechos y colgaduras de breñas en donde la flor de la genciana prendía doradas constelaciones, y en las coyunturas del paisaje una sombra acarminada y violeta, cristalina y diáfana, que se tomara por el reflejo de una amatista.

El autor no puede perdonarle al padre Mariana un cierto párrafo del capítulo primero de su Historia, que dice así: «En grande parte de España se ven lugares y montes pelados, secos y sin frutos, peñascos escabrosos y riscos, lo que es alguna fealdad. Principalmente la parte que de ella mira el septentrión tiene esa falta, que las tierras que miran al Mediodía son dotadas de excelente fertilidad y hermosura.»

Si el bendito padre se hubiera dado una vuelta por aquellas alturas, de seguro que no escribiera tamaña aserción.

Pues como Alberto considerase por algún tiempo el panorama, según se ha dicho más arriba,

Jiménez llegó á impacientarse por tan dilatada contemplación. Cierto que su amigo era un artista, y muy docto en la pintura, al decir de los inteligentes; pero, con todo, el estarse tanto tiempo á pie firme iba picando en historia. Alberto comentó con calientes palabras la belleza del paisaje, á lo cual le respondió Jiménez que sí, que era *muy guapo,* pero que á medida que descendiesen había sitios mucho más hermosos. Llamábale á Alberto la atención, sobre todo, aquel cambio radical de la vegetación, tan floreciente por un lado y por el otro nula, y aun más el que esto fuera sin transición ó grados que la esfumara y desvaneciera poco á poco. Manifestóselo así á Jiménez, el cual replicó:

— Es cierto. ¿Usted no recuerda la fábula del camello y la hormiga que iba á su lomo?

— Sí. La de «gracias, señor elefante.»

— Esa misma. Pues nosotros somos las hormigas, dos en lugar de una, y lo que tenemos ante nosotros son, no dos, sino muchas jorobas de un camello extraordinario que nos lleva á cuestas. Pero á este camello le comenzaron á trasquilar desde las vértebras todo un costado y se les olvidó el otro.

— Hombre, eso mismo. La imagen es de las que mi retórica llamaba chabacanas é innobles; pero es exactísima.

— Celebro haber dado en el *quid.* Ahora, *en avant!*

— Caminemos.

Echáronse carretera abajo con bastante prisa, á fin de alcanzar á los otros, que se habían perdido ya de vista. A una linde de la carretera levantábanse de trecho en trecho grandes postes de piedra, aquellos postes que sirven para orientar á los caminantes descarriados entre la nieve; mas estos diferéncianse también de los que hay en la otra provincia: son más altos y en vez de bola tienen al extremo puntiaguda pirámide.

La llovizna fué amainando, hasta que cesó. Soplaba el viento reciamente y por el firmamento corrían las nubes, apelmazadas y como delirantes, cual un rebaño que los aullidos de un animal feroz espantase, y lo era entonces el silbar siniestro del aire entre el infinito follaje de los bosques infinitos. Rasgóse á trechos el telón de nubes, descubriendo trozos de pálido azul, por donde caía una cascada de polvillo de oro y plata que iba á derramarse en apartados vallecicos ó en escarpes de roca, y aquéllos refulgían como esmeraldas y éstos como diamantes. Enroscándose á los flancos de los montes serpeaban senderos y veredas, cual serpientes adormiladas y perezosas que saliesen en busca de sol. En las brañas que al pie de las articulaciones de la sierra se hacían, las vacas del país, rojas ó amarillentas, reposaban gravemente. En algunos pradezuelos pacían manadas de caballos.

En el seno de la naturaleza, formidable y su-

blime, Alberto iba pensativo. Dejó sin respuesta varias preguntas que Jiménez le enderezó. Y así, en silencio y á paso largo, llegaron hasta la caseta del guardavía, la cual está enclavada en una angostura ó quiebra del terreno que, como resto de un gran cataclismo geológico, corta una altísima montaña de arriba á abajo, y parece el cauce seco de un torrente. En el promedio de esta quiebra se levanta la casuca, lindando con la vía férrea, que sale, á pocos pasos de distancia, brillando, de entre el seno lóbrego de un túnel, y se esconde en otro, muy cercano también á la casuca y á la otra parte. Este lugar es conocido con el nombre de *Valle de las Piedras*. De valle no le toca ni el recuerdo; pero lo que le falta de valle sóbrale de piedras, pües el lecho del dicho cauce está todo él revestido de cantos rodados.

Ante la casuca del guarda estaba toda la gente, incluso las prófugas.

Uno de los caminantes ejercía gran autoridad en la empresa ferroviaria, y era muy respetado y temido en toda la línea. De suerte que, así que apareció ante la casuca, el guarda y su mujer se deshicieron en agasajos y ofrecieron la humilde morada, lo cual no era menester, porque ya traían todos el propósito de tomarla por su cuenta. Desparramáronse, pues, por el interior, con grande susto de las pobres gentes que en ella moraban. Las damas fueron, como era de esperar, las más turbulentas y revoltosas. Husmea-

ron, revolvieron, escudriñaron y pusieron como no digan dueñas, ó como no digan proxenetas, cuanto toparon á mano. Era de ver la angustia y tristes gestos de los moradores, contemplando aquel desbarajuste y saqueo en el olvidado rincón adonde nunca habían pensado que llegasen las maldades humanas. Tres ó cuatro rapacejos, hijos de los guardas, berreando á pleno pulmón, tiritaban de miedo ante aquella clase de energúmenos que ellos, hasta entonces, nunca habían visto.

Eligióse, entre las angostas piezas de la casuca, la más holgada, á fin de comer en ella luego, y con cajones y tablas se compuso una especie de armatoste monumental que la güardesa vistió por encima con mantelillos de hilo toscamente obrado á mano, de gran reciedumbre y pulcritud. Los mozos encargados de la impedimenta abrieron cestos y valijas y les arrancaron las entrañas y redaños, esto es, las viandas fiambres y un número considerable de botellas de diferente talla y contenido. Extendieron las vituallas sobre los mantelillos, y así quedó todo en sazón para la comida, que debía tener efecto luego de concluir la efímera cópula de su majestad el sol con su majestad la luna. Como quiera que, según los cómputos científicos, faltaban aún más de dos horas para el sidéreo acto, y no era cosa de estarse á pie firme y campo raso con un vidrio cubierto de hollín sobre las narices, y en esto con-

venían gran parte de los expedicionarios, no encontrando mejor y más divertida tarea que emprender, uno de ellos desenfundó la guitarra y se puso á tañerla. Seducidos por el melancólico son de la vihuela fueron acercándose los chicuelos del guarda, los cuales sorbían lágrimas y mocos en horrible confusión, y aquellos mocos que no estaban bajo el radio del movimiento aspirante de los pulmones se los extendieron graciosamente sobre el rostro hasta que le embadurnaron de cochambre, no de otra suerte que los cosméticos y odoríferas mixturas se extienden, envolviendo en gratos matices la suave epidermis femenina. Aproximáronse, pues, los chicos con gran deslumbramiento pintado en el mirar, ingenuo y claro. Algo repuestos de la sorpresa y del primitivo terror contemplaban los gayos y brillantes colores de la indumentaria vulpejil y oían con deleite las roncas cadencias de la guitarra, según daban á entender por la sonrisa temerosa que á sus caritas asomaba. Travesedo fué el primero en descubrir este arrobo, y como gustaba de los niños les llamó hacia sí con reiterada benevolencia, que ellos rehuían, pusilánimes aún y encogidos por salvaje é instintiva cautela. Alberto, Yiddy y otros secundaron á Travesedo, y la fuerza de caricias, muy discretas, dada la empedernida cochambre, que era toda la indumentaria y abrigo de los rapaces, y de dádivas — calderilla en medida bastante y algunas piezas de plata—, consi-

guieron amansarlos, dulcificarlos y traerlos á definitiva sociabilidad. Los padres, que andaban por allí cerca, sintieron encendida la codicia y dieron por muy bien empleados los destrozos, deduciendo, muy cuerdamente, de lo que veían, que á la postre aquellos caballeros y aquellas damas habrían de ser pródigos y muníficos en las propinas.

Avino por aquel entonces una particular circunstancia, que se nos ha quedado en el tintero, y es muy digna de referirse. Y fué que las prostitutas prófugas se mostraban tan ofendidas y coléricas que no había quien se las acercase sin que sintiera los ásperos y terribles efectos de su deficiente educación. Rechazaban toda suerte de agasajos y cumplidos, y vomitaban tan indecorosos y pestilenciales insultos, que algunos de los recipendiarios, con la paciencia á punto de agotarse, resolvieron escarmentar á las desmandadas vulpejas. En cuanto al procedimiento penal no existía acoplamiento de opiniones. Jiménez abogaba por la mutilación del miembro culpable, y sostenía que esta encantadora teoría llenaba una gran fase en la historia de la penalidad. Nadie se atrevió á dudarlo; pero, advirtió Travesedo, si se considera que estas señoritas no poseen un solo órgano ó parte del organismo que no sea culpable de nefandos delitos y pecaminosa contumacia, hemos de llegar á la pavorosa conclusión de que en este caso se impone un descuartizamiento sobradamente prolijo.





CAPÍTULO XIV

Nace la sombra; crece la sombra. — Las tinieblas se vierten sobre las cumbres. — Suprema lobreguez.

Estando en estos dimes y diretes entró en la estancia Yiddy, apresurado y nervioso.

— ¡Señores, señores! El cielo se ha desgarrado por una parte y puede verse el sol en contacto con la luna.

Alberto, Travesedo y Jiménez salieron en tropel. San Martín, que poco antes había colocado las zapatillas de piel de cabrito junto á la lumbre, palpábase ahora los calcetines, lamentando la excesiva humedad que los embebía. Marqués continuó tañendo la guitarra. La Luqui, muy cerca de él, canturreaba por lo bajo.

A la entrada de la casuca se hace un patizuelo, cercado por un vallado de traviesas, en donde picoteaban unas cuantas aves de corral. Encaramados sobre piedras y leños que al pie de las traviesas había, con la cabeza vuelta hacia las alturas y unos vidrios especiales, comprados la

víspera en un bazar, puestos sobre las narices, nuestras gentes miraban ahincadamente el retazo de azul celeste.

— ¡Ya se ve una muesca! ¡Ya se ve una muesca! — gritaba Travesedo con júbilo infantil.

— ¡Sí! ¡Sí! —, respondían los otros, embebidos y un poco emocionados.

De pronto celóse el sol tras espesísimo cortinón de nubes, dejándoles tristes y malhumorados.

— Sólo faltaba que después de haber venido aquí se nos nublase en el momento del eclipse —, manifestó Jiménez.

— Pero, hombre, ¿á usted qué le importa el eclipse? ¿Me querrá usted convencer de que el eclipse no es sino ocasión, y lo que á usted menos le importa...?

— Sí, lo he pasado bien; pero, ¿por qué no había de estar despejado?

— Yo también deseo — añadió Guzmán —, que el cielo abra y se limpie de nubes; pero, aun cuando se nos frustrase el eclipse, puede darse cualquiera cosa por ver el panorama que hemos visto.

— Yo voy á entrar en la casa. Cuando sea el momento oportuno avísame, Alberto.

Paquito se marchó, seguido de Jiménez.

Permanecieron afuera, pendientes de los celestiales acontecimientos, Travesedo, Yiddy y Alberto. Hablaban de raro en raro, y tan pronto

convertían sus ojos hacia el firmamento como se abismaban en la contemplación del paisaje. El terreno caía por debajo de ellos en vertiginosa pendiente, hasta un hondo y desgarrado barranco, á la derecha del cual sube una loma, al principio tan poco á poco, que apenas se echa de ver; pero empinándose más adelante y discurriendo cada vez á más altura, hace y deja formados primero un rosario ó ringla de montículos y luego se trueca en gigantescos montes y conciliábulo de extraños y deformes monstruos de piedra, por cuyo cráneo trepan verdes marañas y penden barbas de boscaje. A la derecha huye el terreno, escalonándose, ondulando, tan pronto en crispaciones como en concavidades, hasta una lontonanza blanda y de dulces tonos que forman dos cadenas de montañas, las cuales dejan entre sí una hoz ó abertura á través de la cual filtrábase entonces una luz gloriosa, anaranjada y palpitante. El paisaje tiene diversas propiedades y naturaleza distinta. Dánse á trechos los árboles, que son de follaje muy tupido, y á trechos hay praderas rasas y suaves á la vista, de un color agrio y brillante de cardenillo, hendidas por las venas de los senderos, que son de ocre rojo. No se ven ríos, pero sí arroyuelos y pequeños torrentes bulliciosos y en gran abundancia, y cuando no se les ve se les oye murmurar y retozar saltando de peña en peña con manso rumrum que se mezcla al sisisbeo de los árboles.

Atento á estas particularidades, Guzmán dejaba pasar el tiempo, con los codos en el valladar y las mandíbulas apoyadas en las manos. Sacábale de su mutismo y distraimiento algún rayo de sol que rasgara las nubes, muy de tarde en tarde, y entonces volvíase hacia el cielo con el semblante lleno de ansiedad. La sombra, ó más bien penumbra cárdena, que insidiosa y paulatinamente se tendía sobre la tierra, metíasele á él por el espíritu y le enturbiaba el corazón. Había bajado la temperatura en considerable medida, y parecía correr un escalofrío trágico por la epidermis terrestre, erizándola de terror.

Travesedo miraba, sin cesar un punto, á través de su rudimentario telescopio. Warble miraba también, aunque no con la misma constancia.

— Es curioso — decía — cómo se ve el sol á pesar de las nubes. Mire usted, Alberto, mire usted.

Alberto miró. En el fondo lóbrego del vidrio campeaba una media luna argentina.

— Pero, ¿no sienten ustedes mucho frío? — preguntó Travesedo.

— Muchísimo — le respondió Yiddy. Y Alberto asintió con la cabeza.

Travesedo continuó:

— Y la vida de la tierra ha de concluir de un modo semejante, por propio enfriamiento, á causa de la extinción de esa gran lumbre solar.

Nadie le respondió, lo cual le dió ánimos para zurcir otras consideraciones sobre el mismo tema.

— ¿Cuándo ha de sobrevenir este cataclismo? A cualquiera hora, dentro de un instante: ¿qué son diez, veinte siglos en la vida de un astro? Menos, muchísimo menos que un segundo en la vida de un hombre; y de la misma suerte que pasamos como una sombra entre la muchedumbre de nuestros semejantes, este misérrimo astro que nos sustenta pasará como una chispa entre la muchedumbre infinita de los astros y el inmarcesible fulgor de las constelaciones.

Travesedo era muy dado al placer venéreo y á las disquisiciones metafísicas; y siendo sus lecturas copiosas y su talento claro, solía hacer, cuando se presentaba la ocasión, consideraciones muy pertinentes y justas. Si bien en aquel caso no fueron pertinentes, no por culpa de él, sino por la de Alberto, que atravesaba aguda crisis espiritual.

La lividez de la atmósfera reflejábase en el rostro de los tres amigos dándoles apariencia indecisa y espectral: atenuada en Travesedo á causa de su constitución obesa y de la color negrísima de su barba y cabellos; exacerbada en el minúsculo ingeniero y más aún en Guzmán, porque á la influencia exterior es menester añadir el gran desquiciamiento interior, que asomándose á las facciones las descomponía y torturaba. Comprendiéndolo así Yiddy quiso co-

mentar festivamente las frases de Travesedo:

— Observo, querido amigo — murmuró en tono ligero —, que usted sigue el consejo de Renán; es á saber: mirar las cosas de este mundo desde el punto de vista de Sirio.

Esto empeoró el estado de Alberto, que muy conmovido y como si se agarrase á una tabla de salvación, habló de esta suerte:

— Cierto que vivimos apegados á la costra de la tierra sin curarnos de considerar su humilde posición en el vasto conjunto de orbes. Mas esto no empequeñece el humano linaje, sino que le eleva y transporta á elevadísimo lugar. Acaso la conciencia no sea otra cosa que fenómeno huidero; pero por él todos los átomos del inmenso conjunto han de pasar á su vez, sólo con el fin de que posean y afirmen esta verdad sublime: «Soy parte de ese gran todo, espléndido, maravilloso y terrible.» Y cuando el hombre lo comprende así es realmente Dios del Universo.

— Lo cual, en último término — agregó el hombre barbudo —, es mucho más desagradable que ser un indecente monaguillo, con tal de que sepa que uno no se ha de morir.

Vino á cortar estas razones Jiménez, que salía de manera ruidosa, en amiganza de las tres prostitutas, poco antes tan enojadas. Habíales hecho firmar las paces, no con buenas razones, sino con fuertísimas nalgadas y otros malos tratos que les había suministrado por vía de diversión y en se-

ñal de afecto; pues es cosa probada que á estas sencillas hembras nada hay que tan de veras las emocione como un puntapié hábilmente dirigido.

— Allá adentro no se ve una gota. ¿Cuándo es ese eclipse? — interrogó Jiménez.

— Pronto, pronto — le respondió Travesedo.

La Paya, con sutil espíritu de observación, hízole ver cómo las gallinas andaban de una parte á otra, cacareaban en señal de alarma con expresión más estúpida que de costumbre y á la postre iban á guarecerse en un pequeño tendejón que les servía de gallinero.

Jiménez aplicó su espíritu analítico al ganado vacuno. Unas vacas rojas, que en un recuesto cercano pacían, alzaron el testuz poseídas de estupor, los grandes y aterciopelados ojos llenos de sobresalto, inmóviles y clavadas en tierra como si el terror pánico las hubiera petrificado.

— Mirad, mirad el ganado — gritó Jiménez con voz de flauta —. El ganado defeca de miedo; mirad, prostitutas.

Alberto, Yiddy y Travesedo permanecían con los ojos fijos en el cielo. Travesedo reía de emoción.

— ¡Qué lástima que haya nubes! — rezongó Warble.

— ¡Ahora va á ser, ahora va á ser! — suspiró Travesedo con la voz entrecortada.

Jiménez fué corriendo al zaguán de la casita, y gritó:

— ¡Marqués! ¡San Martín! ¡Paquito! Salgan, salgan, que ahora es.

Dentro, la guitarra sollozaba tristemente. Entre sus opacos acordes oyóse la voz de Marqués, que decía:

— En cuanto concluya este tango. Estoy cansado de ver eclipses.

Y la voz de la Luqui llegaba también, estridente y lasciva:

—¡Olé, tu cuelpo!

Alberto, enajenado y como loco, miraba los montes fronteros, sobre cuyas cumbres habían de deslizarse los pasos silenciosos de la sombra.

Hubo un silencio infinito.

Por detrás de las montañas brotó impetuosamente un mar de tinieblas que se fué derramando arrollador, delirante, vertiginoso sobre el cielo y sobre la tierra. Alberto vió cómo aquella ola de infinita lobreguez venía hacia él, lo envolvía, lo tragaba. Abandonáronle las fuerzas, cayó de rodillas en el lodo, y abatiendo su cabeza, murmuró:

— ¡Espíritu Misterioso, Ciega y Terrible Potencia: aniquila este guiñapo de carne efímera, esta bestezuela inmundamente orgullosa!

Quería derretirse en el fango, deseaba que el firmamento fuera material y, desplomándose, lo aplastase y redujese á cenizas. No osaba levantar sus miradas de la tierra desnuda. Sintió unas manos leves que se posaban en sus hom-

bros y un aliento tibio que le acariciaba el rostro.

— ¿Qué te pasa?

— Tengo miedo, tengo miedo.

Era Rosina.

Guzmán repúsose pronto del momentáneo embrutecimiento, y levantándose tomó á Rosina por la cintura y la oprimió con cariño.

Los otros, si en los comienzos se habían sobrecogido de zozobra viendo á las tinieblas correr por los espacios, sacudieron muy pronto toda gravedad de sentimientos y hasta llegaron á encontrar muy regocijado, por lo insólito, el fenómeno. Por otra parte, sentíanse defraudados. La obscuridad no era tal ni tan completa como ellos creían y se hacía esperar después del formidable anuncio y pavoroso principio del eclipse. La tierra estaba como bañada en un claro de luna que en lugar de ser argentino fuera de luz verdosa.

Antes de que las sombras huyeran salió Marqués, el cual, considerando que, dada su tardanza, debía resarcirse demostrando gran emoción, se despojó del sombrero y gritó:

— ¡Viva la Naturaleza!

Nadie le respondió, porque no había para qué, y también porque estaban todos muy interesados en ver el primer rayo de luz, lo cual no pudieron conseguir, y fué favor que le debieron á las señoras nubes, macizas y opacas como nunca.

La claridad comenzó á derretirse en las cimas

de los montes que al frente se levantaban, y fué ganando poco á poco el firmamento.

— Ahora, ¡á comer! — gritó de nuevo Marqués, con el propio tono de antes y el sombrero en la diestra, el brazo extendido.

— ¡A comer! — respondió un coro de voces famélicas.

Sumiéronse todos en la casuca, á excepción de Yiddy y Alberto, que rezagándose un momento cambiaron estas frases:

— ¿Qué hay, chiquito?

— Permítame usted que le hable en estilo alegórico. Yo tenía en el alma cumbres cristalinas y puras; la obscuridad ha penetrado dentro de mí, lo ha anegado todo, todo lo ha aniquilado. Ya no veré nunca la luz.

Yiddy se ríe jovialmente.

— No se ría usted. El que no seamos nada; el que no sepamos nada; el que sospechemos que el universo es una cosa ciega, estúpida y fatal; el que pasemos por la vida como la sombra ha pasado sobre las montañas, sin dejar nada detrás de sí, todo esto no es cosa de risa.

— Querido Alberto, le invito á usted á entrar en la pocilga de Epicuro y Salomón. ¿No recuerda usted las palabras del rey Hermoso, sabio y concupiscente? Pues oiga (1): «No hay bien para

(1) No ignoramos que es opinión unánime entre los críticos heterodoxos, patentemente aguijados por un espíritu adverso á nuestra sacrosanta religión, la de

el hombre, sino que coma y beba». «Goza de la vida con la mujer que amas». «Todo lo que te viniere á la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas, porque en el sepulcro, adonde te vas, no hay obra, ni industria, ni ciencia, ni sabiduría». «Alégrate, mancebo, en tu mocedad, y tome placer tu corazón en los días de tu juventud». Ya lo sabe usted, querido Alberto: come, bebe, fornica. Si se te presenta un placer, gózalo, pero no lo apures por no hastiarte ó estragarte. Come, bebe, fornica, rodéate de rosas y de sonrisas, y puesto que todo es vanidad, después que mueras que te quiten lo bailado.

---

considerar el libro del Eclesiastés como muy posterior á la época en que el Tridentino dice haber sido compuesto, despojando, por ende, al hijo de David de la gloria de haberlo escrito, si bien por inspiración del Espíritu Santo. Afirman los tales que no es posible hacer remontar al siglo X, antes de J. C., un escrito cuya lengua é idea dominante delatan ser de época relativamente reciente, acaso el siglo II antes de J. C., y que su autor ha usado del seudónimo, práctica ó industria muy corriente entre los doctores judíos en los siglos que se avecinan con el advenimiento del cristianismo. Tenemos noticia de los trabajos perpetrados á este respecto por Knobel, Hitzig, etc., etc., y hasta hemos leído el artículo de M. Segond en la *Encyclopedie des sciencies religieuses*, y ¡Dios nos perdone!, el libro de Renán. No embargante esto, temerosos del anatema que el Concilio de Trento fulmina en su sección cuarta, *De canonicis scripturis*, afirmamos que el tratado dicho de Qoheleth, que vale tanto como el del predicador, es del hijo de David.

— Pero, con el ánimo afligido, ¿puede comerse comida que deleite, beberse vino que conforte ó gozar mujer que enamore?

— Ya lo creo. Usted tiene medios de fortuna suficiente para entrar en la pocilga de Epicuro y refocilarse á su beneplácito. Ahora, adentro: á comer, á beber y á fornicar.

— ¿Qué haré yo sin esperanza?

— La esperanza es el sueño del hombre despierto, dice Aristóteles.

— Preferible es morir una vez por todas, que no vivir constantemente en espera de la muerte definitiva.





CAPÍTULO XV

Orgía. — Lírica borrachez. — Frailes astrónomos. Meretriz impúdica.

Penetraron en la casuca y sentáronse á la mesa, en donde estaban ya los otros libando á toda prisa y los tenedores en ristre.

Alberto, por sacudir sus negros pensamientos, determinó embriagarse. Y así lo hizo; pero por más garbo que se dió todos los demás se le adelantaron, de manera que antes de llegar á los postres habíanse cometido en la apartada casuca todo linaje de excesos. Las botellas iban cruzando los aires hasta estrellarse contra las paredes, que al cabo de pocos momentos estaban llenas de chorretadas vinosas; las viandas, igualmente, hacían trayectorias por el espacio, é irremisiblemente paraban en la faz de las prostitutas. Se gritaba, se gesticulaba, se accionaba sin compás y se reía á carcajadas.

La guardesa comunicó confidencialmente á su marido que sin haberlo visto, aun cuando se lo jurasen, no hubiera podido creer que las señori-

tas de la ciudad eran tan sinvergüenzas y marranas.

Al fin, después de dos horas de orgía desenfrenada, nuestras gentes abandonaron aquel rústico y hasta entonces apacible paraje, no sin haber gratificado abundosamente á los moradores.

El propósito era seguir á pie hasta la estación de Los Pinares y en ella tomar el tren descendente que conduce á la capital. La caminata presentaba gravísimas dificultades. Por lo pronto la Luqui negábase á dar un paso, sosteniendo jactanciosa y enfáticamente que ella no se movía así la matasen...

— Yo duermo en León, yo duermo en León, en casa de la Julia — murmuraba, enzarzando y enmarañando las sílabas.

— Pero mujer — se le decía —, que estamos á muchas leguas de León, y ni aun en automóvil puedes llegar á dormir esta noche.

— Yo duermo en León, yo duermo en León, en casa de la Julia — repetía totalmente beoda.

Y como no se resolviese á soltar el estribillo ni á mover los pies, cogiéndola por los brazos entre Jiménez y San Martín la llevaron á rastras un buen trecho. Entonces la vulpeja comenzó á reirse epilépticamente y á lanzar sonidos inarticulados. A poco lloró con gran desconsuelo, y más tarde sintióse otra vez acometida de la risa.

— ¡Soltadme ya, soltadme ya!

Abandonada á sus propias fuerzas echó á an-

dar, describiendo dilatadísimas curvas, los brazos desmadejados, el pelo en hopos y greñas y en la boca una ruidosa risa inconsciente, que le venía á borbollones, los cuales se encadenaban entre sí por medio de la palabra ritual:

— ¡Releche! ¡Releche!

En estas rápidas evoluciones, yendo tan pronto contra el monte como hacia el pretil que guarda la linde de la carretera por la parte de los barrancos y abismos, estuvo á punto varias veces, ya de romperse la cabeza en los peñascos, ya de caer á las simas profundas y rocosas. Y hubiera realizado esta operación si Paquito no se cogiera de su brazo; y así, apoyándose el uno en el otro, caminaron más seguros.

Hemos consignado ya que los individuos que componían la caravana se habían embriagado, sin excepción. Quiso la fortuna que á todos les soplase el humor por el lado alegre — aun á la propia Luqui, pasado el primer arrechucho —, y que la alegría fuese amorosa y galante. Por parejas, y cuando no por ternas, iban camino de Los Pinares, extremando ellos las galanterías y escuchándoles ellas con señales de mucho contentamiento. A veces alguno cantaba tonadillas del país; seguíanle los otros al punto, componiendo un coro destemplado y frenético. Guzmán, tan borracho como no se había visto en su vida, marchaba del bracero con la niña de Arenales, que, á decir verdad, era la más cuerda de todos.

— Rosina — exclamaba con ademán declamatorio —: come, bebe, fornica, rodéate de rosas, que florezca tu sonrisa y que yo aspire en tus labios el néctar de Epicuro. La vida es breve, la vida es un río de amenas orillas. Contemplémoslas sin pensar en nuestro fin y acabamiento. Si hay una flor á nuestro paso, arranquémosla. Penetremos en el cubil de Salomón, en donde da su fragancia la Sulamita; sus senos se enderezan tersos y turgentes, como torres. La Sulamita era una cochina negra. Tú eres rubia y ambarada como una princesa sajona. Recuerda las palabras del rey: «Tu ombligo como taza de plata». Mentira. Una hedionda negra no puede tener semejante ombligo. Eso tú, eso tú. Tu ombligo de azucenas, y de nardos, y de leche.

— ¡Leche, releche! — se oyó gritar á la Luqui.

— Ya está vociferando esa meretriz. Tus senos como corderos mellizos. Muéstrame tus senos.

La mano de Alberto, un poco torpe por el vino y la sensualidad, fué en busca de los senos de la niña. Esta, ruborizándose y afligiéndose, apartó blandamente la mano del amigo.

— ¿Qué, no quieres? ¿Te has olvidado de lo que eres?

— Es verdad — murmuró con voz apenas perceptible.

— Bebamos el vino bermejo de la orgía y de los labios carnales. Aneguémonos en la onda do-

rada del coñac rancio y de los cabellos rubios y jóvenes. La vida es breve. El cubil de Epicuro huele á rosas, y á bálsamos de Oriente, y á carne de mujer. La gloria es una alcahueta.

Aquí saltó Jiménez, que venía dos pasos atrás con la Paya, y dijo:

— Sí; la Gloria es una alcahueta que vive en la calle de Fray Ceferino, número... No recuerdo qué número.

Al llegar á este punto advertimos una gravísima inexactitud que se nos ha escapado involuntariamente en el fuego de la narracción. Jiménez no iba beodo. Jiménez era abstemio.

Entre tanto el que más y el que menos hacía estupendas locuras. A la Luqui le había entrado el vértigo de arremangar las faldas; á cada paso mostraba los poderosos muslos y las sombrías partes pudendas.

Llegaron á un sitio en que el camino estaba totalmente enjuto, sin trazas de haber llovido por aquellos parajes en mucho tiempo. San Martín, aunque ya calado hasta los huesos tarsianos y metatarsianos, y acaso hasta la tibia y el peroné, encontró de perlas estas veleidades climatológicas, y hasta se hizo la ilusión de que sus zapatillas de piel de cabrito no sufrirían total é irremediable deterioro.

A la media hora de andar, y cuando desembocaban de una brusca revuelta, dieron, á la asomada del rostro, con un espectáculo que les

divirtió de modo inefable. Sobre un otero rotundo, revestido de menuda y jugosa hierba, y bastante eminente para dominar extenso panorama, hallábase hasta una veintena de religiosos, jóvenes la mayoría, con gran copia de instrumentos ópticos, enderezados hacia el cielo, y entre los fraiies un caballero, ya cincuentón por las trazas, sentado en una mecedora, con una manta sobre las rodillas y una escupidera al pie.

Miraron los religiosos á los libertinos, y los libertinos á los religiosos, examinándose mutua y prolijamente. Pues cuando estaban en esto, la Luqui arremangó las faldas con redoblado brío, de manera que quedó al descubierto todo el vientre, con lo cual creemos excusado añadir que los tales instrumentos se enderezaron y enhiestaron más de lo que estaban, y era mucho, al menos tal se le antojó á Jiménez. Los libertinos, que tal vieron, comenzaron á reir con tanta procacidad y desvergüenza, que los inocentes y castísimos religiosos hubieron de volverse de espalda, amedrentados y confusos.

Con el mucho andar y la templanza del aire los vapores alcohólicos disipábanse un tanto y la razón volvía por sus fueros.

Alberto descendió de su paroxismo; si no cuerdo del todo, dábase cuenta de sus yerros y sandeces.

— Rosina — dijo, intentando aparentar hombre sereno —. Hace poco te he herido. Perdóna-

me. Yo no sabía lo que hacía. Yiddy es un gran hombre. Yiddy dice: «Cuando se te presente el placer gózalo, pero sin apurarlo, por no hastiarte y estragarte». Y voy yo, ¿qué hago? Emborracharme como un cerdo. Esto no es justo ni es conveniente. Ya se me va pasando la borrachera. Y aunque borracho aún, no lo estoy tanto que no me dé cuenta de que me gustas mucho, de que te quiero, sí —Rosina inclina la cabeza—. No seas ridícula, mujer. ¿Por qué no he de quererte? Yo estoy solo en el mundo, no tengo padre ni madre, y sí mucha sed de afectos. Sé que sientes cierta simpatía por mí. Y yo, en el tiempo que llevo contigo, te quiero ya. Soy dueño de mis acciones y puedo disponer á mi antojo de mi dinero. ¿Quieres vivir conmigo? Este invierno lo pasaremos en París. Yo pintaré, no por la gloria, ¿eh?, sino por entretenimiento. Te pintaré desnuda, y vestida, vestida de reina: como gustes. ¿Vendrás á París? ¿No me respondes? Di. ¿Vendrás á París? Supongo que no tengas querido... Ya sabía yo que no. ¿Vendrás? No quieres contestar. Luego hablaremos de ello.

Ajetreados, molidos por la jornada y por los excesos de la noche anterior y lo que iba del día, así que las mixturas, licores y excitantes habían amortiguado sus agudos y momentáneos efectos, marchaban nuestros amigos con aspecto entristecido y lúgubre, como anonadados por una gran desgracia, las piernas casi arrastrando,

adormilados los ojos, mudas y secas las bocas. En tan lamentable guisa llegaron á la estación de Los Pinares, y allí se tendieron sobre las contadas sillas que decoraban el edificio, aprovechando también las de la casa particular del jefe; y como no hubiera asiento para todos, los que estaban en pie se arrojaron sobre unas sacas de mercancía. Al poco tiempo los unos estaban dormidos, los otros con deseo de dormir.

Apenas entró el tren en agujas—y aquel día no trajo más de una hora de retraso — nuestra gente se abalanzó al coche salón con ánimo de entablar ruda refriega intestina á fin de ganar asientos y almohadones en donde dormir. Pero aconteció que en la rejilla estaban algunas botellas de cerveza y una de cognac; así que las vieron, olvidándose de todo cansancio y molimiento, las descorcharon y bebieron ahitadamente, de modo que se hubo de reanudar el delirio báquico, y los sagrados coros, y los incoherentes discursos, y las desenfrenadas risas, y los deshonestos tocamientos.

— ¿Pero no decías que no ibas á beber más?

— Rosina, una ocasión es una ocasión. Es menester celebrarla, ya que hoy los siete sellos del libro de la sabiduría se han roto para mí. Y dentro no había sino desolación y tinieblas. Las tinieblas se extendieron sobre las cumbres de mi alma; en una de ellas, en la más alta, como la antorcha bíblica debajo del fanal, estaba una luz, y

era el ideal de la gloria; pero las tinieblas amortajaron las cumbres. ¿Quién traerá nueva luz? Bebe, come, fornica, corónate de rosas. Soy un majadero y un borracho. ¡Bebe, Rosina! ¡Te digo que bebas!

Rosina vióse en el duro trance de apurar un vaso de cerveza, que le supo á hieles y á veneno. Guzmán bebió más, con furia epiléptica, soltó entre vaso y vaso desatinadas peroraciones, y luego quedóse dormido en un ángulo del departamento.







CAPÍTULO ÚLTIMO

La ciudad nocturna. — La campanica. — ¡Dame la luz!...

El tren penetró en la estación de la capital; todos dormían. La noche habíase desparramado ya sobre la tierra. El vagón apenas estaba esclarecido por los mecheros de aceite. Los criados, que venían en un departamento de segunda, entraron á despertar á los señoritos. Levantáronse éstos de mala gana, restregando los ojos y maldiciendo de la pícara suerte que no les tenía deparados, al pie mismo del tren, sendos y mullidos lechos de pluma, en donde se repantigaran y solazaran hasta reparar las fuerzas.

Alberto, que traía dentro del cráneo sueños horripilantes y febriles, miró en torno sin saber en dónde se encontraba. Luego que se dió cuenta y vino á la realidad, preguntó por Yiddy.

— Se habrá bajado á mitad de camino, en la estación de su pueblo, mientras dormíamos — respondió Travesedo.

— Niñas: salid vosotras delante, en correcta formación, y dad recuerdos á la alcahueta. — Así habló Jiménez.

— Leche, ¿y quién nos da dinero para el coche?

— Yo os acompañaré — se adelantó á decir Paquito.

— Si te atreves á desafiar lar iras populares... Porque á estas horas no hay rata que ignore nuestra excursión. Bien. Allá tú. Dad recuerdos á la ilustre y reverendísima alcahueta.

Rosina, acercándose al oído de Alberto, le suplicó con ferviente acento:

— ¡Ven conmigo! ¡No me dejes sola!

— Señores — manifestó Alberto en voz alta —, yo acompaño á Paquito y á estas jóvenes.

— Bueno; pues adiós. Salgan ustedes pronto· Que no nos vean los fisgones del andén.

— Mejor sería que nosotros saliéramos por esta parte — añadió San Martín.

— Sí, es lo mejor.

— Adiós.

— Adiós.

— Adiós, meretrices.

Paquito y Alberto descendieron al andén y desde abajo fueron prestando su galante ayuda á las rameras. Las gentes que andaban por allí próximas curioseaban y hacían chichisbeos vivos, componiendo conciliábulos y pandillas en que las cabezas se apiñaban en un haz.

En los porches de la estación Paquito dióle á un pillete el encargo de llamar dos coches de punto.

— ¿Para qué? Vosotros cinco podéis ir en uno. Rosina y yo iremos á pie. Quiero tomar el aire. ¿No te parece bien esto, Rosina?

— Muy bien.

— Pues hasta ahora. Cuando lleguéis ya estaré yo en la cama.

— Hasta luego, Paquito. Adiós, niñas.

Alberto no habló, en tanto no se hubieron apartado un buen trecho de los otros.

— Cógete de mi brazo, Rosina; — y como ella se resistiera, él reiteró la súplica —. Te ruego que lo hagas. Más por mí que por ti. Estoy mal aún. Me parece que la tierra se mueve bajo mis pies. No sé lo que tengo. Además, estoy triste, horrorosamente triste.

Por la calle discurrían escasísimos transeuntes. Los arcos voltaicos derramaban su claridad inmóvil y fría. En el promedio de la calle, á lo largo de una de las bandas, se extiende un parque. Alberto se encaminó hacia él. Perdiéronse bajo la sombra de un bosque.

— No sé lo que tengo. Siento angustia. . . Una desazón. . . Me falta aire para respirar —. Levantó la cabeza. Entre la fronda veíanse algunas estrellas estremecidas —. Mira: hay estrellas.

En un banco rústico, al amparo de copudos castaños de Indias, cuchicheaba una pareja de amantes. Alberto y Rosina salieron por la parte alta de los jardines á una callecica silenciosa, iluminada con mecheros de gas.

— ¿A dónde me llevas?

— A mi casa.

— No. ¡Por Dios!

Rosina, desprendiéndose del brazo de su amigo, unió las manos en ademán de súplica. Repetía:

— No. ¡Por Dios!

— No me abandones ahora, Rosina. No me abandones.

Rosina callaba, inmóvil sobre la calzada de piedras, casi junto á la pared.

— ¡Vamos, vamos! No quiero detenerme.

Alberto se apoyó en Rosina y siguieron andando. Un perro ladraba á lo lejos. Así que hubieron penetrado en otra callejuela, el son repentino y vibrante de una campanita les sacudió é hizo detenerse.

— Son unos frailes que han establecido su residencia en aquella casita. Donde era almacén de ultramarinos tienen la capilla ú oratorio.

La campanita tremaba de una manera afable y algo pueril.

— Hace — murmuró Alberto — algunos años que no entro en ninguna iglesia. ¿Quieres que entremos?

— ¡Yo no, qué pecado!

— O yo estoy loco, ó ayer, hablando contigo, supe que no te considerabas una pecadora.

— Y tú me dijiste que lo era.

— Bueno; y lo eres, y yo lo soy, y lo somos

todos. Ven, entremos. Si no quieres, te hago entrar á la fuerza. ¡No me desobedezcas, que no sé lo que hago!

Decía todo esto atropelladamente, con palabra discordante, ronca. Rosina no quiso contrariarle. Empujó Guzmán la puerta de la capilla, la cual era un camaranchón del entresuelo, rectangular y de bajísima techumbre. Una lucecita de aceite, allá en la pared del fondo, brincaba sobre la lámpara de cobre, como si la inesperada visita la hubiera sobresaltado y puesto nerviosa. Alberto vacilaba; no sabía si retroceder ó seguir adelante. Una gran sombra de religiosidad y recogimiento lo envolvía y esfumaba todo; los dos confesonarios puestos en las paredes laterales, los reclinatorios desparramados en muchedumbre y confusión, las imágenes y objetos de culto escondidos en lo más hondo de la estancia.

Alberto cayó de rodillas en un reclinatorio y escondió la cabeza entre las manos. La remembranza de sahumerios rituales que vagaba por el santo recinto se le derramó por el pecho y le acarició los sentidos. Pensaba que iba á desvanecerse y desplomarse. Sus ojos se anublaron; derramó abundantes lágrimas.

— ¡Oh, Dios! ¡Dios mío! ¡Dios de mi infancia, Dios de mis éxtasis en el oratorio blanco que olía á rosas: dame la luz, dame la luz del alma y la clara paz del espíritu! — decía —. ¡Dame la túnica de pureza de mis años ingenuos y la co-

rona de candor de mi frente descuidada! ¡Óyeme, mi Dios! ¡Heme aquí llorando, llorando hasta que el corazón se me derrita por los ojos! ¡Dios mío, dame la luz! ¡Ven á mí! ¡Que yo bese tus llagas, las llagas de tus pies, y mi alma se anegue en el bálsamo resplandeciente que ellas despiden! ¡Imprime en mí tus llagas, como una constelación de cinco soles inmortales! ¿No me escuchas? ¡Ve que lloro! ¡Dame luz, devuélveme mi fragancia infantil! ¡Dame lo mío ó quítame la vida!

En tanto Alberto sollozaba más que murmuraba estas piadosas frases, obra (por su desdicha) de la embriaguez, Rosina teníase en pie, un paso más atrás, ajena á cuanto en torno suyo acontecía. Sus rudimentarias ideas religiosas le hacían tener por cierto que el propio Judas Iscariote, que es de todos los precitos el más fétido y horripilante, se le iba á aparecer vestido de llamas, y asiéndola por los cabellos la arrastraría á los profundos infiernos, á causa de haberse introducido en un lugar sagrado, ejerciendo tan abyecta profesión cual es la de meretriz. Y en el crítico instante en que iba á lanzar un grito, porque se imaginó que la ígnea vestidura del apóstol traicionero le rozaba el rostro, sacáronle de sus negras ideas las coléricas voces de Alberto. Este había levantado los ojos, los cuales, ya avezados á la penumbra circunambiente, advertían el contorno de las formas y aun el matiz de los colores, y parólos en un cromo del sa-

cratísimo corazón de Jesús que, por culpa del artífice litográfico, aparecía en la imagen con sedeña y atusada cabellera, más propia de una mujer que de Dios hecho carne, con ojos llameantes de mundana desenvoltura, con mejillas embadurnadas de carmín, á lo barbilindo, con bigote de petimetre y con barba partida que apestaba á pomada de azahar. No pudo por menos Alberto, dada la especial situación de su espíritu, de prorrumpir en este apóstrofe, cuyos sacrílegos conceptos fueron los que Rosina oyó:

—¿Quién, mi Señor y Redentor, te puso en esta guisa afeminada, lujuriosa y pestilente, antes de abyecto sér, de esos que socaliñan en obscuras encrucijadas á mancebos inexpertos, que de Dios Hijo, de Dios Unigénito, todo amor austero, todo circunspección y humildad? ¿Quién te colocó ese manto de púrpura escandalosa sobre los hombros y esa bata de voluptuoso añil so el manto? ¿Quién te mercó el *polisoir,* á fin de que lustrases esas uñas combadas y de color de rosa? ¿Quién te arrancó una víscera, á fin de colocártela en las manos nacaradas, tan nacaradas como sólo la *pate agnel* las deja? ¿Y quién ha osado arrancarte una víscera, y por qué ésta ha de ser el corazón, tan necesario á la economía, y no el bazo, que es cosa superflua? ¿Quién te arrastró á este miserable antro de mercachifles y de fariseos, de rameras decrépitas y de vírgenes indesvirginizables?

A los gritos acudieron dos robustos carmelitas, mozos bien comidos y enérgicos, que hubieran dado pronta cuenta del blasfemo si Rosina, interponiéndose, no hubiera intercedido:

—¡Déjenlo! ¡Déjenlo! Pídoyoslo por Dios. Está malo. Non sabe lo que dice.

—Sí, sé lo que digo, miserable gentecilla. ¿Habéis leído á Salomón? Come, bebe... ¿Qué entendéis vosotros de estas cosas? ¿Sabéis, por ventura, en dónde está la luz que brillaba encima de la montaña, debajo de un fanal diáfano? ¿No? Pues entonces... ¡Salgamos, Rosina!

Y tomándola por un brazo, la arrastró hacia la calle. Cruzó ésta y recorrió otras varias sin saber lo que hacía. Al fin se detuvo en seco, despojóse del sombrero y pasó una mano por la frente.

—¿Qué ha ocurrido, Rosina? Hace un momento estaba en la capilla de los frailes. ¿He soñado, ó es cierto todo?

—¿Estás ya mejor? Vamos á casa.

—Sí, vamos á casa. Me parece que estoy braceando en una pesadilla. Vamos.

Encontrábanse muy cerca de la vivienda de Alberto. En el portal, Rosina sintió ciertos escrúpulos, como si temiera profanar la mansión; pero considerando el mal estado de su amigo, siguióle escaleras arriba, y luego á lo largo de un estrecho pasadizo que conducía al estudio ó taller de pintura. Encendió Alberto la luz, y entró; encontróse Rosina en la espaciosa pieza, paramentada con

tapices, cuadros y bajorrelieves, y toda repleta de artísticos objetos. Un cortinaje de recio tejido adamascado, que pendía en un rompimiento del muro, frontero á una galería de vidrios, comunicaba al taller con la alcoba. Alberto, cuyo rostro era en aquella ocasión de marmórea palidez, levantó el cortinaje, inclinándose al propio tiempo en actitud de amorosa pleitesía.

— Pasa, Rosina; penetra, dorado rayo, en esta tumba de un muerto vivo, y entíbiala con el calor de tu cuerpo y el resplandor de tu cabellera; introdúcete, reina de Saba, en los retiros del rey; desciende á la tumba.

Rosina, á quien la sorpresa, el sobresalto, el terror y el naciente afecto que profesaba á Guzmán no consentían otra cosa que obedecer, deslizóse hasta la alcoba, y cuando los dos estuvieron dentro, Alberto soltó el cortinaje, el cual, desplomándose gravemente, por ser muy gruesa la estofa, dejó la estancia á obscuras.

Oyóse á poco el *tic* del conmutador eléctrico é hízose la luz dentro de un globo de opaco cristal rosa, que pendía del cielo raso. Rosina, mirando en torno, vió el lecho, en un ángulo, con caja de nogal tallado y telliza de seda amarilla, el lavabo á otra parte, un armario de palo-santo con espejo, estantes de libros, un busto y otros muebles.

Estaba Rosina inmóvil, no lejos del cortinaje, y estábalo Guzmán junto á la cabecera de la cama.

— Siento — murmuró éste — no ofrecerte un lecho de rosas. Séalo de amor. No nos separaremos nunca. ¿Has visto ese humilde laboratorio de arte? De hoy más no será sino pocilga de Epicuro. ¿Ves esta alcoba silenciosa y triste? De hoy más no será sino cobijo de fornicación y semillero de besos y deleites. Todo es ciego, estúpido, vertiginoso y fatal. Disfrutemos el instante de nuestra vida... ¡Oh, qué mal me encuentro!

Avanzó unos pasos hasta colocarse frente al espejo del armario. Contempló en la pulida luna su rostro desencajado por los excesos de la orgía, y como sus ojos estaban no menos turbios que su cerebro pensó contemplar una calavera descarnada y pavorosa.

— ¡Mi espectro, mi espectro! — aulló con angustia —. ¡Me siento arrebatado en el torbellino lóbrego de la materia estúpida, de la inconsciencia, de la ceguedad...!

Cayó en el suelo sin sentido. Rosina, como loca, le arrastró hasta el lecho y le acomodó sobre los colchones. Encontróse en soledad horrible junto aquel cuerpo inerte. ¿Estará muerto?, se preguntó. Le entraron ganas de llorar y lamentarse con todas sus fuerzas. Tomó las manos de Alberto.

Estaban frías.

FIN



ÍNDICE

PARTE PRIMERA

Prolegómenos.

PARTE SEGUNDA

El Pasado.

SECCIÓN PRIMERA

Pretérito cierto.

SECCIÓN SEGUNDA

Pasado nebuloso.

PARTE TERCERA

La Jornada.





Obra nueva

Pityusa

NOVELA

por

J. M. Llanas Aguilaniedo

No hay por qué encomiar aquí la personalidad de este escritor, que las primeras publicaciones, no sólo en España, sino las que en el extranjero representan el movimiento y las tendencias jóvenes, han elogiado con motivo de otras publicaciones suyas.

El malogrado «Clarín», de memoria imborrable en las letras españolas, lo señaló ya como uno de los escritores de mérito positivo más sólido, á raíz de publicarse **Alma contemporánea,** cuyo juicio corroboraron: Vincent, en el *Mercure de France;* el genialísimo Rubén Darío, en *La Nación*, de Buenos Aires; Altamira, el maestro insigne, en *The Athenæum;* Gómez Carrillo, en varias de las crónicas inimitables, y cuantos críticos dirigían entre nosotros la corriente intelectualista.

Pudo decirse de él que con un solo libro logró abrirse las puertas de las mejores publicaciones de España y América, figurando entre los colaboradores preferentes de un periódico tan vasto y universal como *La Nación,* de la Argentina, y la *Revue d'Art Dramatique*, de París.

Asociado al movimiento psico-sociológico y antropológico que ha removido las conciencias de este tiempo, publicó en colaboración con Bernaldo de Quirós **La mala vida en Madrid**, libro que Lom-

broso y los psiquiatras y sociólogos más eminentes no dudaron en considerar como único escrito en lengua castellana.

Su preferencia marcada por la literatura se ha visto después en libros como **Navegar pintoresco** y **Del jardín del Amor,** cuya originalidad y fuerza reconoció en **La Lectura** el notable crítico Sr. Fernández Villegas.

En Pityusa,

Llanas ha revivido con increíble fortuna los esplendores de color que el mar, en contraste con una tierra gris, consigue, pudiendo decirse que en fuerza descriptiva, en sobria y amena prosa, en el acabado detalle de las figuras, en la interpretación original de la naturaleza y sus cuadros aventaja este libro á las buenas novelas inglesas de estos últimos tiempos.

Pityusa

es una hija de Ibiza que vive en París la vida de la galantería y á quien un nuevo episodio de amor hace retornar á la tierra madre. En el país balear, entre el latir del Mediterráneo, se desenvuelve este nuevo episodio de amor, terminado en el desastre de un gran crimen. En esta — como en sus anteriores novelas — **Llanas** se muestra creador de extraños personajes, director de raras sensaciones que recuerdan los libros de la **Rachilde,** con una entonación peculiar más deprimida.

Pityusa

forma un lujoso volumen en 8.°, impreso en buen papel y claros caracteres, con preciosa cubierta en colores. Se vende á

3,50 pesetas

en todas las librerías.

Pedidos á los libreros de Madrid.

sino entre los *Caballeros de la Tabla Redonda*; pero la idea del honor y del deber, el religioso sentimiento de nuestra dignidad, el *bushido*, en una palabra, en estos héroes es algo más grande que el honor caballeresco, y ha de realizarse por encima de todos los obstáculos que se opongan en la vida.

:: Los 47 Capitanes ::

más que una novela es una verdadera epopeya, tanto por la grandeza del asunto como por la intensidad de la obra. Se la puede suponer hasta una clave para su interpretación, pues cada uno de

Los 47 Capitanes

es un símbolo del ideal del honor y de los modos de realizar el deber en la vida. **Es el monumento educador del Japón, el que le ha asegurado el triunfo en sus guerras y el que le ha impulsado francamente á la conquista del progreso;** porque

:: Los 47 Capitanes ::

es la obra más popular y más conocida en el Imperio del Sol naciente, y de la que no puede prescindirse para la creación de ciudadanos y de hombres para la lucha.

La traducción de esta obra es también algo que debe tenerse en cuenta por el público culto. **Está hecha directamente del japonés** por un hombre que reúne las mejores condiciones para la traducción: el conocimiento del idioma nipón y el entusiasmo.

Los 47 Capitanes

forma un volumen en 8.º, de 368 páginas; es un precioso libro lujosamente editado, con adecuada cubierta en cromotipia, impresa sobre papel japón. Se vende **en todas las librerías** al precio de

3,50 pesetas

Pedidos á los libreros de Madrid.

